

Ciudadanía, Tecnología y Cultura

*Nodos conceptuales para pensar
la nueva mediación digital*



COMUNICACIÓN
SERIE COMUNICOLÓGICA LATINA

Francisco Sierra Caballero (Coord.)

Francisco Sierra Caballero
(coordinador)

CIUDADANÍA, TECNOLOGÍA Y CULTURA

CIUDADANÍA, TECNOLOGÍA Y CULTURA

Nodos conceptuales para pensar la nueva mediación digital

Francisco Sierra Caballero
(coordinador)

gedisa
editorial



Introducción

En la era de la abundancia de información y el acceso intensivo al conocimiento distribuido en red, proponerse compilar un volumen colectivo con afán enciclopédico, que ilustre y formalice los saberes sobre un campo específico, cualquiera que sea el ámbito de investigación, pero más aún si se trata de las nuevas tecnologías digitales, se torna como empeño una tarea hercúlea, cuando no directamente, por su complejidad, un objetivo o empeño inabordable, al responder a una matriz de construcción del conocimiento propia, quizás, de otro tiempo. Sin embargo, la labor de la investigación ha de seguir siendo justamente la de contribuir a formalizar, definir y explicar las mudanzas y los procesos de cambio acelerado que estamos viviendo en la era del Capitalismo Cognitivo.

El libro que a continuación presentamos nace, precisamente, con esta voluntad de mapear e iniciar un estado del arte sobre la materia.

Los dispersos y escasos estudios en materia de nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTIC), tradicional por otra parte en la comunicología iberoamericana, y la adversa política científica de financiación de estudios que cultiven una necesaria visión crítica, social y humanística, sobre el uso y la apropiación de las redes digitales, desde el punto de vista de su impacto en procesos de empoderamiento, sostenibilidad y/o desarrollo, vienen incidiendo en las últimas décadas en una lógica de fractura o brecha cognitiva entre los avances y la maduración de los usos y la socialización de la cultura digital y la escasa o pobre sistematización del

conocimiento disponible o compartido sobre la nueva realidad emergente que viene mudando patrones y parámetros culturales al calor de la revolución digital, como si de un proceso ineluctable se tratara. Tal desequilibrio está en el origen del evidente desfase entre innovación científico-técnica y cultura pública, que especialmente en regiones vulnerables y periféricas como España y América Latina, tradicionalmente dependientes de las tecnologías de la información y de la industria de equipamientos electrónicos de los países del centro del sistema mundial de información y conocimiento, resulta más que notoria. Las transformaciones tecnoculturales tienen así lugar sin un conocimiento integral exhaustivo ni políticas públicas articuladas y sostenidas en el tiempo, pese a la centralidad y la determinación que la revolución digital ha venido mostrando en los últimos años, dada su capacidad de permear y, transversalmente, definir performativamente las nuevas condiciones de socialización y, desde luego, la vida cotidiana de la gente y las instituciones, tanto públicas como privadas. Analizar y redefinir conceptualmente los procesos de mediación a partir de los usos y la proyección social de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación constituye, en este sentido, una tarea prioritaria en tanto que ámbito de investigación estratégico. En juego está comprender las nuevas formas de subjetividad, qué significa hoy ser ciudadano y cómo construye su universo social el nuevo sujeto de derechos, o, más allá aún, en qué ha de consistir y diferenciarse la denominada «ciudadanía digital», en la era de la democracia 4.0, de otras formas de producción colectiva y mediadas que la anteceden en el tiempo.

En este sentido, la Agenda del Siglo XXI en Ciencias Sociales y Humanas viene determinada por la necesidad de repensar la cultura y lo social con relación a la tecnología. En

la medida en que las transformaciones aceleradas del capitalismo nos exigen perfilar otra mirada o cultura de observación, capaz de identificar la multitud de problemas prácticos y científicos que introducen las TIC, la investigación social debe contribuir en lo posible a perfilar, desde un renovado compromiso epistemológico y una nueva agenda de investigación, la nueva sociedad emergente que se vislumbra con la cibercultura de los nativos digitales aplicando nuevas herramientas y conceptos adecuados a las condiciones materiales objetivas, y a la naturaleza del sujeto en construcción que, como escribiera Marcuse, más aún en la era de la copia, es un sujeto en continuo proceso de montaje y desmontaje permanente. Y ello procurando pensar las formas de articulación del pensamiento propio a partir del conocimiento crítico-reflexivo de los diversos problemas históricos y culturales de los nuevos medios y mediaciones que tienen lugar en el actual proceso de globalización, desde las matrices epistémicas que han definido el pensamiento crítico de la Escuela Latinoamericana de Comunicación (ELACOM), esto es, a partir de los antecedentes anticipados en la obra y los trabajos de una nómina selecta de estudiosos e intelectuales de nuestra tradición geopolítica y cultural, que hoy tienen continuidad en nuevas generaciones de investigadores que, aunque marginalmente, abordan el eje conceptual de reflexión del presente volumen sobre ciudadanía, tecnología y cultura.

Si la era de la cultura global es, en definición de Manuel Castells, la era de la sociedad-red, dominada por el gobierno de las máquinas inteligentes, la comunicología iberoamericana debe confrontar este ámbito desde sus propios puntos de anclaje y referencia, dando mayor relevancia a los programas y objetos específicos de la cultura digital, ámbito, como decimos, apenas puntualmente tratado en la producción científica

regional, predominantemente anclada en los medios analógicos o, si se nos permite la expresión, recurrentemente influida por la cultura de la mediación característica de la modernidad clásica, pese a que las TIC vienen marcando en buena medida la agenda y los principales debates de los organismos internacionales de regulación (Unesco, OMC, UIT, etc.), como antaño ocurriera con el NOMIC, al colocar en el debate académico, y político, el profundo desacuerdo acerca del estatus de la cultura como bien público o como servicio sujeto a los principios mercantiles de la doctrina del libre flujo de la información.

Como resultado, el reconocido papel mediador de las TIC en el marco de desarrollo de la nueva gobernanza global ha agudizado las contradicciones internas y la dialéctica de la dependencia y la neocolonialidad, sin que, paradójicamente, el pensamiento latino haya otorgado la importancia y la centralidad que merece a la cultura digital. Por ello, en este contexto contradictorio y conflictivo de las mutaciones en curso que experimentan las industrias culturales, el campo iberoamericano en comunicación debe revitalizar su tradición sociocrítica y abordar las mediaciones sociales, políticas y culturales de las NTIC, problematizando los discursos y modelos dominantes de innovación, creatividad y transformación productiva del trabajo inmaterial. La reflexión en la frontera del conocimiento a este respecto es, sin lugar a dudas, vital para contribuir al desarrollo de la investigación aplicada y el programa científico especializado en la dimensión sociocultural de la revolución digital en nuestros respectivos países y a nivel regional, si queremos trascender la división internacional del trabajo cultural que impone el nuevo Capitalismo Cognitivo, en favor de las matrices propias de la cultura autóctona, tanto en la creación de contenidos,

herramientas y procesos de comunicación, como en la representación cognitiva y científico-técnica de tales mediaciones y lógicas de articulación tecnoestéticas y políticas.

Con esta idea, el Grupo Interdisciplinario de Estudios en Comunicación, Política y Cambio Social (www.compoliticas.org) inició hace cinco años un programa permanente de investigación que entre 2008 y 2011 dio lugar a diversos proyectos de I+D fundamentales, y la creación de la Red Caracol de Ciudadanía Digital (www.observatoriociudadaniadigital.org) como espacio regional de cooperación. La idea del observatorio no es otra que contribuir, por un lado, a la articulación, a nivel nacional, de redes de grupos de investigación que formalicen y compartan visiones para un programa de ciencia y tecnología en materia de cultura digital y, al tiempo, conformar un grupo estable de trabajo supranacional en el espacio regional iberoamericano que aporte, mediante estudios comparados y análisis transversales sobre aspectos particulares de este campo de estudios, nuevas miradas, conceptos y propuestas teórico-metodológicas de investigación desde la propia tradición científica a partir de tres pilares básicos:

1. La vocación iberolatinoamericana, coherente con la historia, legado y proyección internacional de COMPOLITICAS, grupo del Plan Andaluz de Investigación (SEJ-456) vinculado al Instituto Universitario de Estudios sobre América Latina (www.ieal.es), que viene distinguiéndose por una activa política de intercambio con universidades y centros de investigación latinoamericanos.

2. La articulación de redes de investigación, docencia e intercambio sobre nuevas tecnologías, participación ciudadana y desarrollo local, como estructura de organización flexible que

da consistencia al proyecto y anima todo tipo de iniciativa académica de cooperación científica, y movilidad docente en la consecución de programas internacionales de excelencia.

3. Y un decidido enfoque histórico crítico de diálogo entre culturas y tradiciones teóricas diversas que han dominado la matriz de los estudios en comunicación en América Latina y que forman parte de la tradición intelectual y la apuesta formativa de COMPOLITICAS en este y otros proyectos puestos en marcha con la decidida voluntad de inspirar nuevas miradas y saber-hacer productivo en la frontera del conocimiento del uso y apropiación de las nuevas tecnologías para el desarrollo local.

Tales planteamientos, a nuestro entender, facilitan la producción de un pensamiento propio con mayor coherencia y entidad, explorando las matrices de la cultura digital como un campo problemático de investigación y crítica social que inaugura espacios en disputa de identificación y conflicto, que, en lógica coherencia, exige de nuestra parte vincular, de entrada, el conocimiento de los problemas contemporáneos de nuestras sociedades, desde el punto de vista de la memoria colectiva y las identidades plurales que definen históricamente toda cultura, con las políticas de comunicación y su impacto en los modelos de modernización informativa, o considerando fenómenos peculiares como los procesos migratorios, los aspectos de género y articulación social interculturales y/o la recuperación de formas antiguas de comunicación y cultura popular en las experiencias posmodernas de aplicación de los nuevos dispositivos y equipamientos tecnológicos, entre otras temáticas relevantes para su estudio y consideración científica. Ésa es la intención y el objetivo general que anima la presente edición, con la que, al menos en parte, se pretende impulsar el

estudio y desarrollo de investigaciones relativas a la construcción de los modelos participativos de gobierno electrónico y producción de lo procomún, contribuyendo aun modestamente al desarrollo de la teoría y las metodologías de investigación aplicada en el conocimiento y metaconocimiento de las nuevas tecnologías de la información desde el contexto cultural inmediato. Con esta pretensión, se convocó a la comunidad académica regional a tratar de definir y teorizar las nuevas formas de ciudadanía en las interfaces entre tecnología, cultura y sociedad, a partir de experiencias anteriores de trabajo de campo, procurando:

- Mapear el estado del arte, contribuciones y problemas relevantes en materia de nuevas tecnologías, ciudadanía y desarrollo local.

- Discutir las aportaciones más significativas identificando las principales fuentes de información y referencias bibliográficas con relación a los ejes nodales del proyecto.

- Repensar los intercambios, en régimen de enriquecimiento, modificación y cambio de valores y universos simbólicos, de los nuevos frentes culturales y otros ámbitos de hibridación de la cultura posmoderna y tardocapitalista asociados al uso, consumo y apropiación de las nuevas tecnologías.

- Conectar la generación del conocimiento con las necesidades y los procesos sociales, que tienen lugar en la región, contribuyendo a la movilización en pro de nuevas interrogantes, nuevas lógicas de agenciamiento productivo y, claro está, otro programa de investigación en materia de ciudadanía, tecnología y cultura, desde los parámetros sociocríticos que, indefectiblemente, marcan y deben inspirar el

pensamiento y la cultura de investigación en España y Latinoamérica.

Considerando los objetivos generales y específicos de la Red Caracol, y en coherencia con la filosofía de COMPOLITICAS, entendemos que el avance del conocimiento sobre la revolución digital exige de los investigadores la voluntad de compartir saberes en red, explorando todas las posibilidades de la cultura del lenguaje de los vínculos, tal y como nos muestra el movimiento de software libre, y la propia cultura comunitaria del modo de producción científico-técnica inspirada en la lógica del don.

Este libro apenas constituye un hito o registro formal, un mero archivo del proceso articulado en el entorno virtual del Observatorio Iberoamericano de Ciudadanía Digital. En este espacio de convergencia y autoorganización del campo comunicológico venimos procurando repensar las nuevas interrelaciones entre tecnologías, sociedad civil y democracia, desde el punto de vista de las transformaciones históricas y potencialmente liberadoras que ofrece la cibercultura en la producción de la cultura común de las multitudes inteligentes. Por ello, de acuerdo con las nuevas dimensiones y la escala de la mediación tecnocultural de la que nos ocupamos, el libro muestra una amplia variedad de miradas, tradiciones y culturas de origen, en el entendimiento cabal de que los desbordes creativos de la tecnología hacen necesaria la cooperación supranacional de académicos especializados en temáticas e investigación aplicada diferentes.

Tal diversidad en los contenidos tiene una triple motivación:

1. Aportar conocimiento local sobre las relaciones entre nuevas tecnologías, espacio público, ciudadanía y desarrollo

local.

2. Analizar diferentes factores y elementos centrales en los procesos complejos que interfieren en los intercambios con las nuevas herramientas de interacción y organización social, desde ámbitos específicos de la investigación.

3. Poder proyectar ejes comunes o problemáticas transversales que permitan a medio plazo un programa común, regional, de investigación sobre cultura digital en Iberoamérica.

Somos conscientes de que las problemáticas por abordar en el campo son múltiples, y abarcan desde la teoría y epistemología de la cibercultura, al análisis del Net Activismo, pasando por la discusión sobre metodologías de investigación y/o las técnicas de análisis de internet, las políticas de comunicación e inclusión digital o la producción de las nuevas identidades en la era de las multitudes inteligentes. Sólo algunas de estas problemáticas son tratadas en las aportaciones compiladas en el presente volumen, que, como hemos indicado, es apenas un registro, una huella ecológica para la producción común de una nueva episteme y, tanto teórica como prácticamente, un paso para la constitución de una nueva ecología de la comunicación y la cultura.

Cumplimos así, idealmente al menos, con la función originaria implícita en nuestro proyecto de I+D «Nuevas tecnologías de la información y participación ciudadana. Formas de mediación local y desarrollo comunitario de la ciudadanía digital» (Plan Nacional de I+D, Dirección General de Proyectos de Investigación, Ministerio de Ciencia e Innovación, Modalidad A (Referencia: CSO2008-02206/SOCI) (2008-2011) con cargo a cuyo presupuesto se edita el presente volumen.

Confiamos en que la recepción y la provechosa lectura animen tales empeños.

Bauru, 28 de mayo de 2012

1

Ciudadanía, comunicación y ciberdemocracia. Un enfoque sociocrítico del Capitalismo Cognitivo

Francisco Sierra Caballero

Introducción

Pensar en nuestro tiempo la comunicación y el desarrollo normativo de la democracia, desde el punto de vista de la ciudadanía, es imposible, como tarea intelectual, al margen de los procesos de reestructuración y transformación del nuevo espíritu del capitalismo. Si bien podemos hablar de apropiación social de las nuevas tecnologías o de socialización de los nuevos medios y mediaciones culturales en la era digital, tales procesos tienen lugar a partir de las contradictorias y conflictivas sobredeterminaciones de los procesos de subsunción de la sociedad entera por la lógica del capital. Éste es el marco que orienta y da sentido a la lucha por la ciudadanía frente a las actuales asimetrías y desigualdades constituyentes del campo de la comunicación y la cultura. No podemos, en consecuencia, proponernos definir los retos democráticos del desarrollo de los medios y sistemas de información digital sin ser conscientes de las lógicas sociales que recorren y determinan tales procesos, salvo que repitamos la historia como farsa, tal y como sucediera con el desarrollo de la comunicación educativa y la expansión de la industria de satélites en los años sesenta al

calor del paradigma dominante de difusión de innovaciones o, peor aún, que por mor de un prurito de modernidad mal comprendida se obvie, inclusive desde la teoría crítica, tal centralidad cualitativa para continuar insistiendo en los tópicos de la falta de pluralidad y la hegemonía ideológica, propias de los medios analógicos tradicionales, sin asumir la potencia deconstructiva del pensamiento para el cambio social que subyace en las prácticas creativas de autonomía desplegadas a lo largo y ancho de las interfaces del nuevo sistema de reproducción social.

Ciertamente, hoy por hoy, no es posible comprender y pensar las transformaciones en curso sin trascender las cosmovisiones convencionales que limitan el alcance y conocimiento de la nueva realidad emergente. Toda conceptualización teórica sobre la interfaz ciudadanía/nuevas tecnologías de la información debe, en coherencia, abordar en su radical singularidad, y desde el plano concreto de la inmanencia, el marco de conflictos y contradicciones que atraviesan la nueva división internacional del trabajo cultural, así como los procesos de acceso y apropiación local de la tecnocultura, considerando desde una visión crítica el papel de las políticas públicas, y las nuevas formas de dominio y control social que inaugura el Capitalismo Cognitivo.

En las siguientes páginas, se presentan algunas ideas fundamentales a este respecto, enmarcando el eje central de los conceptos abordados en el libro, desde una nueva lectura del espíritu McBride y los derechos culturales de la ciudadanía, acorde con la configuración y la naturaleza del ecosistema de las redes distribuidas de información y conocimiento.

Del estado del arte y la agenda de investigación

La hipótesis fundamental de partida, ampliamente suscrita por la mayoría de estudios en materia de cultura digital y ciberdemocracia, es la centralidad que, hoy por hoy, adquiere el trabajo inmaterial y, más concretamente, las nuevas tecnologías digitales, en los procesos de intercambio y reproducción social que anteceden y atraviesan toda posibilidad o forma de participación ciudadana, como también desde luego la propia configuración del espacio público. Con la modernidad, tal y como ha sido reconocido por los estudios de opinión pública a partir de la década de los treinta, la información y la comunicación pública moderna van a desempeñar funciones fundamentales en la conformación del espacio común de deliberación y representación política. Desde entonces, es común reconocer que sin información y acceso al espacio comunicacional la libertad de expresión y otros derechos sociales tienden a ser conculcados. Hoy, de hecho, la calidad de la vida democrática de una sociedad puede ser ponderada en función de la vitalidad y la mayor o menor diversidad del propio sistema informativo. La voluntad de saber sobre las condiciones y parámetros de la organización democrática de la mediación, en la teoría y sobre todo en el análisis empírico, ha sido por lo mismo ampliamente cultivada. Tanto que la comunicación política puede ser considerada una de las disciplinas y objetos de estudio privilegiados en la investigación de la comunicología, además de motivo recurrente de aceradas críticas y discusiones académicas especialmente en lo que se refiere a los problemas normativos derivados de la necesidad de regulación social y a las relaciones de mutua dependencia existentes, directa o indirectamente, entre el sistema social y el sistema público de comunicación. La amplia producción científica en la materia ha tendido como consecuencia a

observar las diversas realidades de la comunicación política en función de los efectos, consecuencias negativas y dimensiones institucionales de la fenomenología de la cultura democrática mediatizada, dejando de lado aspectos significativos como la emoción, los imaginarios y las representaciones de la cultura pública y, por ende, la participación que facilitan o restringen las mediaciones de las industrias culturales. Ahora, en la era digital, este olvido de la instancia subjetiva, vivencial y reconstruccionista de la mediación hoy viene dejando en evidencia la necesidad de un abordaje distinto que, pensando críticamente, en lo concreto, las instancias de recepción, consumo y producción política de lo social mediatizado, trate de vislumbrar, en un sentido cultural más amplio, las mutaciones estructurales que las industrias de la comunicación impulsan en los modos de organización y las formas de acción colectiva contemporáneas que, entre otros procedimientos, facilita la apertura de nuevos procesos de participación y desarrollo comunitario. De lo contrario, la investigación social puede terminar convirtiéndose, como en parte acontece con mucha de la producción bibliográfica en la materia, en mera panoplia de argumentos neodifusionistas de instituciones como la UE, al servicio de un discurso y una política pública que tienden a identificar el papel estratégico de la sociedad de la información y del conocimiento como el principal factor de progreso y desarrollo de un nuevo renacimiento democrático, una nueva era que liberará todas las potencialidades pensables en la ilustración, a condición, claro está, de cumplir punto por punto los lineamientos de la economía neoclásica en la salida a la crisis del modo de acumulación capitalista, por medio de la concentración de la inversión y el gasto público en el binomio ciencia-tecnología (I+D+i), concebidas éstas como vectores motrices de la nueva sociedad-red. Es en esta lógica discursiva

de la sociedad de la información como ideología como hay que entender la referencia común de los estudios en nuevas tecnologías y desarrollo sobre la función provisoria de capital social que aportan los nuevos medios, así como las reiteradas referencias de los estudios de politólogos sobre la importancia de la confianza y el buen gobierno con las TIC, en lo que podríamos calificar, claramente, como una suerte de renovado nominalismo basado en la lógica de la racionalidad instrumental.

Ahora bien, por otra parte, la propia idea de capital social, implícita en los debates sobre sociedad europea de la información, revela que, de uno u otro modo, existe, aún de forma embrionaria, como hoy se observa en movimientos como el 15M, un estrecho vínculo entre nuevas formas de agenciamiento y dispositivos digitales de representación, información y expresión cultural, en lo que Castells sintetiza como el gran salto de la Mass Communication al Self Media. Los nuevos medios digitales, la galaxia Internet, no sólo han fortalecido las formas de integración comunitaria. En la medida en que han ampliado las formas y el grado de participación ciudadana de la población, las redes interactivas de comunicación social han transformado radicalmente las formas de sociabilidad y, paulatinamente, de paso, han horadado las bases institucionales del modelo centralizador y jerárquico de mediación de las representaciones sociales. Si observamos las nuevas experiencias de movilización y activismo social de redes como Anonymous, y comparamos las formas tradicionales de gobernanza con las nuevas lógicas de politización de lo social, latentes en los procesos de articulación de las comunidades virtuales, parece lógico pensar que, en la sociedad-red, la participación ciudadana es un indicador definitorio que da cuenta del mayor nivel o no de desarrollo. Y de ahí inferir, con

autores como Putnam, que, de la mayor o menor disposición de capital entre diferentes colectivos de población, depende la crisis de confianza y la pérdida de autonomía de los actores locales. Pero al explicar la función socializadora de la cultura digital y, en general, de las TIC son numerosas las interpretaciones que conciben la nueva mediación como una variable que refuerza, junto a otros múltiples factores, ciertas tendencias que, entre otros efectos, inciden en el aislamiento y la desconexión ciudadana, por el propio consumo de medios electrónicos como la televisión e Internet, en la medida en que éstos tienden a separar a los miembros de una comunidad dada, estableciendo distancias e intereses disímiles contrarios o, al menos, nada favorables a la vida en común. En esta línea, autores como Jorg Becker vienen insistiendo sobre la desconexión ciudadana y la balkanización del espacio público como principales efectos del aislamiento y la atomización de los individuos consustanciales al nuevo entorno digital. Otras aportaciones como las de Pierre Lévy argumentan, en cambio, justamente lo contrario: la mediación tecnológica articula nuevas formas de sociabilidad, inaugura espacios y canales de interacción autónomos que pueden y, de hecho, consiguen revitalizar la democracia.

Hace una década, cuando iniciábamos nuestros estudios en esta materia, buena parte del debate teórico y académico sobre el papel de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTIC) partía de esta misma matriz o lógica interpretativa dicotómica, similar, en el fondo, a los términos de los célebres debates entre apocalípticos e integrados en torno a la cultura de masas. Pero desde entonces numerosos acontecimientos obligan a repensar categorías y modelos de análisis. La emergencia de nuevos procesos de participación local y global, en campañas como la elección del presidente de

Estados Unidos, Barack Obama, o el reciente movimiento 15M, han redefinido en buena medida el contexto social objeto de deliberación científica por parte de la comunidad académica, apuntando la emergencia de un nuevo orden y una realidad. Hoy sabemos, por ejemplo, que la reivindicación por parte del nuevo Net Activismo del derecho a la ciudad, que el ejercicio de la ciudadanía y el buen gobierno son, cada vez más, concebidos, necesariamente, como la construcción no sólo de un proceso de inclusión y socialización digital ante los intensivos procesos de cambio, sino sobre todo como un proceso de lucha y apropiación por recursos difusos como Internet, un proceso en fin de lucha por el código que exige una mayor permeabilidad y apertura cognitiva de la investigación, si quiere capturar o percibir el uso múltiple y variado de la información y el conocimiento por los actores sociales. Como advierte Toni Negri, hoy asistimos a la proliferación de una nueva complejidad colectiva múltiple y, derivado de ello, a una crisis de la representación, que demandan del pensamiento y la teoría social, más aún desde una perspectiva crítica, nuevos parámetros y categorías, tal y como se observa con la descripción de la revolución y las multitudes inteligentes (Hardt y Negri, 2011).

En el nuevo modelo de mediación social, el conocimiento de las transformaciones en curso que introduce la cultura digital exige una práctica teórica bien distinta. No sólo están en crisis las formas de gubernamentalidad y las lógicas de concepción del desarrollo. Las redes y el lenguaje común de los vínculos definen nuevos cronotopos y puntos de anclaje de la experiencia que deben ser repensados desde una cultura de investigación dialógica, una concepción inmanentista del acontecimiento y la ruptura con la producción mediática estandarizada, en virtud de una lectura necesariamente creativa

e indiciaria del pensar y definir el ser digital. Más aún, en el nuevo horizonte cognitivo, la política de la ciberdemocracia debe plantearse como una economía política del archivo, como una crítica metacognitiva de la captura de la experiencia vivencial de la cibercultura, comenzando con los indicadores de inclusión digital y concluyendo con los modos de compartir y socializar el saber sobre lo social.

Comenzaremos por lo primero que, en realidad, comparte la misma matriz política y cognitiva. En nuestra era, cada vez es más notoria, políticamente, la pertinencia de repensar y discutir los métodos y criterios de evaluación de los procesos de modernización tecnológica, discutiendo cómo evaluar y definir indicadores en materia de innovación que garanticen la democratización y el desarrollo de nuevas formas de gobierno y sistemas dialógicos de interacción y construcción de lo común, entendiendo que el problema estratégico de las políticas locales hoy día, en la era de la globalización, es justamente cómo evaluar y definir la participación para una nueva gobernanza que impacte favorablemente en los procesos de desarrollo comunitario autónomos desde una firme apuesta por la democracia participativa y pluralista. Pues del conocimiento concreto de las nuevas formas de construcción de la ciudadanía en los procesos de desarrollo urbano y rural a través de las nuevas tecnologías de la información se infieren lógicas diferentes de construcción del espacio y la subjetividad política que han de ser repensadas y que, lamentablemente, la investigación poco o nada está contribuyendo a abordar, bien por los cercamientos y fracturas disciplinares, bien por la racionalidad eficiente y el dominio del paradigma informacional en el estudio de la mediación o, como en parte se observa, por la herencia colonial de un modo de producción del conocimiento positivo e individualista metodológicamente, en

lo que Edgar Morin critica como pensamiento bárbaro y egocéntrico.

Sostener esta cultura cartesiana en los modos de pensar y describir al actor-red es cuando menos incongruente y/o extemporáneo. Pues la nueva configuración sociopolítica de la era digital exige, antes que cualquier otro principio o norma, asumir, con todas sus consecuencias, la complejidad de los flujos transversales de información, y de conocimiento, que permean e impregnan todos los órdenes y dimensiones de la vida social y cotidiana de la población. Y esta cuestión, la segunda enumerada más arriba, no puede ser postergada sin consecuencias políticas en el Capitalismo Cognitivo.

Si con la implantación de nuevos equipamientos y soportes tecnológicos como los telecentros, las dinámicas de reproducción y desarrollo cultural están siendo radicalmente modificadas, alterando las relaciones sociales y las formas de organización, el estudio de los cambios que acompañan a este proceso de innovación social constituye un objeto material de investigación particularmente relevante que apunta en dirección a una nueva episteme y cultura de investigación comunicológica. Más aún cuando, en el marco de la razón imperial y el discurso neodifusionista tecnológicamente determinista, son visibles, en los procesos de desarrollo y gobierno locales, nuevas desigualdades y formas persistentes de exclusión social de los bienes y servicios avanzados de información pública entre diferentes segmentos de la población, poniendo en evidencia la futilidad de los argumentos esgrimidos por los portavoces oficiales de la sociedad del conocimiento.

Una revisión sucinta de los trabajos de campo y estudios empíricos en la materia constatan que existen algunas transformaciones sustanciales experimentadas en el campo de

la comunicación que, como argumenta la investigación administrativa, inciden en la recomposición de las esferas públicas y privadas, y que, añadiríamos nosotros, tienen como consecuencia la crisis del concepto de servicio público y la progresiva individualización y vaciamiento de los vínculos comunitarios, al tiempo que, contradictoriamente, se observa:

a) La multiplicación de foros de discusión y el desarrollo de espacios de expresión y visibilidad social de grupos de población tradicionalmente excluidos de los medios convencionales de información.

b) La proliferación de grupos y colectivos sociales de movilización e intervención política.

c) El desarrollo de experiencias participativas de creatividad social en el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías para el desarrollo comunitario.

Esta particular dialéctica de la revolución digital tiene lugar en un proceso en el que, sin embargo, ante la crisis de representación y gobernanza al calor de los procesos intensivos de transformación global del capitalismo, las autoridades locales, y en general la Administración pública, apenas han explorado las potencialidades emancipatorias que permitirían reinventar la democracia local y la representación a escala global en lo que el movimiento del 15M denomina Democracia 4.0. Los resultados arrojados en trabajo de campo indican que, frente al uso avanzado de los sistemas de información y representación social, las autoridades locales siguen ancladas en el uso subdesarrollado de las tecnologías, reeditando la idea republicana y conservadora de Madison, justo cuando la democracia más requiere innovación, una nueva ciencia basada en la participación creativa, en la autonomía social, sin la

mediación instrumental y limitada de la comunicación como dominio que restringe, de acuerdo con el paradigma de la representación, las formas de acceso y control social (Sierra, 2011).

En el contenido y la tensión de la que es portadora esta paradoja podemos situar la crítica a las deficiencias del modelo representacional observadas durante nuestro trabajo de campo, ante la intensificación a escala geométrica de los procesos de globalización y sus efectos colaterales en el plano local, entre ellos la susodicha desconexión de los ciudadanos, la falta de compromiso cívico o la negación directa a participar de los tradicionales modelos de mediación, claramente inadecuados en la cultura y las formas interactivas de la era digital.

La prevalencia del modelo o paradigma informacional de gestión y organización de la comunicación pública moderna, y la propia concepción científica de la comunicología, está siendo, no obstante, impugnada en la realidad por prácticas sociales y actividades de interacción política lábiles, fluidas, empoderadas, por dinámicas de construcción y cooperación social como, por ejemplo, la conectividad y el activismo de los nuevos movimientos sociales, que cada vez más utilizan las herramientas telemáticas como recursos de información y organización interna. La propia conexión entre asociaciones civiles y grupos específicos de población liderada por el denominado «tercer sector» comienza incluso a pensar una economía social de la comunicación, mientras traza nodos y macrorredes articuladas a escala internacional, o experimenta nuevas modalidades de intervención sociopolítica en el ciberespacio. «Los media interactivos, las comunidades virtuales desterritorializadas y el auge de la libertad de expresión que permite Internet abren (en este sentido) un novedoso espacio de comunicación, inclusivo, transparente y

universal, llamado a renovar profundamente los diversos aspectos de la vida pública en el sentido de un mayor incremento de la libertad y la responsabilidad de los ciudadanos» (Lévy, 2002: 9).

La constatación del hecho práctico, concreto y material de la ciberdemocracia plantea, a este respecto, de acuerdo con Lévy, la necesidad de trascender la clásica noción de participación individual y/o comunitaria sostenida por algunos estudios sobre capital social y desarrollo. Las complejas tramas de sentido y conformación de la subjetividad contemporánea apuntan, al contrario que estos estudios auspiciados por la Comisión Europea y la investigación administrativa, la clara y potente emergencia de un nuevo modelo de mediación complejo y solidario, que promueve la apertura de espacios públicos locales, y una formación ética de la ciudadanía orientada al empoderamiento social y colectivo desde una concepción praxiológica y construccionista de la intervención con los nuevos dispositivos tecnológicos.

Si algún sentido tiene apostar por la participación como principio rector de la democracia y el desarrollo local, es justamente porque se concibe la comunicación como contexto y horizonte de progreso para favorecer las relaciones anticipatorias y liberadoras, porque se aspira a promover relaciones de cooperación y formas de ciudadanía activa, porque, en suma, se apuesta por activar las relaciones de confianza y el interés público a partir de los contextos locales y los mundos de vida. El desarrollo social de las NTIC y las categorías y protocolos de análisis en esta materia deben, por consiguiente, ajustarse a los procesos de apropiación social por la comunidad, a las necesidades radicales de expresión y desarrollo cultural de los sujetos, así como a los retos económicos-políticos de interés y dominio público, pensando la

participación y las posibilidades abiertas por los nuevos medios digitales como un proceso de construcción colectiva del desarrollo y el conocimiento, basado en la cooperación, la organización de redes cívicas y el diseño de los planes de cambio social a partir de la creatividad individual y colectiva de los actores locales.

Por supuesto, este empeño significa ir mucho más allá que simplemente, como observamos en la mayoría de las políticas públicas, propiciar el acceso a la red mediante la gratuidad de servicios municipales o autonómicos de infraestructuras públicas como los telecentros. Antes bien, conceptualmente, se trata de procurar experimentar con la creación y autoorganización de la ciudadanía de acuerdo con los principios de la democracia participativa. Ello implica una dimensión claramente metodológica como también epistémica. Pero en nuestro ámbito observamos que la participación política y la ciberdemocracia son definidas según los límites jurídicos e institucionales de las formas modernas de ordenamiento político y social ya superadas o, mejor dicho, paulatinamente desbordadas por los procesos de construcción social colectiva. En este punto, todo diseño teórico-metodológico de análisis de la cultura digital debiera asumir, conscientemente, la idea de que es necesario un cambio de orientación en la teoría y la práctica científica tendente a valorar la importancia del rol de las multitudes inteligentes en una era, la de la colmena, que exige mayor cooperación, un saber y mirar desde abajo y, desde luego, la virtud de problematizar inteligentemente las formas de articulación de cada una de las singularidades creativas.

La intelectualización de todo trabajo productivo y la hipótesis operaria de la fábrica social que confirma la extensión de la cultura de los prosumidores determina, a nuestro entender, la necesidad de una nueva imaginación sociológica,

otra forma de producción del saber sobre las prácticas de innovación y creatividad social, respetuosa y coherente con estas dinámicas prescriptivas. Aunque desde el punto de vista académico, tal constatación inicial siga siendo negada sistemáticamente. Somos conscientes, por ser justos y precisos, que tal afirmación y planteamiento epistémico supone un reto titánico, dada la complejidad de pensar al revés de la tradición moderna, y sobre todo cuando resulta poco evidente o empíricamente constatable el punto de anclaje de la experiencia investigadora, en un proceso revolucionario que apenas inicia y alumbra sólo puntualmente las formas emergentes y alternativas de constitución social. Por ello quizás prevalecen en la producción científica los usos y concepciones instrumentales del papel de las NTIC en los procesos de cambio que tienen lugar en nuestra contemporaneidad. O dicho en otros términos, la positiva visión empírica de las nuevas mediaciones no nos permite comprender la naturaleza y calidad de las transformaciones estructurales en curso que, necesariamente, han de ser teorizadas y al menos prospectivamente anticipadas apenas, y sólo tentativamente, de forma indicial. Ello explicaría por qué la literatura que describe y analiza la nueva lógica de producción social insiste en las concepciones convencionales de creatividad e innovación, de Schumpeter a Florida, pasando por Castells y los herederos de McLuhan. Y quizás también por lo mismo no es casual la multiplicación de los programas y experiencias de branding urbano y marketing promocional de las ciudades que han dado lugar, inclusive, en el último lustro, a congresos especializados sobre la materia, en el empeño por imaginar la función productiva de las nuevas tecnologías de la información, y en general de lo simbólico, en procesos de transformación social con participación de la ciudadanía, para garantizar la confianza

y el buen gobierno en la reproducción asimétrica de nuevos relatos y cronotopos a partir del principio de diseño por consenso.

Desde el diagnóstico a la planificación estratégica del territorio y el reclamo intelectual de la investigación emprendedora de la comunicación al servicio del desarrollo, el paradigma de la sociedad-red ha orientado así la agenda de investigación pensando en los sujetos y en la creciente circulación de información, que hace posible lo que Indovina denomina ciudad difusa y Richard Florida ciudades creativas, a partir de las lógicas expansionistas y colonizadoras del capital con la consecuencia, inevitable a juzgar por la ley de hierro del desarrollo tecnológico y la acomodation de las culturas e industrias locales, de una mayor participación privada y un menor control de los poderes públicos en la gestión del espacio territorial y simbólico, en función de cuatro directrices básicas:

a) El diseño de estrategias publicitarias y mercadológicas de promoción del territorio para competir por los recursos en los mercados de capitales a escala global.

b) La apropiación corporativa del espacio público y, en consecuencia, la expropiación privada y selectiva de infraestructuras y servicios de comunicación y cultura.

c) La planificación estratégica del territorio con participación de distintos agentes tanto públicos como privados a través de procesos de concertación y mediación.

d) La integración de partenariados y equipos de gestión basados en la colaboración de actores públicos y privados, liberalizando la gestión pública del espacio.

Obviamente, estas lógicas poco o nada tienen que ver con el derecho a la ciudad ni con el libre ejercicio de la ciudadanía y

el buen gobierno implícitos en las nuevas formas cooperativas de inclusión y socialización articuladas en torno a los procesos de lucha y apropiación por el código con los nuevos recursos difusos de la galaxia Internet. La demanda de una mayor permeabilidad de la Administración en el uso múltiple y variado de la información y el conocimiento socialmente necesarios para el desarrollo comunitario es una promesa incumplida en las experiencias analizadas de gobierno en línea. Si las NTIC pueden fortalecer la capacidad de autogobierno de las comunidades locales, superando las diferencias económicas mediante la contribución a la creación de espacio público y dinámicas de participación igualitarias en los planes de desarrollo local, es, contrariamente a las lógicas mercantilistas de la economía creativa que subyacen en las experiencias de marketing urbano, justamente si se cumple la condición de que los movimientos sociales y la sociedad civil organizada lideren la lucha por la defensa de los derechos culturales y tengan un papel protagónico en el tejido de las redes de interacción y gobernanza. Esto es, sólo las redes críticas de acción colectiva pueden desplegar la capacidad necesaria de movilización y extensión de vínculos sociales que precisa el desarrollo endógeno, si de configurar otro espacio público local se trata como nuevo horizonte cognitivo de democratización en torno a la nueva cultura digital. Es sólo desde estas lógicas y matrices vinculantes donde es posible repensar las formas de vida en común y los modelos de organización y mediación sociocultural. A través de ellas, a través de las redes críticas de articulación y autoorganización comunitaria, se están produciendo, de hecho, los nuevos imaginarios urbanos y las nuevas formas de ciudadanía. En este proceso, las NTIC proporcionan, concretamente, herramientas y espacios para construir dialógicamente un nuevo sentido de identidad y pertenencia,

más allá de la participación en una comunidad o lugar de adscripción territorial. Las memorias digitales que circulan en la red dan lugar así a nuevas derivas urbanas y formas originales de ciudadanía con las que es necesario pensar de forma distinta el espacio público y la democracia. En buena medida, porque los nodos virtuales son puntos nodales y espacios estratégicos generadores de nuevas dinámicas sociales, tanto como atractores de movilidad y apertura al cambio social de las comunidades en sus procesos de desenvolvimiento, como por otra parte en calidad de equipamientos y recursos propios de reconocimiento y organización interna. Resulta cuando menos revelador que tales formas emergentes de reproducción social no se estén traduciendo en nuevas políticas públicas, en estrategias colectivas y grupales centradas en la autonomía de los actores locales. Quizás por ser éste un tiempo interregno, un tiempo-encrucijada de transición entre formas jerarquizadas, informacionales, de representación, y nuevas dinámicas comunes de cooperación social, lo aún latente que emerge y apunta hacia un orden nuevo no termina de materializar, parafraseando al filósofo sardo, nuevas formas de desenvolvimiento frente a las instituciones dominantes de reproducción y representación social.

Por ello, sigue siendo un reto para la teoría de la comunicación y los estudios en materia de comunicación y cambio social tratar de entender qué factores intervienen en la inadecuación entre proceso social, innovación tecnológica y apropiación local. Como nueva frontera del conocimiento comunicológico, es necesario seguir sistematizando en el trabajo de campo más datos y elementos empíricos sobre el tipo de sociedad y las prácticas transformadoras que, en lo local, apuntan las redes telemáticas y desterritorializadas de información y conocimiento. ¿Qué modelos de sostenibilidad y

desarrollo promueven las complejas dinámicas de intermediación con participación ciudadana? ¿Qué formas y dinámicas de apropiación y uso social de las nuevas tecnologías tienen lugar en los municipios que han planificado el uso público de estos recursos infocomunicacionales en el desarrollo local? ¿Qué inflexiones y cambios se están produciendo en el campo de la comunicación desde el punto de vista de la participación democrática? ¿Cómo se están articulando los procesos de comunicación, desarrollo local y participación ciudadana en la coyuntura de la actual innovación tecnológica de la era digital? ¿Qué desafíos y límites políticos y culturales plantean la introducción de los nuevos soportes mediáticos en el contexto de las formas de institucionalidad? Y, claro está, ¿qué fracasos y obstáculos limitan el desarrollo potencial de las nuevas redes de cooperación y autonomía social?

En definitiva, el reto de la investigación en la materia es saber qué indicadores, variables y tipos de procesos inciden en la apertura de dinámicas de desenvolvimiento con participación de la población a través de las nuevas tecnologías. Cómo tienen lugar estas dinámicas y qué factores inciden de forma determinante en la mayor o menor efectividad de las políticas públicas y la acción colectiva son cuestiones, a nuestro entender, prioritarias en la política científica sobre sociedad de la información y exigen del campo tratar de repensar al menos, en la misma línea:

- Las formas de apropiación social por las comunidades locales de estos nuevos equipamientos tecnológicos.
- Las estrategias y buenas prácticas de producción y generación de contenidos compartidos en el ciberespacio.
- Los usos y la aplicación productiva de las nuevas tecnologías de la información en procesos de desarrollo

comunitario.

— Las tipologías y experiencias creativas de participación ciudadana en el entorno digital.

En virtud del principio constituyente de la naturaleza del objeto de estudio que es sujeto activo de producción y apropiación del código, y reconociendo la relevancia de la dimensión cultural, o simbólica, además de los útiles comunicativos para la participación local, derivada, como advierte Yúdice, de la transformación de la cultura en recurso y objeto de reclamo sustitutivo de la política y la economía en los procesos de desarrollo territorial, el marco de referencia, o contextual, de partida de la comunicología debe observar un cambio de rumbo o mudanza en el punto de observación del investigador, pues si bien es cierto que desde los años sesenta las políticas de desarrollo se centraban en la inversión en capital físico, y una década más tarde se descubrió la importancia económica de inversión en la gente, hoy la lectura de este proceso no puede reproducir dicotomías al uso de la tradición crítica, pues la dimensión inmaterial no es ya sólo una función sobredeterminada por las condiciones materiales de vida. En otras palabras, la cultura y la producción simbólica de las redes distribuidas de información, como la identidad, son centrales y productivas en la colmena de la fábrica social. La política de la representación «busca (hoy) transformar las instituciones no sólo mediante la inclusión, sino también a través de las imágenes y discursos generados por éstas. De ese modo, sitúa las cuestiones relativas a la ciudadanía dentro de los medios de representación, preguntando no quiénes cuentan como ciudadanos, sino de qué manera se les comprende; no cuáles son sus derechos y deberes, sino cómo éstos se interpretan; no cuáles son los canales de participación en la

toma de decisiones y en la formación de opiniones, sino qué tácticas permiten que se intervenga en esos canales y procesos decisorios en pro de los intereses subordinados» (Yúdice, 2002: 203). En esta línea, la apuesta de la escuela crítica latinoamericana por una comunicación participativa ha sido de acuerdo con tal lógica, trascendida en función del consumo posesivo de información y la demanda de formas participativas y de compromiso social que introdujo, especialmente a partir de los años ochenta, el discurso de la calidad total y la producción creativa del posfordismo.

«Hackear» el espacio público, pensando en red

En la materialización de los procesos de transformación de la revolución digital, hemos reseñado cómo algunos estudiosos, incluso desde una perspectiva crítica, apuntan la constatación de vaciamiento de lo público como consecuencia de la proliferación televisual y la colonización de los mundos de vida. Pero, como todo proceso contradictorio, otras interpretaciones demuestran, por el contrario, la relevancia de las nuevas tecnologías en el desarrollo de experiencias de empoderamiento local. La cuestión que dirime el citado diálogo improductivo entre tecnofóbicos y tecnofílicos es demarcarse de tal dicotomía estéril para pensar sistémicamente y hackear las mediaciones, identificando el grado de interconexión, la extensión y la calidad de la redes, pensando, en fin, desde el lenguaje de los vínculos, la calidad y la complejidad de la participación. Es cierto que uno de los problemas de las nuevas tecnologías, tal y como apuntábamos citando a Jorg Becker, es precisamente la fragmentación, «al liberarse las conexiones

sociales de las limitaciones del tiempo y espacio, las TIC podrían crear una sociedad dominada por grupos de interés encerrados en sí mismos, lo que daría lugar a la denominada balkanización del interés público» (Van Bavel, Punie y Tuami, 2004: 3).

Si bien Internet personaliza, vincula y reconoce los nuevos «agrupamientos sociales», las formas moleculares de enunciación y agenciamiento colectivo, también la red desestructura los proyectos políticos como horizonte vital. «El sistema teledemocrático tendería (así) a vaciar de contenido y, a la larga, a abolir las estructuras y relaciones asociativas y comunitarias de carácter intermedio entre el Estado y el individuo en las que el hombre, en cuanto ser social, se realiza» (Pérez Luño, 2004: 85). Por ello, frente al enfoque de los procesos comunitarios de adaptación de las nuevas tecnologías con participación ciudadana, implícito en la noción de capital social y la tradición de la que es heredera, es más pertinente definir tales procesos de cambio, más allá del individualismo metodológico, en términos de innovación o apropiación social desde una mirada estructural, y en la misma medida, siguiendo a Bourdieu, estructurante. En este sentido, una de las lecturas más productivas del diagnóstico sistematizado en el estudio de campo sobre la materia, tal y como hemos comprobado, es la importancia de visibilizar los modelos de democracia local a través de Internet en el fortalecimiento del capital simbólico y apropiación de las nuevas tecnologías a partir de la cultura y la práctica situada de participación de la ciudadanía. Cabe por ello distinguir a este respecto entre capital social (lo que Cees Hamelink denomina «capital informacional») y cultivo social (la cultura, y desarrollo de redes ciudadanas articuladas como tramas de sentido, en las comunidades, más allá de las condiciones objetivas o materiales) (Vizer, 2003). Ambos

componentes deben ser considerados en la extensión de las nuevas tecnologías para una ciudadanía activa, especialmente el cultivo social, por cuanto constituye la trama expresiva de formaciones de sentido en la vida cotidiana que permiten formas organizativas de calidad y complejidad superior, transformando a los actores sociales en agentes activos del cambio del entorno a partir de su propio conocimiento y praxis creativa.

Aún reconociendo la relevancia y pertinencia de algunos de los hallazgos de Putnam y otros investigadores sobre el particular, y especialmente su interés para los estudios en comunicación y procesos de cambio social como los que vivimos, lo cierto es que el problema de esta concepción de las redes sociales y las formas de gobierno y autoorganización de las comunidades tiende a abstraer y omitir las relaciones estructurales de poder, en especial el contexto político y económico, que orienta y delimita los márgenes de libertad para la toma de partido e intervención de la ciudadanía, abordando desde una lectura propia del paradigma neoclásico de la economía política, toda forma de intercambio y asociación en virtud de la caja negra del sujeto soberano que preside su análisis de los vínculos sociales.

Como bien ha criticado el profesor Navarro, el discurso sobre el Capital Social trata de entrada de reemplazar el análisis del poder entre clases, razas y géneros, y sus consecuencias en términos de políticas públicas, por una lectura economicista e instrumental de las relaciones sociales. Es preciso, en este sentido, pasar de una lectura «capitalizada» de los procesos de cambio que introducen las NTIC a una visión sociocrítica y estructural del proceso intersubjetivo de apropiación social de las nuevas tecnologías que recupere la potencia del habitus y la capacidad creativa de la experiencia

de los sujetos y actores sociales, sistematizando en este sentido el conocimiento empírico sobre tal proceso en el paso de la lógica capilar a la lógica de la estructura y procesos creativos de empoderamiento. En este desplazamiento del punto de observación, conviene asumir una visión cultural de la fenomenología de la economía moral de la multitud inteligente que la literatura historiográfica, antropológica y socioempírica viene aportando muchos años antes incluso de la propia existencia de Internet. Así, por ejemplo, a partir de Michel de Certeau, entendemos que los procesos de inclusión digital deben ser, sobre todo, concebidos como procesos de empoderamiento. Desde este punto de vista, el concepto de «apropiación» vincula procesos abstractos y generales de innovación científico-técnica con la vida cotidiana de los sectores populares, valorizando las guerrillas de comunicación en las que las multitudes ponen en juego tácticas de resistencia y subversión. En otras palabras, en todo proceso de apropiación hay un acto popular de transformación del sentido y de la experiencia que va más allá de las formas objetivas y manifiestas de acción colectiva y que, por descontado, trascienden la noción de neutralidad y naturalizada de la tecnología como agente de progreso.

La «apropiación social» de las NTIC apunta, en esta dirección, al pleno desarrollo de la capacidad individual y colectiva de interconectar realidades presentes en el nuevo entorno informativo mediatizado tecnológicamente, desde la estructura cognitiva y los propios mundos de vida de los sujetos, y la voluntad de poder y autonomía que expresan en sus prácticas como resultado de la necesidad pragmática de hackear y adaptar los nuevos ecosistemas de interacción y transformación cultural en función de su contexto inmediato.

Podemos, en consecuencia, identificar diversos niveles de complejidad a la hora de analizar el proceso de apropiación de

las NTIC por parte de los actores locales, así como diferentes condiciones de organización de la mediación social: de la información a la deliberación, de los procesos de consulta y dinamización cultural a la elección y decisión vinculante. La complejidad y las posibilidades del uso y la gestión de los sistemas avanzados plantean pues diferentes alternativas para el diseño de un entorno inteligente y abierto de interacción, más allá de la dimensión instrumental. Aunque indicadores como el índice de oportunidad digital establecen criterios de desarrollo de la sociedad de la información básicamente limitados a la disposición de infraestructura, el uso de las nuevas tecnologías y el potencial desarrollo de las NTIC en términos de cobertura y posibilidad de acceso de la población, la cultura digital trasciende estas concepciones al uso apuntando nuevas posibilidades creativas, a nivel micro, con sus aplicaciones, y a nivel macro, con procesos revolucionarios como los vividos en España, Nueva York o Río. Por este motivo, el estudio de los usos de las nuevas tecnologías y los diagnósticos ad hoc sobre el desarrollo del capital informacional han comenzado a dejar de describir sólo las formas de interacción mediada con los nuevos dispositivos telemáticos para tratar de explorar las formas de participación de la ciudadanía en el desarrollo y la implementación de los nuevos equipamientos culturales.

Una de las líneas más productivas de investigación es la perspectiva aportada por la informática comunitaria (IC), que desde hace más de una década viene demostrando la necesidad de desarrollar un enfoque sociotécnico y comunicacional que amplíe el campo de visión del acceso a las nuevas tecnologías a fin de movilizar los recursos locales y gestar alianzas entre la población autóctona en los proyectos de innovación y cambio social impulsados con apoyo de las TIC. La IC parte del

supuesto de que toda iniciativa de difusión de innovaciones tecnológicas, en concreto la telemática, requiere la participación activa y el liderazgo de los sectores a los que va dirigido el proyecto, habilitando así a individuos, colectivos específicos de población y comunidades, para la apropiación productiva de los recursos de información y conocimiento:

Al abordar la utilización de las tecnologías desde esta perspectiva, se promueve la apropiación colectiva de las TIC para el desarrollo social, económico y cultural de las comunidades. La IC trasciende el acceso como un fin, afirmando la necesidad de que la integración de las TIC tenga un sentido de dirección definido colectivamente por la comunidad. Los proyectos comunitarios que insertan la IC en su quehacer apoyan el desarrollo de capacidades en la comunidad para integrar estas herramientas en su esfuerzo por adelantar su desarrollo colectivo, establecer redes de colaboración con otras comunidades, generar proyectos de comercio electrónico y apoyar las aspiraciones de mejoramiento individual de sus residentes (Sánchez Lugo, 2007: 3).

Se trata, por tanto, de una visión de la comunicación para el desarrollo ecológica que parte de una concepción aplicada de la investigación para la autopromoción y gestión autónoma de los procesos de desarrollo a partir del habitus, el conocimiento y el capital simbólico de la propia población local.

Tres líneas de actuación se privilegian, en consecuencia, en este tipo de intervención:

— Acceso a las redes y sistemas de telecomunicaciones. Las comunidades deben identificar opciones y recursos para generar desde su propia especificidad formas creativas de

apropiación de las nuevas tecnologías, produciendo la información y el conocimiento culturalmente necesarios sobre los propios recursos y las capacidades para autodeterminar el proceso de desarrollo.

— Formación de competencias comunicativas. El acceso requiere además la adquisición de una serie de competencias y acciones de capacitación para garantizar un uso inteligente y productivo de los nuevos recursos culturales puestos en juego. El diseño de planes e iniciativas de formación para la comunicación, desde una perspectiva del desarrollo comunitaria, más allá de la mera alfabetización tecnológica, constituye por lo mismo un pilar básico de los planes estratégicos de innovación en la sociedad del conocimiento.

— Cooperación para el desarrollo local. Finalmente, la perspectiva ecológica de la informática comunitaria plantea un proceso de intervención que promueva el lenguaje de los vínculos, facilitando la cooperación intermodal y polivalente entre diferentes actores, agentes e instituciones del ámbito local, con mediación de las nuevas tecnologías, a fin de contribuir positivamente al desarrollo local.

En esta línea, trabajos como los de Heilessen y Siggaard del Institute of Communication Studies de Dinamarca han venido abordando el análisis del diseño de redes de comunicaciones y su impacto en el desarrollo, tratando de sistematizar las dinámicas de los procesos que hacen factible y socialmente productiva la apropiación de innovaciones tecnológicas. En sus estudios sobre comunicación mediada por computadoras, abordan una perspectiva necesariamente interdisciplinaria sobre las redes y los modelos de organización para formular una crítica constructivista y generativa, compartida también por la filosofía del actor-red, en torno al uso y las prácticas

productivas de trabajo comunitario con las nuevas tecnologías de la información. Prevalece, sin embargo, en muchos de los programas y marcos lógicos de análisis de la mediación con las tecnologías digitales en procesos de desarrollo la perspectiva teórica que la escuela de Putnam viene planteando sobre la naturaleza y el papel del capital social en los procesos de cambio a nivel local (Huysman y Wulf, 2004).

La excepción viene marcada por la Escuela Latinoamericana de Comunicación (ELACOM). Los estudios en comunicación participativa y desarrollo social tienen acumulado en la región un amplio conocimiento de los procesos de empoderamiento y apropiación de las innovaciones tecnológicas de obligada referencia en la teoría y los estudios aplicados en la materia. Desde la radiodifusión y la televisión educativa al desarrollo actual de los telecentros como recursos para afirmar el derecho a la comunicación y la cultura, el pensamiento crítico latinoamericano aporta matrices y saber experiencial que constituye un punto de referencia para hackear el espacio de las redes. En esta línea, además de los clásicos trabajos de Luis Ramiro Beltrán, Rosa María Alfaro o Alfonso Gumucio, cabe destacar los aportes más recientes de teoría y trabajo de campo que viene dirigiendo el profesor Gustavo Cimadevilla de la Universidad Nacional de Río Cuarto en Argentina sobre innovación tecnológica, comunicación y cambio social en zonas rurales, o el proyecto dirigido por el Dr. Eduardo Vizer (Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires), un amplio y documentado estudio titulado «Teoría y práctica de la investigación y la intervención en comunidades y organizaciones sociales. Implementación de un método y dispositivos innovadores en comunicación comunitaria», que trata de dilucidar el desarrollo de un nuevo marco teórico-metodológico sobre procesos locales de innovación y

creatividad social. En la misma línea, pero desde el ciberactivismo, otros autores han tratado de analizar la función política de las nuevas tecnologías en las luchas contemporáneas de la ciudadanía y las nuevas formas de intervención desde una perspectiva general (López, Roig y Sádaba, 2003) o específicamente en políticas públicas y de inclusión digital (Marí Sáez, 2005; Sierra, 2006c).

Considerando algunas de las conclusiones más relevantes del estado del arte en la materia y la propia experiencia previa de exploración del objeto de estudio en línea con los aportes de la ELACOM, podríamos convenir, a modo de hipótesis, que si concebimos la cultura digital como un ámbito experimental, de experiencia e innovación, como un espacio abierto a procesos creativos que comprende diferentes esferas o dominios ontológicos de acción, tanto materiales como simbólicos, en tanto que manifestación de las formas de construcción y sentido social, la compleja articulación, o agenciamiento, de las nuevas tecnologías en la construcción de las propias ecologías de vida, tanto físicas como socioculturales, puede resultar determinante en la transformación del capital social necesario para el proceso de desarrollo comunitario en función de las matrices de articulación del proceso de cambio. En otras palabras, la ciberdemocracia como problema debe ser concebida como un proceso de uso y apropiación de las nuevas tecnologías a partir de una estructura de código abierto. Sólo así, desde el punto de vista de la tradición epistémica aquí apuntada, es posible reconocer y asumir las múltiples identidades difusas de los actores envueltos en el proceso de mediación, los diversos lugares, tiempos y pertenencias que los constituyen, y que en cierto modo condicionan, en su mayor o menor socialización, en el grado de apertura y engramado

posibles, el alcance de la planificación y el desarrollo de las políticas públicas y su representación.

Capital informacional y derechos de la comunicación

Toda forma de ciudadanía se manifiesta en tres planos de la vida pública: la política, la economía y la cultura. El capital informacional, en palabras de Cees Hamelink, es la capacidad financiera para pagar la utilización de redes electrónicas y servicios avanzados de información, pero también la habilidad técnica para manejar las infraestructuras de estas redes y la capacidad intelectual para filtrar y evaluar contenidos, así como la motivación activa para buscar información y aplicarla a las situaciones sociales, considerando tanto la dimensión económica, como desde luego las circunstancias políticas y culturales.

En este sentido, la adquisición de estas competencias y del capital socialmente necesario presupone:

- a) La dotación de equipamiento y el acceso a las redes electrónicas (infraestructura computacional instalada, conectividad a Internet y conexión de red interna).*
- b) La utilización de la tecnología y de los instrumentos y servicios disponibles en el mercado con criterio.*
- c) La apropiación tecnológica e informativa. Disposición organizativa para integrar recursos y usos, recursos humanos, formación y desarrollo de destrezas, para procesar información al igual que motivaciones para buscar información y utilizarla en situaciones concretas.*

d) El funcionamiento en red de los flujos informativos y las dinámicas organizativas, tanto internas como externas.

e) El diseño de políticas y estrategias de comunicación con capacidad para generar y difundir información propia, facilitar la presencia pública, e identificar democráticamente las políticas de medios, y las prioridades socialmente necesarias.

Ahora, la cuestión que se nos plantea desde una visión socioanalítica es cómo generar y producir capital informacional: cómo definir políticas públicas en materia de inversión en lo social y cultural, que garanticen la democratización y el desarrollo de nuevas formas de gobierno a través de las nuevas tecnologías por medio de sistemas dialógicos de comunicación en la apuesta por una democracia radical y pluralista, cuando la definición de la cultura como recurso viene condicionada por las políticas internacionales de desarrollo en la gestión, el almacenamiento, la distribución y la organización del acceso a los bienes simbólicos, sujeta como está la galaxia Internet a las condiciones de circulación y valorización transnacionales del capitalismo. Los procesos de explotación del campo cultural tienden, de hecho, a limitar las lógicas rizomáticas y multipolares de empoderamiento comunitario constituyendo «archipiélagos» y unidades de valorización para una más eficaz especialización productiva en la adaptación local de los territorios, que explota la diversidad cultural de sus recursos en función de las necesidades del proceso globalizador. En otras palabras:

El proceso de desterritorialización de la ciudadanía que auspicia Internet y su contribución a forjar una ciudadanía planetaria tiene como contrapunto negativo la supeditación de la política a los intereses económicos. Por eso, la ciudadanía

como participante en el poder político puede hoy ser sustituida por un mero contrato de disfrute de bienes y servicios en la Red a escala planetaria (Pérez Luño, 2004: 90).

Parece preciso, por tanto, comenzar a pensar reflexivamente la participación ciudadana cuestionando las mediaciones y distancias que gobiernan el desarrollo de la sociedad de la información para transformar las prácticas culturales a partir de nuevos marcos cognitivos y un nuevo imaginario político.

Si las posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías en la construcción colectiva del desarrollo social plantean como necesaria la interacción ciudadana con los sistemas modernos de comunicación desde la autonomía y la producción de lo procomún a partir de la cultura de cooperación y la organización de redes cívicas, no parece razonable sostener hoy los mismos principios y modelos de representación de lo público que caracterizaron una forma de participación y el ejercicio de los derechos sociales propios de la modernidad clásica y de la sociedad industrial, basados en la separación de espacios, la jerarquización y la separación de sujetos, tiempos y espacios. Pues, entre otras razones, como nunca antes, son los ciudadanos, los sujetos, o multitudes, quienes gobiernan cada vez más la producción del campo simbólico, de su propia narrativa y modelo de representación, al pasar de consumidores a creadores culturales, protagonizando así algunas de las principales transformaciones del nuevo ecosistema mediático desde que renunciaran a ser sólo espectadores inanes por el placer de hablar, decir y representar.

En otras palabras, el marco de la cultura de la copia y de la coproducción y autogestión informativa exige formas innovadoras de participación y gobierno que favorezcan la diversidad y la calidad de la intervención ciudadana en el

marco de un nuevo círculo virtuoso de mejora y desarrollo social. Pero para ello es preciso reformular los principios de filosofía política que rigen la democracia representativa, para facilitar el concurso activo de la ciudadanía en el gobierno de lo público, regulando la participación a través de las tecnologías informativas y el ciberespacio como lugar común. Debemos, en fin, comenzar a pensar sin Estado, o más allá de la nación y los límites del modelo moderno de mediación.

En este empeño, el primer problema con el que nos encontramos es que el derecho a la participación no es definido en el conjunto genérico de derechos y deberes del Estado moderno. Tampoco la ciudadanía digital tiene el reconocimiento jurídico y de facto preciso para incidir en dinámicas deliberativas y de participación a través de la red, salvo como iniciativa de voluntarismo político del gobierno o administración local de turno. El compromiso democrático con el acceso al gobierno en el Estado social de derecho es la única realización histórica significativa en el marco de la democracia formal representativa. Pero esta visión política de la democracia y del gobierno es en exceso restrictiva y limita la calidad y los márgenes expresivos de la democracia, pues «la representación es una síntesis disyuntiva (que) conecta y aleja, une y separa al mismo tiempo» (Negri y Hardt, 2004: 279). Puede decirse que el pensamiento republicano es una suerte de cercamiento y control de la democracia absoluta que, históricamente, ha tratado por todos los medios posibles de domesticar el gobierno del pueblo de sí mismo a fin de evitar los llamados «excesos radicales» de la multitud. «Rousseau ilustra esta relación de unidad, trascendencia y representación mediante la distinción que establece entre pueblo y multitud» (Negri y Hardt, 2004: 280). Hoy, sin embargo, se da la paradoja de que, ante la crisis de la representación y la gobernanza al

calor de los procesos intensivos de transformación global del capitalismo, la Administración se ve impelida a reinventar la democracia local y los modelos de mediación y representación social, reeditando la vieja concepción republicana cuando más precisa es una nueva ciencia basada en la participación creativa, en la autonomía social, sin la mediación instrumental y limitada de la comunicación como dominio que hoy restringe, de acuerdo con el paradigma modernista de la representación, las formas de acceso y control social, negando la calidad democrática y las posibilidades creativas de las «multitudes inteligentes». En esta paradoja, podemos situar la crítica a las deficiencias del modelo de reterritorialización del Capitalismo Cognitivo ante la intensificación a escala geométrica de los procesos de globalización y sus efectos colaterales en el plano local, entre ellos, tal y como hemos mencionado, la desconexión de los ciudadanos, la falta de compromiso cívico o la negación directa a participar de los tradicionales modelos patriarcales de domesticación, claramente inadecuados en la cultura y formas de interacción de la era digital.

A modo de hipótesis, podríamos por tanto concluir que las formas de trabajo cooperativo en las redes telemáticas y la propia naturaleza del Capitalismo Cognitivo hacen necesario reformular radicalmente los preceptos de la democracia representativa, descentralizando los sistemas de información y decisión pública más allá de los modelos de extensión y organización basados en la racionalidad eficiente típicos del paradigma modernizador y de la topología cartesiana del Estado-nación. En la medida en que la ciberdemocracia proyecta un nuevo escenario o espacio público, nuevos métodos y posibilidades democráticas para la participación activa de la ciudadanía, y una nueva concepción del espacio y de la mediación, con el concurso activo de la población local, las

políticas públicas deben tratar de responder con inteligencia a los retos que plantean cuatro desplazamientos fundamentales en nuestro tiempo:

- Del Estado-nación a la comunidad virtual.
- Del territorio local al ciberespacio como espacio público cosmopolita.
- De la noción decimonónica de ciudadanía a la idea emergente del sujeto-ciborg.
- De la comunidad al mercado global.

Todos estos desplazamientos apuntan retos estratégicos en materia de gobierno electrónico y participación ciudadana en los que debemos procurar definir, por todos los medios posibles, nuevos agenciamientos colectivos:

- De la política formal a la participación cívica.
- De la regulación para el control a la regulación para la promoción de la ciudadanía activa.
- De la administración y la racionalidad burocrática a la noción de servicio público entramado en los mundos de vida.
- De la burocracia y la idea de responsabilidad individual a la defensa de los derechos y las responsabilidades socialmente compartidas.
- Del gobierno de la mayoría al acceso de las minorías.
- De un enfoque vertical a un enfoque horizontal de la Administración local.
- Y de una noción funcional de la producción y la cultura a una nueva ética pública solidaria.

Naturalmente, la visualización de este nuevo marco de transformaciones presupone la emergencia de nueva cultura

política molecular y certifica el proceso de constitución de una nueva subjetividad política, de una nueva ciudadanía dispuesta al diálogo y al debate, a una nueva identidad emergente y construida en la deliberación y la decisión colectivas. Stephen Coleman habla de democracia «directa en colaboración», esto es, de la información, la consulta y las elecciones en línea a la participación activa en la red en un doble flujo: de la participación institucional y las comunicaciones formales y los técnicos y tecnologías tradicionales a los ciudadanos y actores locales y sus formas expresivas de interlocución, y viceversa.

Ahora bien, el alcance y el contenido de tales cambios plantean numerosos problemas que los poderes públicos deben abordar:

1. La resistencia de los actores políticos tradicionales a acometer los cambios y las cuestiones fundamentales de la democracia telemática reduce la galaxia Internet a un problema de computarización reproduciendo formas centralizadas de comunicación y representación social.

2. La conflictiva política de transparencia para diferentes actores plantea una tensión quizás irresoluble entre gobierno público y privacidad y protección de los datos que debe ser pensada y definida por medio del consenso.

3. La contradictoria definición política de la democracia en línea por los diferentes actores requiere integrar, de forma específica, en cada contexto, tanto modelos participativos como lógicas tradicionales de representación, lo que siempre es fuente de luchas y conflictos por definir las lógicas de agenciamiento más apropiadas.

4. La apertura de las instituciones públicas y el gobierno a nuevos actores y subjetividades políticas no constituye un tema de la agenda pública, ni en el ámbito del Estado-nación ni entre

las autoridades locales. La atención a la diversidad de manifestaciones contraculturales, el respaldo a las economías sociales y los procesos de desarrollo al margen del mercado y de las instituciones dominantes constituye una cuestión, en la mayoría de los casos, marginal y superflua, desde el punto de vista público.

Parece difícil que, al menos a corto y medio plazo, pueda procederse a una superación óptima o al menos en parte positiva, de estas barreras o dificultades que bloquean las energías emancipadoras de la cultura y el lenguaje de los vínculos. Ahora bien, sólo superando estos obstáculos apenas es factible comenzar a plantear la constitución de una nueva política de la sociedad civil y una lógica sistémica de vertebración del espacio público distinta. Pero además es necesario procurar la adaptación de formas diferenciadas de mediación en cada situación y escenario social, definiendo metodologías y estrategias aplicadas y surgidas de cada contexto, de acuerdo con variables estructurales y con los programas y motivaciones que originan tales procesos según las condiciones organizativas e institucionales del espacio y los actores locales.

En este marco, no debemos olvidar que la revolución digital apunta en dirección a una nueva lógica de interacción, que en correspondencia exige nuevas políticas de la vida cotidiana en los ámbitos institucionales de proximidad, procurando en todo momento socializar el poder de informar y conocer la realidad. El principio de accesibilidad y transparencia es una condición para la participación real, efectiva e igualitaria. Y la participación siempre tiene una concreción histórica y cultural, vinculada a prácticas sociales inmediatas y a modelos de organización y acción colectiva específicas. Así, por ejemplo,

experiencias como el movimiento 15M expresan modelos de socialización y participación cívica sobredeterminados por la fragmentación, la despolitización y la atomización de la acción colectiva, tradicionales en la historia de España. Si queremos garantizar la democratización y la participación social productiva de los actores sociales con las nuevas máquinas de información es preciso observar atentamente estos elementos diferenciales, mapeando las redes, relaciones y formas particulares de articulación para una intervención social comunitaria liberadora. En este empeño, es preciso garantizar, como recordara Masuda, al menos seis condiciones básicas:

1. La distribución equitativa de los bienes, beneficios y cargas en la vida social.
2. El reconocimiento a todos los ciudadanos del derecho efectivo a participar directamente en la toma de decisiones que les conciernan.
3. El acceso libre a la información.
4. El acuerdo participativo y la resolución consensuada de los conflictos y problemas sociales.
5. La cooperación y la solidaridad voluntaria y altruista para la búsqueda del bien común.
6. Y la cooperación ciudadana en la aplicación de los programas e iniciativas acordados públicamente.

En definitiva, no es posible un avance si garantizar el cabal cumplimiento de tres líneas de acción estratégicas:

- El desarrollo de las capacidades humanas (físicas, cognitivas, sociales y culturales).
- La disposición organizacional (formas de acción conjunta, reingeniería institucional).

— Y el desarrollo del espacio público y la cultura cívica.

Todo proceso de participación está atravesado por multitud de variables que determinan su naturaleza y alcance (coste del proceso, complejidad, recelo ciudadano, culturas institucionales, tipos de lenguaje, economías de tiempos y espacios, memorias y narrativas...), trascienden el marco tecnológico y no se resuelven con la ingeniería de las máquinas inteligentes. En efecto, tal y como advierte Pérez Luño, la extensión en sí de Internet y los nuevos canales electrónicos de interacción no garantizan en modo alguno la plena realización de los derechos ciudadanos:

Las NT y, sobre todo, Internet, al proyectarse al ámbito jurídico-político en forma de teledemocracia, suscitan un dilema básico e ineludible, de cuya alternativa depende el porvenir de la ciudadanía: en su polo positivo, pueden afirmar un nuevo modo más auténtico, profundo e instalado en los parámetros tecnológicos del presente, para una participación política con vocación planetaria; pero, como contrapunto, se vislumbra un polo negativo de estos procesos, que pueden incubar una indeseable ciudadanía.com, cuyo titular queda degradado a mero sujeto pasivo de la manipulación de poderes públicos y privados (Pérez Luño, 2004: 100).

Lograr la conectividad social, articular tejido y masa crítica para el cambio, trenzando redes cívicas de autonomía y autoorganización popular que puedan realizar la democracia directa y efectiva sin intermediarios, con la transformación, lógicamente, de la cultura política, exige por ello definir nuevas políticas culturales. «La difusión capilar de las redes comunicativas puede (ciertamente) conducir a la producción de

reglas jurídicas consuetudinarias sobre su uso, en las que la dimensión coactiva de las normas basadas en la autoridad de un poder centralizado deje paso a códigos de conducta cuya eficacia se basa en la convicción de los usuarios y en su responsabilidad solidaria» (Pérez Luño, 2004: 83). Pero sólo a condición de que cultiven el germen de una nueva ética solidaria, guiada por la lógica del don y la vinculación cooperativa, características de una ciudadanía responsable y socialmente cualificada. Y ello presupone una política, una recuperación del momento privilegiado de la articulación política, de la lucha antagonista contrahegemónica, capaz de recuperar la palabra y la centralidad de la mediación en el espacio social, a partir de los problemas comunes de la vida cotidiana que están generando nuevas formas de enunciación. En este sentido, la ciberdemocracia en el Capitalismo Cognitivo plantea no sólo un problema de método o meramente instrumental, sino esencialmente un dilema conceptual que nos revela la necesidad de definir y realizar el derecho a la comunicación y los derechos de ciudadanía en el mundo de las redes que nos toca vivir, imaginar, hackear, y hasta impugnar, como espacio privilegiado de producción de lo común promoviendo:

- La formación en la utilización creativa de las tecnologías informativas.
- La inclusividad y usabilidad de las TIC para incluir a aquellos sectores tradicionalmente excluidos.
- La equidad entre géneros.
- La integración y la convergencia digital.
- El acceso a la información pública.
- El derecho de acceso a los medios y su planeación.
- La libertad de expresión.

— Y la participación en las políticas de información y comunicación, así como en general en las políticas culturales para el desarrollo local.

De acuerdo con Javier Echeverría (2004), un programa para la acción en el ciberespacio exigiría en esta línea civilizar y democratizar el tercer entorno a fin de construir una verdadera sociedad democrática. La socialización de las nuevas tecnologías telemáticas plantea, en este sentido, la necesidad de cumplir con:

- La accesibilidad y la universalización según capacidades y cultura de los usuarios.
- La libertad de movimientos en el espacio electrónico.
- La interactividad igualitaria.
- La seguridad y la dignidad de las personas.
- La educación.
- La supresión de las barreras económicas, lingüísticas y semióticas en el acceso y el uso de los nuevos medios.
- La existencia de espacios privados e íntimos.
- La urbanidad.
- El equilibrio igualitario frente a la brecha digital.
- El cultivo de las artes y la expresión simbólica.
- La actualización de los derechos y deberes.
- Y la democratización frente a los propietarios de los nuevos canales y distribuidores de información.

El estudio de los vínculos estructurales entre Estado, corporaciones multimedia, procesos de concentración industrial y desarrollo económico constituye, a este respecto, más que un reto científico, una prioridad práctica. Pues sólo a partir de un análisis económico-político de los proyectos de construcción de

la SGI, y de las implicaciones sociopolíticas de la modernización tecnológica de las nuevas formas de gobierno en línea, es posible conocer los límites y alternativas culturales en el Capitalismo Cognitivo. Más allá aún, de la capacidad de mapeo y descripción de las cartografías y mediaciones de la industria cultural dependerá el proyecto de universalización democrática de la información y del conocimiento y la aspiración emancipadora de las fuerzas de progreso en su apuesta por la construcción de una sociedad global de la información inspirada en la utopía del espíritu McBride: un solo mundo, voces múltiples.

Al fin y al cabo, las nuevas tecnologías de la información, toda innovación social, puede ser subvertida y rediseñada a voluntad, según los propósitos de quien imagina los escenarios y horizontes de futuro, en virtud del deseo de la ciudadanía. Éste, y no otro, es el verdadero sentido y el principio que ha de regir toda democracia, el alfa y omega de la democracia participativa. Y el principal reto de futuro de la era digital. Pero para ello debemos aprender a observar esta nueva realidad emergente y dejar en el camino conceptos y dispositivos culturales inadecuados para el ecosistema informativo. Si agenciamos la ciberdemocracia con el lenguaje y perspectivas de la lógica monádica y logocéntrica del Estado o si insistimos en comprender desde el idealismo pluralista y liberal del mercado las nuevas lógicas de interacción del Capitalismo Cognitivo, podremos quizás ampliar las formas de acción y de consenso en el espacio público y reconstruir nuestras democracias en crisis por las mudanzas estructurales del nuevo sistema de mediación evidenciada durante la crisis financiera internacional, pero estas limitadas formas de imposición del consenso seguirán siendo minadas por la crisis de legitimidad del capitalismo y la necesaria expansión colonial

de la epistemología abismal que la constituye, a decir de Boaventura de Sousa Santos. Por ello es preciso insistir, en suma, que en el nuevo marco es preciso articular nueva praxis teórica y política, un esfuerzo de imaginación y compromiso histórico que nos ayude a visualizar adecuadamente las contradictorias dinámicas del nuevo espíritu del capitalismo a partir de una nueva cultura de investigación y nuevos roles productivos de los trabajadores intelectuales. Pues esta función productiva de la inteligencia general, en la era de la «fábrica social», no sólo gobierna el desarrollo económico de las naciones sino que, más allá aún, determina y modula las formas de subjetividad contemporáneas, gobernando la biopolítica de la sociedad de comando informacional (Guattari dixit), en definitiva, nuestra cultura democrática e incluso las formas de cuidado de nosotros mismos: cómo convivimos en común, qué forma de autonomía posible podemos experimentar, qué ecologías de vida podemos definir...

Compleja tarea, sin duda.

Referencias bibliográficas

Alfaro, Rosa María (1993), Una comunicación para otro desarrollo, Calandria, Lima.

— (2000), Comunicación, ciudadanía, espacio local, Centro Nueva Tierra, Buenos Aires.

— (2002), Ciudadanos de a de veras, Calandria, Lima.

— (2006), Innovaciones en comunicación y desarrollo. Otra brújula, Calandria, Lima.

Alonso, Andoni, e Iñaki Arzoz (2002), La nueva ciudad de Dios. Un juego cibercultural sobre el tecno-hermetismo, Siruela,

Madrid.

Ander-Egg, Ezequiel (1992), *Desarrollo y política cultural*, Ciccus, Buenos Aires.

Ander-Egg, Ezequiel, y M. Idáñez (1995), *Diagnóstico social*, Lumen, Buenos Aires.

Aparici, Roberto, y Víctor Marí Sáez, eds. (2003), *Cultura popular, industrias culturales y ciberespacio*, UNED, Madrid.

Atton, Chris (2002), *Alternative Media*, Sage, Londres.

Barbosa, A., C. Castro y T. Tome, orgs. (2005), *Mídias digitais. Convergência tecnologica e inclusão social*, Ediciones Paulinas, São Paulo.

Becerra, Martín (1999), «El proyecto de la Sociedad de la Información en su contexto», en *Anàlisi*, n.º 23, Universidad Autònoma de Barcelona.

Bell, David (2001), *An introduction to cyberculture*, Routledge, Londres.

Beltrán, Luis Ramiro, y René Zeballos (2001), *Estrategias de comunicación y educación para el desarrollo*, ERBOL/Universidad Católica Boliviana, La Paz.

Birardi, Franco, et al. (2006), *Telestreet. Máquina imaginative no homologada*, El Viejo Topo, Barcelona.

Blanco, I., y R. Gomá (coords.) (2002), *Gobiernos locales y redes participativas*, Ariel, Barcelona.

Blumler, Jay, y S. Coleman (2001), *Realizing Democracy Online. A Civic Commons in Cyberspace*, IPPR/Citizens Online Research Publications, n.º 2, marzo (www.ippr.org.uk).

Bohman, J. (1996), *Deliberation: Pluralism, complexity and democracy*, MIT, Cambridge.

Bucy, Eric, ed. (2002), *Living in the information age. A new media reader*, Wadsworth Thompson Learning, Belmont.

Burgelman, Jean-Claude (2003), «A New Paradigm for eGovernment», informe IPTS, octubre (www.jrc.es/home).

Caffarel, Carmen, Francisco Bernete y Vicente Baca, eds. (1994), *Comunicación y movimientos sociales*, Imprenta Provincial, Ciudad Real.

Cardoso, Gustavo (2006), *The media in the Network Society. Browsing, news, Filters, and Citizenship*, ISCTE, Lisboa.

Casacuberta, David (2003), *Creación colectiva. En Internet el creador es el público*, Gedisa, Barcelona.

Castells, Manuel (1997), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, Alianza, Madrid.

Centeno, C., R. van Bavel y Jean-Claude Burgelman (2004), *eGovernment in the EU in the next decade: The vision and key challenges*, IPTS/European Commission, Sevilla.

Chaparro, Manuel (2002), *Sorprendiendo al futuro. Comunicación para el desarrollo e información audiovisual*, Los libros de la Frontera, Barcelona.

Cibergolem (2005), *La quinta columna digital. Anfiteatro comunal de hiperpolítica*, Gedisa, Barcelona.

Cimadevilla, Gustavo, comp. (2002), *Comunicación, tecnología y desarrollo. Discusiones y perspectivas desde el sur*, UNRC, Río Cuarto.

— (2004), *Dominios. Crítica de la razón intervencionista, la comunicación y el desarrollo sostenible*, Prometeo, Buenos Aires.

Contreras, Fernando (1998), *El ciber mundo. Dialéctica del discurso informático*, Alfar, Sevilla.

Contreras, Fernando, José Luis Campos y Antonio Gómez (2005), *Información, innovación y sociedad global*, Visión Editorial, Madrid.

Dabas, Elina, y Denise Najmanovich, comps. (1995), *Redes. El lenguaje de los vínculos. Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil*, Paidós, Buenos Aires.

Danet, Brenda (2001), *Cyberpl@y: Communicating online*, Berg, Oxford.

De Kerckhove, Derrick (1999), *Inteligencias en conexión. Hacia una sociedad de la web*, Gedisa, Barcelona.

De Moraes, Dênis (2007), «Comunicação alternativa, redes virtuais e ativismo: avanços e dilemas», en *Eptic on-line*, vol. IX, n.º 2, mayo-agosto (www.eptic.com.br).

De Sousa Santos, Boaventura (2003), *Democracia y participación*, El Viejo Topo, Barcelona.

Dervin, Brenda, y Robert Huesca (1997), «Reaching for the communicating in participatory communication. A meta-theoretical analysis», en *The Journal of International Communication*, n.º 2.

Downing, John D. H. (2001), *Radical Media*, Sage, Londres.

Dubois, Alfonso, y Juan José Cortés (2005), *Nuevas tecnologías para el desarrollo humano*, Hegoa, Bilbao.

Echeverría, Javier (2004), *Nuevas tecnologías, sociedad y democracia*, Hegoa, Vitoria.

Erro, Javier (2002), *Comunicación, desarrollo y ONGD*, Hegoa, Bilbao.

European Commission (2003), *Communication. The Role of eGovernment for Europe's Future*, COM, 567, 26 de septiembre.

European Institute of Public Administration (2003), *eGovernment in Europe: The State of Affaire*, EIPA (www.eipa.nl).

Evans, Peter (1996), *Government Action, Social Capital and Poverty Net Resources Development: Reviewing and Tools*, World Bank, Nueva Jersey.

Finquelevich, Susana, coord. (2000), *Ciudadanos a la red. Los vínculos sociales en el ciberespacio*, Ediciones CICCUS/La Crujía, Buenos Aires.

— (2005), *Desarrollo local en la sociedad de la información. Municipios e Internet*, La Crujía, Buenos Aires.

Frissen, V. (2003), «ICTs, civil society and local/global trends in civil participation», *Taller ICTS and Social Capital in the Knowledge Society*, IPTS, Sevilla.

Gramberger, Marc (2001), *Citizens as Partners. Handbook on Information, Consultation and Public Participation in Policy Making*, OCDE, París.

Guattari, Félix (2004), *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*, Traficantes de Sueños, Madrid.

Gumucio, Alfonso (2001), *Haciendo olas. Historias de comunicación participativa para el cambio social*, Fundación Rockefeller, La Paz.

Gurnstein, M., ed. (2000), *Community Informatics: Enabling Communities with ICTs*, IPG, Canadá.

Halleck, DeeDee (2002), *Hand-Hold Visions. The imposible posibiliteís of community media*, Fordham University Press, Nueva York.

Hamelink, Cees (2000), *The Ethics of Cyberspace*, Sage, Londres.

Hancock, Alan (1982), *Planificación de la comunicación para el desarrollo*, CIESPAL/Unesco, Quito.

Hardt, Michael, y Antonio Negri (2011), *Common Wealth. El proyecto de una revolución del común*, Akal, Madrid.

Heilesen, Simon, y Sisse Siggaard Jensen (2007), *Designing for Networked Communications: Strategies and Development*, Idea Group Publishing, Londres.

Hemer, O., y Thomas Tufte, eds. (2005), *Media and Glocal Change. Rethinking Communication for Development*, NORDICOM, Gotemburgo.

Huysman, Marleen, y Volker Wulf, eds. (2004), *Social Capital and Information Technology*, MIT, Cambridge.

Ibarra, P., S. Martí y R. Gomá, coords. (2002), *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*, Icaria, Barcelona.

Innerariti, Daniel (2006), *El nuevo espacio público*, Espasa Calpe, Madrid.

Jacobson, Thomas, y Jan Servaes, eds. (1999), *Theoretical Approaches to Participatory Communication*, Hampton Press, Nueva Jersey.

Jankowski, Nicholas (2002), *Community Media in the Information Age. Perspectives and Prospects*, Hampton Press, Nueva Jersey.

Jones, Steve, ed. (1998), *Cybersociety 2.0. Revisiting computer-mediated community and technology*, Sage, Thousand Oaks.

Katz, James E., y Mark Aakhus, eds. (2002). *Perpetual contact: Mobile communication, private talk, public performance*, Cambridge University Press, Cambridge.

Lacroix, Jean-Guy, y Tremblay, Gaëtan, dirs. (2003), *Usages des TIC*, Presses Universitaires de Laval, Quebec.

León, Oswaldo, et al. (2001), *Movimientos sociales en la red*, ALAI, Quito.

Lévy, Pierre (2002), *Ciberdemocracia. Ensayo sobre filosofía política*, UOC, Barcelona.

Lewis, Peter, y Susan Jones, eds. (2006), *Cutting Edge: Community Media and Empowerment*, Hampton Press, Nueva Jersey.

López, Sara, Gustavo Roig e I. Sádaba (2003), *Nuevas tecnologías y participación política en tiempos de globalización*, Hegoa, Bilbao.

López, Xosé, coord. (2006), *Sistemas digitales de información*, Pearson, Madrid.

Lovink, G. (2004), *Fibra oscura. Rastreado la cultura crítica de Internet*. Tecnos, Madrid.

Marchioni, M. (1997). *Planificación social y organización de la comunidad. Alternativas avanzadas a la crisis*, Editorial Popular, Madrid.

Marí Sáez, Víctor Manuel, coord. (2004), *La red es de todos. Cuando los movimientos sociales se apropian de la red*, Editorial Popular, Madrid.

— (2005), *Tecnologías de la información y de la comunicación y nuevos movimientos sociales en Andalucía. Evaluación del proyecto «Aprendiendo a incorporar las NTIC en los movimientos sociales»*, tesina doctoral, Departamento de Periodismo I, Universidad de Sevilla.

Marí Sáez, Víctor Manuel, y Francisco Sierra (2007), «Capital informacional y apropiación social de las nuevas tecnologías. El papel de las redes críticas de empoderamiento local en la Sociedad Europea de la Información», en Telos, Cuadernos Digitales de Comunicación e Innovación, octubre-diciembre.

Masuda, Y. (1984), *La sociedad informatizada como sociedad postindustrial*, Tecnos, Madrid.

McCann, Gerard, y S. McCloskey, eds. (2002), *From the Local to the Global. Key Concepts in Development Issues*, Pluto Press, Londres.

Miguel de Bustos, Juan Carlos (2007), *Comunicación sostenible y desarrollo humano en la Sociedad de la Información*, Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid.

Miller, Daniel, y Don Slater (2001), *The Internet: An ethnographic approach*, Berg, Oxford.

Mody, Bella, ed. (2003), *International and Development Communication*, Sage, Londres.

Moemeka, A. (1994), *Communicating for Development. A New Pan-Disciplinary Perspective*, State University of New York Press, Albany.

Mounier, Pierre (2002), *Les maîtres du réseau: Les enjeux politiques d'Internet*, La Découverte, París.

Mowlana, Hamid (1988), *Communication technology and development*, Unesco, París.

Nair, K. S., y S. A. White (1993), *Perspectives on Development Communication*. Sage, Nueva Delhi.

Navarro, Vicenç (2003), «Crítica del concepto de Capital Social», en *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, n.º 172, pp. 27-36.

Negri, Toni, y Michael Hardt (2004), *Multitud*, Debate, Barcelona.

Penley, Constance, y Andrew Ross, eds. (1991), *Technoculture*, University of Minnesota Press, Mineápolis.

Pérez Luño, Antonio-Enrique (2004), *¿Ciberciudadaní@ o ciudadaní@.com?*, Gedisa, Barcelona.

Piscitelli, Alejandro (1995), *Ciberculturas en la era de las máquinas inteligentes*, Paidós, Buenos Aires.

Putnam, R., ed., *El declive del capital social*, Círculo de Lectores, Barcelona.

Rheingold, Howard (2004), *Multitudes inteligentes. La próxima revolución social*, Gedisa, Barcelona.

Richardson, Don (1997), *Internet y el desarrollo rural agrícola. Un enfoque integrado*, FAO, Roma.

Rodríguez Gutiérrez, Fermín, ed. (2001), *Nuevas tecnologías de la información para el desarrollo local. El proyecto ADAPT-NUTRIAS del suroccidente de Asturias*, Trea, Gijón.

Rodríguez Villasante, Tomás (1998), Cuatro redes para mejor-vivir. Del desarrollo local a las redes para mejor-vivir, Lumen/Humanitas, Buenos Aires.

— (2002), Sujetos en movimientos. Redes y procesos creativos en la complejidad social, Nordan-Comunidad, Montevideo.

— (2006), Desbordes creativos. Estilos y estrategias para la transformación social, Libros La Catarata, Madrid.

Sánchez Alonso, M. (2000), La participación. Metodología y práctica, Editorial Popular, Madrid.

Sánchez Lugo, José (2007), De tecnologías, brechas y comunidades: La informática comunitaria como práctica, Universidad de Puerto Rico (mimeo), San Juan.

Schuurman, Frans (2001), Globalization and Development Studies. Challenges for the 21st Century, Sage, Londres.

Senecal, Michel (1986), Televisión y radios comunitarias, Mitre, Mitre.

Servaes, Jan (1989), One world, Multiple Cultures. A New Paradigm on Communication for Development, ACCO, Leuven.

Servaes, Jan, y Nico Carpentier, eds. (2006), Towards a Sustainable Information Society, ECCR, RU.

Servaes, Jan, Thomas Jacobson y S. A. White (1996), Participatory Communication for Social Change, Sage, Nueva Delhi.

Sierra, Francisco (2006a), Políticas de comunicación y educación. Crítica y desarrollo de la Sociedad del Conocimiento, Gedisa, Barcelona.

— (2006b), «Final Report: New Information Technologies, participation and active citizenship», URBACT NETWORK CITIZ@MOVE, Urbact Secretariat, European Commission.

— (2006c), «Nouvelles technologies, participation citoyenne et développement local. Une perspective critique du

changement social», Actes du Colloque International Démocratie Participative en Europe, Laboratoire d'Études et de Recherches Appliquées en Sciences Sociales, IUT, Université de Toulouse.

— (2006d), Comunicación y desarrollo social. Fundamentos teóricos y prácticos, UNED, Madrid.

— dir. (2011), Nuevas tecnologías de la información y participación ciudadana. Formas de mediación local y desarrollo comunitario de la ciudadanía digital, Memoria de Investigación, Informe Plan Nacional I+D, Universidad de Sevilla, COMPOLITICAS (Referencia: CSO2008-02206). Disponible en www.observatoriociudadaniadigital.org.

Simpson, M., ed. (1989), Comunicación alternativa y cambio social, Premiá Editora, México.

Smith, Marc, y Peter Kollock, eds. (2003), Comunidades en el ciberespacio, UOC, Barcelona.

Solà-Morales, Ignasi, y Xavier Costa (2005), Metrópolis, ciudades, redes, paisajes, Gustavo Gili, Barcelona.

Thurlow, Crispin, Laura Lengel y Alice Tomic, eds. (2004). Computer mediated communication: Social Interaction and the Internet, Sage, Thousand Oaks.

Trejo Delarbre, Raúl (1996), La nueva alfombra mágica. Usos y mitos de Internet, la red de redes, Fundesco/Editorial Diana, México.

Tremblay, Gaëtan (2005), Mutaciones en las industrias culturales y comunicacionales y el espacio público, V Encuentro Latino Americano de Economía Política de la Información, Comunicación y Cultura, Salvador de Bahía, 9-11 de noviembre, UFSB.

Van Bavel, René, et al. (2003), «ICTs and social capital in the Knowledge Society», Technical Report Series, EUR 21064, IPTS, Sevilla.

Van Bavel, René, Yves Punie e Ilkka Tuami (2004), «Cambios en el capital social, posibilidades por las TIC», IPTS, n.º 85, Sevilla (www.jrc.es/home/report).

Virilio Paul (1997), El ciber mundo, la política de lo peor, Cátedra, Madrid.

Virno, Paolo (2003), Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas, Traficantes de Sueños, Madrid.

Vizer, Eduardo (2003), La trama invisible de la vida social, La Crujía, Buenos Aires.

VV. AA. (2003), Otro lado de la brecha. Perspectivas latinoamericanas y del Caribe ante la CMSI, REDISTIC, Caracas.

— (2003), La sociedad de la información en el siglo XXI: Un requisito para el desarrollo, Ministerio de Ciencia y Tecnología, Madrid.

— (2004), Community Informatics Research Network. Sustainability and Community Technology: What does this mean for Community Informatics?, CIRN, Canadá.

— (2005), La utopía digital en los medios de comunicación: de los discursos a los hechos. Un balance, Universitat Ramon Llull, Barcelona.

— (2006), Ciberactivismo, Virus Editorial, Madrid.

White, S. A., J. Nair y J. Ascroft (1994), Participatory Communication. Working for Change and Development, Sage, Thousand Oaks.

Yúdice, George (2002), El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global, Gedisa, Barcelona.

La participación como mediación en el desarrollo social y público: tensiones y convergencias entre discurso y materialidad¹

Carlos del Valle Rojas

Comunicación es el nombre científico dado a las viejas doctrinas del arraigo.

Debray, 1995

Introducción

En el presente trabajo, en un primer momento se desarrolla una revisión amplia del discurso público, político y social sobre la participación en Chile, entendido éste como un discurso desde los grupos que ejercen el poder y el control discursivo. Y en un segundo momento, se observan detenidamente los aspectos de la participación vinculados a su dimensión material presente, especialmente en las diferentes prácticas participativas.

En un sentido también general, veremos cómo se implementan, desde las élites, tanto económicas como políticas, modos particulares de producción de la participación (en tanto discurso y materialidad) y de quienes participan (en tanto

actores y roles). Y en esta compleja trama discursivo-material, la participación asume un rol de mediación, que permite enmarcar, en términos político-institucionales, la utopía del desarrollo social y público.

De este modo, es importante centrar la atención, al menos, en la compleja relación entre el Estado-nación, la ciudadanía y el mercado, donde se observa la acción mediadora de un discurso público y social que se orienta —con el apoyo de una producción transmediática permanente— a la fabricación de consensos.

Es esta necesidad del Estado-nación de mantener los consensos necesarios con los distintos actores de la sociedad, lo que permitirá una «gobernabilidad» que se traduce en una democracia de gestión, esto es, en un ejercicio de gestión de los dispositivos consensuados como consustanciales a la «democracia» (voto, información, consumo, etc.), y donde el discurso público, político y social juega un rol fundamental en tanto dispositivo de control que sustenta la legitimidad del Estado-nación como regulador del actual modelo posneoliberal. Por tal razón, debemos considerar que el discurso que se genera a partir de las relaciones entre el Estado-nación, la ciudadanía y el mercado no está únicamente constituido por un conjunto determinado de discursividades que operan a nivel cognitivo-social (Van Dijk, 2009), sino también de materialidades que operan a nivel de los modos de producción del Estado-nación y el mercado (Jessop y Bertuzzi, 2006).

Por otra parte, es importante comprender que lo que está en juego en los modos de producción discursiva del sujeto por parte del modelo posneoliberal del Estado-nación confundido con el mercado, con sus racionalidades económicas, no son sólo ideologías del capital, como la innovación y el emprendimiento, sino también transformaciones en la cultura cotidiana,

destrucción de las memorias históricas y colectivas, fragmentación, deshistorización y desterritorialización permanente de las comunidades locales; de modo que los sujetos, en estos nuevos escenarios, actúan contra sí mismos o, dicho de otra manera, como empresarios de sí mismos (Vázquez, 2005). Y será este comportamiento empresarial el principal logro del modelo posneoliberal, pues atenta contra las subjetividades aparentando su emancipación; porque la emancipación del sujeto en el capitalismo es una promesa diferida (Baudrillard, 1980).

El discurso político-normativo sobre la participación

Ahora bien, es necesario comprender que «no basta definir un discurso por su contenido para poder aislarlo como género y encuadrarlo dentro de una tipología. Para que esto sea posible se requiere explicitar también sus marcos institucionales que, en nuestro caso, son los aparatos políticos» (Giménez, 1989: 148).

Esta precisión de Giménez es fundamental, porque sitúa la participación, en tanto discurso, ya en su dimensión de complejidad. Primero, porque efectivamente la participación, en su carácter público y social, constituye un discurso y como tal posee una doble condición: a) como tipología discursiva propiamente tal, en cuyo caso hablamos del discurso de la participación y nos ubicamos en un nivel simbólico-cognitivo-social; y b) como expresión de una cierta institucionalidad, en cuyo caso hablamos del mecanismo de la participación y nos ubicamos en un nivel material-político-social. Y en segundo lugar, porque esta segunda condición, precisamente, permite

asumir la materialidad como constitutiva y constituyente de la participación.

Por otra parte, a partir de un estudio sobre el discurso de la participación en Chile,² se observa un centramiento de los discursos en los ámbitos administrativos y, en particular, en aspectos jurídico-legales, administrativos y normativos. Lo anterior se explica por la importancia asignada a los dispositivos normativos para generar la participación, como en los casos, en Chile, del instructivo presidencial y la ley de participación ciudadana. Estos cuerpos legales fijan los fundamentos de la participación y, al mismo tiempo, inauguran formas de control de ésta, al introducir formas particulares de producción de la participación, coherente con el modelo de regulación posneoliberal. En tal sentido, la participación, paradójicamente, «no se participa», sino que se legisla, se administra y se gestiona, logrando un mejor ejercicio del poder y del control.

El discurso público y social sobre la participación promueve y fortalece un modelo de democracia representativa y de gestión. Los cuerpos legales anteriormente señalados vienen a reforzar una idea de democracia centrada en la autogestión, el seguimiento y el «control de la calidad» del aparato público estatal, considerado para estos efectos como marco para el ejercicio democrático. De esa manera la gestión de la democracia permite promover valores posneoliberales, como «la gestión y el control de la calidad total» y otras expresiones creadas para reforzar la privatización de las funciones del Estado-nación.

La institucionalización de la participación

Lo anterior implica la promoción y el reforzamiento de instrumentos y dispositivos, como simuladores de la participación. Es el caso de los dispositivos tecnológicos, los cuales no sólo definen, producen y reproducen la participación, como extensiones del Estado-nación, sino que crean las condiciones para la producción de la misma. En esta dirección serán importantes los telecentros, infocentros y otras innovaciones tecnológicas, que crean un «efecto de realidad», simulacros o «efectos de sentido», pero que no necesariamente implican participación. En este caso particular la producción del discurso genera una homologación entre participación e información, donde esta última, en realidad, se basa en la reproducción de opiniones fabricadas en los medios, traducidas en las innumerables formas de medición de la opinión pública, que van desde las encuestas más sofisticadas y sistemáticas (como la del PNUD) a las más contingentes (sondeos, chats, etc.).

La conjugación de un modelo de democracia participativa y de gestión y las lógicas procedimentales (dispositivos e instrumentos, especialmente tecnológicos), generan formas de autogestión democrática. Estas formas de autogestión se vinculan con formas particulares de producción de los sujetos-productores, sujetos-ciudadanos y sujetos-clientes-consumidores, donde el lenguaje cumple un rol fundamental al desplazar la movilización social de los sujetos a formas particulares de participación: «civismo», «consumo», «votación», «clientelismo», etc. Y, en general, se observa un bajo nivel de descentralización económica, política y territorial, pues las formas de producción de la participación se sustentan en el fuerte centralismo imperante, por ejemplo en el caso chileno. Que la participación se inicie con un instructivo

presidencial y se deba sostener en una ley de participación ciudadana, da cuenta de los niveles de centralización y normativización existentes.

A continuación, veremos las dos dimensiones que constituyen los fundamentos de la participación y que recogen su doble condición.

La participación como discurso sociocomunicativo

En primer lugar, el ámbito discursivo-sociocomunicativo, constituido por el discurso público y social, presente particularmente en actores como el gobierno, las ONG, los funcionarios municipales y los profesionales (tecnócratas). Los aspectos discursivo-sociocomunicativos se refieren principalmente al discurso público y social sobre la participación. En este sentido, la participación es promovida como discursos jurídico-políticos, mediante instructivos, cartas, planes y leyes, cuyos contenidos más consolidados están referidos a:

- a) *La importancia de la gobernabilidad y la cultura y conciencia cívica.*
- b) *La implicación de la empresa y la consecuente empresarialización de los procesos y funciones del Estado-nación.*
- c) *La importancia de la acción voluntaria, como dinámica de participación que busca desresponsabilizar al Estado-nación de las acciones, para situarlo más bien en el plano de la administración y la gestión, pero no de las garantías públicas y sociales.*

d) *El rol fundamental del gobierno, como articulador, gestor y, principalmente, administrador de las formas de participación prediseñadas en conjunto por las instancias públicas y privadas.*

e) *La incorporación de lógicas empresariales y privadas a las funciones del gobierno, regido cada vez más por lógicas más privadas que públicas.*

f) *El fortalecimiento de las acciones voluntarias, para sostener el modelo de participación, donde los actores más recurrentes son: 1) La empresa, con un rol negociador de las acciones del gobierno y como modelo a seguir por parte del Estado-nación. De hecho, la lógica empresarial y la racionalidad económica neoliberal desplazan al modelo de vocación pública. 2) Las ONG, que tendrán un rol negociador y serán desplazadas gradualmente por las lógicas de las «fundaciones empresariales» que, se dirá, reúnen lo mejor del mundo privado y público, pero que, aunque no lo expliciten, pertenecen al mundo privado y promueven sus valores. Al respecto, no hay que olvidar que la precarización del trabajo se sustenta en la precarización de las distintas organizaciones que definen las condiciones sociales de producción (Dupuy, 2006).*

g) *Ser voluntarios o ser disidentes constituyen los dos polos, en cuyo caso los últimos son excluidos de los procesos. Y estas formas de exclusión tienden cada vez más a la lógica de: «los que sobran quedan fuera».*

Por otra parte, se refuerzan e incorporan nuevas lógicas, como:

a) *La dependencia tecnológica, que es generada por la masificación de las tecnologías, como mecanismos de participación.*

b) La privatización de las funciones del gobierno, a través del modelo empresarial que busca la «gestión de la calidad total» y crea instancias de supervisión y vigilancia permanente de ésta.

c) La incorporación de la idea de gobierno digital y competitividad, como materialización de la dependencia tecnológica.

En otros niveles de generación de discursos, se propone:

a) Vincular una idea de gobierno regional con las lógicas de participación ciudadana, donde la participación se administra con cierta descentralización, pero no se descentraliza «ni se participa». Esto ocurre porque la descentralización se confunde con la práctica de descentralizar la representatividad del gobierno central y no romper con las actuales relaciones de poder.

b) Compatibilizar un modelo de gobierno centralista y centralizador con un modelo de democracia participativa y de gestión, actualmente vigente, puesto que el gobierno regional sólo coordina los diseños del gobierno central y constituye su extensión administrativa y de gestión.

Entonces, la pregunta hasta ahora es ésta: ¿cómo fortalecer la participación ciudadana en el marco de un gobierno centralista y centralizador? La participación de la comunidad en el diseño de las políticas públicas es una de las contradicciones más serias, pues, de la misma manera como se sostiene esta vocación, se asumen acciones donde los servicios públicos son representantes y garantes de la participación de la ciudadanía: administran y gestionan la participación fabricada centralizadamente, pero no crean condiciones e instancias

reales de participación. En otras palabras, los servicios públicos asumen, a nivel regional, un rol fundamental como articuladores, gestores y garantes de la participación. Pero lo que se observa es que prevalecen, en esta materia, discursos que se caracterizan por la autorreferencialidad y la autocomplacencia respecto del discurso del gobierno, donde se refuerza:

a) La promoción de dispositivos tecnológicos y la masificación de las tecnologías.

b) La promoción del compromiso cívico, particularmente a través de procesos electorales, como dispositivos de participación y control.

c) La importancia de los dispositivos legislativos, como formas de producir la participación y reducirla a instancias de administración legislativa.

En otros casos, vemos una autorreferencialidad evidente sobre el rol de las ONG en los procesos participativos regionales:

a) Promoción de la autogestión.

b) Comprensión de la participación como autodeterminación.

c) Importancia de los liderazgos locales, con énfasis en el «emprendimiento», que constituye una forma de producción neoliberal de los sujetos. Pues siempre, indefectiblemente, un «emprendedor» es un sujeto capaz de actuar con lógicas neoliberales e individuales, reforzando el capital (económico, social y cultural) como recurso principal. El «emprendedor» constituye, pues, la máxima expresión de la empresarización de las subjetividades, porque su objetivo es «monetarizar» y

«rentabilizar» sus prácticas, incorporando la eficacia, la eficiencia y la competitividad. El emprendedor es la mayor representación del empresario de sí mismo.

De todo lo anterior podemos establecer ciertos desplazamientos discursivos que van desde la noción de autogestión democrática y modernización del Estado-nación, pasando por la dependencia de los dispositivos tecnológicos, para finalizar con lógicas de privatización de las funciones del Estado-nación, como parte del modelo neoliberal. Este modelo no sólo se representa en los ajustes económicos estructurales y sus consecuencias para la pobreza y el desempleo, sino que también constituirá una base para las lógicas tecnológicas y sus consecuencias en la brecha digital, y para las distintas formas de «ajuste social y cultural» que definen modos de producción de los sujetos orientados al individualismo, la fragmentación y la amnesia respecto de las redes comunitarias y redes de cooperación social internas existentes. Todas ellas forman parte de los resultados del «giro socioemocional» (Leiva, 2010) de las políticas públicas.

La participación como materialidad sociopráctica

La segunda tendencia general en la reinvención del Estado en su sentido inclusivo es el desplazamiento, desde la centralidad del gobierno, a formas más descentralizadas de gobernanza.

Jessop, 2006

En segundo lugar, el ámbito de la materialidad sociopráctica está referido principalmente a la estructura de medios disponible y su uso por los actores, y al acceso a esa estructura.

Si comparamos la estructura de medios en Chile, los discursos públicos y sociales sobre la participación y las posibilidades y limitaciones reales de acceso, observaremos una fuerte concentración económica e ideológica de los medios a nivel nacional y en las regiones, asociada a un rol predominante otorgado a los medios tradicionales, tanto en dictadura como en democracia, en virtud de la concepción clásica dominante de las lógicas de información y transmisión unidireccionales.

En efecto, los estudios sobre la estructura de medios en Chile caracterizan, en general, el sistema comunicativo por sus niveles de intensa concentración (Sunkel y Geoffroy, 2001), observándose, como podemos apreciar:

a) La falta de transparencia del mercado massmediático. Esto es, no se cuenta con información detallada y actualizada sobre la propiedad de los medios.

b) La agudización de la concentración en el caso de la prensa.

c) La concentración también creciente y la irrupción de grupos transnacionales, en el caso de la radio.

d) La concentración unida a una fuerte dependencia de mercados externos, como el de la publicidad, en el caso de la televisión. Y, al mismo tiempo, una profunda mercantilización de la oferta cultural.

La falta de concurrencia, sumada a las profundas desigualdades en el acceso a la información, la comunicación y la cultura, con la consiguiente distribución desigual del poder y control social, hacen necesario pensar la información y la

comunicación, en términos de nuevas formas de mediación que, de forma alternativa al modelo hegemónico:

1. Se basen en las características locales para emplazar su diseño informativo y comunicacional, superando las actuales reproducciones comerciales a las cuales se han visto reducidas las experiencias locales.

2. Se sustenten en la participación de las comunidades en el diseño de la estructura y los contenidos frente a la concentración nacional de los operadores locales en grandes grupos oligopólicos nacionales y, con mayor frecuencia, transnacionales. En estos últimos la participación de las comunidades es casi nula.

Desde esta lógica, las formas subalternas, comunitarias y autónomas de comunicación social son las que contribuyen a favorecer la participación y el ejercicio de una democracia comunicacional materializando nuevos canales de representación como las radios comunitarias y los periódicos de barrios, en un intento por perfilar las claves culturales locales frente a la globalización. Ahora bien, para obtener logros a largo plazo en esta dirección es necesario trabajar en entidades intermedias, como escuelas y municipalidades, con una concepción integral de la comunicación, reconociendo como un derecho de todos y no exclusivo de algunas instancias el acceso, la participación y la construcción de la comunicación colectiva. A este respecto, los municipios son claves en los procesos de reconstrucción social, pues después del gobierno central son las únicas instancias de elección democrática, acceso y representación, por lo cual gozan de cierta autonomía para la gobernanza de la sociedad civil organizada. Por el contrario, en Chile los gobiernos regionales son designados por el gobierno

central y es poco lo que se puede esperar de ellos, en el contexto de una descentralización y una autonomía política para la participación ciudadana.

La participación como eje para pensar el nuevo campo de la comunicación

Ya hemos caracterizado suficientemente la participación, tanto en su dimensión discursiva como material. Pero antes de continuar, es preciso considerar la participación no sólo como un fenómeno, sino también como un objeto de estudio, lo que define una mirada crítica como la propuesta aquí. Sólo así surgen las rugosidades y contradicciones (Cimadevilla, 2010).

Ahora la vincularemos con el necesario proyecto de un desarrollo, que sea a la vez social y público, es decir, con orientación social y vocación pública; esto último, a propósito de la fuerte privatización que hoy observamos en las políticas de desarrollo.

Desde una perspectiva crítica, podemos identificar dos enfoques sobre la comunicación para el desarrollo en América Latina, que nos ayudarán a comprender mejor los diagnósticos y perspectivas.

En primer lugar, encontramos la comunicación centrada en las teorías de la modernización, promovidas, principalmente, por Estados Unidos durante la segunda guerra mundial. Se traduce en los modelos de difusión de innovaciones y del marketing social, en los cuales la comunicación es reducida a una técnica como parte de una estrategia. Esta racionalidad sustenta las lógicas de consumo, tecnologización y mercantilización que «gobiernan», a través de estrategias de

manipulación, la vida cotidiana. Ha sido importante para este enfoque, también, la fuerte presencia de las dinámicas de cooperación internacional. En lo comunicacional, se trata de un esquema que reproduce un diseño de sociedad y cultura vertical y jerárquico.

En segundo lugar, encontramos la comunicación centrada en las teorías de la dependencia, desde una perspectiva crítica de la economía política, la cual se sustenta en la movilización social y las transformaciones sociales; primero, anticoloniales, y posteriormente, antidictatoriales. En este segundo caso, la producción teórico-práctica ha sido significativa, de modo que observaremos varias conceptualizaciones que conviene revisar, por sus énfasis. Primero, la comunicación para el cambio social, que se sustenta en el diálogo, público y privado, que permite a las personas decidir lo que son, lo que desean y cómo pueden obtenerlo. El cambio social se concibe aquí como un cambio en la vida de un grupo social, según los criterios y parámetros establecidos por el propio grupo. Esto es, el desarrollo es considerado desde una perspectiva endógena. Y la comunicación participativa como un proceso, más que un resultado, a observar en el marco estructural del modelo de democracia existente, las condiciones de desarrollo económico y social y, lógicamente, la diversidad de las experiencias y el capital simbólico acumulado. En este sentido, supone una reflexión del concepto de participación en el contexto del desarrollo (este último representa un modelo asintótico), que involucra: a) la problemática del poder, pues al proponer una democracia participativa coloca como aspecto central el proceso de toma de decisiones, y b) un problema de identificación, pues para el ejercicio de la participación de las comunidades se requiere recuperar las capacidades autoorganizativas y culturales.

Para complejizar aún más este itinerario, en la comunicación participativa podemos encontrar, al menos, dos aproximaciones: el modelo pedagógico crítico y dialógico freiriano y el modelo centrado en el acceso y la autogestión surgido a partir de los debates de la Unesco (Servaes y Malikhao, 2010), que presupone una discusión detallada y profunda del propio concepto de desarrollo, en sus dimensiones territoriales, humanas y ecológicas.

Ciertamente, la relación comunicación y desarrollo, en la cual se asume la subsunción de la comunicación al desarrollo, es tan compleja como inevitable; y la sustenta un vínculo muy práctico, como es «la necesidad de ciertos actores o instituciones de convencer y ganar legitimidad para emprender intervenciones de diversa índole en las esferas de lo social, lo económico y lo político» (Cimadevilla, 2008: 102). No obstante esta mirada práctica, la comunicación se reivindica porque constituye, en sí misma, una instancia que permite las necesarias transformaciones cognitivas de los actores (Massoni, 2008).

En virtud de esta definición, es preciso asumir una perspectiva comunicativa crítica para lograr una comprensión integral de los discursos sobre la participación, que también incluya el ideario compartido de democracia y el rol o estatuto de la ciudadanía. En otras palabras, pensar hoy la ciudadanía digital presupone discutir, en sus fundamentos, las nociones convencionales y aceptadas, asépticamente, de comunicación, participación, ciudadanía y desarrollo, incorporando una reflexión crítica de: a) las visiones neoliberales de la información, la comunicación y el periodismo, b) las corrientes de la gestión o gerencia instrumental de la información en los servicios públicos, las cuales apoyan la lógica de privatización de lo público y de las funciones del gobierno; y c) la lógica de

clientelismo y dependencia tecnológica, como síntomas de la transición desde el modelo de Estado-nación al modelo de mercado transnacional, como lo demuestra una revisión crítica de las nociones de regulación y gobernanza hegemónicas hoy en la literatura sobre la modernización y la confiabilidad de los poderes públicos (Jessop y Bertuzzi, 2006).

Así, podemos observar que hoy la ciudadanía es fundamentalmente producida a partir de dispositivos tecnológicos que intentan permanentemente romper la movilización social: una tecnociudadanía, en la cual operan modos particulares de producción de la subjetividad y del sujeto, desde una racionalidad instrumental, que privilegia los mecanismos tecnológicos, en virtud de que prevalecen dinámicas cooperativas e inmateriales como el «voluntariado», el «capital social» y el «capital cultural», materializados todos ellos a través de formas clientelares, dependientes y mercantiles. Esta tecnociudadanía emerge de las estructuras sociopolíticas, económicas y culturales que han generado formas específicas de relación y han establecido dispositivos relacionales también específicos, en los cuales el ciudadano es constituido en tanto se integra en: a) redes y sistemas de conectividad (como los telecentros e infocentros), b) registros estadísticos de participación (como los programas de participación ciudadana del gobierno) y, en general, c) los procesos de modernización del Estado-nación y sus diferentes formas de control del cuerpo (salud, educación y justicia). Así esta tecnociudadanía mediatiza el ejercicio activo de derechos y responsabilidades, en el marco del Estado-nación, reemplazando sistemáticamente, por norma, la producción por la creación, la educación por la información (Debray, 1995).

Consideraciones finales

La educación es un bien de consumo.

Sebastián Piñera, presidente de Chile³

Volviendo pues a la pregunta original con la que iniciábamos nuestra crítica a las formas de e-gobierno y ciudadanía digital en Chile, como prototipo del modelo neoliberal de buen gobierno, cabe, en última instancia, replantear una vez más el problema central, que a nuestro modo de ver implica pensar la ciberdemocracia, a saber, y tal y como apunta la escuela de Lancaster, el nodo central de los problemas de la nueva mediación digital es tratar de situar y reconocer las relaciones, promiscuas, o no, entre materialidad y discursividades en contextos socioculturales y económico-políticos concretos de crisis y deconstrucción del Estado y sector público (Leiva, 2010, 2005, 1995; Sayer, 2001; Jessop y Sum, 2001; Fairclough, 2007, 2001; Jessop, 2004; Jessop y Bertuzzi, 2006).

Como hay argumentos que señalan que cualquier medida de protección de las producciones mediáticas locales o nacionales constituye una limitación a la «libertad de elección», es necesario precisar que se trata justamente de lo contrario: frente a la imposibilidad de elegir el acceso a imágenes locales o de imágenes que reflejen las problemáticas culturales propias, es conveniente que el Estado-nación —a través de canales públicos, comunitarios y/o mediante el establecimiento de cuotas de pantalla para la producción local o regional—, garantice esta posibilidad; es decir, que exista una regulación que permita un flujo multidireccional de imágenes y una

verdadera, plural y variada oferta de señales, no la falsa «libertad de elección» entre imágenes, diálogos e información provenientes de una misma cultura. La «libertad de elección» sólo es posible con una amplia y diversa disponibilidad en la estructura de medios, tanto en su propiedad como en sus contenidos. De lo contrario se transforma, al igual de lo que ocurre con la «libertad de expresión», en una forma de encubrir política y retóricamente la «libertad comercial» o «el libre flujo de mercancías».

Un alcance importante, como antecedente contextual, es que, en general, la situación a nivel latinoamericano no es diferente al caso que observamos en Chile, donde el mercado multimediático se caracteriza por su excesiva apertura a los capitales extranjeros, favoreciendo aún más la concentración: «El alto grado de concentración de la propiedad de los medios, en manos de las élites económicas y políticas, ha clausurado hasta ahora las opciones de un desarrollo más democrático. La concentración de la riqueza en muy pocas manos marca que éste, desgraciadamente, no es sólo un problema del sector audiovisual» (Mastrini y Becerra, 2001: 206).

Mientras, desde el punto de vista del acceso, se observa, entre los distintos actores, una percepción dominante, asociada a una atribución otorgada al rol de las autoridades políticas y a las organizaciones sociales institucionales, como parte del eje del poder, pese a que las mediaciones simbólicas y la producción de hegemonía se concentra en actores privados y empresas oligopólicas de producción del acontecer, como Mercurio, y más allá grupos foráneos transnacionales. Complementariamente, a su vez, preexiste una visión generalizada de la participación como medida de acceso a la información, cuyo propósito es satisfacer las necesidades de los sujetos-clientes-consumidores. Por esta razón, la percepción es

que la participación se puede instrumentalizar, restringida a la información, como dispositivo específico. Evidentemente, esta lógica se fortalece con la visión de los sujetos como clientes, lo cual genera una dependencia de las políticas y programas dirigidos por el gobierno, ejecutados por ONG y financiados, en buena parte, por fundaciones empresariales o empresas del área de las tecnologías. Esta concepción es común a los discursos del gobierno y las ONG, como también al discurso de los funcionarios municipales, centrado en proporcionar a los «usuarios» un caudal suficiente y/o abundante de información para toma de decisiones desde lógicas comerciales (consumidores) y políticas (electores), en las cuales la información es funcional y constituye un requisito para el modelo neoliberal de socialización y reproducción. Tanto es así que, en ocasiones, las iniciativas en la materia se confunden, habitualmente, con el marketing y la difusión. Es decir, en los programas o proyectos actuales se incorpora la comunicación como una instancia que se agota en la difusión de ciertos contenidos, respondiendo, en última instancia, a una lógica de marketing político para ciertas ideas que interesan al sistema. En el contexto de la integración del Estado-nación y el mercado, el marketing social no sólo juega un rol importante, sino que también supone nuevas estrategias, tales como la fidelización de los consumidores y la radicalización de la confianza. Todo lo anterior al extremo de una «marketización de la república», como parte del vocabulario de las «ciencias de gestión» (Debray, 1995).

La incorporación masiva de dispositivos (simuladores) de información y opinión (encuestas, foros, chats, etc.), que fortalecen una definición de la participación como un «tener opinión», aunque no se tenga información relevante, fortalece además esta lógica de concepción de la democracia mediática.

De hecho, es habitual que los proyectos o programas cuenten con estos dispositivos específicos, mediante los cuales se justifica la participación, a partir de mecanismos altamente tecnologizados que incorporan la lógica de la interconectividad de los sujetos, pero no su participación. En efecto, las preguntas y opciones de las encuestas, foros y chats están previamente definidas y se consulta respecto de ellas mismas, siguiendo, como ironizaba Jesús Ibáñez, el principio autoritario de responder sólo cuando se pregunta.

En este modelo de democracia representativa cercada y de gestión, los servicios públicos y ONG actúan conforme a las directrices del principio de vaciamiento de lo público del neoliberalismo, limitando la participación con el derecho a informarse, con «estar informados», de tal forma que la participación se transforma en un tópico discursivo recurrente que se banaliza, se mercantiliza y se consume, sin mayores consecuencias para la acción política y el cambio social. En este proceso, los funcionarios municipales, los profesionales de servicios públicos del gobierno y algunos profesionales de ONG, en tanto que actores y responsables de garantizar los procesos de participación, son meros reproductores de la ideología neoliberal, asimilando la cultura de la tecnocracia y la legitimidad de la representatividad de tales tópicos como garantías de la producción social de la participación.

Por todo lo anterior, todo esfuerzo de transformación integral de la democracia en la era de Internet pasa, no tanto por extender los infocentros para la inclusión digital, como por abordar críticamente el papel del Estado-nación y la función pública como «centro de lucha hegemónica [...] para contrarrestar al autoritarismo de mercado. En suma, parece ser que el objetivo de la resistencia organizada debe ser la reforma del Estado [nación] por parte de actores sociales en la esfera

pública» (Leetoy, 2010: 147); así lo demuestra con tanta elocuencia en Chile la movilización social iniciada por estudiantes secundarios y universitarios, para lograr la gratuidad de la educación y el fin al lucro que la gobierna.

Referencias bibliográficas

Baudrillard, J. (1980), *El intercambio simbólico y la muerte*, Monte Ávila Editores, Caracas.

Cimadevilla, G. (2008), «Trayectos y grises de las teorías y de las prácticas en comunicación y desarrollo», en R. Thornton y G. Cimadevilla, eds., *Grisés de la extensión, la comunicación y el desarrollo*, Ediciones Instituto Nacional de Tecnología Agraria de Argentina, INTA, Buenos Aires.

— (2010), «Dialéctica de la participación», en R. Thornton y G. Cimadevilla, eds., *Usos y abusos del participare*, Ediciones Instituto Nacional de Tecnología Agraria de Argentina, INTA, Buenos Aires.

Debray, R. (1995), *El estado seductor. Las revoluciones mediológicas del poder*, Ediciones Manantial, Buenos Aires.

Del Valle, C. (2003), «Desarrollo local y patrimonio cultural: el rito como construcción simbólica del sujeto y la comunidad frente a la producción económica de la cultura», en *Revista Lider. Labor Interdisciplinaria de Desarrollo Regional*, n.º 12, Universidad de Los Lagos, Osorno, pp. 63-81.

— (2003), «Políticas culturales en Chile durante los últimos 30 años: de la invisibilización a la politización de la cultura», en F. Sierra y J. Moreno, eds., *Comunicación y desarrollo en la sociedad global de la información: economía, política y lógicas culturales*, Instituto Europeo de Comunicación y

Desarrollo/Centro Iberoamericano de Comunicación Digital, CICO/Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura, ULEPICC, Sevilla.

— (2004), «Comunicación, espacios y migración intraregional: Rito y oralidad como formas de contra poder e intertextualidad», en *Global Media Journal* en español, Instituto Tecnológico de Monterrey, México/Universidad de Purdue-Calumet, Hammond, Indiana, Estados Unidos.

— (2004), «Pertinencias y énfasis en la formación sobre comunicación para el desarrollo: diagnóstico y perspectivas de la experiencia iberoamericana», en *Redes.Com. Revista de Estudios para el Desarrollo Social de la Comunicación*, n.º 1, Instituto Europeo de Comunicación y Desarrollo, Sevilla, pp. 255-272.

— (2004), «Comunicación, participación y el dilema existencial del Estado frente a las nuevas lógicas democráticas y ciudadanas: discursos y experiencias participativas en Chile», en J. Encina, J. Pino, F. Sierra y M. Rosa, eds., *Participación, Comunicación y Desarrollo Comunitario. Democracias Participativas 1*, Diputación de Sevilla/Editorial Atrapasueños/ACSUR Las Segovias/Instituto Europeo de Comunicación y Desarrollo, Sevilla.

— (2005), «Políticas de comunicación y cultura, participación y estructura de medios en Chile», en *Légete. Estudios de Comunicación y Sociedad*, n.º 5, Universidad Católica de la Santísima Concepción, Concepción, pp. 115-137.

— (2005), «Comunicación para la Participación: Discursos, Estructura de Medios y Acceso en las «Experiencias Participativas» (Gubernamentales y No Gubernamentales) de Chile», tesis doctoral, Departamento de Periodismo 1, Facultad de Comunicación, Universidad de Sevilla, Sevilla.

— (2006), *Comunicación Participativa, Estado-Nación y Democracia. Discurso, Tecnología y Poder*, Ediciones Universidad de La Frontera, Temuco.

— (2007), «Comunicación Participativa: Aproximaciones desde América Latina», en *Redes.Com*, n.º 4, Instituto Europeo de Comunicación y Desarrollo, Sevilla, pp. 113-130.

— (2011), «Metainvestigación del Campo de la Comunicación en Chile. Aproximaciones Epistémicas, Teóricas y Metodológicas, desde una Perspectiva Económico-Política e Histórico-Social», en C. Ossa, ed., *Escrituras del malestar. Chile del bicentenario*, Universidad de Chile, Santiago de Chile.

Del Valle, Carlos, y Javier Mayorga (2009), «Participación en Chile: sociedad, comunicación y discursividad», en H. von Baer, ed., *Pensando Chile desde sus regiones*, Ediciones Universidad de La Frontera, Temuco.

Del Valle, Carlos, Javier Mayorga y L. Nitrihual (2009), «Políticas culturales en Chile: Popularización, invisibilización y politización. Crítica a la razón institucionalista del Estado», en Légete. *Estudios de Comunicación y Sociedad*, Universidad Católica de la Santísima Concepción, Concepción, pp. 25-42.

Del Valle, Carlos, y J. Moreno (2004), «Comunicación intercultural y desarrollo endógeno», en J. Encina, ed., *Democracias participativas e intervención social comunitaria desde Andalucía*, Editorial Atrapasueños/Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.

Del Valle, Carlos, Javier Moreno y Francisco Sierra, coords. (2011), *Cultura latina y revolución digital. Matrices para pensar el espacio iberoamericano de Comunicación*, Gedisa, Barcelona.

— (2012), *Políticas de comunicación y ciudadanía cultural iberoamericana*, Gedisa, Barcelona.

Del Valle, Carlos, y Carlos Reyes (2009), «Movimientos sociales en Chile: algunas aproximaciones desde las

experiencias en la red», en A. Alfonso y M. Catino, comps., *Politicidad, comunicación y territorios. Miradas desde América Latina*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.

Dupuy, F. (2006), *La fatiga de las élites. El capitalismo y sus ejecutivos*, Manantial, Buenos Aires.

Fairclough, N. (2001), *Language and Power* Longman, Londres, 2.^a edición.

— ed. (2007), *Discourse and Contemporary Social Change*, Peter Lang, Berna.

Giménez, G. (1989), *Poder, estado y discurso. Perspectivas sociológicas y semiológicas del discurso político-jurídico*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Giroud, J. C., y L. Panier (1988), *Semiótica, Verbo Divino*, Pamplona.

Greimás, A. J., y J. Courtés (1982), *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Gredos, Madrid.

Jäger, S. (2003), «Discurso y conocimiento: Aspectos teóricos y metodológicos de la crítica del discurso y del análisis de dispositivos», en R. Wodak y M. Meyer, eds., *Métodos de análisis crítico del discurso*, Gedisa, Barcelona.

Jessop, B. (2004), «Critical Semiotic Analysis and Cultural Political Economy», en *Critical Discourse Studies*, 1, Routledge, Londres, pp. 1-16.

Jessop, B., y M. D. Bertuzzi (2006), «¿Narrando el futuro de la Economía Nacional y el Estado Nacional?: Puntos a considerar acerca del replanteo de la regulación y la reinvención de la gobernancia», en *Documentos Aportes Adm. Pública Gest. Estatal*, 7, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, pp. 7-44.

Jessop, B., y N.-L. Sum (2001), «Pre-disciplinary and Post-disciplinary Perspectives», en *New Political Economy*, 6, Routledge, Londres, pp. 89-101.

Leetoy, S. (2010), «La acción comunicativa como praxis disidente: el neozapatismo y la construcción de la esfera pública alterna», en S. Leetoy y D. Lemus, ed., *Las revoluciones necesarias para América Latina*, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Guadalajara/Jalisco.

Leiva, F. (1995), *Los límites de la lucha contra la pobreza y el dilema de las ONGs*, Ediciones PAS, Santiago de Chile.

— (2005), «From Pinochet's state terrorism to the "politics of participation"», en S. Nagy-Zekmi y F. Leiva, eds., *Democracy in Chile. The Legacy of September 11, 1973*, Sussex Academic Press, Eastbourne, Reino Unido.

— (2010), «Memoria del encuentro del grupo de trabajo; economía política cultural crítica», Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica, 25 y 26 de enero.

Martin Serrano, M. (2004), *La producción social de comunicación*, Alianza, Madrid.

Massoni, S. (2008), «Comunicación y desarrollo. Encuentros en la diversidad», en R. Thornton y G. Cimadevilla, ed., *Grisés de la extensión, la comunicación y el desarrollo*, Ediciones Instituto Nacional de Tecnología Agraria de Argentina, INTA, Buenos Aires.

Mastrini, G., y M. Becerra (2001), «50 años de concentración de medios en América Latina: del patriarcado artesanal a la valorización en escala», en F. Quirós y F. Sierra, eds., *Globalización, comunicación y democracia. Crítica de la economía política de la comunicación y la cultura*, Comunicación Social Ediciones y Publicaciones, Sevilla.

Potter, J. (1998), *La representación de la realidad*, Gedisa, Barcelona.

Sayer, A. (2001), «For a critical cultural political economy», en *Antipode*, n.º 4, Wiley, Nueva York, pp. 687-708.

Servaes, J., y P. Malikhao (2010), «Comunicación participativa ¿el nuevo paradigma?», en R. Thornton y G. Cimadevilla, eds., Usos y abusos del participare, Ediciones Instituto Nacional de Tecnología Agraria de Argentina, INTA, Buenos Aires.

Sunkel, G., y E. Geoffroy (2001), La concentración económica de los medios de comunicación en Chile, LOM, Santiago de Chile.

Van Dijk, Teun (2009), Discurso y poder. Contribuciones a los estudios críticos del discurso, Gedisa, Barcelona.

Vázquez, F. (2005), «“Empresarios de nosotros mismos”. Biopolítica, mercado y soberanía en la gubernamentalidad neoliberal», en J. Ugarte, comp., La administración de la vida. Estudios biopolíticos, Anthropos, Barcelona.

Villasante, T. R. (2008), «Las matrices y los tetralemas. Esquemas creativos para desbordar la complejidad social», en C. del Valle, et al. (coords.), Contrapuntos y Entrelíneas sobre Cultura, Comunicación y Discurso, Ediciones Universidad de La Frontera, Temuco.

1. Los aspectos teórico-metodológicos contenidos en el texto, y sus resultados, son desarrollados ampliamente en la tesis doctoral del autor: Del Valle, Carlos (2005), «Comunicación para la Participación: Discursos, Estructura de Medios y Acceso en las «Experiencias Participativas» (Gubernamentales y No Gubernamentales) de Chile». [Tesis doctoral, Departamento de Periodismo 1, Facultad de Comunicación, Universidad de Sevilla, España].

2. En su tesis doctoral, el autor aplicó un análisis complejo y crítico del discurso, que fue configurado sobre la base de cinco niveles: 1) factual (Potter, 1998), 2) discursivo (Martín Serrano, 2004; Jäger, 2003), 3) narrativo (Giroud y Panier, 1988), 4)

lógico-semántico (Greimás y Courtés, 1982), y 5) tetralémico (Villasante, 2008); a partir de dos dimensiones transversales: 1) la dimensión sociocomunicativa, referida a los discursos públicos existentes en contextos sociales sobre la participación, particularmente en los sistemas-actores involucrados en el diseño de los procesos participativos: gobierno, servicios públicos y organizaciones no gubernamentales, ONG; y 2) la dimensión sociopráctica, referida a las condiciones prácticas de la participación, particularmente de los sistemas-actores involucrados en la implementación de los procesos participativos.

3. Palabras expresadas por el presidente en medio de las movilizaciones sociales por una educación gratuita y sin fines de lucro: «Porque la educación cumple un doble propósito: es un bien de consumo tener más cultura, poder aprovechar mejor los instrumentos y las oportunidades para la realización plena y personal de las personas. Pero también la educación tiene un componente de inversión». Véase Nación.cl. del 19/07/2011. <<http://www.lanacion.cl/pinera-la-educacion-es-un-bien-de-consumo/noticias/2011-07-19/144916.html>> [Consultado: 04 de junio de 2012].

La dimensión transnacional de la ciudadanía digital

Lucía Benítez Eyzaguirre

El transnacionalismo en la globalización

Las transformaciones de la globalización nos sitúan ante un nuevo contexto de la socialidad y la conectividad, con el paso del espacio-lugar al espacio de los flujos, de la copresencia a la multipertenencia virtual, como una forma flexible de identidad múltiple. La visión cosmopolita y dinámica que surge de las posibilidades tecnológicas y de la aceleración de los procesos multiplica los encuentros de la diferencia en un contexto rico en transformaciones sociales y culturales, en cruces e interacciones, en puntos de conexión transcultural. La negociación de las subjetividades, así como de la pertenencia, se abren paralelamente en los dos ejes más intensos de la globalidad: la comunicación dialógica y la aceleración de los desplazamientos, que se expanden en itinerarios desanclados de la territorialidad.

Dado que la investigación y la teoría resultan alcanzadas por estos cambios, hay que revisar supuestos como el nacionalismo metodológico, una reducción conceptual que abarca los escenarios de la modernidad afectados por el ejercicio del poder difuso en el ámbito de la copresencia y el lugar. El

control y la regulación de la cohesión social parte de los Estados-nación, atrincherados en la homogeneidad de la producción económica y cultural. La lógica liberal de la acumulación para la creación de riqueza ha estado acompañada de un sistema de fragmentación, consolidado en modelos de oposiciones binarias y jerarquías, sobre el que se apoya un sistema de valores y una comprensión del mundo que fomenta la exclusión y la marginación.

El fin de la modernidad marca las transformaciones en el concepto de ciudadanía ligado a los nacionalismos y al control de la movilidad laboral, a la homogeneización cultural y educativa, y a la articulación social. Cuando la expansión del propio capitalismo demandó el reemplazo de los trabajadores y la ampliación del sistema productivo, la estrategia transnacional cobró densidad. Pries (2002) utiliza la expresión «la perforación de los contenedores» como metáfora descriptiva de los cambios en la composición y en la fortaleza de los Estados, con una doble lectura: de una parte, los nuevos espacios sociales transnacionales, y de otra, la movilidad de migrantes y turistas, que llegan a alterar su composición inicial. El estudio del transnacionalismo aporta en este sentido una riqueza de conceptos heterogéneos y flexibles para la localidad y el desplazamiento, que a menudo olvidan los marcos legales y políticos: «Esta nueva forma social y espacial que asume el proceso migratorio implica también una dislocación y desestructuración del concepto tradicional de migración y de migrante. Por de pronto, la migración ya no se refiere necesariamente a un acto de mudanza de la residencia habitual, sino que se transforma en un estado y forma de vida, en una forma espacial de una nueva existencia y reproducción sociales» (Canales y Zolniski, 2000).

Si los espacios transnacionales de la conexión y la movilidad se establecen en clave comunicativa y social, se debe replantear el estudio de lo transnacional con una revisión de los conceptos y de la metodología. Las tendencias para esta revisión en los estudios pasan por el «campo social transnacional» (Levitt y Glick Schiller, 2004), la integración de los niveles macro y micro (Smith y Guarnizo, 1998) o la focalización en la «comunidad personal» (Portes, Guarnizo y Landolt, 2003), como orientaciones para abordar el estudio del sujeto y sus relaciones en red de doble dirección de la comunicación y el intercambio.

Estas prácticas sociales y nuevos espacios transnacionales tienen impacto en las comunidades de origen y destino, de forma simultánea, a través de prácticas de intercambio, de circulación de personas, de comunicación, de capital social, de dinero y de bienes, hasta configurar una única comunidad dispersa de gran alcance como «espacio transnacional» (Faist, 2005) o como «comunidad transnacional» (Vertovec, 2003; Portes, Guarnizo y Landolt, 2003). Las prácticas transnacionales se redefinen como dimensión colectiva de la reconfiguración de identidades de carácter imaginario, ya que establecen vínculos permanentes con que afrontar la marginación, la exclusión o la desestructuración que producen los impactos económicos y la movilidad (García Canelini, 1999).

Movilidad y comunicación

En el pasado, las migraciones eran modelos permanentes que suponían una ruptura progresiva del contacto y la comunicación respecto a las comunidades de origen. La

epistemología desarrolló los modelos de integración, aculturación o asimilación para interpretar el contacto de los recién llegados con las comunidades de destino, mientras que la ruptura comunicativa era el patrón de desconexión con las sociedades de origen. Paulatinamente se visibilizan los patrones circulares y recurrentes entre origen y destino como itinerarios transnacionales, que describen con su movilidad transitoria (Canales, 1999), como un escape a la soberanía y los procesos nacionales, al poder y a la territorialidad.

Por la vía de la crítica, Mezzadra (2005: 84 y 110) ha llamado la atención sobre la turbulencia y la incertidumbre que Papastergiadis (2000) ha descubierto para los fenómenos migratorios. La simpleza del análisis llevó a automatismos que olvidan las interconexiones en la globalidad, con dinámicas autónomas y en diferentes direcciones. De hecho, en la autonomía de las migraciones (Papastergiadis, 2000) se interpretan los excedentes subjetivos de las movilidades migrantes —su autonomía— respecto a las causas objetivas de la migración, como la clave social de la movilidad o el nomadismo dentro de los levantamientos sociales y los derechos de ciudadanía. Esta autonomía no responde necesariamente a la internacionalización del mercado de trabajo, sino a la suma de las decisiones individuales, con peso propio en la explicación del fenómeno y de sus patologías.

Comunicación y movilidad, en el contexto de la ubicuidad y la asincronía, son los ejes dinámicos de una ambigua tensión entre control y desorden en función de la desterritorialización y el lugar; en ellos, la tecnología de la información juega el papel esencial para articular alternativas al poder (Lemos, 2008) y, por tanto, de resistencia y creatividad, conexión y capacidad transformadora. También la movilidad juega un papel como concepto más amplio que la migración, ya que ha entrado en

una dinámica intensa y generalizada con impactos en la desigualdad social, fruto de sus diferentes modelos en continua transformación y cambio. Si «la movilidad es una condición política»⁴ (Haba, 2006: 84), hay que prestar atención a la práctica política en este contexto, sobre el que giran nuevas dinámicas conectivas y simbólicas.

Con esta visión, Mezzadra (2005) interpreta la movilidad como un derecho político, un «derecho de fuga» del desplazamiento autónomo subjetivo que explica el movimiento social de los migrantes, la explotación laboral y las luchas de este colectivo como prácticas sociales innovadoras y de resistencia. Pero, para ello, reclama Mahler (1998: 92), hay que profundizar con estudios empíricos cómo estas conexiones transnacionales modifican o alteran —pero también reproducen y consolidan— las estructuras de poder internas de estas comunidades, así como sus relaciones con otros poderes políticos. En el mismo sentido, Smith y Guarnizo (1998) dan cuenta de cómo estas transformaciones también ha afectado a las prácticas ciudadanas frente a las estructuras de poder, como un escenario de lo transnacional en el que se reproducen, con mayor intensidad, la ambigüedad, los conflictos y las contradicciones que afloran en la dimensión política de la mediación informativa con estrategias simbólicas. Las audiencias eluden el poder simbólico y la representación de las narrativas mediáticas y los flujos comunicativos paralelos sobre la política, la transculturalidad o la dimensión transnacional (Benítez, 2007). En muchos casos, son luchas simbólicas alrededor de los contenidos identitarios del sistema productivo de los Estados-nación —tanto en su dimensión subjetiva como colectiva—, que afloran en el análisis de la recepción en el origen migratorio. Al respecto, Rancière (2006: 78) defiende la capacidad con que los «sin parte» expresan sus reivindicaciones

y su defensa de nuevos derechos y puntos de vista, frente a la designación que reciben como desgraciados e incompetentes: «desarrollan una capacidad de hablar de la comunidad y dejan por ello de ocupar el lugar de las víctimas». De hecho, son los vínculos interculturales entre los medios de comunicación tanto locales como globales, en función de la apropiación de los migrantes y del empoderamiento, y se convierten en nuevas experiencias de comunicación y diálogo, así como también en políticas comunicativas acordes con sus necesidades no sólo económicas sino también políticas y culturales.

De hecho, las formas culturales de la nueva socialización juegan un papel definitivo: «A medida que las personas se desplazan con sus significados y a medida que los significados encuentran formas de desplazarse aunque las personas no se muevan, los territorios ya no pueden ser realmente contenedores de una cultura» (Hannerz, 1998: 24). La capacidad distributiva y el alcance de esos efectos obligan a su recontextualización.

Uribe (2004) propone el análisis dinámico de la migración y el transnacionalismo en dos vertientes: la conformación de nuevos modelos de recepción de los medios, fruto de la desterritorialización, que proporcionan a los «receptores nómadas» nuevas experiencias culturales, y la influencia de los medios en la migración y la vivencia transnacional. Los estudios de recepción, tal y como plantea, deben atender a las audiencias que superan y deslocalizan la contención de los Estados nacionales y centrarse, por tanto, en los «espectadores desterritorializados» superando los referentes definidos y específicos de los segmentos de población. Su análisis se aproxima al planteamiento de las «esferas públicas en diáspora» que Appadurai (2001: 37) define con el cruce de la experiencia de la migración y la apropiación cultural de

los medios. Con el trasfondo de la comunicación mediática, pero centrado en las interacciones sociales y los procesos intersubjetivos, León (2009) también defiende que el análisis de la migración es un campo pendiente, de gran interés, que vincula lo cultural y los sujetos sociales. A estos planteamientos hay que añadir el de Boira (2008: 288) quien cuestiona el predominio de las investigaciones sobre la comunicación mediocéntrica porque deja de lado otros aspectos más relevantes, como son el papel de las asociaciones en la migración, el consumo de medios o la comunicación contra la exclusión, que son los que permiten reconstruir lo social en las prácticas comunicativas, al margen de los intereses de los grupos mediáticos. Sería un paso más del panorama que describía García Canclini (1996: 192): «Las comunidades organizadas por los medios reemplazarían entonces los encuentros en las plazas, los estadios, o los salones de baile por los no lugares de las redes audiovisuales». Ahora, las comunidades organizadas por sí mismas reemplazarían a los encuentros de las redes audiovisuales.

Transnacionalismo, transmigración

En ausencia del nacionalismo metodológico, el estudio del binomio comunicación-desplazamiento muestra patrones dinámicos a niveles macro y micro, a medida de las dimensiones global y local, así como de la atracción y expulsión, y también a medida de las interacciones en copresencia y virtuales. La intensidad de los intercambios comunicativos muestra un diseño multidimensional, en función de la ubicuidad y la asincronía, con interdependencias en las

escalas en que se reproducen y transforman. Los patrones más intensos, más densos y/o diversos marcan confluencias en zonas más pobladas tanto dentro como fuera de las fronteras de los Estados nacionales. La movilidad de itinerarios amplios y complejos desdibuja los factores temporales y espaciales e integra otros desplazamientos ligados al trabajo o al ocio, dentro de los circuitos marcados por la simbiosis entre la producción y la reproducción, o mejor, por la producción y el consumo. La emergencia del fenómeno se confirma sistemáticamente por las conexiones múltiples y permanentes de las interacciones en lo transnacional, cuyos protagonistas son actores de la relación y los intercambios alrededor de las identidades, el consumo, las familias, además de los reconocidos entre corporaciones, instituciones y mercancías. El contacto entre los polos de la movilidad y la migración se mantiene alrededor de los intercambios comunicativos y económicos, tanto domésticos como sociales, con impactos en lo local y en el desarrollo.

Para la investigación social, lo transnacional indaga en un campo de relación e intercambios de experiencias sociales, económicas y políticas en función de modos físicos o virtuales de contacto y comunicación más allá de las fronteras nacionales. Este espacio social se abre entre los lugares de referencia de la movilidad que se expanden según intereses y posibilidades negociadas en el marco de la subjetividad: estará determinado por las relaciones —incluso por su ausencia— (Castles, 2007) y alcance de los contactos de los migrantes. Mientras Vertovec (2003) y Guarnizo (2007) definen estos vínculos en función de la simultaneidad, la sostenibilidad y la regularidad, para Blanco (2007) se constituyen como espacio transnacional si se trata de un canal interactivo entre los polos migratorios. De hecho, Levitt (2001: 198) vincula su eficacia a

su grado de dinamismo institucionalizado o a su creación por instituciones políticas, religiosas y sociales.

Los primeros nexos transnacionales surgen del desbordamiento de los Estados-nación en su expansión capitalista; con la misma ambición le siguieron las lógicas de las grandes corporaciones mundiales, también en la relación con la ciudadanía y la pertenencia dentro de la contención de sus fronteras. En el nivel «supra», económico y político, ha producido alianzas que desdibujan fronteras, intercambios mercantiles y comerciales con acuerdos arancelarios, e incluso fórmulas económicas adaptables a las necesidades de crecimiento ilimitado de la acumulación. En los aspectos políticos de la ampliación de la globalidad como escenario a través de los flujos comunicativos se han multiplicado los cambios como la asociación entre Estados, la vinculación al derecho internacional o la delegación de esferas de poder a organismos internacionales, que comenzaron a marcar la dinámica de nuevas posibilidades del ejercicio del poder justificado en la fórmula democrática.

La irrupción del transnacionalismo como figura de la investigación social se deriva de un contexto de conexiones productivas y políticas, de la transformación tecnológica y de sus oportunidades multidimensionales. En ese sentido, Canales y Zolniski (2000) defienden la transmigración como un proceso de reproducción social y económica ampliada: «En una comunidad transnacional no todos los miembros son transmigrantes, pero la transmigración es una práctica social que está presente en el horizonte de vida de todos y cada uno de ellos». Esa dimensión y práctica social surge del trabajo de Glick Schiller, Basch y Blanc-Szanton (1992), que contextualizaron las prácticas migratorias, más allá del desplazamiento de personas, en función de las prácticas

sociales o transmigrantes que tienen lugar en los campos de conectividad múltiple donde la relación no sólo es de copresencia sino interactiva y simultánea (también en Levitt y Glick Schiller, 2004). Así, como espacio de negociación y reconocimiento, el transnacionalismo conduce a la autodeterminación de los sujetos respecto a los vínculos originariamente constituidos, y hacia nuevas posibilidades y oportunidades formuladas alrededor de los derechos y de la experiencia valiosa de la conexión. Por tanto, se configura como un proceso dinámico del que surge un marco analítico de superación de las visiones e imágenes de la realidad tradicionalmente congeladas o estáticas.

Nuevos modelos productivos, otros campos sociales

Durante los siglos del desarrollo de la lógica mercantil de la acumulación y la regulación de la escasez, desde el interior del Estado-nación se diseñaba y controlaba la movilidad laboral, la homogeneidad cultural que la acompaña, la articulación social y las políticas educativas, como parte de un sistema productivo que tenía previsto el reemplazo de los trabajadores y la creación de un mercado protegido por las fronteras: «La economía depende de que exista un grado de movilidad y comunicación entre individuos tal que sólo puede conseguirse socializándolos dentro de una cultura desarrollada» (Gellner, 1988: 178-179).

La expansión colonizadora, con la que se inicia la perforación de las fronteras, se caracterizó por una asimetría generalizada de las experiencias de intercambio, por el dominio de las rutas de desplazamientos y de los escasos canales de

comunicación, generando todo tipo de relaciones de explotación y desigualdades, en muchos casos con origen en la ruptura comunicativa tanto entre los polos de la movilidad como en las culturas que entraban en contacto. A estos modos de producción y explotación capitalista los acompañaron en paralelo formas simbólicas, de enorme interés para la comunicación, como el desarrollo de mitos, visiones idealizadas, imaginarios desenfocados y excluyentes, la difusión interesada o manipulativa, la desinformación, los estereotipos, las visiones simplistas o la simple deshumanización. En estos casos, las visiones individualistas se establecen con estrategias de eliminación de la diversidad y de la pluralidad, así como con la ruptura de los intercambios comunicativos bidireccionales y el olvido de planteamientos integradores y culturales: «La desigualdad objetiva entre los centros y las periferias determinó el desarrollo de unas relaciones conflictivas entre las nuevas formaciones sociales» (Martín Díaz, 2003: 125).

De cara a los ciudadanos, los modelos de exclusión e inclusión han estado guiados por la creciente presión de nuevas realidades, así como por la limitada capacidad política de asumir con celeridad la solución o, al menos, la negociación de fenómenos emergentes: la conflictividad con la que se entienden los movimientos de población cuando van acompañados de la pobreza ha determinado este efecto. En este proceso, la fabricación del «Otro» se ha apoyado en mecanismos de regulación e identidad por parte de los Estados-nación, mientras se recrea constantemente la diferencia que mantiene las desigualdades. Las fronteras externas se trasladan al interior en forma de acceso al trabajo, a los derechos democráticos o a la vivienda, en una estructura que asegura el mantenimiento del orden; por eso hay que preguntarse qué papel juegan los lugares en las personas y las personas en los

lugares. En el primer sentido, los lugares en las personas, cambian el concepto de espacio como vínculo y ubicación con el pasado, mientras pasan a definirse como flujos en la idea de Castells (2005: 452): la movilidad como transformación explicaría la evolución del concepto de frontera. En el otro, el de las personas en los lugares, hay que señalar el trabajo de corte feminista de Silvey (2004), quien ha formulado nuevas definiciones de los sujetos: por ejemplo, en la experiencia de la migración son las fronteras las que etiquetan su legalidad.

De cara a la expansión de las corporaciones en su estrategia transnacional, junto a las formas productivas de esta economía, han abierto fórmulas de crecimiento y competencia con consecuencias humanas (Bauman, 1999) en diferentes planos. Visto desde el laboral, los mercados y procesos de trabajo de dimensiones globalizadas constituyen el escenario de contingencia de la integración productiva que muestra la gran diversidad y complejidad de estas relaciones, en las que se entrelazan diferentes sectores como son el político, el económico y el sociocultural; Portes, Guarnizo y Landolt (2003) las han sistematizado no sólo con relación a este criterio, sino también al de su nivel de institucionalización.

La lógica económica y mercantil regula la dependencia de la estructura laboral, que los sujetos afrontan asumiendo también una respuesta transnacionalizada. Vertovec (2003) interpreta el transnacionalismo en función de las dimensiones política, sociocultural y económica en que se configura. Como marco analítico, Bastia (2009) establece la necesidad de vincular su estudio a las relaciones entre capital y trabajo a nivel global (al margen de la construcción de los Estados-nación), de una forma compleja que integre diferentes planos como la movilidad, la identidad o la cultura, a través de su dimensión social. El lugar de los intercambios productivos a través de la comunicación y

la movilidad se caracteriza por una vivencia de la desterritorialización de lo social, por fenómenos transformadores de la cultura y de la esfera pública en su dimensión comunicativa, que logra ensamblar las conexiones entre lo global y lo local y, también, entre lo subjetivo y lo simbólico. Todo ello contribuye a borrar las fronteras de la anterior etapa del capitalismo.

En este contexto, la necesidad de comunicación en la movilidad no pasa, desde luego, por los circuitos dibujados por los mass media. Las comunidades migrantes presentan una diversidad de modos de organización, de intereses, agendas y vínculos con las familias y las comunidades en el origen, así como una preocupación de doble dirección por la gestión política y la toma de decisiones de los dos polos de su movilidad que no se adecuan al modo informativo de las industrias culturales masificadas. Con un patrón de la movilidad dinámico y circular, se incluye la posibilidad de un retorno, y se buscan formas de intervención en la distancia para el desarrollo local en el origen, con prácticas políticas y demandas legales que, a menudo, siguen el modelo de la sociedad de destino de la migración.

Identidades múltiples: las redes y la acción

Los migrantes se construyen, como mantiene Nash (2008: 16), «hacia el reconocimiento de la autoinscripción identitaria múltiple y dinámica a partir de identidades plurales construidas y a menudo contestadas, así como del derecho a la no adscripción identitaria y de desmarcarse de cualquier marca identitaria». Liberados del contexto cultural, la acción se

describe en lo subjetivo: si no pueden eliminar las incertidumbres, deciden y escogen sobre un conjunto de normas. Zizek (2001: 363 y 377), sin embargo, es consciente del enorme peso que en la esfera sociosimbólica tienen en la actualidad los intereses económicos y del capital, por encima de otras formas de mediación como la democracia o la justicia social. Es más, Guattari y Rolnik (2006: 42) sostienen que en realidad no es sólo una estrategia de producción del poder sino que «la producción de subjetividad constituye la materia prima de toda y cualquier producción»;⁵ así, la ideología se mantiene en la esfera de lo representado y modela los comportamientos individuales y sociales, al igual que los imaginarios.

En su análisis de lo transnacional (Faist, 1999: 40) articula los lazos sociales y simbólicos en la estructura de red del movimiento social de los migrantes que ya se encuentran en lugares geográficos diferentes. También se han conceptualizado como «cadenas migratorias» (Pedone, 2006) o «redes migratorias» (Massey et al., 2000), como los ámbitos de expansión del capital social de la conectividad que dirige hacia el desarrollo.

La estructura comunicativa de redes es la plataforma de defensa de derechos políticos, culturales o laborales de organizaciones civiles y alternativas, e incluso de instituciones tradicionales como los sindicatos (Canales y Zolniski, 2000). De forma paralela, la conectividad en la política y los negocios se apoya en el mismo modelo de redes entre Estados, instituciones y corporaciones multinacionales. Su dinámica también ha alcanzado a los excluidos, quienes, desde la desventaja, se integran en los circuitos de la movilidad y la conectividad con un dinamismo nuevo y una emergencia singular (Portes, Guarnizo y Landolt, 1999: 227). Sin embargo, como en tantos otros campos, la ambigüedad y la contradicción también

permanecen solapadas porque, como plantean Canales y Zolniski (2000), «su dinámica conlleva, al mismo tiempo, la reproducción de tensiones, conflictos y contradicciones que se dan en su seno y que, como tales, contribuyen a recrear el marco de desigualdad estructural que condiciona la reproducción social de sus miembros». De hecho, Castro (2005: 187) defiende el papel del conflicto en la constitución de las comunidades como escenario de negociación complejo y diverso de lo transnacional.

En su potencial de acción colectiva, las dimensiones clave de estas redes sociales son sus estrategias de respuesta y alternativas a las imposiciones de la globalización (Canales y Zolniski, 2000). Por tanto, se trata de una dimensión política que caracteriza a la ciudadanía como «construcción intersubjetiva de la razón, en el espacio público como lugar de la formación de una instancia crítica del poder político y en el procedimiento democrático de la discusión» (Cavaliere y Rosales, 2007: 158). La posibilidad de acción colectiva se muestra en redefinición dinámica, la construcción conjunta de un marco institucional que debe ser el escenario observable de análisis (Cavaliere y Rosales, 2007: 165). Estos procesos tienen diferentes dinámicas en las que confluye, en ocasiones, la acción de diferentes niveles institucionales:

1. Asociaciones y alianzas políticas y económicas constituidas a partir de la voluntad de sus componentes con vínculos de distinta intensidad: la integración, como es el caso de la Unión Europea; la regulación supranacional, a partir de instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, con impactos en todo el sistema productivo; por asociación, por ejemplo, de multinacionales en espacios de poder económico; con

argumentos identitarios, a través de la creación de comunidades según regiones de procedencia; o en función de la comunicación o de la acción social, por ejemplo, las ONG (Besserer, 1999).

2. Como una expansión de la influencia de los Estados-nación a través de la acción exterior de los migrantes en las comunidades de destino, que desarrolla nexos y circuitos comerciales de productos y lógicas mercantiles. Así, son numerosos los Estados emisores de migrantes que han establecido de forma preferente incentivos para estas comunidades en el exterior porque revierten en fórmulas económicas y de reconocimiento de la imagen nacional.

3. Bajo políticas de control se fomenta la distancia y la separación, para evitar que la influencia de estos colectivos en las esferas políticas merme el poder local en el origen. Se relaciona a menudo con la presión de los Estados por la emergencia de situaciones que han motivado la expulsión y la fuga de los nacionales por circuitos transnacionales.

En definitiva, la acción de las comunidades transnacionales se interpreta en una doble dirección, tal y como ha definido Besserer (1999) a partir de la revisión de la bibliografía: se configura en función y dependencia del proceso de construcción de los Estados, y, en sentido contrario, se interpreta como una producción dependiente del debilitamiento del Estado-nación o, al menos, al margen del Estado.

Nuevas realidades sociales y pertenencias

Los nuevos modos de pertenencia son derechos y reconocimientos de la pluralidad de la comunicación, de otra

ciudadanía ahora transnacional. El transnacionalismo se aborda con mayor frecuencia en su dimensión política, alrededor de los círculos de poder propios del contexto de la modernidad y de los Estados-nación, en la descripción de la pertenencia. De hecho, este enfoque niega la autonomía de las migraciones y la subjetividad como campos transformadores, así como los procesos que «desde abajo» han logrado una emergencia y la transformación de las lógicas de poder, gracias a la nueva dimensión distributiva de la posibilidad tecnológica.

Estas tensiones muestran la contradicción entre los derechos universales y la pertenencia excluyente (Mezzadra, 2005: 98), un equilibrio inestable de gran alcance. Las complejas relaciones de frontera se desarrollan sobre la base de las diferencias culturales, «una auténtica barrera previa a la movilidad y la igualdad» que ha inhibido la facilidad de identificación (Gellner, 1988, p. 103), y a la cual contribuyen factores como la democracia, la religión o la incompatibilidad cultural (Martín Díaz, 2003, p. 76).

A pesar de este contexto móvil, las estructuras se estabilizan con modelos sociales y organizaciones, impulsados y controlados por los Estados-nación en su esfuerzo por contener otros modelos de resistencia y de fuga. Pero de forma contradictoria también los Estados-nación, tal y como los describe Appadurai (2001: 164-166), contienen a su vez, y en su interior, dinámicas impulsadas por la población migrante: la gestión transnacional de los asuntos políticos, el desarrollo móvil de la tecnología, el conocimiento académico o científico. Son fuerzas que limitan y «violán» la soberanía nacional en los campos más generales de su expresión: la política, el derecho y la pertenencia (Martín Díaz, 2003: 141). Castoriadis (1999: 89 y 162) añade el dominio del «imaginario que modela el régimen, su orientación, los valores, aquello por lo que vale la pena vivir

o morir, el vigor de la sociedad, incluso sus afectos —y los individuos llamados a hacer existir concretamente todo esto—» como un imaginario mercantilista que contribuye al desmantelamiento del papel del Estado.

Ahora bien, a la dinámica mercantil le ha seguido una hibridación que aporta otras dimensiones: «A las modalidades clásicas de fusión, derivadas de migraciones, intercambios comerciales y de las políticas de integración educativa impulsadas por Estados nacionales, se agregan (por ejemplo) las mezclas generadas por las industrias culturales» (García Canclini, 2001: 23). Desde la resistencia al modelo, la apertura se ha venido fraguando desde la posibilidad transfronteriza como un espacio de creatividad sobre lo simbólico y lo subjetivo (Grimson, 2004: 9 y 12). De esta dimensión alternativa, Sassen (2003: 46) analiza, desde el punto de vista de las relaciones sistémicas, el incremento de los circuitos transfronterizos alternativos, en el que las mujeres tienen un papel esencial.

De cara a la ciudadanía, la frontera es el elemento contradictorio que forma parte de su definición. El propio «cruce de fronteras» es hoy por hoy la esencia de la ciudadanía, tal y como ha propuesto Vila (2000: 110-111), de forma que los espacios sociales transfronterizos y transnacionales son los de la acción ciudadana ante el efecto que se registra de contención y «reforzamiento de fronteras». La evolución de estos conceptos y puntos de vista coincide con la propia del pensamiento filosófico de Foucault (2002 y 1991), primero indagando la esencia misma del poder —a través de las prácticas divisorias, las jurídicas y las tecnológicas disciplinarias del panóptico—, y pasando después a las «tecnologías del yo» para la producción autónoma de la

subjetividad y el ejercicio de la biopolítica como modelo de control.

La tradición jurídica de muchos países occidentales ha establecido dos vías de acceso a la nacionalidad, a la ciudadanía y, por tanto, al reconocimiento. De una parte, de origen biológico y de transmisión hereditaria, el *ius sanguinis* (derecho de sangre) es un criterio dominante en cuanto que tiene mayor implantación en Europa y marca la cohesión e integración por la vía étnica o cultural. La otra tradición, el *ius soli* (derecho de suelo), representa una vinculación con la territorialidad —y, por tanto, el poder— que se aplica en la doctrina ligado y que deriva del anterior en el desarrollo de los Estados-nación a partir del siglo XIX (Elósegui, 2008: 121). En la mayor parte de los casos, estos marcos se siguen interpretando como criterios inamovibles, a pesar de que tal y como defendía Habermas (1998: 13) «no fundan una sumisión irrevocable a la jurisdicción estatal», aunque reconoce que en ello se basan los criterios administrativos de adscripción sobre «el derecho a emigrar o a la renuncia a la ciudadanía». En cualquier caso, recuerda: «El estatuto de ciudadano fija concretamente los derechos democráticos que el individuo puede reivindicar de forma reflexiva, así como su condición jurídica material para proceder a modificarlos».

Por tanto, la revisión del derecho de suelo supone también un espíritu más abierto y ligado a la autodeterminación, una dimensión cívica o voluntarista de un modelo comunitario en el que «queda claro que la autonomía política constituye un fin en sí mismo que nadie puede realizar aisladamente mediante la persecución privada de sus intereses particulares, sino sólo junto a los demás a través de una praxis compartida intersubjetivamente. La condición jurídica del ciudadano se constituye por medio de una red de relaciones igualitarias

basada en el reconocimiento recíproco» (Habermas, 1998: 13). De hecho, el propio Habermas (1981) ya había defendido el valor de la comunicación, a través de la opinión pública y el voto, como poder que se transforma en legislación

Luego la diversidad y heterogeneidad de los movimientos migratorios precisa de otros modelos conceptuales, pero también legales y políticos: «La inoperatividad de la ciudadanía, así como su actual carácter excluyente, han derivado en la aparición de nuevas ciudadanías que, si bien no son reconocidas formalmente, su naturaleza substancial o material se adaptan mejor a las necesidades sociales, políticas y económicas de aquellos que las ejercitan» (Barbero, 2009). Así, por ejemplo, Barbero (2009) defiende el reconocimiento de la «presencia» como un modelo de «ciudadanía informal» y de los modos de «deliberación democrática».

En el mismo sentido, Canales y Zolniski (2000) defienden la «pertenencia» como un elemento distintivo de las comunidades transnacionales, más allá de la «presencia», de la creación de comunidades políticas y de la propia ciudadanía, en las que también la vivencia de lo imaginario cobra un peso más profundo: «La “ausencia” física es contrarrestada por la “presencia” imaginada, que se vuelve real y concreta por la vía de los flujos de información y de poder que canalizan las redes construidas por los migrantes, fenómeno facilitado por el avance de las telecomunicaciones» (Canales y Zolniski, 2000: 236). De hecho, la comunidad se constituye a partir de la densidad de sus relaciones sociales, con las que se regula la «pertenencia» en unas condiciones que están al margen de la ciudadanía. En esta relación, la subjetividad estrecha los vínculos tanto con la comunidad de origen como con la de destino (Canales y Zolniski, 2000).

Las formas de pertenencia —en la distinción de la ciudadanía y la nacionalidad como ámbitos de derechos y ejercicios diferenciales— tienen antecedentes en otros momentos de movilidades intensas y desplazamientos transcontinentales. La regulación de la nacionalidad como vínculo exclusivo con un Estado ha tenido un carácter general hasta hace aproximadamente un siglo, cuando comienzan a aparecer figuras jurídicas que contemplan diferentes formas de multinacionalidad. En paralelo, esta evolución de la nacionalidad ha invertido su espíritu: de ser potestad de los Estados, a formar parte de los derechos de las personas. Las figuras relacionadas con la supranacionalidad, la nacionalidad múltiple o la doble nacionalidad son planteamientos que también se enfrentan a la constricción de los Estados,⁶ que revisan incluso acuerdos bilaterales o multilaterales⁷ en función de los flujos migratorios cuando están dominados por la intensidad, la densidad o el desbordamiento. Por tanto, el acceso a la ciudadanía se regula desde este criterio identitario, aunque el desarrollo del transnacionalismo ha llevado a la expansión de la doble nacionalidad o ciudadanía —incluso múltiple—, que permite diferentes posiciones potenciales del individuo ante el Estado (Levitt y Glick Schiller, 2004: 210). La revisión de estas autoras desde el transnacionalismo hace aflorar los procesos ideológicos que se ocultan bajo los discursos de la ciudadanía y nacionalidad.

La tecnología y los derechos de la comunicación

La ciudadanía nacional se ha apoyado en un modelo educativo —para la formación y socialización de los individuos

— así como en la comunicación, a través de un sistema de medios con referentes en el interior de las fronteras y el recurso a los argumentos diferenciales de interés para el Estado-nación. Este sistema regulatorio de la comunicación y la información se abre a partir de la invención de la imprenta, y se generaliza con su difusión, pero también se enriquece con un nuevo derecho ciudadano apoyado en la posibilidad tecnológica de fijar y difundir el conocimiento: la libertad de imprenta. El crecimiento de las ciudades, la ascendencia de la burguesía y la insistente preeminencia del capitalismo fueron acompañados de una esfera pública comunicativa, de metarrelatos contruidos desde la prensa y del florecimiento del periodismo nacionalista con argumentos de exaltación de la cultura propia. A partir de este primer derecho comunicativo, se institucionaliza, con la aparición de diferentes cabeceras de periódicos, el más amplio de la libertad de expresión.

La idea de ciudadanía que se forja en las comunidades imaginadas (Anderson, 1993) es de carácter nacionalista, ajustada a los valores identitarios oportunos y al deseo de impulsar el desarrollo económico contenido en las fronteras de los Estados. Es decir, Anderson plantea la cuestión en función de los vínculos realimentadores entre la producción, la organización social y los símbolos. En este sentido, resulta de especial interés la obra de Reich (1993) sobre las transformaciones de la economía en la ciudadanía y los Estados en los que detecta una desvinculación de la adhesión nacional en función del mercado mundial.

Park (1928) y otros autores analizaron el fenómeno de la ciudadanía nacional en poblaciones de origen cultural diverso a través del papel de la prensa en el control de los procesos de integración y asimilación, y en la medida en que lo social y la individualidad se secularizan. Junto a otros miembros de la

escuela de Chicago, Park (1999: 79) estudió el papel de la prensa en la conformación de la identidad colectiva, en el logro de la cohesión social y en el control institucional de los procesos de socialización, también respecto a los migrantes transformados en actores de la nueva realidad surgida con las grandes migraciones de Europa a Estados Unidos. En sus trabajos, se observa cómo las necesidades productivas nacionales y la libertad individual han formado parte de los argumentos identitarios y de los discursos ambiguos de la tradición y la cultura, como elementos de control social.

Ninguna de las realidades que acompañan a la globalización y al transnacionalismo supone, en este sentido, una novedad radical, aunque su emergencia en la investigación sociológica reside en la aceleración y la densidad de esas transformaciones y en su impacto en la socialidad local. Ahora bien, las posibilidades de la tecnología y de la movilidad han modificado las formas y los tipos de relaciones de intercambio, las actividades y los contactos. Se registran así nuevas formas autónomas y negociadas de carácter horizontal y bidireccional, como alternativas a los circuitos y flujos que antes se gestionaban exclusivamente desde el poder y la lógica económica nacional. En la globalidad, los cauces transnacionales de las mercancías, de la producción, de la movilidad y de la comunicación fragan espacios más amplios y esferas cosmopolitas de decisión: un marco de acción global a la medida de los riesgos emergentes y de las realidades que afloran en el sistema de información globalizado o de circuitos transnacionales.

En este marco, la ciudadanía se construye cada vez más en los flujos informativos que posibilitan las nuevas tecnologías, por la multiplicidad de contactos y comunicación que fomentan dando lugar a nuevos entornos de socialización y vínculos

generativos de la reconfiguración identitaria, sobre la base de un mundo en permanente dinamismo y transformación. Se trata del contexto necesario para la emergencia de nuevos derechos relacionados con la comunicación, siempre a la medida de la posibilidad tecnológica. Si la difusión y el modo de producción de la imprenta derivaron en el derecho a la libertad de expresión —como elemento esencial de la participación política en la modernidad a través de la aparición de la esfera pública—, el alcance del desarrollo tecnológico ligado a la digitalización y la conexión en red ha abierto otras oportunidades. En un primer momento, con el derecho a la información, y después, con el derecho de acceso a la información pública y a la transparencia. Y hoy los nuevos contextos tecnológicos plantean la necesidad de reivindicación de una comunicación más flexible y plural.

Como resultado de todo ello en las últimas décadas se observa la emergencia del derecho a la comunicación, que Saffon (2007: 14) entiende como producto de las transformaciones tecnológicas y sociales que se registran en la sociedad del conocimiento: «El derecho a la comunicación se distingue de los derechos a la libertad de prensa y a la información porque busca enfrentar retos específicos producidos por un nuevo contexto». La propuesta del derecho a la comunicación surge, no obstante, antes con la apropiación informativa de los medios y su mercantilización (Martín Barbero, 2005), y se reformula, con los nuevos dispositivos tecnológicos, como el acceso plural, igualitario y efectivo a los espacios de información y comunicación, y/o como la defensa de la diversidad de contenidos frente al control de las restricciones a estos espacios públicos, en defensa de la expresión plural de todo debate y mediación (Saffon, 2007).

Ahora, en el escenario de posibilidad tecnológica y social de lo comunicativo, hay que reconsiderar la vinculación de los sujetos respecto al territorio, cuando la posmodernidad se abre con ambivalencia en medio de las tensiones entre el poder y la libertad. La dinámica impuesta por la expansión de la productividad más allá de las fronteras aleja y separa definitivamente a los sujetos del territorio y de la tradición de la copresencia, transformando estas relaciones en simbólicas e imaginarias. La recepción y la participación en las lógicas comunicativas como prosumers son hoy además generativas, y aportan otro valor a los contenidos y las lógicas de los flujos dominantes con los que se producen interpretaciones creativas y apropiaciones subjetivas alrededor de la conexión y la duplicidad de los mundos de referencia del origen y destino como modos de designación, esto es, nuevos circuitos transfronterizos recurrentes y circulares de doble o múltiple dirección y sentido.

El gran impacto de los cruces transnacionales de lo mediático pone así de relieve la interdependencia globalizada de las construcciones identitarias, la vivencia de la territorialidad y el desbordamiento y la importancia de las fronteras. Cuando los medios de comunicación condensan los procesos sociales y se apropian de los sentidos emergentes del imaginario, reinventan en figuras estereotipadas las demandas de integración, crean un espacio negociador sobre lo público, ahora a escala global, y un espejismo de conexión con el poder y de democracia directa (Winocur, 2003: 231). En buena medida esta visión deformada o espejismo de la mediación tiene que ver con la posición en la reproducción simbólica. García Canclini (1995), por ejemplo, ha estudiado los fenómenos de la internacionalización de la ciudadanía a través del consumo y del consumo mediático, como un punto de vista complementario a estos

planteamientos, que ilustra las contradicciones y formas creativas de adaptación de los sujetos. La ciudadanía, en la sociedad de consumo, pivota entre los ejes del cambio de modelo productivo y la integración. Es la dimensión cultural de los fenómenos del consumismo la que condiciona y articula la posibilidad de la ciudadanía como forma social, tal y como advierte García Canclini (1995). Bauman (2007) dibuja, en esta dirección, las lógicas que marcan la aceptación y la pertenencia para sujetos de diferentes orígenes, desde el momento en que el estilo de vida marca la posibilidad de inclusión y, todavía más, de hospitalidad de los paraísos de la opulencia hacia los «consumidores ejemplares». Así, la democratización del consumo transforma las subjetividades, los conceptos tradicionales de libertad, igualdad o justicia integrando incluso otros derechos y principios normativos como la diversidad, aunque sólo sea simbólicamente. Pero sin realización jurídica o efectiva real en el universo concreto.

En ese sentido, un reto político es integrar el «derecho a la transnacionalidad» (Canales y Zolniski, 2000) para que los migrantes y desplazados puedan ejercer sus derechos laborales, sociales y políticos en los ámbitos que abarque su comunidad. En esa línea, Besserer (1999) entiende que debe establecerse el marco jurídico de la ciudadanía transnacional a la medida del espacio translocal en que tiene lugar la socialidad, la comunicación y la vida familiar y subjetiva de los migrantes, al margen de los Estados nacionales de referencia. Barbero (2009) considera relevante para el pluralismo jurídico la realidad cotidiana de los migrantes como portadores de cultura, valores y códigos normativos que se insertan en las sociedades de destino, debido a que a la ciudadanía nacional se le otorga un carácter exclusivo que deja al margen las nuevas realidades globales. En el Estado nacional, la «ciudadanía sustantiva o de

hecho» debería integrar los derechos de diferentes ordenamientos jurídicos que reconocen a los extranjeros, como nuevos «sujetos jurídicos», con independencia de su nacionalidad (Barbero, 2009).

En el avance de este pluralismo jurídico se encuentra la «cuarta generación» de derechos humanos que Bustamante (2010) define y que giran alrededor de la ciudadanía digital. En primer lugar, la ampliación de la ciudadanía tradicional y de los derechos relacionados con el acceso a la información y al conocimiento, con un reclamo de mayor interactividad. En segundo, la lucha contra la exclusión digital, por cuanto es un ámbito de marginación en el acceso al mercado de trabajo. Y, por último, la inserción en la inteligencia colectiva de la conectividad autónoma, a partir de políticas de educación ciudadana. Para Bustamante (2010), todo ello se deriva de una nueva idea de la ciudadanía y de derechos, valores y estructuras sociales: «Nuevas formas de interrelación humana amplificadas por la tecnología, nuevas comunidades virtuales cuyo criterio de pertenencia de adscripción no es el territorio, ni la lengua compartida, sino un nuevo modelo visionario de la sociedad que encuentra en la comunicación no presencial un elemento de unión entre individuos», anticipado en los principios éticos integradores del espíritu hacker que provienen de la interrelación entre la acción humana y el desarrollo tecnológico.

El papel de la comunicación en la construcción de las ciudadanías

El contexto comunicativo y de movilidad, de cruces y conexiones, cuestiona pues, tal y como hemos visto, los

argumentos tradicionales que inspiraron la construcción de la ciudadanía nacionalista. Tanto Anderson (1993) y Gellner (1988: 80 y 83) como Hobsbawm (1998: 80) demuestran que la constitución imaginaria de entidades históricas, fruto de tradiciones, y normas consuetudinarias, en realidad, son recientes e inventadas. Mientras Hobsbawm (1998: 99) destaca el papel del imaginario como base de la cohesión social y, sobre todo, de la legitimación de las instituciones y de su objetivo de socialización, Gellner (1988: 101 y 146) se centra en el papel de la comunicación en los Estados-nación, orientada hacia la producción y la eliminación de diferencias en aras del igualitarismo moderno y del nacionalismo como orden de regulación y control social.

Hoy, la fuerza de la movilidad y de las migraciones ha transformado los dos modelos de adhesión a la nación que se establecían de forma clásica: la cohesión étnica o cultural y la cívica o voluntarista (Martín Díaz, 2003: 119). Los nuevos estilos de vida, y la creciente segmentación social vía consumo, derivados de la revolución industrial, plantean nuevas rupturas en la división entre lo público y lo privado, introduciendo ambivalencias en la concepción de ser ciudadano tanto en la libertad individual ante el trabajo (Martín Díaz, 2003: 105) como, en el ámbito de la reproducción social, en las formas dinámicas de producción móvil e intercambiable que tiende a desterritorializar o separar a los individuos del territorio y de la tradición que los identifica en origen. Sin embargo, la diferencia ciudadana se alimenta de discursos reguladores inspirados en lo tradicional, con los que se gestiona la integración de los migrantes por la vía de la asimilación o de la invisibilidad social (Santamaría, 2002: 134), de la misma forma que la comunicación masiva y la educación forman parte de esa

normalización como dominio en que se construye la sociedad civil (Stevenson, 1998: 41).

Castles (1997) sistematiza y analiza las contradicciones de la globalización a partir del impacto de las migraciones, entre las cuales, algunas tienen especial interés para esta cuestión: la inclusión y la exclusión como base y fundamento de todas las contradicciones del sistema globalizado y, especialmente, la que se articula entre el ciudadano nacional y el ciudadano global, es decir, entre pertenencia cultural y cívica. Castles mantiene que la presión de las migraciones y la debilidad creciente de los Estados-nación presionan hacia la constitución de una ciudadanía global: «Una sociedad mundial requiere un gobierno que actúe globalmente».

Los flujos económicos, de mercancías y de modelos de consumo, junto a los de la movilidad y la comunicación —los de mayor interés en este análisis—, se multiplican en la desarticulación del sistema y de su reconstrucción. Mientras «las comunidades imaginadas precisan de un mantenimiento constante, a menudo violento» (Clifford, 2008: 21) y la disolución de los conflictos de clase ha revitalizado la posición de valor de las identidades nacionales (Chindemi, 2000: 92), la integración y las prácticas de la comunicación, cada vez más próximas a los usuarios y ciudadanos, revitalizan la economía y la política, ahora con impulso de la conectividad y lo social, alrededor de los valores de uso y de cooperación, en una nueva forma colectiva de riqueza.

La comunicación digital y la integración tecnológica definen el marco contextual de las prácticas bidireccionales e interactivas, equivalentes en la sociedad del conocimiento a la lógica comunicativa presencial, porque permiten una paulatina e imparable participación de los ciudadanos en la construcción de una opinión pública de dimensión inclusiva y global. Este

aspecto, en función de la dualización entre el origen y el destino, se canaliza a través de la conectividad y la comunicación y, a juicio de Blanco (2007: 21), «ha sido poco desarrollado, por lo que escasamente se ha reparado en sus potencialidades para conformar grupo y mantener identidades». En este contexto se situaría la acción de los lazos transnacionales en la doble vertiente que plantea Besserer (1999: 215): por un lado, como un «transnacionalismo objetivista» sobre la relación en simultáneo en diferentes sociedades por parte de una misma comunidad; y por otro, como un «transnacionalismo de ruptura» sobre las tradiciones nacionales y su expresión en las formulaciones jurídicas o políticas centradas en la nación.

Los consumos mediáticos migrantes y las prácticas comunicativas son una muestra de la multipolaridad y multidimensionalidad de su socialidad, de lo subjetivo y de los usos culturales, ya que a menudo se dirigen hacia escenarios de referencia alejados muchas veces de las trayectorias de su desplazamiento vital y sólo orientados por la búsqueda de un sentido colectivo de identidad al margen de la construcción simbólica de la pertenencia de sus Estados de origen, pero también y a la vez con voluntad de confirmación de la otredad que se construye en su recepción en destino. De hecho, Clifford (2008: 21) señala la dificultad de los nacionalismos en el actual contexto: «En un mundo de migraciones y satélites de televisión, el control de las fronteras y de las esencias colectivas nunca puede ser absoluto ni durar mucho tiempo. Los nacionalismos establecen sus tiempos y espacios aparentemente homogéneos de un modo selectivo, en relación con nuevos flujos transnacionales y formas culturales tanto dominantes como subalternos. Las identidades diaspóricas e

híbridas producidas por estos movimientos pueden ser tanto restrictivas como liberadoras».

En la constitución imaginaria de las naciones, el mundo simbólico también es un campo de disciplinamiento social, tal y como lo concibe Appadurai (2001: 148-157), quien defiende la capacidad de los mercados y de los Estados para ejercer el control y la disciplina con imágenes clásicas sobre la identidad y la pertenencia, como un modo de restricción al espacio de las fronteras nacionales. Además, y en paralelo, entiende la imaginación⁸ como una alternativa hacia modelos de resistencia y de creatividad para la vida colectiva. En este sentido, los espacios transnacionales, a pesar de presentar una oportunidad de cambio y resistencia, son ante todo sistemas de negociación y conflicto de los migrantes respecto a sus comunidades de origen y que, sin embargo, no determinan por sí mismos la salida de las condiciones vulnerables que contribuyeron a su proyecto migratorio y que se establecen en las sociedades de destino.⁹ Desde la creatividad y la resistencia, en los espacios sociales transnacionales se registran nuevas formas de adhesión a la comunidad al margen de los vínculos de lo social sobre tradiciones históricas.

En este complejo y entrecruzado marco de conexiones y negociaciones, las miradas que centran la atención en la renegociación identitaria de los migrantes en los consumos de los mass media olvidan que los procesos de negociación y reconocimiento son más complejos y difusos, ya que las prácticas comunicativas fluyen a menudo por circuitos no reconocidos por las lógicas difusionistas y la construcción de los argumentos simbólicos del reconocimiento. Los usos de la comunicación horizontal e interactiva enlazan realidades cotidianas y proximidades simbólicas y emocionales de la subjetividad en esferas de lo comunitario, lo familiar y lo

singular. Una negociación multidimensional de estas características obliga necesariamente a la revisión de las prácticas de identidad nacional más allá de la confrontación de discursos políticos y culturas dominantes (Benítez, 2007), para abrir paso a los vínculos emocionales como orientación de los procesos de transformación. En este contexto se podría situar la idea de Puwar (2004) sobre la experiencia de invasión de espacios sociales y físicos, la experiencia fuera de lugar o presencia no deseada con que se vive la migración a través de estrategias sociales, legales o económicas.

La tensión transnacionalista sobre la nacionalidad y los modelos de ciudadanía

Los movimientos de población y, especialmente, las migraciones han provocado tensiones sobre la ciudadanía, la inclusión y la participación, en función de procesos locales y transnacionales que redefinen continuamente el modelo de derecho y los sistemas de exclusión. Balibar (2005: 95) entiende que el resultado de la creciente influencia de lo económico en lo político, dentro de la conformación de estos procesos, llega a producir un apartheid mundial —como prolongación de sistemas coloniales— que entra en contradicción con el «Estado nacional moderno, “democrático” y “social”».

Como resultado de ello, en la estructura del Estado-nación «hay cada vez más ciudadanos que no pertenecen» (Mezzadra, 2005: 105 y 147); en este ámbito y en el trabajo se escenifican nuevas luchas de las víctimas de su diferencia por el logro de los «papeles», a través de las cuales expresan «resistencia y prácticas conflictivas innovadoras» y se instituyen en

movimientos sociales. Se trata de la protesta de la «generación migración» contra la desigualdad internacional, como la definen Beck y Beck-Gernsheim (2008: 80) cuando afirman que «es precisamente la mirada nacional y monocultural la que ignora que el activismo de la generación global no nace en el centro sino sobre todo en las zonas marginales de la sociedad del riesgo global, en aquellas regiones que están condenadas a no tener salida de su situación». Mezzadra (2005: 31-32) ataca la «ciudadanización» por su impacto en la estructura desigualitaria actual y su fuerza neoliberal, el fin de la inclusión migrante entendida como integración, porque «no se entiende bien dónde deben integrarse los inmigrantes» y porque «la ciudadanización no tiene en cuenta para nada la calidad de las prácticas de ciudadanía de los migrantes». Los nuevos modos de entender la ciudadanía cuestionan a menudo los ya existentes, con alternativas para la representación política, la participación y la democracia (Escobar, 1999: 134). La construcción laboral de la ciudadanía, como la define Alonso (2007: 110 y 116), ha provocado una visión de varias velocidades según el grado de pertenencia determinado por la construcción laboral y económica de la ciudadanía como una herencia de las formas de inclusión de los Estados y de su desarrollo económico. Así, se registran escenarios cada vez más complejos y extensos de la «ruptura de la universalidad de la ciudadanía», gestionada desde unas fronteras que se hacen progresivamente porosas a los espacios políticos, sociales y culturales, mientras emergen derechos más subjetivos.

La complejidad de las conexiones transnacionales muestra múltiples variables interdependientes y multidisciplinarias en la acción y la determinación de su influencia. Todo ello lleva a Landolt (2003: 20) a plantear la necesidad de una teoría del transnacionalismo a partir del cambio de «posición estructural»

de los migrantes, ante los cuales los actores políticos se ven en la necesidad de ejercer nuevas estrategias, en un escenario de vínculos múltiples con diferentes regiones del mundo. Sin embargo, Castro (2005: 185 y 193) mantiene que el transnacionalismo no constituye un cuerpo teórico cerrado a pesar del enorme peso que tiene en la lectura política que se realiza sobre los procesos transnacionales.

Desde el origen, los Estados han desplegado múltiples estrategias sobre los conceptos nacionalidad y ciudadanía, que Levitt y Glick Schiller (2004: 210) han sistematizado: la negación de la doble nacionalidad o ciudadanía, para evitar que se dupliquen los derechos; la concesión de privilegios (al margen de la doble ciudadanía) a emigrantes y su descendencia como «nacionales»; el mismo estatuto para los retornados (incluso para los que disponen de pasaporte de otro país); y la doble ciudadanía con plenos derechos para los migrados. Al margen de los enfoques normativos, la ciudadanía también se define desde su contexto sociológico, en función de un análisis histórico y antropológico apoyado en las dimensiones sobre la actividad-inactividad o desde la inclusión-exclusión, es decir, «como un modo de pertenencia política y como un marco para la acción colectiva» (Cavaliere y Rosales, 2007: 153).

Todo ello se da en un proceso de reposicionamiento de la ciudadanía que ha descrito Sassen (2003: 87-90) con dos ejes dinámicos: el impacto de la globalización en los Estados y la aparición de múltiples actores que evitan la identificación con el Estado-nación pero que se integran en comunidades por la vía informal. Esta reconfiguración tiene lugar a través de prácticas desterritorializadas, desnacionalizadas y con impacto de lo transnacional, con dos figuras de interés: «el no autorizado pero reconocido» y el «autorizado pero no reconocido». El interés del transnacionalismo está precisamente

en generar estas tensiones entre la condición formal de la ciudadanía y el proyecto de aspiración no regulada: «Las condiciones actuales han fortalecido las dinámicas de afirmación de derechos y aspiraciones que van más allá de la definición formal de los códigos legales» (Sassen, 2003: 95). Pero, como critica De Sousa Santos (2006: 114-125), la democracia liberal representativa es excluyente, por el impacto que sufre del mercado económico y sus estrategias de control, y por el dominio de un modelo de representación concebido como tutela política que anula la participación, además, por supuesto, de la falta de apertura a la interculturalidad. Por ello es preciso el cambio hacia una democracia de alta intensidad, con valores de cooperación y solidaridad, para contrarrestar la influencia del mundo económico en los poderes democráticos.

Bajo el concepto de «ciudadanía sustantiva» —que se define por la acción y la experiencia social—, Levitt y Glick Schiller (2004: 215-216) plantean la necesidad de considerar a los sujetos que no migran pero que participan de estas prácticas, y a personas sin reconocimiento político, tanto en el propio país como en otro, como la condición para cumplir con el objetivo apuntado por Boaventura de Sousa Santos. En este planteamiento que apuntan en su obra, destaca el impacto transnacional en la desarticulación del Estado-nación, al cuestionar la forma de gobierno y la responsabilidad de los ciudadanos transnacionales, ya que éstos se hallan expuestos a diferentes campos de influencia de ideas y gestión política, a partir de los cuales se replantean su posición respecto a los Estados con los que se relacionan. En este marco, la cuestión radica, tal y como propone Bottomore (1998: 109 y 128), en si la ciudadanía conforma o no un conjunto de derechos identificables con los derechos humanos para cada sujeto, en el

lugar donde trabaja o donde vive, con independencia de su adscripción identitaria o nacional y de su ciudadanía formal.

En la dinámica globalizada de la comprensión del mundo, Appadurai (2001: 181) defiende que la conciencia se apoya en los flujos que transmiten las ideas, los mensajes y los bienes de la mediación comunicativa, fruto de los cuales surge una «ciudadanía dual» entre «identidades globales y lealtades diaspóricas»; por su parte, los países occidentales tendrían que afrontar la síntesis entre los universalismos de la Ilustración y los pluralismos diaspóricos. De hecho, Mata (2006) entiende la figura de la «ciudadanía comunicativa» como expresión de los derechos civiles, de participación y deliberación pública, un vínculo entre discurso y acción que tiene el carácter de garantía de derechos en el ámbito de la comunicación, donde se integra la complejidad de las dimensiones políticas y culturales.

Las diferentes vivencias de la ciudadanía, en un proceso permanente de renegociación y posicionamiento, han llevado a entender ese concepto de una forma flexible, con muchas formulaciones teóricas y múltiples interpretaciones. La «ciudadanía desnacionalizada» de Sassen (2007: 235) se reconstruye en los cruces y flujos, y se renegocia en el contexto de la «ciudadanía mediática» (Frankenberg, 2007), de carácter transnacional (Baubock, 1994) que, si se organizara como «ciudadanía diferenciada» (Young, 2000), al margen de la «ciudadanía cultural» (León, 2009), y se impulsara en la dirección de las prácticas transnacionales «desde abajo», disolvería la «ciudadanía jerárquica» (Castles, 2003) que acompaña a la globalización y se transforma en una «ciudadanía cosmopolita» (Nussbaum, 1999).

Participación y ciudadanía digital

A pesar del valor que la participación tiene para las modernas democracias, los cambios identitarios, del consumo y el individualismo están marcando un escenario diferencial en el que desaparece paulatinamente la intensidad de esta vivencia, mientras se altera profundamente esta dimensión de la ciudadanía con repercusiones en el sistema de valores, el sistema político y el modelo social, y mientras, de forma contradictoria, el activismo y los nuevos movimientos sociales son los vehículos de esta transformación, siempre liderada por las prácticas comunicativas de la democracia electrónica (Braga, 2003: 39-41 y 51-52).

Se abre paso así un modo transformador de las prácticas políticas de carácter transnacional de la pertenencia y obligación hacia el origen, que retorna en autoestima e influencia en las instituciones políticas del destino, aunque Guarnizo (2003: 24-25) relativiza su importancia, en función del contexto y el activismo que se revitaliza en determinadas circunstancias. El estudio de este caso hacia el origen cuenta con los aportes de Cárdenas (2009), que incorpora lo emocional como un motor de la participación y de los vínculos, a partir de los cuales se ejerce la crítica y la implicación a través de la conversación y conectividad on-line. En el mismo sentido, hay ejemplos liderados por mujeres en los que la transformación de estas prácticas desde lo familiar y comunitario alcanzan un modelo de desarrollo y, finalmente, de acción política (Benítez, 2008).

Podríamos hablar, con Bustamante (2010), en estas y otras experiencias prácticas, de la emergencia de una nueva «hiperciudadanía» entendida como la figura que surge de los nuevos derechos relacionados con la apropiación social de la tecnología, tanto por su relevancia como por las contraculturas

que se derivan de ella y a partir de fórmulas participativas y su consecución en nuevos modelos democráticos; el acceso a la información y su democratización, la apertura y el acceso para la transmisión de ideas; la inclusión digital de comunidades; la proximidad de los asuntos públicos y del gobierno electrónico con la lucha contra la exclusión digital; la creación de lo «procomún» al margen del mercado; la protección frente al biopoder con formas abiertas de cultura, conocimiento y desarrollo tecnológico. En su concepción del nuevo ciudadano digital, Bustamante pone el énfasis en los derechos y la cultura asociada a la red, pero su aportación más significativa parte del desplazamiento del biopoder institucional al biopoder de base comunicacional, en cuyas prácticas autónomas se apoya la ciudadanía digital. Como forma social de poder, la emergencia de este nuevo tipo de actor registra un cambio radical: «El biopoder tecnológico sustituye al poder soberano premoderno». Todo un mundo de relaciones y actividades transnacionales recorre en círculos difusos la tensión e interdependencia entre el origen y el destino de este radical desplazamiento, en función de los nodos en los que se encuentran la producción y el consumo, la comunicación interpersonal, los intercambios y las remesas, las inversiones privadas, el desarrollo local y la integración, influyendo lógicamente en el asociacionismo y en los nuevos modos de participación política y de posibilidad del ejercicio del voto (Blanco, 2007: 21). Si ponemos el ejemplo de las comunidades migrantes, el escenario de la participación —a diferencia de la ruptura comunicativa con el origen que es propia de los modelos asimilacionistas— se configura como un proceso de múltiples vínculos y conexiones, que posibilita otras formas de entendimiento e integración desde el empoderamiento. La práctica no es novedosa en el contexto estadounidense. Como sugiere Escamilla (2009: 90-95), los

mayores niveles de participación se registran en estos colectivos impulsados por el propio transnacionalismo cuando aportan riqueza a la participación política en el destino.

A la movilidad, como un desplazamiento en busca de visibilidad en los mundos opulentos, habría que añadir el activismo colectivo que se estructura en la tecnología, donde los movimientos sociales —que hasta ahora han vivido la construcción de un sistema de medios de comunicación a sus espaldas— encuentran un nuevo escenario para la reivindicación de demandas e iniciativas, como parte «de las múltiples expresiones de la nueva filosofía de la acción colectiva sobre la gestión de los bienes comunes de la humanidad [...] según la cual el servicio público, la excepción y la diversidad cultural deben prevalecer sobre los mecanismos del mercado» (Mattelart, 2003: 28).

Los nuevos modos generados por la conexión y el contacto son espacios sociales y culturales que se sitúan en los bordes del sistema de la comunicación y de los desplazamientos; es una estructura de redes, en la que se desarrolla una cultura translocal y transfronteriza —como modo de relación horizontal al empoderamiento— que lleva a flujos de información más transparentes y a una mejora del sistema de referencias para la toma de decisiones, a partir de discursos que no están necesariamente regulados por los sistemas de poder. La estructura de red, las conversaciones y los discursos dan valor a lo imaginario en la recreación de sus referencias culturales a partir de las interacciones y relaciones comunicativas, con una revisión de su posición en el país en el que se han insertado los migrantes. Así se negocia la identidad subjetiva personal, al margen de su condición de miembro de una comunidad.

La gobernanza marca el sendero del empoderamiento y la autonomía hacia el desarrollo endógeno a través de los nexos de intercambio, comunicación y reconocimiento, mediante el asociacionismo de inmigrantes y en origen, las alianzas con otros agentes sociales, la capacitación para el desarrollo local, la cooperación con sectores privados, la gestión de las remesas y la formación. Así, la gobernanza centraliza las posibilidades de negociación de la ciudadanía en la dimensión de la participación política, al menos en términos de influencia, dado el contexto de diversidad, complejidad y dinamismo de las relaciones ciudadanas.

La posibilidad multidimensional de conexión, contacto y negociación marca los niveles e intensidades de las interacciones sociopolíticas como campo de negociación, a la par que abre el abanico de la pertenencia y el reconocimiento de la diversidad de actores, objetivos e intereses en circuitos paralelos, de lo formal a lo informal, de lo regular a lo irregular. El papel de la industria cultural será definitivo para la creación de derechos en ese sentido, con un eje de tensión que oscila entre el antiguo valor de la igualdad y el emergente de la diferencia: «En lugar de clases sociales se invocan actores e identidades culturales cuyo potencial emancipatorio no sería universalizable, sino que radicaría en el juego democrático de las diferencias» (Hopenhayn, 2001: 86). Las tendencias dominantes entre la lucha por el reconocimiento y el ejercicio de los derechos democráticos y la libertad se negocian para la producción de significados y representaciones de la ciudadanía, «como espacio en construcción de otra esfera pública que interroga el declive y agotamiento del modelo tradicional» (Lozada, 2001: 169).

En este proceso o particular dialéctica, las prácticas comunicativas y el desarrollo tecnológico contribuyen a definir

un nuevo modelo de ciudadanía con la emergencia del derecho a la comunicación desde abajo. Previsiblemente, la evolución que se observa con la innovación tecnológica y social es que el empoderamiento constituya uno de los valores de la construcción del capital social, de las dinámicas colectivas de organización y transformación contemporáneas. Las cuestiones esenciales y reflexivas necesarias para el diseño de una política de estas características están no sólo en el modelo a proponer, sino en el objetivo de transparencia, participación, inclusión y ciudadanía, y en el refuerzo a través de estrategias.

El escenario dibuja fortalezas para la transformación del poder institucional en empoderamiento, y prácticas autónomas de la comunicación y la política. Sin embargo, la dependencia tecnológica del modelo plantea una serie de cuestiones importantes a tener en cuenta en el análisis. De entre ellas, hay que destacar de forma singular:

1. El riesgo de mercantilización de los espacios en red, cada vez más importantes en la creación de la economía digital, con el consiguiente impacto en los procesos sociales.
2. La influencia de los estilos y modelos de consumo sobre estos espacios sociales que, a su vez, son escenario de integración social dentro de las estructuras de estratificación y jerarquía social de la globalidad.
3. La apropiación y dirigismo de estos escenarios por parte de las instituciones terminaría provocando el desplazamiento de la cohesión y de las posibilidades de transformación del biopoder comunicativo por parte de la sociedad civil.
4. La necesidad de descentralizar los sistemas de control, en función de la horizontalidad de la estructura y la lógica desterritorializada con que se construyen los espacios sociales.

5. La apertura a la diversidad de la influencia simbólica a través de la red, a la medida de la reconstrucción cultural y de la diferencia de los nuevos procesos comunicativos y de participación.

6. La garantía de acceso y de alfabetización para el logro de la igualdad de participación, pertenencia y reconocimiento y, por tanto, para la reconstrucción de una esfera pública global.

El estudio del acceso y la participación es esencial para dilucidar el escenario de las prácticas comunicativas y sociales en que se constituye la ciudadanía, un análisis, tal y como proponen Cavaliere y Rosales (2007: 168), que debe ser sincrónico para desvelar la fuerza de la participación de los agentes.

Referencias bibliográficas

Alonso Benito, L. E. (2007), *La ciudadanía laboral*, Anthropos, Barcelona.

Anderson, B. (1993), *Comunidades Imaginadas*. Introducción, FCE, Buenos Aires, pp. 17-25.

Appadurai, A. (2001), *La modernidad desbordada*. Dimensiones culturales de la globalización, Ediciones Trilce-FCE, Montevideo-Buenos Aires.

Balibar, É. (2005), *Violencia, identidades y civilidad*. Para una cultura política global, Gedisa, Barcelona.

Barbero, I. (2009), *Ciudadanía y migraciones*. Hacia nuevos pluralismos jurídicos. Claves para entender los conflictos en el siglo XXI, XII Jornadas de cooperación al desarrollo de

Castilla-La Mancha, Coordinadora de ONGD de Castilla La Mancha.

Bastia, T. (2009), «La feminización de la migración transnacional y su potencial emancipatorio», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, n.º 104, pp. 67-77.

Baubock, R., ed. (1994), *Transnational Citizenship*, Edward Elgar, Londres.

Bauman, Z. (1992), *Libertad*, Alianza, Madrid.

— (1999), *La globalización: consecuencias humanas*, FCE, Buenos Aires.

— (2007), *Vida de consumo*, FCE, Madrid.

Beck, U., y E. Beck-Gernsheim (2008), *Generación global*, Paidós, Barcelona.

Benítez, J. L. (2007), «Dinámicas de poder en el campo simbólico transnacional. Identidades y procesos comunicacionales de los inmigrantes salvadoreños en los Estados Unidos», *Diálogos de la comunicación*, FELAFACS, n.º 75.

Benítez Eyzaguirre, L. (2008), «Comunicación y migración. El caso de Ecuador», en Gonzalo Capellán de Miguel y Julio Pérez Serrano, eds., *Sociedad de masas, medios de comunicación y opinión pública*, vol. 2, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, pp. 181-211.

Besserer, F. (1999), «Estudios transnacionales y ciudadanía transnacional», en Gail Mummert, ed., *Fronteras Fragmentadas*, Colegio de Michoacán-CIDEM, México, pp. 215-238.

Blanco Fernández de Valderrama, C. (2007), «Transnacionalismo. Emergencia y fundamentos de una nueva perspectiva migratoria», *Papers, Revista de sociología*, 85, pp. 13-29.

Boira Bueso, D. (2008), «Conocer los espacios de comunicación comunitarios. Reflexiones epistemológicas a partir de un estudio sobre la red Ones per a la diversitat», en E. Santamaría, ed., Retos epistemológicos de las migraciones transnacionales, Anthropos, Barcelona, pp. 283-296.

Bottomore, T. (1998), «Ciudadanía y clase social, cuarenta años después», en T. H. Marshall y T. Bottomore, Ciudadanía y clase social, Alianza, Madrid, pp. 85-137.

Braga da Cruz, M. (2003), «Participación y ciudadanía en tiempos de globalización», Anuario Filosófico, XXXVI/1, Universidad Católica Portuguesa, Lisboa.

Bustamante Donas, J. (2010), «Cuarta generación de derechos humanos en las redes digitales», Telos, Cuadernos Digitales de Comunicación e Innovación, n.º 85, pp. 80-89.

Canales, A. (1999), «Periodicidad, estacionalidad, duración y retorno. Los distintos tiempos en la migración México-Estados Unidos», Papeles de población, n.º 23, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Morelos.

Canales, A. y C. Zolniski (2000), Comunidades transnacionales y migración en la era de la globalización, ponencia presentada en el simposio sobre Migración Internacional en las Américas, realizado en San José, Costa Rica, 4-6 de septiembre.

Cárdenas, M. (2009), Qué lejos estoy del suelo donde he nacido. Migración y comunicación transnacional, apuntes metodológicos, memorias del XXVIII International Congress of the Latin American Studies Association, Río de Janeiro, Brasil, 11-14 de junio.

Castells, M. (2005), «Internet y la Sociedad Red», en D. de Moraes, coord., Por otra comunicación. Los media, globalización cultural y poder, Intermón Oxfam, Barcelona, pp. 203-228.

Castles, S. (1997), Globalización y migración: Algunas contradicciones urgentes, discurso inaugural de la reunión del Consejo Intergubernamental del MOST. [Documento en línea] Disponible en: <http://www.unesco.org/issj/rics156/castlesigcspa.html> (pp. 3-6). [Con acceso el 7 de julio de 2011].

— (2003), «Jerarquías de ciudadanía en el nuevo orden global», *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, n.º 37, pp. 9-34.

— (2007), «Transnational Communities: A New Form of Social Relations under Conditions of Globalization?», en J. Reitz, ed., *Host Societies and the reception of immigrants*, Center for Comparative Immigration Studies, University of California, San Diego.

Castoriadis, C. (1999), *Figuras de lo pensable*, Cátedra, Madrid.

Castro Neira, Y. (2005), «Teoría transnacional: revisitando la comunidad de los antropólogos», *Política y Cultura*, primavera, n.º 23, UAM, México, pp. 181-194.

Cavaliere, S., y L. Rosales (2007), «La ciudadanía: un instrumento político», en M. de la Fuente y M. Hufty, eds., *Movimientos sociales y ciudadanía*, Plural editores, La Paz, pp. 151-178.

Chindemi, J. V. (2000), «¿Ciudadanos o extranjeros? Espacio fronterizo y soberanía territorial en el corredor internacional de Río Grande del Sur (1923-1935)», en Alejandro Grimson, comp., *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*, La Crujía, Buenos Aires.

Clifford, J. (2008), *Itinerarios transculturales*, Gedisa, Barcelona.

De la Fuente, M., y M. Hufty, eds. (2007), *Movimientos Sociales y Ciudadanía*. Plural editores, La Paz.

De Sousa Santos, B. (2006), «Globalización y democracia», *Revista Archipiélago*, 73-74, pp. 111-125.

Elósegui, M. (2008), «Las fronteras y los criterios jurídicos de adquisición de la nacionalidad», *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 82-83.

Escamilla Hamm, P. (2009), «De cómo el transnacionalismo facilita la participación de los inmigrantes mexicanos en la política estadounidense», *Migración y Desarrollo*, n.º 12, 2009, pp. 89-114.

Escobar, A. (1999), *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*, CEREC, Santa Fe de Bogotá.

Faist, T. (1999), «Developing Transnational Social Spaces: The Turkish German Example», en L. Pries, comp., *Migration and Transnational Social Spaces*, Aldershot, Ashgate, pp. 36-72.

— (2005), «Espacio social transnacional y desarrollo: una exploración de la relación entre comunidad, mercado y estado», *Revista Migración y Desarrollo*, n.º 2, segundo semestre, Red internacional para la migración y desarrollo, México.

Foucault, M. (1991), *Tecnologías del yo. Y otros textos afines*, Paidós, Barcelona.

— (2002), *El orden del discurso*, Tusquets, Barcelona.

Frankenberg, L. (2007), «Hacia una ciudadanía mediática en la era de la información», *Global Media Journal*, México, vol. 4, n.º 8.

García Canclini, N. (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México.

— (1996), «Ciudades y ciudadanos imaginados por los medios», *Perfiles Latinoamericanos*, año 5, n.º 9, FLACSO, México, pp. 9-24.

— (1999), *La globalización imaginada*, Paidós, México.

— (2001), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Paidós, Barcelona.

Gellner, E. (1988), *Naciones y nacionalismo*, Alianza, Madrid.

Glick Schiller, N., L. Basch y C. Blanc-Szanton, eds. (1992), *Towards a Transnational Perspective on Migration. Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered*, New York Academy of Sciences, Nueva York.

Grimson, A. (2004), *Fronteras, naciones y región*, Fórum Social das Américas, Quito, 25 a 30 de julio.

Guarnizo, L. E. (2003), «Asimilación y transnacionalismo: determinantes de la acción política transnacional entre migrantes contemporáneos», *American Journal of Sociology*, vol. 108, n.º 6.

— (2007), «Aspectos económicos del vivir transnacional», en M. Ariza y A. Portes, eds., *El país transnacional: migración mexicana y cambio social a través de la frontera*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, México.

Guattari, F. y S. Rolnik (2006), *Micropolíticas. Cartografías del deseo*, Traficantes de sueños, Madrid.

Haba Morales, J. de la (2006), «Tiempos nuevos para el internacionalismo. A propósito de sindicalismo e inmigración», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, n.º 73-74, pp. 80-89.

Habermas, J. (1981), *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Gustavo Gili, Barcelona.

— (1998), «Ciudadanía e identidad nacional», en *Facticidad y validez: Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*, Trotta, Madrid.

Hannerz, U. (1998), *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, Cátedra, Madrid.

Hobsbawm, E. (1998), *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Grijalbo Mondadori, Buenos Aires.

Hopenhayn, M. (2001), «¿Integrarse o subordinarse? Nuevos cruces entre política y cultura», en Daniel Mato, coord., *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformación sociales en tiempos de globalización*, CLACSO, Buenos Aires, pp. 69-89.

Landolt, P. (2003), «El transnacionalismo político y el derecho al voto en el exterior. El caso de El Salvador y sus migrantes a Estados Unidos», en Leticia Calderón, ed., *Votar en la distancia: la extensión de derechos políticos a migrantes, experiencias comparadas*, Instituto de Investigaciones Dr. José M.^a Luis Mora, México, pp. 301-323.

Lemos, A. (2008), *Medios locativos y territorios informativos. Comunicación móvil y nuevo sentido de los lugares. Una crítica sobre la espacialización en la Cibercultura*, comunicación en el seminario internacional «Inclusiva-net: Redes Digitales y Espacio Físico», celebrado en el Medialab-Prado de Madrid del 3 al 14 de marzo. [Documento en línea]. Disponible en: http://medialab-prado.es/article/locative_media_and_informational_territory [Con acceso el 21 de septiembre de 2010].

León, G. (2009), «Comunicación y ciudadanía cultural: la migración como práctica de comunicación», *Razón y palabra*, n.º 66, enero-febrero.

Levitt, P. (2001), «Transnational Migration: Taking Stock and Future Directions», *Global Networks*, vol. 1, n.º 3, Keble College, Oxford, pp.195-216.

Levitt, P., y N. Glick Schiller (2004), «Perspectivas internacionales sobre migración: conceptualizar la simultaneidad»,

Revista Migración y Desarrollo, segundo semestre, Red Internacional para la Migración y el Desarrollo, México.

Lozada, M. (2001), «Política en Red y democracia virtual: La cuestión de lo público», en D. Mato, comp. (2001), Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización, 2, CLACSO, Buenos Aires, pp. 133-146.

Mahler, S. (1998), «Theoretical and Empirical Contributions Toward a Research Agenda for Transnationalism», en M. P. Smith y L. E. Guarnizo, eds., Transnationalism From Below, Transactions Publishers, New Brunswick, NJ, pp. 64-102.

Martín Barbero, J. (2005), «Deconstrucción de la crítica. Nuevos itinerarios de la investigación», en Maria Inmacolata Vassallo de López y Raúl Fuentes Navarro, comps. (2005), Comunicación, campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas, ITESO, México, pp. 15-42.

Martín Díaz, E. (2003), Procesos Migratorios y ciudadanía cultural, Mergablun, Edición y Comunicación, S. L., Sevilla.

Massey, D. S., J. Arango, H. Graeme, A. Kouaouci, A. Pellegrino y J. E. Taylor (2000), «Teorías sobre la migración internacional: una reseña y una evaluación», Revista Trabajo, año 2, n.º 3.

Mata, M. C. (2006), «Comunicación y ciudadanía. Problemas teórico-políticos de su articulación», Revista Fronteiras, Estudos midiáticos, VIII (1), enero-abril, Universidade do Vale do Rio dos Sinos, San Leopoldo, Brasil, pp. 5-15.

Matterlart, A., y M. Matterlart (2003), Historia de las teorías de la comunicación, Paidós, Barcelona.

McDowell, L. (2000), Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas, Cátedra, Madrid.

Mezzadra, S. (2005), Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía y globalización, Traficantes de Sueños, Madrid.

Nash, M. (2008), «Representaciones culturales, imaginario y comunidad imaginada en la interpretación del universo multicultural», en VV. AA., La política de lo diverso. ¿Producción, reconocimiento o apropiación de lo intercultural? I Training Seminario de Jóvenes Investigadores en Dinámicas Interculturales, Fundació CIDOB, Barcelona, pp. 13-22.

Nussbaum, M. (1999), Los límites del patriotismo: Identidad pertenencia y ciudadanía mundial, Paidós, Barcelona.

Papastergiadis, N. (2000), The turbulence of migration: globalization, deterritorialization, and hybridity, Polity Press and Blackwell Publisher Ltd, Cambridge.

Park, R. E. (1928), «Las migraciones humanas y el hombre marginal». [Documento en línea] Disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/sn-75.htm>. [Con acceso el 14 de enero de 2010].

— (1999), La ciudad y otros ensayos de ecología humana, Ediciones del Serbal, Barcelona.

Pedone, C. (2006), Estrategias migratorias y poder: Tú siempre jalas a los tuyos, Abya-yala, Quito.

Portes, A. (2007), «Un diálogo norte-sur: el progreso de la teoría en el estudio de la migración internacional y sus implicaciones», en M. Ariza y A. Portes, eds., El país transnacional: migración mexicana y cambio social a través de la frontera, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, México.

Portes, A., L. Guarnizo y P. Landolt (1999), «The study of Transnationalism: Pitfalls and Promise of an Emergent Research Field», Ethnic and Racial Studies, vol. 22, n.º 2, pp. 217-237.

— (2003), La globalización desde abajo: transnacionalismo inmigrante y desarrollo. La experiencia de Estados Unidos y América Latina, FLACSO, México.

Pries, L. (2002), «La migración transnacional y la perforación de los contenedores de Estados-nación», *Estudios Demográficos y Urbanos*, 5, pp. 571-579.

Puwar, N. (2004), *Space invaders: Race, Genders and Bodies out of Place*, Berg Editorial, Nueva York.

Rancière, J. (2006), *El odio a la democracia*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Reich, R. (1993), *El trabajo de las naciones*, Javier Vergara Editor, Madrid.

Saffon, M. (2007), *El derecho a la comunicación: un derecho emergente*, Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Bogotá.

Santamaría, E. (2002), *La incógnita del extraño. Una aproximación a la significación sociológica de la «inmigración no comunitaria»*, Anthropos, Barcelona.

— ed. (2008), *Retos epistemológicos de las migraciones transnacionales*, Anthropos, Barcelona.

Sassen, S. (2003), *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*, Traficantes de Sueños, Madrid.

— (2007), *Una sociología de la globalización*, Katzs, Buenos Aires.

Silvey, R. (2004), «Power, Difference and Mobility: Feminist Advances in Migration Studies», *Progress in Human Geography*, 28 (4), pp. 490-506.

Smith, M. P., y L. E. Guarnizo (1998), «The Locations of Transnationalism», en L. E. Guarnizo y M. P. Smith, eds., *Transnationalism from Below. Comparative Urban and Community Research*, vol. 6, pp. 3-34.

Stevenson, N. (1998), *Culturas mediáticas. Teoría social y comunicación masiva*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Uribe, A. B. (2004), *Receptores nómadas: confluencias entre recepción televisiva y migración trasnacional*, Intexto, vol. 2, n.º 11, Porto Alegre.

Vertovec, Steven (2003), *Migrant Transnationalism and Modes of Transformation*, Working Paper Red Internacional para la Migración y el Desarrollo, México.

— (2007), «Super-Diversity and its Implications», *Ethnic and Racial Studies*, vol. 30, n.º 6, pp. 1.024-1.054.

Vila, P. (2000), «La teoría de frontera versión norteamericana. Una crítica desde la etnografía», en A. Grimson, comp., *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*, La Crujía, Buenos Aires.

Wilson, T. M. (2000), «Nación, Estado y Europa en la frontera de Irlanda del Norte», en A. Grimson, comp., *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*, La Crujía, Buenos Aires.

Winocur, R. (2003), «La invención mediática de la ciudadanía», en Patricia Ramírez Kuri, comp., *La disputa por la ciudad. Espacio público y reconstrucción de la ciudadanía*, FLACSO/Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 231-252.

Young, I. M. (2000), *La justicia y la política de la diferencia*, Cátedra, Madrid.

Zizek, S. (2001), *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Paidós, Buenos Aires.

Zlotnik, H. (2003), «The Global Dimensions of Female Migration, Migration Information Source». [Documento en línea] Disponible en:
<<http://www.migrationinformation.org/Feature/display.cfm?id=109>> [Con acceso el 7 de julio de 2011].

4. En cursiva en el original.

5. En cursiva en el original.

6. Aproximadamente la mitad de los Estados del mundo no permiten esta doble adscripción.

7. Como es el caso reciente de Francia-Italia por la llegada de libios a Lampedusa, que ha llevado a la revisión del Tratado de Schengen.

8. La tesis de Appadurai, a pesar de su capacidad para presentar el imaginario como la base de los nuevos movimientos sociales, no ha supuesto una investigación ni un desarrollo posterior; Martín Díaz (2003: 144-145) entiende que el valor dinámico de estas ideas transmite versatilidad y capacidad de resistencia a los individuos en su concepto de lo local y de lo identitario.

9. Por ejemplo, desde una perspectiva de género, la mayor participación de las mujeres en los fenómenos de movilidad se puede interpretar desde su estatus en los países de origen (Zlotnik, 2003).

4

La colaboración en la esfera pública digital¹⁰

Fernando R. Contreras

Introducción

La cultura digital basa numerosos de sus procesos creativos en la colaboración entre el público y los autores. Los nuevos medios digitales aportan representaciones, imágenes, conceptos e ideas desde la coinnovación, el codiseño o la participación independiente de la ciudadanía. Ésta es una cultura que promete nuevas oportunidades de comunicación basada en la inclusión sociocultural más que en la exclusión, ya que trata de redefinir el concepto de creatividad a partir de la participación individual en la coproducción colectiva, esto es, a partir del grado de implicación social y de las posibilidades de intervención social de los sujetos. Disponemos de una tecnología que nos permite compartir los medios de comunicación en comunidad. Esta tecnología reúne a los individuos en un contexto mediático abierto, lo que dibuja de modo distinto la colaboración en el espacio público creado por las redes de comunicación.

Esta modalidad de encuentro social se caracteriza por su inmaterialidad respecto de las reuniones ciudadanas

tradicionales (mítines, asambleas, juntas, consejos, espacios mediáticos convencionales), y aportan nuevas cualidades como flexibilidad, elasticidad y adaptabilidad al modo de comunicarnos. Es una nueva realidad de cooperación, colaboración y participación que adopta la forma de repositorio de voluntades. Podríamos pensar que nos encontramos en una etapa en la que se afianza una nueva pragmática de la racionalidad dialógica descrita en otro marco teórico por Habermas (2003). En este contexto innovador de la comunicación, la cocreación digital es un proceso colectivo que desemboca en nuevas formas de autoexpresión. La relación entre la tecnología de la comunicación y la sociedad estrecha alianzas entre los tradicionales creadores y los emergentes cocreadores. Mediante la libertad de expresión que ofrece el uso de estas tecnologías, la cocreación desarrolla modos distintos de negociación social hasta ahora desconocidos.

Papacharissi (2011: 124-145) ha estudiado cómo afectan los sistemas de redes sociales al capital social. Las redes sociales y las comunidades prácticas de cooperación suponen sin duda una ayuda funcional estratégica. Son espacios electrónicos idóneos para colaborar y trabajar en conexión, siempre que realmente se compartan ideas. Ahora bien, no siempre se comparten las ideas, no siempre se consigue consenso en el foro digital, lo que podría representar un obstáculo para la cocreación. Después de todo, la tecnología nos reúne, pero no nos une ideológica o culturalmente. No obstante, la construcción de lugares comunes de participación está abriendo caminos al conocimiento y modula la aceptación de nuestras divergencias. En el territorio abierto por Internet se observa con nitidez el paradigma de la cultura global en el que se cruzan ideologías bifurcadas o creencias alejadas. Pese a estas divergencias en el espacio creado por el medio digital,

simultáneamente la cocreación acorta esa separación cultural mediante el trabajo creativo bajo dinámicas digitales participativas.

Ahora, cuando pensamos en dinámicas participativas en red, hemos de detenernos en el tipo de vinculación de los individuos con la tecnología. Simplificando los numerosos enfoques que encontraríamos en la literatura científica sobre esta cuestión, podemos concretar que la cultura digital se aborda desde dos perspectivas fundamentales de estudio: a) la relación de los usuarios con el entorno tecnológico que los envuelve (consumo material o funcional); y b) la idea de los usuarios sobre la tecnología (cultura tecnológica o hábitos de vida digital).

La tecnología introduce objetos extraños en el entorno cotidiano de los individuos que pueden ser aceptados o rechazados. A través de la observación de los factores reguladores del consumo material o funcional es posible fijar indicadores, como el acceso o la inclusión de los ciudadanos a ese mercado de objetos técnicos. Socialmente se descubre así la primera brecha digital, al detectar minorías marginales del mercado tecnológico. La segunda perspectiva tiene más vinculación con el contenido de nuestro texto. Los usuarios avanzados desarrollan actividades de mayor responsabilidad, y amplían más horizontes para decidir sobre múltiples cuestiones bajo un control más ajustado (segunda brecha digital). A esto también se suma la tecnofobia o el tecnointerés, que explican hasta qué punto las sociedades se involucran en el desarrollo de actividades más complejas con estos medios (tercera brecha digital).

Sobre la complejidad de la comunicación en espacios digitales sociales podemos concretar los siguientes cambios sobre el viejo modelo semiótico que distingue tres fases: producción, canal y consumo. El espacio público digital

experimentó importantes cambios debido a los procesos de apropiación popular que, por otro lado, se lograron mediante la aplicación de recursos tecnológicos para la colaboración en red. Ahora es más correcto matizar la definición de estas fases como: a) la cocreación, o producción compartida con otros sujetos y mediada por la tecnología; b) la canalización de la participación, o el uso simultáneo de distintos canales digitales para el mismo mensaje por una comunidad o grupo de usuarios; y c) y el consumo compartido, o las diversas lecturas que permite la jerarquía hipertextual sobre la interpretación del mensaje y el cambio de rol comunicativo de los actantes en la narración de la información.

En este esbozo semiótico del modelo de comunicación digital mostramos los efectos de interacción que la tecnología multiplica, observando además cómo desaparece la rigidez del antiguo modelo de los medios masivos respecto de los roles de los participantes. En los sistemas de redes sociales, descubrimos la multiplicación de los canales para el consenso dialógico. Es una nueva cultura mediática que basa su éxito en la colaboración de todos sus partícipes. Debemos ahora concretar los medios a los que nos referimos y sus características principales. Trataremos algunas actividades comunicativas desarrolladas alrededor de estos medios. Y, finalmente, afrontamos en las siguientes páginas los nuevos valores de la cultura de los medios sociales.

**Formas de comunicación mediada por ordenador
(Communication Mediated Computer, CMC)
basadas en la colaboración**

Las fórmulas digitales de reunión se basan en el uso de redes móviles e Internet, de software colaborativo o software social, y de procedimientos sociales asentados en dinámicas de participación. Todas estas fórmulas requieren un contexto concreto, es decir, usuarios avanzados en el empleo de nuevas tecnologías que tengan la intención personal o profesional de organizar su actividad por esta vía. La mayoría de estos procedimientos digitales se basan en el crowdsourcing, una técnica organizativa tan flexible que muta continuamente el formato de estos medios de colaboración y sus procedimientos de cocreación, obedeciendo así a las exigencias y las demandas de sus cómplices.

La tecnología de la comunicación sirve tanto para la organización empresarial como para la organización institucional. Por ello, ofrece medios de cocreación en el ámbito empresarial o corporativo útiles en proyectos concretos sociales, culturales, políticos o científicos (por ejemplo: el perfeccionamiento de un software). La misma tecnología está en la base teórica de la noción de ciudadanía digital, y su utilización, como mostraremos, aspira a fortalecer las nociones políticas de democracia, de su gobernanza y organización.

Vamos a definir brevemente cinco formas de comunicación mediada por ordenador que se emplea en la organización institucional y política:

Social Network Sites (SNS). Se trata de una tecnología de la comunicación que funciona a través de los contactos entre extraños o conocidos en la red. Sirve para el intercambio de información personal mediante la publicación de mensajes en páginas web (post) o a través de la descarga de archivos que contienen también información (por ejemplo: grabaciones audiovisuales, fotografías). Según Boyd and Ellis

We define social network sites as web-based services that allow individuals to (1) construct a public or semi-public profile within a bounded system, (2) articulate a list of other users with whom they share a connection, and (3) view and traverse their list of connections and those made by others within the system. The nature and nomenclature of these connections may vary from site to site.¹¹

Los SNS surgieron de la evolución de los mailing lists, los newsgroups y el uso de los Bulletin Board Systems (BBS) en los años ochenta. A partir de estos medios, Internet puso al servicio de los usuarios numerosa tecnología de contacto: websites personales, bases de datos on-line con direcciones de instituciones y personas, weblogs o diarios en red, chatrooms, donde se conectaban grupos de desconocidos o sistemas de chats para la conexión entre amigos (Messenger o Skype). La especialización del sistema surge de la necesidad de contacto no tanto con desconocidos como de encontrar a los amigos o a las personas que forman parte de una red social. De esta necesidad de localizar a los amigos de tus amigos que son amigos tuyos, o sencillamente, bajo la demanda de hallar la dirección en Internet de aquellas personas que nos interesan, aparecen redes sociales orientadas a la amistad (por ejemplo: FaceBook, Friendster, Livejournal, Myspace y algunas más localizadas, como Orkut Biggest en la India, Cyworld en Corea, V Kontakte en Rusia o Tuenti en España) y hacia la empresa o la profesión (Linkedin). Con el tiempo también han surgido redes tematizadas según otros criterios, como Flickr para el intercambio de fotografías, o sencillamente tipificadas por sus cualidades técnicas, como el SNS basado en los servicios de los teléfonos móviles, o como las redes buddies bacon que emplean

la tecnología de sistema de posicionamiento global (GPS) para localizar en tiempo real a los contactos y compartir localizaciones en todo momento.

Communities of Practice (CoPs). Las comunidades de práctica son otra forma muy interesante de comunicación participativa orientada al trabajo en grupo y a la formación. Lesser y Storck (2001: 832) ofrecen una completa idea de las comunidades de práctica:

Communities of practice have previously been thought of as coming into existence when people interested in a common work-related area or in a vocation feel a need to share what they know and to learn from others. Professional associations, groups of software developers, and skilled craft guilds are examples of work-related communities of practice.¹²

Las comunidades de práctica asumen la organización comunitaria como una ingeniería que produce capital social. Una comunidad de práctica posee una historia donde cristalizan las experiencias de sus componentes. En este caso, la colaboración surge de las vivencias compartidas con un interés común. Para que la colaboración sea eficaz, estas comunidades se ordenan alrededor de unas normas internas flexibles que asignan funciones a cada colaborador. Se potencian tanto los contactos mediados por la tecnología como los encuentros directos que se desarrollan en eventos sociales. La unión de los componentes de las comunidades de práctica se basa en la confianza mutua, en la exaltación del interés común, en una motivación por buscar entre todos soluciones reales y eficaces, en la obtención de beneficios, en su apertura a nuevos miembros y en una planificación abierta y flexible. Las CoPs

organizan talleres, cursos, seminarios, encuentros, siempre con el objetivo de intercambiar vivencias, y se clausuran una vez agotadas las soluciones o resuelto el problema. Su estructura de organización tiene forma nuclear. El núcleo lo ocupa el experto o responsable. Alrededor del núcleo se organizan los colaboradores, y alrededor de éstos, los lectores o personas interesadas en la temática de las CoPs.

Blogs. El blog es otra tecnología de entorno colaborativo. La tecnología de la «bitácora digital» abrió las puertas de la autopublicación en la red Internet. Los usuarios comenzaron a crear espacios con contenidos personales, en los que otros usuarios respondían con sus comentarios. Muy pronto, de ser un diario personal se convirtió en un medio de comunicación interpersonal mediado por el ordenador (Konijn, Utz, Tanis y Barnes, 2008), y en sus contenidos hubo quien quiso ver el comienzo de una nueva forma de periodismo. El sistema permite a los usuarios interaccionar con el dueño del espacio mediante la publicación de mensajes (post/entrada).

La tecnología blog se inspira en las estructuras anilladas que formaban los websites tradicionales, remitiendo al internauta de un sitio a otro. Los blogrolls son una colección de enlaces a otros weblogs que los propios autores consultan frecuentemente por su contenido o por la amistad con otros bloggers. En los textos pueden incluirse enlaces permanentes a modo de cita, que reciben el nombre permalinks. Los blogs se tipifican por la naturaleza de su información (fotoblogs, videoblogs, audioblogs); también por el tipo de información (blogs sociales, blogs políticos, blogs culturales); y por la tecnología que emplean, pues existen distintos modos de acceso (por ejemplo: el blog a través de la telefonía móvil —movblogs—). Por sus características, el blog es la tecnología a la que más recurren

los representantes políticos para la comunicación con la ciudadanía (Pole, 2010). Ha renovado la noción habermasiana de espacio público, con la idea de blogosphere, un espacio de interacciones sociales entre individuos en el que se tratan contenidos relacionados con la vida comunitaria y política.

Wikis. También es una tecnología de colaboración, ya que sus contenidos se formalizan a través de la participación abierta de los usuarios. Una wiki es una tecnología de autopublicación que ha introducido la noción de escritura colaborativa. Las principales aplicaciones se encuentran en el ámbito de la educación (eduwikis), pero la facilidad que ofrece a la edición y la producción de páginas la convierte en una tecnología óptima para la creación de publicaciones digitales (periódicos, revistas o libros enciclopédicos). En las wikis, como en otros espacios de colaboración, se establecen unas normas de participación que son necesarias conocer para editar un texto nuevo o para mejorar otro existente. Los recursos publicados siempre se hacen bajo licencias abiertas, permitiendo una circulación libre de la información. Existen normas editoriales, sociales y jurídicas para evitar aquellos problemas que obstaculicen una comunicación compartida. En este sentido, han supuesto una revolución respecto de la forma de producción de la información y el conocimiento con la cocreación. Todos colaboran en el resultado final, y todos se someten a las críticas que pudieran realizarse sobre esos nuevos textos. La cocreación supone, pues, nuevas estrategias de participación basadas en: a) el incentivo psicológico colectivo, b) la creación de estilos universales en la presentación de la información, c) el compromiso ético social, d) la interacción interpersonal en espacios electrónicos, e) la identificación social con una comunidad virtual, f) la posibilidad de intervención en

un grupo virtual, g) las facilidades tecnoculturales de la identidad avatar, y h) las sensaciones emocionales estimuladas por el sistema virtual.

Indymedias. Se denomina de este modo a la proliferación de medios independientes surgidos en la red. Se trata de una reacción al poder centralizado de los medios masivos de comunicación, que surge de la exaltación posmoderna de la individualidad. La individualidad es un valor que se confunde con la independencia y con la reafirmación de la identidad. Es consecuencia de las industrias culturales, que procuran la producción de objetos nuevos para un consumo particularizado, según las distintas oscilaciones de estilos y gustos en el mercado. En este contexto cultural, los indymedias han sido considerados un nuevo género periodístico (Deuze, 2006: 65), pero también una plataforma para la producción y difusión de información y de noticias. Su éxito se ha debido en parte a las posibilidades para publicar contenidos generados por usuarios sin la moderación o filtro de las editoriales (Open Publishing). Un indymedia se basa en la filosofía de publicación abierta a prácticas sociales poco organizadas y a la colaboración mediante un storytelling no jerarquizado. Si bien en principio tanta libertad puede dar la impresión de una praxis sin sentido, es normal que estos espacios utilicen los roles y las funciones del periodismo.

Características principales de las nuevas formas de comunicación mediada por ordenador (CMC) basadas en la colaboración

Considerando la tipología indicada de nuevas formas emergentes de mediación, las características en las tres fases del proceso de comunicación más interesante para comprender su implementación en el marco de las actividades políticas de la ciudadanía digital, serían tres:

Cocreación o coproducción

La autoexpresión (self-expression). La tecnología social facilita la afirmación de la propia identidad individual, proporcionando medios de autopublicación tanto de textos aislados en los espacios cerrados creados por el usuario como de textos compartidos por otros usuarios en espacios abiertos. En este nivel, la coproducción de los textos compartidos se puede regular mediante permisos o licencias que permitan el filtro del dueño del espacio. Por ejemplo, el diario El País filtra en su espacio «Yo, periodista», las posibles opiniones groseras o incorrectas de sus lectores colaboradores. La autopublicación es un medio para incrementar el prestigio social de los individuos, que pueden conquistar la opinión pública con sus propios discursos. Los representantes políticos exponen su opinión sobre distintos temas, cautivando la admiración y el respeto, y sumando adeptos a su causa.

Canales de participación

Canales convergentes. La misma información puede difundirse por distintos canales simultáneamente y con propiedades morfológicas distintas (textual, sonora, gráfica, audiovisual). La convergencia multimediática permite, además, canales con productores simultáneos que trabajan al mismo tiempo sobre la misma información y que en el mismo proceso cambian el rol comunicativo, actuando como lectores simultáneos. Son canales para la coproducción (creación compartida) y colectura (interpretación compartida). La creación de canales convergentes es la base tecnológica de la filosofía de colaboración de estos sistemas digitales de comunicación. Fomenta la creatividad popular e introduce una nueva relación entre el público y los medios. La tecnología de la colaboración es más flexible, está menos controlada por la producción industrial y propician más la intervención de los consumidores mediáticos. Según Jenkins (2008: 139):

Inicialmente, el ordenador ofrecía nuevas oportunidades de interacción con los contenidos mediáticos y, en la medida en que operaba en ese nivel, a las empresas mediáticas les resultaba relativamente fácil mercantilizar y controlar cualquier cosa. Progresivamente, sin embargo, la red se ha convertido en un sitio para la participación del consumidor que incluye muchas formas no autorizadas e imprevistas de relación con los contenidos mediáticos.

Consumo compartido

El sentido de la pertenencia. Las opiniones reflejadas en la red constituyen comunidades de interpretación, como diría

John Dewey, donde se comparten las mismas perspectivas sobre distintos temas sociales, culturales o políticos. Los individuos se fidelizan a determinadas redes sociales o websites por el sentido de pertenencia al mismo espíritu ideológico o al mismo estilo de vida. Esta fidelización hace posible la creación de comunidades que se movilizan por una causa común (por ejemplo, en España, el movimiento de los «indignados» o del «15M» y la red social Twitter y el uso de los trending topics durante el año 2011).

La filiación a contenidos. Es una cualidad de la comunicación on-line que consiste en la lealtad de los usuarios a determinados canales web. Las redes sociales, como es el caso de Twitter, emplean aplicaciones que reconocen los trending topics, o temas de máximo interés en la red, por medio de aplicaciones como Followers Monitor, que además permiten conocer a los seguidores de esa determinada información o a los que abandonan el canal por desinterés (follow/unfollow tools). La filiación es un concepto del marketing (en publicidad esta filiación se produce en marcas determinadas) que se basa fundamentalmente en la confianza de los usuarios, aunque en los blogs se usan otras estrategias basadas en las cualidades de la información y en las herramientas tecnológicas:

- Basadas en la información.*
 - Actualización periódica de la información.*
 - Estilo de la redacción de acuerdo con el perfil de la audiencia para evitar el aburrimiento.*
 - Selección de temas concretos o noticias sobre las que informar.*
 - Diseño de la cabeza de información con titulares atractivos.*

- Basadas en las propiedades tecnológicas.
- Los blogs deben contener enlaces a otros blogs que contengan los mismos temas.
- Promocionando el blog propio en otros blogs.
- Empleando la tecnología Really Simple Syndication (RSS Feed) para informar de la actualización de la información.
- Teniendo en cuenta el funcionamiento de la clasificación por los motores de búsqueda basados en las palabras claves que más se repiten. En el lenguaje HTML, estas etiquetas reciben el nombre de «meta-data» y contienen información que utilizan los programas rastreadores de la red para tipificar el website.

Comunicación sincrónica/asincrónica. Esta tecnología permite la comunicación en las dos modalidades. Sus variantes facilitan la comunicación sincrónica en tiempo real (en directo, si nos referimos a un medio de comunicación social) y la comunicación asincrónica, que elimina límites espaciales y temporales en el proceso de interacción. La posibilidad de simultanear los modos de comunicación introduce nuevas formas de producción o creación. El medio puede nutrir de contenidos nuevos en un proceso cara a cara (face to face), lo cual supone la obligación de la reunión de los usuarios; pero también el medio crea contenidos a través de una producción de nuevos textos (escritos, gráficos, sonoros, audiovisuales o multimedia) realizados fuera del proceso sincrónico, permitiendo un mantenimiento cómodo a sus creadores. A diferencia de otros medios, los consumidores mediáticos pueden solicitar un aviso de renovación de la información, con lo cual la comunicación digital se aleja de los tradicionales medios masivos y tiene como efecto inmediato la fácil organización y coordinación de los usuarios conectados.

Remezcla digital. Es una transformación de la cultura mediática que mezcla no sólo géneros de textos, sino conceptos e ideas. La mediación digital utiliza la tecnología para la construcción simbólica de las relaciones con el mundo (Contreras, 2010). Las combinaciones creativas de ciudadanía digital serían un claro ejemplo de mezcla de significación de identidades con las variantes producidas por mediación de la tecnología de la comunicación. Otros ejemplos podrían ser el «gobierno electrónico», la «educación virtual» o la propia idea de «sociedad digital». Tiene que ver esto con el fenómeno de «estetización de la política», que ya nos adelantaba Walter Benjamin, y con la influencia del pensamiento dominante posmoderno de las sociedades occidentales. Realmente es una intromisión de normas estéticas en la configuración de las reglas de convivencia de nuestras modernas sociedades. Comúnmente nos referimos a este fenómeno cuando denunciemos la confusión entre ética y estética, que tras la manipulación tecnológica del problema queda disimulada para el pensamiento crítico. Bajo esta lógica de remezcla de conceptos, las mismas nociones de identidad inclusiva o exclusiva, lo público o lo privado, lo individual o lo social, lo expuesto o lo encubierto respecto a la información, también difuminan sus fronteras semánticas y surgen con un sentido insólito resultado de su combinación mediada por la tecnología. Esta ambigüedad teórica que rodea la comunicación política y que aviva la intermediación tecnológica encuentra un contexto favorable en el presente relativismo cultural. Este relativismo, que aparece detrás de la flexibilidad de las negociaciones en los espacios participativos, se basa en el valor de todas las opiniones volcadas. Dice Rorty sobre el relativismo actual (1996: 248):

El relativismo es la concepción según la cual cualquier creencia sobre determinado tema, o quizá sobre cualesquiera temas, vale tanto como la que más. Más allá de cualquier otra tesis, este relativismo pretende mostrar la conversación continua sobre cualquier tema como medio de validación de nuestra cultura, de nuestros proyectos y objetivos.

Apropiación popular. La apropiación de las tecnologías de la comunicación por la ciudadanía ha supuesto un avance en la creación, propagación y difusión de las identidades sociales y nacionales. La ciudadanía introduce el debate sobre los conflictos culturales y sociales en Internet. A través de nuevos agentes sociales en la red, movimientos ciudadanos, instituciones sin voz en el contexto político, minorías y/o grupos marginados, se constatan continuamente movilizaciones mediante el uso de los nuevos medios. Esta apropiación tecnológica ha hecho complejo el estudio de la mediación frente a las estructuras geográficas, culturales o legales. La nueva esfera pública consolidada por los sistemas de colaboración y participación digital de la ciudadanía confronta en el mismo lugar ideas e intereses económicos y políticos procedentes de diversos orígenes. Además, el ritmo de la renovación de estas ideas es más acelerado y continuo, pues las fuerzas que intervienen en esta esfera pública se interrogan en una constante construcción sociocultural. En esta nueva lógica de la intermediación, de nuevo parece reavivarse la vieja idea sobre la función social de los medios y su rol constituyente de relaciones entre la ciudadanía (el pueblo durante la etapa de los medios masivos) y el gobierno (la autoridad política). Los medios digitales se contemplan como nuevos canales que facilitan la gestión del Estado. Sin embargo, algo ha cambiado, ya que el ciudadano hoy es concebido como consumidor de los

servicios públicos (Hardina, 2003). Se originan dos consecuencias destacables de la apropiación popular en el sentido señalado: a) la tecnología abre a través del consenso la deliberación pública de las demandas sociales e identifica a la sociedad con las mismas relaciones que regulan el mercado; y b) la tecnología politiza la sociedad. De este modo, queda dibujada la esfera pública digital y su espíritu ideológico de transparencia en la gobernabilidad: la asociación digital en comunidades políticas contribuye a la recuperación de los valores democráticos con la participación directa e incorpora un sistema evaluador de la satisfacción ciudadana.

Creatividad social en la cultura política de los medios digitales

El software de colaboración (collaborative software) ha dotado a la sociedad de la instrumentación necesaria para animar la creatividad. Como hemos expuesto en líneas anteriores, la tecnología ha abierto vías de innovación en los procesos de comunicación y de consenso. El crowdsourcing, el periodismo público o las nuevas estrategias de participación organizativa utilizan la tecnología para sus propósitos. La lógica tecnológica se entremezcla con la filosofía participativa que debe recuperar viejas estrategias para la instrucción del público. De acuerdo con Burke (1968) podemos identificar cinco estrategias para la participación ciudadana: «education-therapy, behavioral change, staff supplement, cooptation, and community power».¹³ La filosofía participativa exige individuos enmarcados en un contexto concreto, educacional, psicológico,

organizativo; un grado de libertad suficiente para que criterios externos no afecten las decisiones, y un poder en los individuos que les capacite para tomar decisiones.

Pese a estos avances, y al empeño por combinar fórmulas sociopolíticas y tecnológicas, la creatividad social genera desconfianza, en ocasiones no manifiesta públicamente. La cultura política en las redes todavía se encuentra con numerosos obstáculos, como ya ha estudiado Cairo (2002), para renovar el funcionamiento democrático que, por diversas razones, han perdido su dinamismo:

[...] en general se constatan problemas de insatisfacción con los sistemas de selección de las élites representativas; un excesivo ritualismo en las vías de representación; una posición cuasimonopolio de los partidos políticos en el escenario de la participación política (frente a los que sólo te queda la salida ante la falta de voz); o una dificultad para ver reflejadas en las plataformas electorales los temas o issues que de manera transversal pueden interesar más directamente que el debate sobre quién va a ser el nuevo primer ministro, o cuál va a ser la fuerza política que va a lograr tener mayoría suficiente para formar gobierno (Subirats, 2002: 93).

Los principales problemas de la consolidación de una esfera pública digital, según Wilhelm (2000) son de distinta índole. Podemos señalar obstáculos sociales, culturales, educativos, económicos, políticos e incluso psicológicos que no sólo proceden de la cultura tecnológica de la comunidad, sino de su propia tradición democrática, del historial mediático que ha conformado la estructura real de la información y de las propias formas dominantes de organización y funcionamiento comunitarios (Hardina, 2003). Fundamentalmente, esos obstáculos se basan en criterios de posesión de los

instrumentos tecnológicos; también en la adecuación de su diseño al público en la facilitación de una cultura deliberativa (Shelley et al., 2004; Dahlgren, 2005; Resina de la Fuente, 2010). Además se habla de otros factores para el ciberespacio democrático: la necesidad de un plan de alfabetización digital de la población participante en la creación de la esfera pública digital, o el establecimiento de mecanismos de control que nos confirmen la participación de todos en la preparación del espacio público. Ello supone, por otra parte, otras fórmulas para la validación pública de todas las opiniones volcadas y una red estructurada específicamente para la comunicación abierta.

A continuación, señalamos algunas limitaciones de la creatividad digital en la construcción de una esfera pública digital.

La estratificación digital. Las brechas digitales (o discriminación de acceso a las redes, de inclusión electrónica o del empowerment tecnológico por razones de sexo, raza, etnia, religión, clase social, edad, etc.) restringe la participación política a nuevas élites tecnológicas, ya que no todos poseen las mismas condiciones de aproximación a la ciudadanía digital (Asgarkhani, 2007; Sylvester y McGlynn, 2010). La misma participación ciudadana tiene también sus limitaciones, como expone Ghose (2005: 72):

Citizen participation is a complex and contested process and the bounded space of citizenship is not equally accessible for all citizens. Citizenship is affected by a range of political as well as socio-cultural locally contingent factors such as history, religion, ethnicity, language, culture and economy. Traditionally, certain groups of citizens have occupied a marginal position in

the spaces of citizenship, owing to their race, class, gender, age or sexuality.¹⁴

Así, los sistemas de colaboración diseñados para la inclusión pueden resultar un método de exclusión si la creatividad social no se desarrolla por estos medios. En este caso, se acaba convirtiendo a los individuos en productores alineados y consumidores sumisos o pasivos.

El discurso melodramático de los críticos mediáticos. Ha sido Jenkins quien nos avisa sobre el efecto de determinados escritos pesimistas. Jenkins reconoce la importancia de la concentración mediática, pero avisa que su debate ha encubierto el esfuerzo por la movilización de sus consumidores (Jenkins, 2008: 246):

Demasiada retórica sobre la reforma de los medios se basa en el discurso melodramático sobre la victimización y la vulnerabilidad, la seducción y la manipulación, máquinas propagandísticas y armas de engaño masivo. Una y otra vez, esta versión del movimiento en pro de la reforma mediática ha ignorado la complejidad de la relación del público con la cultura popular y se ha alineado con quienes se oponen a una cultura más diversa y participativa. La política del utopismo crítico se basa en una noción de toma de poder; la política del pesimismo crítico, en una política de victimización. Aquella se centra en lo que hacemos con los medios, y ésta en lo que los medios hacen con nosotros.

Jenkins se refiere a un tecnopesimismo que es crítico parcialmente respecto de las nuevas aportaciones públicas de las tecnologías de la comunicación y de la capacidad crítica del

público. Es una tendencia social que asume el mal en la mediosfera y considera el estudio de las tecnologías inferior a otras disciplinas más reflexivas. A nuestro juicio, se trata de un error producido por los prejuicios sobre la formación tecnocientífica, en la que el conocimiento científico o cotidiano requiere del conocimiento tácito o de la experiencia en la que se emplean instrumentos, y en la que la intuición es, en muchas ocasiones, el motor del pensamiento.

La infantilización social o el síndrome del Puer Aeternus. En Internet, el debate político se lleva a cabo en los espacios web de los medios de comunicación (mainstream media), en los espacios web institucionales o de la Administración pública con información a la ciudadanía, en los espacios de las organizaciones no gubernamentales o de grupos sociales movilizadas, en los foros cívicos y, finalmente, como ya adelantábamos, en las redes sociales, como FaceBook, Twitter, Myspace o Tuenti, que pueden dar cabida a auténticos debates sobre la vida política (Seongyi y Woo-Young, 2011). El mayor obstáculo lo representa la falta del sentido de responsabilidad de los usuarios sobre su autoexpresión en estos espacios. Esta irresponsabilidad social se podría explicar a través de una libre interpretación del síndrome del Puer Aeternus, si lo expresamos desde la perspectiva arquetípica de Jung. La estética domina la ética cuando configuramos una comunidad horizontal con una estructura organizativa denominada sociedad de hermanos (Maffesoli 2004, 2005, 2007). En este caso, las sociedades no se organizan teniendo en cuenta la jerarquía vertical basada en la ley del padre, sino desde una sociedad donde todos comparten la misma responsabilidad (ya que todos somos hermanos o somos miembros de una tribu), y, lo que es lo mismo, nadie quiere aceptar la responsabilidad. La

misma figura del pater familias, que representa un yo vigoroso y controlador, sucumbe a una comunidad que se autodenomina así, a partir de un sentimiento compartido de pertenencia. La nueva identidad se apuntala con recursos estéticos, rituales, y se funda en la comunicación basada en las emociones. Maffesoli reconoce que la comunidad es una experiencia de ser colectivo, que se consume como otras experiencias de vida en las que finalmente el signo se convierte en símbolo y hace surgir lo inmaterial de las cosas. Esta cultura es radicalmente existencial, basada en el placer que une a los individuos alrededor de lo que perciben para después otorgar a estas percepciones la categoría de ser. Maffesoli explica cómo de éticas individuales, resultado del inconformismo, surge un materialismo y un espiritualismo que conducen a la experiencia del ser colectivo. Se crea así una nueva categoría existencial, con un componente amistoso que da paso a las tribus posmodernas, en las que la seducción es un elemento integrador. Todo lo mostrado no coincide directamente con el espíritu político de la concepción tradicional de democracia, pero sí parece abrir una relación estetizante con el discurso político, ya que se dispone como un plan donde la organización del arte o su representación alcanza a dominar la moralidad social. Estos serían algunos de los postulados de este discurso bello y bien compuesto por medio de las estrategias del arte:

— La búsqueda del ideal de libertad en las cibercomunidades.

— La lucha por los derechos de un universo tecnológico igualitario.

— La nivelación entre las manifestaciones o eventos políticos reales y las autoexpresiones de los ciudadanos en los espacios virtuales.

— La transformación de la subjetividad individual a través de la exaltación del yo o, por el contrario, la despersonalización a favor de una identidad colectiva

— La libertad de movimientos de los ciudadanos entre los distintos estamentos políticos de la comunidad.

— La creación de redes de ciudadanos bien organizados, que promuevan la construcción de espacios colectivos de comunicación.

— El fortalecimiento de la participación ciudadana y la esfera pública digital.

— La construcción del ágora virtual.

— La fundación de una nueva narrativa basada en el cruce de culturas.

— La constitución de nuevas solidaridades y tejidos sociales que se oponen a las redes de flujo de poder y riqueza.

— La revitalización del activismo político a través de las redes.

Tales lógicas o sistema de organización podemos compararlo con el modelo de Hardina, que sintetiza las perspectivas más importantes de la participación ciudadana (Hardina, 2003: 14):

1. The purpose of citizen involvement in government or organizational planning; 2. Whether the acceptance of government funding actually increased the ability of local residents to incorporate their own needs into the delivery of services by community-based organizations and to advocate for legislation; 3. The degree of actual participatory democracy in community-based organizations; 4. The benefits associated with citizen participation in service delivery.¹⁵

La creatividad social debe superar el obstáculo central de la racionalidad dialógica: no todos llegan con las mismas condiciones de poder argumentativo (retórico o demostrativo) al diálogo para hacer validar sus propuestas, lo que genera otras élites basadas en la dialéctica. Habermas mostraba confianza sobre las soluciones espontáneas de la sociedad y sobre la fundación de una pragmática nueva que acabe con estas diferencias. Esto es ya una realidad, como podemos comprobar en la Wikipedia, aunque todavía a pequeña escala. No obstante, lo importante es que funciona y podemos asistir a serios debates políticos en los que se intercambian ideas y opiniones desde el respeto a la diversidad y desde la inclusión. La creatividad social diseña la esfera pública digital empleando heurísticamente un nuevo modo de interlocución sobre nociones políticas, ya discutidas durante la Ilustración (como podría ser el interés por la democracia participativa o la democracia deliberativa). Si bien ahora la idea de trabajar sobre estas revisiones del pensamiento político no es el objetivo perseguido en este texto, sí es necesario destacar que la estetización política actual funciona a través de las mismas estrategias del arte (la fragmentación, la alegoría y la apropiación) en la revisión de las ideas ilustradas. Ahora bien, existe un discurso confuso sobre la aplicación de las tecnologías en su contribución al desarrollo de la esfera pública en el sentido de la Antigüedad o de la Ilustración.

Al respecto, cabría advertir que la ciudadanía es una condición de la convivencia que otorga poder sobre las decisiones políticas, que si bien parten de los intereses individuales para ofrecer la oportunidad de una vida digna, finalmente repercuten sobre una colectividad que ha alcanzado un acuerdo social tras negociaciones sobre un proyecto de vida común (Isin, 1997). Esas negociaciones son acciones

comunicativas que tienen lugar en la esfera pública. Los textos de Kant ya reconocen la existencia de un contrato originario sobre el cual los hombres pueden fundar una constitución civil, y por tanto jurídica, para establecer una comunidad (Kant, 2007). Este contrato (denominado *contractus originarius* o *pactum sociale*) respeta la condición civil que se basa, de acuerdo con Kant, en los siguientes principios: 1) la libertad de cada miembro de la sociedad como hombre; 2) la libertad del mismo con cualquier otro, como súbdito; 3) la independencia de cada miembro de una comunidad como ciudadano. Estos principios no están diseñados sólo como leyes para un Estado ya constituido, sino que aparecen como principios racionales puros del derecho humano externo para la posible formación de un Estado en conformidad.

Esta apertura a nuevas formas comunitarias que las mismas ideas ilustradas en las que se funda el Estado moderno contemplan junto a las nuevas posibilidades comunicativas de las tecnologías enardece la imaginación social sobre otras emergentes tipologías de Estado, de ciudadanía o de legislador, en coincidencia con la doctrina kantiana según la cual el ciudadano debe utilizar la racionalidad crítica y la argumentación para acabar con los dogmas, y las leyes deben originarse de la voluntad general del pueblo unificado. Esta actividad, que funciona como proceso continuo en el interior de la sociedad, sólo puede darse en un espacio de opinión pública. El espacio público es un espacio ampliado donde la ciudadanía se expresa. Para Kant era un espacio donde los sabios se expresaban y con su opinión formaban al resto de la ciudadanía. Con el tiempo este espacio ha tenido que abrirse a otros ciudadanos (por ejemplo, la burguesía industrial de las grandes urbes) que detentan la razón pública. La complejidad de las sociedades modernas ha dado un protagonismo a los

medios masivos como agentes racionales, capaces de explicar las complicaciones de los nuevos problemas sociales. Los medios han sido considerados como mediadores entre el poder político y los ciudadanos, y se ha confiado en su independencia frente a influencias políticas y económicas.

Hoy las nuevas formas de comunicación digital y la búsqueda de una esfera pública virtual se ha originado en la decepción popular frente a sus instituciones mediadoras, incluidos los medios de comunicación social. El ensayo de nuevas fórmulas con tecnologías digitales trata de corregir los errores de dependencia que han introducido los intereses privados en un espacio donde se deberían debatir los intereses públicos y, al tiempo, abrir cauces de consenso para las nuevas demandas individuales de la ciudadanía, de acuerdo con Allen (2010: 8):

The Internet as medium serves as both the conduit and the culture by which individual acts of expression can become collective. Second, self-expression demands an audience and helps to create one: it is a medium of listening, as well as speaking.¹⁶

La esfera pública digital es una alegoría que pretende representar simultáneamente una democracia deliberativa y participativa; es una fusión de modelos fragmentados de gobierno que, en ocasiones, ostenta una vocación universal y global (Ghose, 2005); y es, también, una apropiación popular de la retórica del discurso público y de la argumentación política mediante el uso de las tecnologías digitales de la comunicación que permiten reunirse en un espacio virtual concreto. Scammell (2000: 354) expresa la misma tesis a su modo:

The Internet, we hear constantly, will change everything. Thus far, however, the evidence for politics is rather small. We see vastly expanded information sources for citizens, new delivery systems for political institutions, greater opportunities for politics at the margins. But mostly we see the same old electoral and institutional politics with no evidence of huge new communities of participating citizens.¹⁷

En el fondo, la política de la esfera pública digital es una alegoría posmoderna que ya comienza a tratar al ciudadano como consumidor de moral política y de economía moral, cuando la democracia depende de su relación con el mercado. El diseño de un entorno digital deliberativo debe partir de unos principios morales admitidos por la colectividad que los une en un fin común (que bien podría ser el sentido patriótico en términos kantianos), y que, por tanto, no reúne en un espacio a individuos diferentes sin vinculación y sin espíritu de vinculación, como viene sucediendo en algunas ocasiones en la red. Por ello, cada vez es más importante el estudio de la cultura digital en el entorno diario. Afrontamos una cultura de la forma, vacía de contenidos, que proviene de una cultura masiva devaluadora de los objetos por su mercantilización. Esta cultura selecciona un material desordenado y vasto que está a disposición. Con estos distintos elementos se ensayan combinaciones (los mismos procedimientos del montaje o del collage) para hacerse una idea de si es posible encajar este sentido con esta sociedad o esta sociedad con este sentido. En última instancia, parece que la teoría del montaje de Buckloh puede traducir otros fenómenos culturales distintos al mismo arte (Buckloh, 2004: 91):

La vanguardia moderna tuvo su origen en un punto de inflexión histórico en el que, a causa de la creciente participación de las masas en la producción colectiva, comenzaba a rechazarse los modelos tradicionales que habían operado en la formación de la personalidad burguesa y se los sustituía por otros capaces de reconocer la realidad social de una situación histórica en la que el sentido de igualdad se había desarrollado hasta tal punto que había terminado por afectar a la idea misma de objeto único por medio de las técnicas de reproducción.

Con la tecnología digital, se continúa y profundiza este proceso de destrucción de la unidad que aparejaba el sistema jerárquico de ordenación de la estructura de la personalidad burguesa, ampliada hoy a la política, si hablamos de ciudadanía digital.

La institucionalización de la colaboración en la cultura digital

Este contexto de la cultura de la información (de distinta naturaleza y con diversos orígenes que en ocasiones se mezclan creando otras nuevas informaciones en un flujo continuo de producción, circulación y consumo) (Manovich, 2005) o cultura digital, ha sido descrito por Deuze (2006) como un proceso de proliferación y saturación de los medios de comunicación basados en pantallas y redes digitales. Para Deuze, sus componentes principales se denominan: 1) participation, 2) remediation, y 3) bricolage. Esta cultura digital mediática: 1)

transforma a sus consumidores en agentes activos a través de la participación en el proceso de construcción de significados; 2) adopta tras modificaciones consensuadas las nuevas significaciones que nos permiten la comprensión de la realidad, y 3) finalmente monta reflexivamente nuestras versiones particulares de esta realidad.

Las nuevas formas políticas encuentran en la creatividad digital una fuente de inspiración. Los procedimientos creativos de los medios sociales (Social Medias) comienzan a estructurar el ordenamiento social (Digital Government, Digital Democracy, Digital Citizen) (Asgarkhani, 2007), pero también hacen emerger nuevos objetos (por ejemplo el software diseñado para el sufragio universal o para testear la opinión pública a través de Internet) y redefinen conceptos de la era digital (por ejemplo el capital social) como resultado de la fusión del uso mediático con la tecnología de la comunicación y el compromiso cívico. Esta fusión legitima lo público a través de los textos de un periodismo en red (O'Sullivan y Heinonen, 2008) que cambia la relación entre productor y consumidor, propicia la proliferación de medios independientes de la influencia de las grandes corporaciones de comunicación y proyecta la popularidad de los textos individuales conocidos como storytelling en red que se publican desde los blogs a los podcasts.

Frente a una nueva institucionalización de entidades digitales se yerguen los obstáculos del tecnodeterminismo, del utopismo tecnológico y del distopismo (o antiutopismo) tecnológico. Se confunde la tecnología general con la tecnología de este principio de siglo orientada fundamentalmente a la conquista de la realidad social. Para su control, pues tiende naturalmente hacia su autonomía, se requieren varias medidas: 1) una interpretación social basada en el pensamiento crítico

que ofrezca significados a la tecnología; 2) una evaluación política de la tecnología basada en la racionalidad democrática y en su poder para jerarquizar las sociedades; 3) un control de las propias torpezas de la innovadora comunicación digital, de sus extensiones y de sus ramificaciones públicas; 4) la mediación del usuario en el diseño de la tecnología; 5) la apropiación creativa de la comunidad y la reinterpretación de nuevas funcionalidades para la tecnología existente; y 6) finalmente, la repercusión económica del comercio de tecnología sobre la constitución y el mantenimiento de comunidades en red.

Hasta ahora los medios sociales han institucionalizado dos tipos de valores políticos relacionados con la tecnología de colaboración: los valores deliberativos y los valores participativos (Janack, 2006; Callahan, 2007). Mientras que los deliberativos han estimulado la colaboración a través de la creación de un espacio público que revitalice la opinión pública desde la convivencia virtual (los blogs), los valores participativos incitan directamente a la acción y a la movilización en el mundo real (las CoPs). La carencia de resultados empíricos en la aplicación de un modelo digital de participación directa plantea cierta desconfianza respecto de cuándo y cómo incluir al público en el proceso deliberativo. Sin embargo, Callahan (2007: 1183) aporta otras razones para imponer como necesario el modelo digital participativo, que van desde la creación de la confianza política a través del incremento de la transparencia a la eliminación progresiva de conflictos generando mayor capacidad de diálogo.

No es éste el único estudio que defiende las mismas razones. McNeal, Hale y Dotterweich (2008: 215) también ponen de manifiesto la importancia del uso de la tecnología de la información (básicamente se refieren a Internet): 1) el gobierno

digital aumenta la información gubernamental y los servicios que se ponen a disposición del ciudadano haciéndolos accesibles en todo momento; 2) el gobierno más eficiente y transparente es también más sensible a la opinión pública gracias a los nuevos espacios digitales de comunicación ciudadana; 3) la tecnología de la información elimina retrasos en la producción y distribución de la información gubernamental, permitiendo una actualización oportuna de los contenidos; 4) el gobierno digital permite una coordinación en red entre sus diferentes administraciones y entre entidades del sector público y privado; 5) el gobierno digital aumenta la confianza de los ciudadanos, el compromiso de su participación y una apertura a lo que ahora son límites geográficos, culturales, educativos o económicos a nivel global y local. De nuevo, recalcan que el mayor obstáculo es la brecha digital en sus diversas manifestaciones y bajo sus distintos indicadores (clase social, sexo, edad, raza, etnia, creencias, etc.).

El diseño del software para el trabajo colectivo ha estado tradicionalmente orientado a pequeños grupos que realizan una tarea específica, que se encuentran en el mismo espacio físico y que están dirigidos por ejecutivos empresariales o institucionales. La tecnología se diseñó de acuerdo con los límites de la racionalización del proceso de trabajo en grupo. Sin embargo, la institucionalización de una comunidad colaborativa exige, entre otros requisitos, los que Mynatt, O'Day, Adler e Ito (1998: 130-132) han determinado para la consolidación de una comunidad en la red: 1. Persistence, o duración del uso y la fidelidad de los comunitarios; 2. Periodicity, o estructuración coherente de la actividad grupal en el tiempo; 3. Boundaries, o límites espaciales necesarios para la constitución de comunidades; 4. Engagement, o distintas prácticas comunicativas entre los participantes; 5. Authoring, o

posibilidades de alteración de las condiciones iniciales del espacio público por parte de los usuarios.

Cada vez más nuestra sociedad funciona de acuerdo con un modelo de comunidad de consumo y con un modelo de organización social en red. Por ello, la aparición de modelos híbridos de organización social que plantea Chadwick (2007: 283-301) es muy convincente. Estas pautas conceptuales se basan en la influencia de Internet sobre los grupos políticos convencionales y su nueva organización más flexible de forma similar a los modos de acción colectiva de los movimientos sociales y el tercer sector.

Los nuevos grupos de interés político experimentan hibridaciones basadas en la selección de los repertorios de la red digital y su adaptación a éstos. La aceptación de estos repertorios les facilita aproximarse más a la acción ciudadana en red o al activismo digital y les ayuda a generar mayor confianza entre ciudadanos vinculados horizontalmente. Además, en la hibridación de nuevas formas de organización se activan con más entusiasmo la fusión de los discursos subculturales y las políticas, así como la creación y el desarrollo de redes residuales o marginales. Este tipo de organización, como ha observado Chadwick, no podría funcionar sin Internet, porque las tecnologías establecen complejas interacciones entre el entorno en línea y fuera de línea y posibilitan la flexibilidad organizativa necesaria para un rápido «cambio de repertorio» dentro de una campaña única o de una campaña a otra.

Un juicio malicioso de la participación digital la reduciría a nuevas formas de manipulación o, sencillamente, a nuevas fórmulas de consumo de servicios sociales. Esto no pasa desapercibido en el estudio de Conroy y Evans-Cowley (2005) sobre las oportunidades de la colaboración ciudadana. Si bien destacan la importancia de la institucionalización del proceso

de participación llevada a cabo mediante las reuniones tradicionales públicas, también señalan que esta vía limita el tiempo y la extensión de aquellos contenidos que explican la complejidad de los recursos públicos. Las fórmulas digitales evitan la manipulación a través de un entorno de intercambio continuo de información y de aprendizaje de competencias cívicas. Como alternativa a la idea de convertir el gobierno digital simplemente en una fórmula mercantil de servicios administrativos, podemos considerar lo que Conroy y Evans-Cowley (2005: 76-77), citando a Burke (1979), desvelan sobre la relevancia de la participación en el proceso de planificación política: 1) las oportunidades de revisar la información y sus posibles comentarios (recibir y proporcionar información pasiva); 2) la consulta orientada a ofrecer ayuda en la toma de decisiones sobre planificación, o en la localización de posibles obstáculos; 3) la asesoría sobre la información registrada y el apoyo al proceso de planificación; 4) el alcance del consenso entre la ciudadanía y los planificadores, constituyendo un auténtico equipo, y 5) finalmente, el control sobre la toma de decisiones (evitando la manipulación y generando transparencia en la gestión). Aquí la tecnología proporciona un escenario donde las oportunidades de colaboración ciudadana se aprecian desde la evaluación de la información generada por la interacción con la ciudadanía hasta sus posibilidades de entrada en los sistemas políticos de gestión. Desde la perspectiva de la comunicación, subrayamos la interacción y sus posibilidades para abrir los canales de colaboración, la calidad de la información que se intercambia y la capacitación de la ciudadanía para su revisión (Gaunt, 1998).

Conclusiones

Existe una gran expectativa en las sociedades democráticas sobre la fórmula remezclada entre las posibilidades de las tecnologías de la comunicación y la fundación de una opinión pública expresada en los espacios virtuales. A diferencia de la mediación tradicional de los medios masivos entre las instituciones democráticas y los ciudadanos pasivos, los medios sociales son diseñados para estimular la colaboración de una ciudadanía activa en los procesos de decisión política. Y en ellos se observa, como modelo comunicacional, un notable aumento de la libertad de expresión de los usuarios, salvando los obstáculos referidos anteriormente. En esta nueva situación comunicativa, la formación política del ciudadano se hace especialmente relevante, pues también aumentan sus responsabilidades éticas. La educación crítica e instrumental debería de ir, en este empeño, de la mano, ya que el ciudadano debe comprender su compromiso con la comunidad, y debe conocer además los medios que acomodan y permiten el desarrollo de la propia creatividad social. Pero desde las brechas digitales a la adecuación del diseño tecnológico a los usuarios, la innovación encuentra barreras para su completa implementación. Frente a ello, consideramos que la clave para que la ciudadanía acceda a manifestarse en la esfera pública digital es, paradójicamente, la creatividad social.

La colaboración en este espacio público digital se basa en el juego de la racionalidad dialógica y en una pragmática espontánea que se organiza alrededor de la interacción de la información. Los medios sociales suponen cambios en los géneros informativos (periodismo público, participativo y

ciudadano), en las hibridaciones narrativas que fusionan las subculturas con el discurso político, en una instrumentación social defensiva frente a la manipulación informacional y una recuperación de la actitud activa de los ciudadanos mediante la proximidad digital de las instituciones democráticas. En esta particular dialéctica, la tecnología de la colaboración, como hemos mostrado, no sólo permite el debate o la discusión en foros virtuales, sino que es una tecnología de la movilización y del activismo político en el mundo real. Sin duda, estamos frente a una revitalización de la democracia, siempre que la educación tecnológica se acompañe de una formación política sólida que prepare a las comunidades en la participación y en la deliberación de la construcción de la realidad social.

Referencias bibliográficas

Allen, M. (2010), «De-tooling Technology: networked computing as an environment, purpose and medium for social action», 3CMedia, n.º 6, agosto, pp. 1-10.

Asgarkhani, M. (2007), «The Reality of Social Inclusion Through Digital Government», Journal of Technology in Human Services, 25 (1), pp. 127-146.

Bickerstaff, J. (2008), «Collaborative Theater/Collective Artist: An Evolving Systems Case Study in Social Creativity», World Futures, 64 (4), pp. 276-291.

Boyd, D. M., y N. B. Ellison (2008), «Social Network Sites: Definition, History, and Scholarship», Journal of Computer-Mediated Communication, n.º 13, pp. 210-230.

Buckingham, D., e I. Harvey (2001), «Imagining the Audience: language, creativity and communication in youth media production», *Journal of Educational Media*, 26 (3), pp. 173-184.

Buckloh, B. H. D. (2004), *Formalismo e historicidad. Modelos y métodos en el arte del siglo XX*, Akal, Madrid.

Burke, E. M. (1968), «Citizen participation strategies», *AIP Journal*, septiembre, pp. 287-294.

— (1979), *A participatory approach to urban planning*, Human Sciences Press, Nueva York.

Cairo Carou, H. (2002), *Democracia digital. Límites y oportunidades*, Trotta, Barcelona.

Callahan, K. (2007), «Citizen Participation: Models and Methods», *International Journal of Public Administration*, 30 (11), pp. 1179-1196.

Chadwick, A. (2007), «Digital Network Repertoires and Organizational Hybridity», *Political Communication*, 24 (3), pp. 283-301.

Conroy, M. M., y J. Evans-Cowley (2005), «Informing and Interacting», en *Journal of E-Government*, 1 (3), pp. 73-92.

Contreras, F. R. (2010), «La bottega digital. Nomadismo, arte y creación», en A. Fernández Vicente, coord., *Nomadismos contemporáneos. Formas tecnoculturales de la globalización*, Editum, Murcia.

Dahlgren, P. (2005), «The Internet, Public Spheres, and Political Communication: Dispersion and Deliberation», *Political Communication*, n.º 22, pp. 147-162.

Deuze, M. (2006), «Participation, Remediation, Bricolage: Considering Principal Components of a Digital Culture», *The Information Society*, 22 (2), pp. 63-75.

Deuze, M., A. Bruns y C. Neuberger (2007), «Preparing for an age of participatory news», *Journalism Practice*, 1 (3), pp.

322-338.

Gaunt, T. P. (1998), «Communication, Social networks, and Influence in Citizen Participation», *Community Development*, 29 (2), pp. 276-297.

Ghose, R. (2005), «The complexities of citizen participation through collaborative governance», *Space and Polity*, 9 (1), pp. 61-75.

Godwin-Jones, R. (2003), «Emerging Technologies. Blogs and Wikis: Environments for On-line Collaboration», *Language Learning & Technology*, 7 (2), pp. 12-16. Accesible en <http://llt.msu.edu/vol7num2/emerging/> [Fecha de consulta: 17/06/11].

Habermas, J. (2003), *Teoría de la acción comunicativa*, Taurus, Madrid.

Hardina, D. (2003), «Linking Citizen Participation to Empowerment Practice: A Historical Overview», *Journal of Community Practice*, 11 (4), pp. 11-38. Accesible en <http://www.haworthpress.com/web/COM> [Fecha de consulta: 22/06/11].

Isin, E. F. (1997), «Who is the new citizen? Towards a genealogy», *Citizenship Studies*, 1 (1), pp. 115-132.

Janack, J. A. (2006), «Mediated Citizenship and Digital Discipline: A Rhetoric of Control in a Campaign Blog», *Social Semiotics*, 16 (2), pp. 283-301.

Jenkins, H. (2008), *Convergence culture. La cultura de la convergencia de los medios de comunicación*, Paidós, Barcelona.

Kant, I. (2007), *¿Qué es la ilustración?: y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*, Alianza, Madrid.

Konijn, E. A., S. Utz, M. Tanis y S. B. Barnes (2008), *Mediated Interpersonal Communication*, Routledge, Nueva York.

Lesser, E. L., y J. Storck (2001), «Communities of practice and organizational performance», IBM Systems Journal, 40 (4), pp. 831-841.

Maffesoli, M. (2004), El tiempo de las tribus, Siglo XXI, México.

— (2005), «Jóvenes, cultura y comunicación», Revista de Occidente, n.º 290-291, pp. 133-149.

— (2007), En el crisol de las apariencias. Para una ética de la estética, Siglo XXI, Madrid.

Manovich, L. (2005), El lenguaje de los nuevos medios de comunicación: la imagen en la era digital, Paidós, Barcelona.

McNeal, R., K. Hale y L. Dotterweich (2008), «Citizen-Government Interaction and the Internet: Expectations and Accomplishments in Contact, Quality, and Trust», Journal of Information Technology & Politics, 5 (2), pp. 213-229.

Mynatt, E. D., V. O'Day, A. Adler y M. Ito (1998), «Network Communities: Something Old, Something New, Something Borrowed...», Computer Supported Cooperative Work: The Journal of Collaborative Computing, n.º 7, pp. 123-156.

Orihuela, J. L. (2006), La revolución de los blogs: cuando las bitácoras se convirtieron en el medio de comunicación de la gente, La Esfera de los Libros, Madrid.

O'Sullivan, J., y A. Heinonen (2008), «Old values, New Media», Journalism Practice, 2 (3), pp. 357-371.

Papacharissi, Z. (2011), A networked self. Identity, community, and culture on social network sites, Routledge, Nueva York.

Pole, A. (2010), Bloggingthepolitical, Routledge, Nueva York.

Resina de la Fuente, J. (2010), «Ciberpolítica, redes sociales y nuevas movilizaciones en España: el impacto digital en los procesos de deliberación y participación ciudadana»,

Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación, n.º 7, pp. 143-164. Accesible en: <http://www.ucm.es/info/mediars> [Fecha de consulta: 26/06/11].

Rorty, R. (1996), Consecuencias del pragmatismo, Tecnos, Madrid.

Sanz Martos, S. (2005), «Comunidades de prácticas virtuales: acceso y uso de contenidos», Revista de Universidad y Sociedad del Conocimiento (RUSC), 2 (2). Accesible en: <http://www.uoc.edu/rusc/2/2/dt/esp/sanz.pdf> [Fecha de consulta: 05/06/11].

Scammell, M. (2000), «The Internet and Civic Engagement: The Age of the Citizen-Consumer», Political Communication, 17 (4), pp. 351-355.

Seongyi, Y., y C. Woo-Young (2011), «Political Participation of Teenagers in the Information Era», Social Science Computer Review, 29 (2), pp. 242-249.

Shelley, M., L. Thrane, S. Shulman, E. Lang, S. Beisser, T. Larson y J. Mutiti, (2004), «Digital Citizenship: Parameters of the Digital Divide», Social Science Computer Review, 22 (2), pp. 256-269.

Subirats, J. (2002), «Los dilemas de una relación inevitable. Innovación democrática y tecnologías de la información y la comunicación», en H. Cairo Carou, coord., Democracia digital. Límites y oportunidades, Trotta, Barcelona.

Sylvester, D. E., y A. J. McGlynn (2010), «The Digital Divide, Political Participation, and Place», Social Science Computer Review, 28 (1), pp. 64-74.

Wilhelm, A. G. (2000), Democracy in the digital age: Challenges to political life in cyberspace, Routledge, Nueva York.

11. «Definimos una red social como una web basada en servicios que permiten individualmente: 1) construir un perfil público o semipúblico desde un sistema cerrado; 2) articular una lista de usuarios con quienes comparte una conexión, y 3) visionar y cruzar estas listas de conexiones y las demás hechas por otros en el sistema. La naturaleza y la nomenclatura de estas conexiones pueden variar entre los distintos sitios.»

12. «Previamente, las comunidades de práctica se entendían como un espacio emergente en el que la gente con un interés laboral común o la misma vocación sienten la necesidad de compartir sus conocimientos y aprender de los demás. Las asociaciones profesionales, los grupos de diseño de software y los gremios de especialistas son ejemplos de comunidades de práctica laboral.»

13. «Educación-terapia, cambio de comportamiento, personal suplente, cooptación y poder comunitario.»

14. «La participación ciudadana es un complicado y cuestionado proceso y su espacio cerrado y limitado no es igualmente accesible para todos los ciudadanos. La ciudadanía queda afectada por un amplio panorama político, asimismo por factores contingentes socioculturales locales tales como su historia, religión, etnicidad, cultura y economía. Tradicionalmente, ciertos grupos de ciudadanos han ocupado posiciones marginales en los espacios de la ciudadanía, con relación a su raza, clase, género, edad o sexualidad.»

15. «1) El propósito del compromiso ciudadano en el gobierno o en la planificación organizacional; 2) si la aprobación del presupuesto del gobierno realmente incrementó la capacidad de los residentes locales a incorporar sus necesidades en el servicio prestado y solicitar legislación; 3) el grado real de participación democrática en las organizaciones

comunitarias; 4) los beneficios asociados con la participación ciudadana en los servicios solicitados.»

16. «Internet como medio actúa de cauce y cultura por la cual los actos de expresión individual pueden confluir. Segundo, la autoexpresión exige un público y ayuda a crear otro: es un medio de recepción y de diálogo.»

17. «Sobre Internet, oímos constantemente, que cambiará todo. Hasta ahora, sin embargo, la evidencia política es más bien pequeña. Vemos una vasta proliferación de fuentes de información para los ciudadanos, nuevos sistemas de demanda para las instituciones políticas, mejores oportunidades para la política de la periferia. Pero mayoritariamente vemos la antigua política institucional y electoral sin ninguna evidencia que indique la existencia de nuevas comunidades de ciudadanía participativa.»

Identidades y mediadores de la ciudadanía digital

Francisco Bernete García

Este ensayo pretende contribuir al entendimiento de cómo están operando las identidades y las mediaciones sociales en las primeras décadas del siglo XXI, cuando se producen transformaciones de diverso orden (económicas, políticas, culturales) ayudadas por unas infraestructuras que facilitan los intercambios informativos de manera inmediata y, con ello, las gestiones, el comercio y, en general, la acción social programada. La aceleración de los cambios genera posibilidades de actuación rápida, pero también incertidumbre respecto a la continuidad de nuestro modo de vivir y nuestro modo de sentir la pertenencia a determinados colectivos grandes y pequeños; desasosiego respecto a nuestra integración, a la cohesión del conjunto social y su estabilidad.

En los últimos años, ha caído en picado la confianza en instituciones clave del sistema político, al tiempo que los riesgos inciertos se han convertido en elementos de nuestro hábitat. Por ello, resulta pertinente plantearse qué clase de mediadores pueden cumplir con la función de tender puentes entre el poder político-económico y los ciudadanos que son víctimas de la precariedad, cuando no del desempleo o la marginación social absoluta. Y, dado que los cambios socioeconómicos se traducen en mayor crecimiento y bienestar

en unas zonas, en perjuicio de otras, cabe preguntarse también qué clase de mediadores pueden contribuir al desarrollo de localidades con mayor riesgo de quedar relegadas; de dónde habrían de salir y cómo podrían actuar cargados de legitimidad.

Incertidumbres asociadas a la globalización

La acción y la organización social se transforman al tiempo que lo hacen las formas de manejar la información.¹⁸ El acceso a la información, su elaboración, distribución, recepción, etc., han experimentado cambios extraordinarios en las últimas décadas; y, a la vez, se sufre cierta desestabilización e incertidumbre sobre el orden social vigente. A pesar de que la gestión de la información y las nuevas redes globales por las que circula es objeto de control por parte de quienes detentan también el control de la organización social, el mantenimiento del orden social no está asegurado, ni lo está la evolución de la estructura social en ninguna de las direcciones posibles.

Para lograr su propia reproducción todas las sociedades dedican recursos humanos y materiales, actividades, productos, flujos informativos; en suma, dispositivos mediadores orientados a procurar los necesarios ajustes entre la evolución del sistema productivo (justificada como progreso, desarrollo, etc.) y los cambios que se requieren en la vida de los individuos para que éstos sean sujetos adaptados al sistema productivo. Con todo ese despliegue de recursos, actividades, etc., para la mediación y la reproducción social, no se percibe orden, seguridad o estabilidad, sino más bien una permanente inseguridad respecto al camino que tomará nuestra vida social:

cómo podremos vivir, con qué valores morales estaremos cohesionados, qué podemos esperar para nuestros hijos, etc.

En tales circunstancias abundan las preguntas para las que no tenemos respuestas, ni modelos que seguir, en un mundo de rumbo incierto y globalizado. Globalización que se refleja en los intercambios comerciales e informativos y que, además de consecuencias económicas, tiene otros efectos sociales y culturales sobre las poblaciones, como veremos en el presente ensayo.

Uno de los cambios socioculturales de nuestro tiempo, que cabe detectar en asociación con un mayor flujo de intercambios informativos y comerciales, es la transformación de las identidades colectivas: el modo en que los sujetos se perciben como parte de una comunidad o grupo social y la forma en la que entienden que están vinculados o desvinculados con otras instancias: grupos formales e informales, instituciones, gobernantes, territorios, etc.

Decimos que cabe detectar esta transformación asociada a las modificaciones en el funcionamiento de la economía globalizada y las nuevas redes de comunicación, porque tales modificaciones están generando nuevas cohesiones y, a la vez, nuevas exclusiones y marginaciones sociales. Y estos procesos, que objetivamente benefician a unos y perjudican a otros, hacen que se generen nuevas tensiones y frustraciones o se profundicen las preexistentes, con indudables riesgos de estallidos sociales, como los que se vienen produciendo en distintos lugares del mundo.

En esta segunda década del siglo, cuando escribimos este ensayo, asistimos a explosiones sociales en diferentes países y continentes (de Túnez a Chile, de Siria a Reino Unido, de España a Estados Unidos), en circunstancias específicas y con evoluciones (¿canalizaciones?) que probablemente también sean

peculiares de cada lugar. No obstante esas diferencias, cabe señalar ciertos rasgos comunes en estas manifestaciones de ira social:

a) Se protesta, pacíficamente o no, contra los respectivos gobernantes, por parte de gente que se siente marginada, sin un futuro claro, sin un lugar en la sociedad, ni previsión de ocuparlo, pero sabiéndose con derecho a ello.

b) Se desmiente que los políticos se estén ocupando de las poblaciones a quienes dicen representar. El reclamo de la dignidad hace pensar que, además de no sentirse representados por no ver atendidas sus necesidades, ni siquiera se les dispensa un trato respetuoso. Los manifestantes pretenden mostrar que hay un déficit de legitimidad en los gobernantes, sin duda donde no fueron elegidos (Túnez, Egipto, Libia, Siria, etc.), pero también donde lo fueron (Chile, Reino Unido, Grecia, Portugal, Israel, España, etc.), por falta de contacto con los gobernados.

c) Se usan diversas modalidades de comunicación (con instrumentos técnicos actuales y sin ellos) para organizar las acciones más diversas: hablar en asambleas, escribir y editar periódicos, enviar mensajes por teléfonos móviles y tabletas, divulgar fotos y vídeos, etc. Todo eso demuestra que no son manifestantes tecnológicamente alejados del sistema social contra el que protestan, sino que quieren cambiarlo por otro más integrador y más justo. Por un sistema que les incluya.

¿Qué pueden hacer los gobernantes estatales, regionales y municipales para ayudar en la transformación social que haga posible un desarrollo sostenible de las poblaciones en riesgo de ser marginadas por la globalización? Si las instituciones que mediaban entre el Estado y las familias ya no sirven para garantizar la cohesión social y el vínculo con el gobierno, ¿qué

otra clase de agentes mediadores son necesarios?, ¿de dónde podrían salir?, ¿con qué formación?, ¿con qué compromiso y con qué objetivos tendrían que actuar?, ¿qué tendrían que ayudar a construir?

Éstas son algunas de las preguntas que consideramos relevantes para analizar la situación actual y afrontar los retos que plantea al desarrollo local una globalización económica, donde los señores de las finanzas campan a sus anchas, amparados en una desregulación político-económica de sus actividades, y sacan partido de esas mismas tecnologías y redes informativas que también utilizan en su favor, con desigual fortuna y posibilidades, quienes se sienten afectados y al tiempo excluidos de la toma de decisiones.

Señalaba Salvador Aguilar,¹⁹ a propósito de estas revueltas:

Son el recurso de los grupos populares marginales, carentes de voz política institucional, para marcar terreno en la defensa de sus intereses. Parece una forma poco racional de definir y defender intereses (sin parecido alguno, por ejemplo, con los grupos populares que disponen de sindicatos y partidos), pero se trata de una impresión engañosa: es un formato de protesta colectiva económico (por su espontaneidad, carencia de organización y actores, desactivación rápida, baja visibilidad individual de los protestatarios) en contextos donde la posibilidad de negociar intereses es impensable; si lo que está en cuestión es todo, el margen de negociación es ninguno, y la propia conciencia de grupo tiene un alcance limitado y efímero.

Como en cualquier tiempo pasado, las posiciones económicas, sociales, culturales de grupos con diferentes intereses se ven alteradas por luchas donde entran en juego recursos materiales e inmateriales (conocimientos), acciones expresivas y ejecutivas, apropiaciones de flujos informativos

deslocalizados y de espacios públicos localizados y extraordinariamente cargados de valor simbólico, como algunas calles y plazas, donde se exhiben las protestas.

Las nuevas redes por donde circula la información digitalizada han devenido en campo de batalla, espacio (sin lugar) de lucha de clases y de enfoques culturales, entre quienes intentan legitimar el orden social establecido como generador de riqueza y bienestar material y quienes cuestionan su funcionamiento y sus consecuencias para los muy numerosos grupos humanos y los limitados recursos naturales del planeta.

Internet y las TIC para el acercamiento, las protestas y la articulación de las demandas

Los dispositivos que ahora se utilizan para el intercambio de datos (verbales, icónicos, sonoros) no deben considerarse en sí mismos como el reflejo de la globalización, ni sus causantes, pero sin duda sí deben ser pensados como requisito infraestructural que la hace posible. Esos dispositivos son manejados por todos los agentes sociales involucrados en la producción y en la reproducción social: desde los propios emprendedores e innovadores en el sector de la informática y las telecomunicaciones hasta los usuarios finales que sólo las usan para leer, escribir y enviar mensajes de texto. También son manejados para protestar contra el poder. Recordemos someramente ambos procesos.

Los gobernantes, partidos políticos, sindicatos, empresas y organizaciones de todo tipo que pretenden el acercamiento a los ciudadanos por algún motivo (difusión de ideas, programas,

productos, etc.) se ven obligados al manejo de las actuales tecnologías comunicacionales y, por tanto, al aprendizaje de su uso, al mantenimiento del flujo informativo, con más o menos acierto, etc. Buscan el modo de extender sus proyectos, divulgar sus propuestas o justificar sus actuaciones, emitiendo representaciones del mundo y de lo que en él acontece, como se venía haciendo con otros medios de comunicación más antiguos. Al dar forma a los hechos actuales, procuran conformar a sus públicos y, con la conformidad de éstos, orientar su comportamiento. Lo que son y no son estos mediadores que mencionamos (gobiernos, partidos, empresas, etc.), lo que consiguen y no consiguen, su presente y su futuro, se lo juegan en buena medida dependiendo de cómo se desenvuelven en el manejo de estos dispositivos tecnológicos.

Ahora bien, con las TIC actuales, no sólo ejercen esa labor los mediadores que mencionamos y no sólo ellos asumen el riesgo de equivocarse en la manera de usarlas y relacionarse con los demás mediante las aplicaciones informáticas. También los gobernados, los «ciudadanos de a pie», los que no tienen poder pero sí tienen una computadora o un teléfono móvil, los grupos informales que quieren organizar una acción colectiva inmediata, los que se solidarizan con represaliados, refugiados, encarcelados en otros lugares del mundo. Y, naturalmente, todos aquellos que pretenden participar del crecimiento, la riqueza y el desarrollo procuran estar en la red de redes para no quedar excluidos.

A medio y largo plazo unos se benefician muchísimo y, en cambio, otros van quedando marginados, porque se trata de tecnologías donde la innovación es continua y no todos pueden seguir su ritmo y mantenerse actualizados. Es lo que está sucediendo ya, por ejemplo, en los llamados telecentros, lugares donde la infraestructura tecnológica que un día se establece

suele ir quedando obsoleta, entre otras circunstancias que concurren en su difícil sostenimiento.

Al margen de los resultados, los mediadores con intereses grupales del tipo que sean, y buena parte de los usuarios individuales, parecen actuar bajo el imperativo de estar permanentemente conectados, haya o no haya algo (nuevo, interesante, importante) que decir o algo que hacer más allá de la conexión misma. Tal vez el hecho de saberse conectados con otros, incluidos en sus círculos, en su red, esté alimentando la construcción (imaginaria, si se quiere enfatizar así) de nuevas identidades sociales, que proporcionan no pocas gratificaciones al individuo conectado/enredado.

Lo que interesa plantear en esta oportunidad es si la gratificación que proporciona el saberse conectado con determinadas personas de su elección, en su círculo de amigos, intercambiando información de igual a igual, tiene algo que ver con las deficiencias de otras mediaciones, las carencias de las representaciones legitimadoras que construyen algunas estructuras de poder y sus dificultades para ilusionar o generar empatía en muchos ciudadanos.

Hemos señalado en otra publicación que «en torno a cualquier afinidad de gustos, intereses, etc., se crean nuevas relaciones; se mantienen, se refuerzan o se transforman ciertos vínculos con otros cuando se intercambian comentarios al pie de una noticia, de un artículo, de un videoclip, etc.» (Bernete, 2010). Aún no sabemos qué papel juegan estas prácticas en la sociabilidad, pero sí que se crean sentimientos de orgullo comunitario, al margen de los sentimientos de pertenencia que proporcionan instituciones como las familias, las escuelas, las iglesias o los medios de comunicación de masas. Se construyen identidades nuevas como fruto de la libertad de elegir y compartir afinidades entre individuos que físicamente se

encuentran cercanos o lejanos (las fronteras territoriales son porosas para esta clase de redes), pero que se comprenden y saben que actúan sin ataduras, sin compromisos de seguir vinculados, sino con las ventanas abiertas para escapar, explorar y elegir otras comunidades (reales, por más que se llamen «virtuales»), con las que puedan sentirse mejor.

Cabe preguntarse si la comunicación inmediata (aparentemente, sin intermediarios, «horizontal») con un famoso cantante, una actriz, un articulista o un grupo de poetas noveles, además de gratificación, proporcionan normas, modelos de conducta distintos de los que promueve el poder político-económico; o simplemente proporcionan tranquilidad respecto de la legitimidad de los gustos propios, sin cuestionar las normas y los comportamientos que esperan de los ciudadanos esas estructuras de poder.

En todo caso, parece evidente que las agrupaciones por afinidad, simpatía, gustos, aficiones compartidas, etc., en algo deben de estar afectando a las identidades «legitimadoras» y «de resistencia» (Castells, 1998); algún cambio deben de estar produciendo en las formas de reproducirlas y mantenerlas vigentes.

Las identidades territoriales y no territoriales

Al margen de su inserción en un Estado, por lo que tienen derechos y obligaciones, los ciudadanos buscan un entendimiento del significado de su vida social, identificando quiénes fueron históricamente, a qué colectivos pertenecen, quiénes les hacen sentir seguridad y aceptación en un entorno.

Además de la familia (probablemente, la más elemental señal identitaria), las confesiones religiosas, la procedencia geográfica, la lengua y otros elementos históricos, como la formación y consolidación de los Estados-nación, han proporcionado señales de identidad social a los individuos.

Como señalaba García Canclini (1999):

Hay que seguir tratando con esas narrativas y metáforas identitarias porque son recursos internos de cohesión en cada grupo, en cada nación, y sirven para comunicarse con los demás. Pero el mundo globalizado no es sólo este teatro de actuaciones desencontradas, que de vez en cuando hacen sinergia; es también un espacio organizado por estructuras transnacionales de poder y comunicación, por industrias culturales y acuerdos económicos, jurídicos, todavía precarios, aunque cognoscibles y susceptibles de recibir intervenciones políticas en varios sentidos.

Manuel Castells (1998) ya había advertido que éste es un mundo de identidades, queriendo señalar con ello que la experiencia histórica, más que afirmar los racionalismos liberal y marxista, había mostrado un reforzamiento de la experiencia compartida en el territorio, en la historia, en la lengua, en la religión y, también, en la etnia. Y que todo ello ocurre cuando más abstracto se hace el poder de los flujos globales de capital, tecnología e información.

Sostenía Castells, como poco más tarde haría Canclini, que las identidades históricamente construidas no se pueden despreciar. Más aún, que sería peligroso, irresponsable, despreciarlas. Esas identidades históricamente construidas tendrían un *modus operandi* similar: «fijan el poder en algunas zonas de la estructura social y, desde allí, organizan su

resistencia o sus ofensivas sobre los códigos culturales que construyen la conducta». El propio Castells proporcionó categorías conceptuales que permiten distinguir entre formas de construir identidades sociales, por su origen y objetivos. De su planteamiento teórico, que el lector interesado puede encontrar en *La era de la información* y otros textos del autor, en esta ocasión conviene destacar lo siguiente:

La identidad «legitimadora», como llama Castells a la que se construye desde las instituciones y, principalmente, desde el Estado para enlazar con los ciudadanos (caso de Francia o de Estados Unidos, con más éxito que en otros sitios), convive con otras identidades territoriales (locales, regionales), culturales, lingüísticas, que llama «de resistencia».

Las identidades «de resistencia» son la que construyen quienes se sienten en algún aspecto marginados o rechazados en tanto que miembros de una cultura, hablantes de una lengua o practicantes de una religión propia, por ejemplo. Proponen formas de identificarse para evitar ser asimilados en una estructura social donde no tendrían poder como grupo.

Parece poco discutible que las identidades culturalmente construidas como elemento fundamental del sentido (locales o regionales, en el caso de España y otros países europeos; indigenistas, afroamericanas, hispanas en el continente americano) han logrado persistir frente a procesos homogeneizadores o asimilacionistas.

Estas identidades «de resistencia» se desarrollan al tiempo que se desarrolla la globalización: frente a un posible auge del cosmopolitismo o los riesgos de una homogeneización cultural, se levanta el localismo; en su peores versiones, cobra auge el tribalismo, el fundamentalismo religioso. Frente a la sociedad abierta y desregulada de los liberales, o frente a una posible dependencia de unos pocos centros de poder político y

económico, donde se tomen las decisiones que afecten a todos, se propone la descentralización que otorga competencias de gasto a representantes municipales y regionales, visibles y reconocibles en la calle. Al menos, como supuesto contrapeso a procesos lejanos donde se genera riqueza y poder, se ha logrado una cierta legitimación de lo específico local. Ambas soberanías, global y local, en detrimento de la estatal; o quizá como consecuencia del fracaso del poder estatal para seguir representando a sus ciudadanos y construyendo con ellos un modelo de sociedad, una identidad proyecto (en los términos de Castells) con la que pudieran dar sentido a su vida en común.

En las últimas décadas, han sido los movimientos sociales (ecologista, feminista, de homosexuales) los que han desencadenado procesos de construcción de identidades proyecto. Pero tendrían que devenir en identidades proyecto, tanto las identidades legitimadoras (francesa, belga o española) como las de resistencia (por ejemplo, indigenista o catalanista). Si no lo hacen, la consecuencia, según Castells, es un cierre de tales identidades sobre sí mismas:

a) la identidad legitimadora queda como burdo ropaje ideológico que produce lo que hoy llamamos desapego, desafección o distanciamiento de la población respecto de los ocupantes del poder.

b) la identidad de resistencia, por su parte, puede derivar en gueto, si no hay vías de comunicación con las demás identidades sociales. El aislamiento de las comunidades, el enfrentamiento entre identidades minoritarias o las afirmaciones de algunas minorías que llegan a pedir el reconocimiento a leyes propias, son riesgos ciertos en las sociedades contemporáneas.

Las identidades legitimadoras y de resistencia tienen que buscar la forma de convertirse en identidades proyecto si no quieren quedar reducidas, respectivamente, a ideología sin capacidad de gestionar en los tiempos actuales y a fundamentalismo (religioso, étnico, lingüístico, etc.) propio de una comunidad cerrada sobre sí misma.

En ocasiones, lo que empieza siendo una identidad legitimadora, pasa a ser para algunos ciudadanos una identidad de resistencia, toda vez que entienden que sus gobernantes ya están legitimando situaciones de hecho que cambian la supuesta naturaleza de su nación. (Piénsese, por ejemplo, en el noruego Behring Breivik que, convirtiendo su identidad cristiana y europea en pertenencia única y acompañado de una actitud intolerante, fue capaz de programar y llevar a cabo una matanza de conciudadanos en la isla de Utoya, en julio de 2011). También se da el proceso inverso: habiendo partido de la resistencia, una vez alcanzados determinados objetivos y posiciones, quienes ocupan ciertos lugares en la estructura de poder trabajan por convertir esa identidad en legitimadora de la situación alcanzada.

La proyección y la apertura de unas identidades sociales con otras son más necesarias que nunca ante la emergencia de la globalización tal como ésta se ha producido. Cuando el Estado o las identidades culturales abandonan o renuncian a la proyección y la apertura, son más incapaces de intervenir en la gestión de la globalización. Y ésta parece funcionar, por ahora, de un modo imparable, al margen de toda lógica cultural y de todo interés estatal (una vez conseguidas las desregulaciones, privatizaciones, etc., necesarias para ello).

Si el Estado se proyecta sosteniéndose sobre una identidad nacional (es decir, sobre individuos que se sienten miembros de una nación y representados por quienes administran el poder),

que articula las identidades locales, entonces podrá ejercer ese poder en el contexto del mundo globalizado. Pero si los sujetos sociales no se sienten representados, atendidos, respetados, etc., por quienes administran el poder, la identidad legitimadora que destilan el Estado y sus instituciones habrá dejado de funcionar. Entonces es cuando los individuos buscan refugio en otros paraguas: de poder local o regional, eclesiástico, corporativo, etc. En tal caso, el Estado maniobra por un lado, estos otros poderes culturales maniobran por otro lado y los gestores de la globalización, con menos ataduras, actúan con toda la libertad que estas circunstancias les han otorgado para explorar, crear mercados nuevos y, en definitiva, apropiarse de las riquezas del globo.

Han sido los propios gobernantes de los Estados quienes han favorecido la globalización, descargándose de instrumentos para seguir gestionando las necesidades de la población, al acceder a desregular, liberalizar, etc., actividades económicas y financieras, principalmente. Como consecuencia de la globalización, existe una mayor interdependencia entre las sociedades. No sólo es más voluminoso el comercio internacional, el flujo de mercancías y capitales; también lo son las interconexiones y un flujo global de datos, de expresiones verbales e icónicas, contra el cual intentan actuar algunos gobiernos, recurriendo a la censura (por ejemplo, impidiendo parcialmente el acceso a internet), a la policía o al propio ejército, cuando se ven envueltos en situaciones que les generan desorden, les desconciertan y desestabilizan. Esto ocurre tanto en los países ricos como en los pobres, porque se da donde el poder reacciona esforzándose sólo en mantener el orden, como si éste fuera la única necesidad de los individuos, los grupos y las sociedades. Obviamente, en estos casos, entre las instituciones estatales y los ciudadanos se abre un foso mayor.²⁰

Las deficiencias de las instituciones estatales para mantener una alianza entre gobernantes y gobernados

La construcción de proyectos donde los ciudadanos se sientan representados y se vinculen con la Administración del Estado forma parte del papel de las instituciones. Para que estas entidades funcionen de acuerdo con el rol que les corresponde tienen que articular el poder político con la trama de la sociedad civil. No enlazan al gobierno con cada individuo en particular, sino con ciudadanos que se perciben como parte de una comunidad o grupo social con rasgos propios (trabajadores, empresarios, católicos, musulmanes, gallegos, canarios, etc.); y entienden que su relación con otras comunidades y el sistema político debe ser la existente u otra distinta.

Cuanto más satisfechos estén con esas relaciones estructurales, más probable será que se mantenga la cohesión social. En el empeño por mantener esta cohesión social y el vínculo de todos los grupos con el sistema político establecido, los Estados nacionales han desarrollado instituciones encargadas de canalizar los problemas y, al tiempo, instituciones encargadas de ofrecer a los ciudadanos una identidad (una representación de sí mismos) en tanto miembros de ese Estado-nación. Ambas funciones se ven comprometidas desde hace décadas.

Las deficiencias del Estado-nación y sus instituciones como vía para resolver los problemas tienen que ver con la

naturaleza global de los fenómenos. El Estado-nación sigue siendo una pieza fundamental del sistema político, pero ahora lo es junto con otros elementos que son supraestatales o infraestatales, a los que ha cedido buena parte de sus competencias. En el nivel estatal hay ciertos representantes de la población que son responsables de la Administración central del Estado. Pero, además de ellos, hay otros que están más cerca geográficamente; y parecen, sobre el terreno, más conocedores de las necesidades y expectativas de la población que representan. A su vez, hay otros más lejanos, en el nivel supraestatal, quizá menos representativos en un cierto sentido, pero decisivos en el funcionamiento de la sociedad. En este nivel de gente poderosa a nivel mundial abundan los que sólo han sido elegidos por otros representantes, en un segundo o tercer orden de representatividad y, en cierto modo, de legitimidad, a los ojos de muchos ciudadanos.

Las muestras de desafección con los políticos y sus organizaciones

En los países donde se reconoce el derecho a elegir a los gobernantes, los ciudadanos perciben una especie de traición en el político que llega al poder con unas promesas y después las abandona por las presiones que recibe de quienes han sido elegidos en un segundo o tercer nivel de representatividad (directivos del FMI, Banco Mundial, bancos centrales, etc.) o ni siquiera han sido elegidos y carecen por tanto de legitimidad democrática (agencias de calificación, gestores de fondos de inversión, prestamistas internacionales, etc.). Entienden que, al dejarse presionar y hacer caso a estas poderosas entidades, los políticos nacionales muestran que su autonomía para tomar

decisiones es menor de la que parecían tener, y que la soberanía y el orden democrático de un país están sometidos a dictados de otro orden, no democrático sino mercantil, que atraviesa los Estados nacionales. La sumisión implica que, aunque los ciudadanos sigan pagando impuestos al Estado, el gobierno no va a garantizarles protección, servicios sociales, etc., porque el destino del dinero público está subordinado a otras exigencias procedentes de los acreedores del Estado. Todo ello perjudica especialmente a los más débiles, que no son precisamente los más responsables de la situación creada.

Los ciudadanos que viven en países con regímenes democráticos tienen la oportunidad de expresar su desconfianza y su insatisfacción con el funcionamiento del sistema político de distintas maneras: por ejemplo, cuando hablan o escriben en medios de comunicación pública, cuando acuden a una manifestación, se sitúan tras una pancarta y hacen oír su voz en la calle o cuando responden en sondeos de opinión, donde se les pide, por ejemplo, que indiquen el grado de confianza en las instituciones.

Los datos publicados respecto al grado de confianza en las instituciones en agosto de 2011 permiten interpretar que los españoles aprecian «en primer lugar, las instituciones que son percibidas como altruistas, es decir, como protectoras o promotoras del bien común [...] en segundo lugar, la confianza suele guardar una relación estrecha con el grado de eficiencia percibido en el desempeño de las funciones o tareas de los distintos grupos o instituciones» (Toharia, 2011). Y quienes no son percibidos precisamente como eficientes en el desempeño de sus funciones son los políticos y sus organizaciones. Es decir, los agentes sociales que tendrían que ocuparse de dar explicaciones, asumir responsabilidades, proponer modelos de sociedad, debatir y fomentar el debate ciudadano sobre

alternativas existentes. En definitiva, todo aquello que contribuya a construir una sociedad donde los ciudadanos se vean incluidos, respetados y atendidos como sujetos con derechos y obligaciones, en su relación con las administraciones públicas.

Los estallidos sociales como síntoma

Las recientes explosiones sociales en países con diferentes culturas políticas y niveles de desarrollo económico muestran que hay serios problemas de alejamiento entre los Estados y los ciudadanos, lagunas que no cubren las instituciones, mecanismos de control (sistemas judiciales, medios de comunicación, etc.) que no funcionan en favor de la inclusión social y el entendimiento. Al contrario, muchas veces operan favoreciendo la justificación de discriminaciones y la marginación social y culpando a quienes las sufren de su propia condición («tienen lo que se han buscado»).

En el campo de la comunicación pública, no es nuevo que haya políticos, articulistas, propagandistas que lanzan ideas prejuiciosas sobre determinados grupos de población acerca de los cuales se propone una u otra forma de exclusión: desde la desposesión de derechos o la disminución de servicios característicos del Estado del bienestar hasta los procedimientos más violentos de limpieza étnica. Tampoco lo es en otras prácticas sociales, como las educativas o las religiosas.

Tanto si se predica la superioridad de un grupo sobre otros, como si se predica la igualdad, las discriminaciones se producen

en la práctica y están en el origen de las rebeliones que estamos presenciando en los últimos años:

La de los jóvenes franceses de las barriadas parisinas en una sociedad que predica oficialmente la asimilación de todos en la República y, por tanto, la integración. Las segundas generaciones de inmigrantes que siguen siendo percibidos como tales inmigrantes, especialmente si viven en suburbios, aunque sean franceses ven frustradas sus expectativas de integración laboral.

La de esos otros jóvenes de piel oscura, habitantes de Tottenham (Londres) y otras ciudades del Reino Unido, donde se predica el multiculturalismo, como modelo para vivir en paz dentro del grupo propio, pero incomunicados con otros grupos. Tengan o no la nacionalidad británica, se ven abajo, en la escala social; invitados al consumo, sin estar igualmente invitados para las oportunidades de empleo.

La rebelión de los tunecinos, egipcios, sirios, libios, yemeníes, marroquíes, etc., que conocen cómo se vive en otros lugares y son capaces de echarse a la calle a cuerpo descubierto para decir basta, preferimos morir de pie a vivir de rodillas. Aquellos a quienes normalmente hemos identificado por su religión y sus tremendas desigualdades sociales y de género y no por sus deseos de vivir en democracia. «Nada más contrario a las pirámides que las redes, la nueva expresión de la revolución. Sin centro y sin márgenes, las identidades se difuminan, reducen su pugnacidad, y la tríada maldita de la sociedad árabe (clase, sexo, religión) recula en el nuevo espacio público» (Gómez, 2011).

La rebelión de los estudiantes chilenos (con el apoyo de sus familiares y del 80 % de la población) que reclaman al gobierno una educación pública gratuita y de calidad, lo que hunde la

popularidad del gobierno y responsabiliza también a la coalición que antes gobernó y no cambió el modelo educativo.

La rebelión de los indígenas bolivianos que se manifiestan contra el presidente aimara Evo Morales, al que auparon y luego vieron que no se oponía a la construcción de una carretera por una reserva del Amazonas. Gobierno y presidente habían impulsado una Constitución ya aprobada que obliga a consultar con los pueblos indígenas cualquier proyecto que les afecte, consulta que no se hizo en este caso, por lo que los indígenas sentían que el presidente les daba la espalda. O la más reciente (marzo de 2012) de los indígenas de Ecuador que marchan hacia la capital por «el agua, la vida y la dignidad», con la intención de exigir el respeto de los derechos de los pueblos originarios (contra la extracción de recursos naturales para un proyecto que provocará impacto ambiental).

La rebelión del activista Anna Hazare y sus seguidores, que son detenidos por manifestarse e iniciar una huelga de hambre contra la corrupción en India; o las protestas en Estados Unidos contra el mundo financiero que representa Wall Street, también reprimidas con detenciones y cargas policiales.

La lista podría ser interminable, pues en todos los países del mundo hay colectivos con motivos para indignarse y rebelarse contra las prioridades de sus gobernantes; contra las desigualdades económicas y la falta de perspectivas vitales, contra la corrupción de las élites político-empresariales; en todos los países hay motivos para reclamar más transparencia y calidad democrática en la gestión del sistema social.

Todas estas movilizaciones de las clases bajas y medias, con estudios y sin ellos, que no vienen necesariamente de la miseria y el hambre, pero sí de la rabia y la falta de horizonte, ponen de manifiesto la incapacidad de las instituciones para procesarlas. E, incluso, el desacuerdo sobre quién tiene la

responsabilidad (familia, escuela, medios de comunicación, políticos, etc.) de mediar entre las demandas y los recursos a los que puede acceder cada grupo, la responsabilidad de lograr los ajustes o las resignaciones; o la responsabilidad de educar en valores con los que pudiera fomentarse una nueva forma de cohesión social, una ciudadanía más inclusiva. Ante esta realidad, cabe preguntarse qué papel desempeñan las nuevas tecnologías, qué función cumplen o podrían cumplir en la mediación de nuevas identidades y consensos.

Ciudadanía digital, nuevas agrupaciones y construcciones identitarias

El concepto de ciudadanía digital dista de ser inequívoco. El mismo concepto de ciudadanía tampoco lo es del todo, en tanto que remite a una condición legal, en sentido estricto, pero también al hecho de vivir en una comunidad de personas: desde el punto de vista legal, el término se refiere a la condición de miembro de una comunidad política, por la cual se obtienen ciertos derechos y se asumen determinados deberes respecto a la comunidad en que se habita. Si bien en otras épocas fue la ciudad, la comunidad política más importante en la era moderna y hasta la fecha es el Estado-nación. Se entiende por obtener la ciudadanía adquirir la condición de sujeto que habita bajo el imperio de la ley en un Estado; condición legal que no garantiza sentido de pertenencia, identidad, compromiso, etc.²¹ Quienes consiguen esa condición legal pueden tener o no tales sentimientos respecto al Estado, como pueden tenerlos o no

respecto a una ciudad, una comunidad autónoma, una entidad que agrupa Estados o que sea transversal a éstos.

En cuanto al término «digital», se ha popularizado tanto y ha adquirido tantas acepciones que ya resulta difícil reconocerle un significado. Todo se ha digitalizado y a cualquier cosa se añade el adjetivo «digital»: hay radio, cine, televisión y prensa digital; pero también cromos digitales, capacidades digitales, besos digitales, etc.

El abuso con el adjetivo «digital» hace que «ciudadanía digital» sea, inevitablemente, más ambiguo que «ciudadanía» a secas: sólo parece claro que tiene que ver con el uso de las tecnologías de la información y la comunicación. Según los casos, puede que se haga referencia a participación, normas de comportamiento en Internet, competencias, defensa y aprendizaje de los usuarios, «educación para la ciberciudadanía», etc. En este trabajo, se usa el término para referirse, como se hace con «ciudadanía», a una comunidad de personas, que tienen en común la utilización de las TIC e Internet, en lugar de la convivencia en un espacio físico. Ese elemento diferenciador (compartir el espacio físico o compartir lo que comúnmente se llama ciberespacio) es el que se toma en consideración para pensar sobre Internet, no sólo como infraestructura tecnológica, sino, en sentido amplio, como espacio donde se generan distintas acciones, relaciones e incluso identificaciones sociales vinculadas a las conexiones informativas que se mantienen, aunque estas prácticas no se caractericen precisamente por su constancia y permanencia en el tiempo.

Entre los sujetos que se identifican a sí mismos como «ciudadanos digitales» (lo que no excluye que sean, a la vez, españoles, catalanes y musulmanes) muchos manifiestan sus preferencias por «identidades líquidas», militancias

intermitentes, pasajeras, compromisos flexibles, volátiles. Convendría usar en este caso el concepto de identificaciones, más que identidades, para enfatizar el carácter de electivas y puntuales: por ejemplo, identificación con quienes reclaman dignidad o con quienes reclaman referéndum para una reforma constitucional. (Su antecedente sería la identificación mediante el consumo aparente. Consiste en identificarse y ser identificados por lo que nos ven comprar y consumir.)

Con la libertad de unirse al grupo creado para algo específico, sin estar atados a organizaciones permanentes, sino más bien siendo propulsores de movimientos de duración incierta, manifiestan sus exigencias por la certidumbre, la planificación de un desarrollo sostenible, inseparable de la participación ciudadana, la transparencia informativa, la calidad democrática, la lucha contra la corrupción, el fraude, los paraísos fiscales, etc. Y, en la medida en que no ven que se estén dando pasos en la dirección deseada, expresan que sus gobernantes, diputados y senadores no les representan, aunque su elección en las urnas haya sido legal. La frustrante experiencia repetida lleva al cuestionamiento de estos y otros agentes mediadores cuya labor se antoja inútil y aun contraproducente.

Quienes ocupan las instituciones existentes, acostumbrados a lidiar con la ciudadanía como pertenencia a un territorio geográfico común y la participación ciudadana como actividad en un lugar delimitado, se preguntan ahora cómo adaptar las formas y los instrumentos de mediación para recuperar la confianza de quienes reclaman participación y calidad democráticas, pero no se sienten representados ni se identifican con un territorio: ¿se consigue usando las mismas tecnologías, las mismas redes sociales?

En cambio, quienes se proponen ayudar a los discriminados, los marginados socialmente, los excluidos del acceso al desarrollo, o quienes no se consideran representados en las altas instancias del poder político y financiero, donde se toman las decisiones importantes, lo que se preguntan es cómo articular sus actuaciones para generar procesos de cambio social orientados a satisfacer necesidades y demandas como las antedichas (participación y transparencia en la gestión, servicios públicos accesibles a todos, etc.). Y, en este contexto de acción social organizada, qué clase de mediadores sociales necesitan, si acaso perciben tal necesidad.

Habría que comenzar por saber si los mediadores se perciben como necesarios para la acción social organizada o se entiende que ésta puede llevarse a cabo sin ellos, toda vez que las TIC nos permiten llegar a toda clase de personas de manera prácticamente inmediata. De un lado, el mantenimiento de un orden social se ha conseguido sobre la legitimación de intermediarios entre los máximos representantes del poder y los ciudadanos; del otro lado, el cuestionamiento, la indignación y la protesta contra ese orden establecido y sus instituciones, con frecuencia se manifiesta tan falta de reglas y de organizaciones alternativas que, por ahora, no ha pasado de ser un movimiento espectacular —en todos los sentidos de la expresión— donde se recrean quienes no se sienten representados y menos aún identificados con las políticas aplicadas.

Ciertamente, las TIC se usan con habilidad para unir indignados tanto en el espacio de los flujos como en los lugares emblemáticos de las ciudades.²² Pero no sabemos cómo pasar (ni siquiera si será posible pasar) de la indignación a la organización y hacerlo prescindiendo de intermediarios que se arrogan una representación de los demás. Es decir, dejando de

lado los inconvenientes de los vínculos, las ataduras, los compromisos a que obliga la participación en el espacio de los lugares (asambleas, conocimiento personal de los interlocutores y sus trayectorias anteriores, fin del anonimato, etc.). ¿Cuáles son los cauces de participación adecuados para que haya más y mejor democracia; más deliberación y activismo político de los ciudadanos y menos dejación de responsabilidades en representantes elegidos?

Ciudadanía digital y mediación para el desarrollo local

Nuevamente, nos encontramos ante el deber de distinguir entre las instituciones mediadoras «legitimadoras» (por ejemplo, instituciones estatales), las resistencias y los proyectos. La experiencia nos sirve para saber cómo han operado los elementos de intermediación y control y por qué es deseable su transformación (por ejemplo, los partidos políticos, las organizaciones de empresarios o las diputaciones provinciales) pero no por ello sabemos con claridad de qué podemos prescindir, qué podemos adaptar a otra situación y finalidad, o qué nuevos agentes mediadores pueden servir para lograr una sociedad más inclusiva. Por ejemplo, cómo hacer compatible el respeto a los particularismos culturales con los valores y derechos humanos universales; la cohesión del conjunto social con la inclusión de las minorías, sin disolverlas y sin que éstas, por ser reconocidas y respetadas, laminen las libertades individuales, tan costosamente conquistadas.

Como ha explicado Martín Serrano (1977, 2008), las instituciones mediadoras son parte de un sector productivo dedicado específicamente a mantener la cohesión social:

El ejercicio de la mediación supone el desarrollo de un sector productivo dedicado al ajuste social, que son las instituciones mediadoras (por ejemplo, los asistentes sociales). Elaboran modelos mediadores (por ejemplo, los arquetipos que distinguen entre las personas normales y las neuróticas) y fabrican objetos portadores de la mediación (por ejemplo, los tranquilizantes). Por lo tanto la mediación social opera a través de medios inmateriales y materiales. A las actividades mediadoras están destinados una parte importante y creciente de los recursos sociales, que proceden de todos los orígenes: privado, público y voluntariado. Las inversiones en infraestructuras, servicios y bienes para la mediación social tienen un uso reproductivo, en la medida en que son necesarias para que el modelo socioeconómico perdure. Y también resultan productivas como cualesquiera otras inversiones. La gestión del ajuste colectivo reproduce consensos al tiempo que produce beneficios.

Desde las estructuras de poder se trata de mantener la cohesión social, pero manteniendo y aun reforzando una determinada estructura social que ni siquiera garantiza empleos precarios; desde los ciudadanos alejados del poder que han cuestionado la eficacia y representatividad de los mediadores conocidos, se trata de buscar nuevas fórmulas de intermediación, para transitar desde la situación actual a ese otro mundo posible, al que habría que encaminarse sabiendo con qué medios se cuenta. Pero ello implica ponerse de acuerdo sobre qué se quiere finalmente construir o en qué dirección, por utópica que parezca, se pretende avanzar. Suponiendo que estos acuerdos lleguen a darse en algunos movimientos sociales, siempre será complicado determinar qué se puede hacer, con

quién y, sobre todo, cuáles han de ser los procedimientos de participación ciudadana, que mejor garantizan la legitimidad con la que actúan los agentes mediadores.

Por ejemplo, hay economistas críticos con las políticas que se están aplicando para salir de la crisis, con las recetas neoliberales esquemáticas (reducción de gastos, austeridad en los servicios públicos, mantenimiento de los privilegios fiscales de los ricos, etc.) y críticos con las funciones mediadoras que han desempeñado muchos de sus colegas, los economistas con influencia en el poder político, sus teorías y modelos al servicio de la consolidación de posiciones privilegiadas. Críticos que observan las disfunciones del sistema económico, sus limitaciones, las desigualdades que genera o profundiza, y que lanzan proclamas en foros docentes, asambleas, ciertas publicaciones y redes. No tienen la misma capacidad de influir en las decisiones políticas y, por ello, buscan otra forma de llegar a influir como mediadores legítimos: participar en un gran diálogo social y en la construcción de alternativas, con movimientos y grupos alejados del poder político y económico.

Si se quiere un sistema democrático no esclerotizado, es necesario que haya debates abiertos a la participación de todos los individuos, sin exclusiones, donde se contrasten distintas visiones e ideales antes de definir lo compartido. Más y mejor democracia se demanda hoy en las calles de diversos lugares del mundo. Los mediadores que trabajen para el poder establecido y los que surjan de la resistencia deben tomar en cuenta esa demanda y los cambios que se están produciendo en paralelo a la expansión de las TIC. Internet y sus redes sociales no sólo han abierto millones de foros de discusión, sino que han aumentado enormemente las expectativas de participación directa. No sólo están cambiando la comunicación de masas, sino también los modos de mediar entre la Administración y

los ciudadanos, así como las características de los mediadores que pueden cumplir eficazmente esta función.

Entre los rasgos característicos de los nuevos mediadores, tanto si trabajan por el mantenimiento de un modelo social como si lo hacen por otro alternativo, cabe esperar que conciban el espacio público y que ejerzan su labor mediadora, no sólo conociendo las aplicaciones informáticas con las que se interviene en las nuevas redes sociales, sino también:

a) Conociendo que hay nuevas formas de sociabilidad para los individuos que se enganchan a redes o las crean, pero están dispuestos a defender su autonomía y proyectos personales.

b) Alentando la mayor intervención de los ciudadanos/usuarios de las TIC en el desarrollo de los asuntos públicos, en la construcción colectiva y conectiva de la vida en sociedad.

Obviamente, puede pecarse por defecto, no tomando en cuenta las posibilidades de intervención en la cosa pública mediante el uso de las TIC, y puede pecarse por exceso, confiando en que bastará con dar a los ciudadanos los instrumentos técnicos para que cambie el ejercicio de la política. Exceso de confianza que se trasluce en frases como ésta del fundador de TechPresident y de Personal Democracy Forum: «La democratización de la sociedad por efecto de las comunicaciones es un “tsunami” del que no escapa nadie, ni medios, ni negocios, ni políticos, ni instituciones» (Andrew Rasiej, entrevistado en El País, 12 de noviembre de 2009).

Ciertamente, las infraestructuras y operaciones tecnológicas con las que se maneja la información, y que podrían ser muy provechosas para acercar los conocimientos, las gestiones administrativas o las soluciones a determinados problemas,

también pueden ponerse al servicio de un mayor control de los ciudadanos, de la especulación económica o del fomento del individualismo. Incluso, se usan con fines más dañinos para el sistema democrático: los prejuicios y la justificación de las discriminaciones, el populismo, la consideración de los inmigrantes como amenaza para la seguridad y la identidad cultural propia. Es decir, las TIC pueden ponerse al servicio de la evolución en un sentido y en sentidos contrarios, pues todo tipo de activistas utilizan los mismos canales. Por ese motivo, tantas personas se plantean cómo hacer un uso de ellos orientado a fomentar el desarrollo de las localidades más despobladas o la modernización tecnológica de las ciudades; cómo provocar el desencadenamiento de cambios sociales vinculados a las necesidades locales y la imprescindible participación ciudadana en estos procesos.

Cabe enfatizar que se plantea a este nivel porque los Estados nacionales no pueden garantizar ni siquiera la tranquilidad, el orden social, el desarrollo y el mantenimiento del bienestar a las zonas desarrolladas industrialmente y con más población. Menos aún, a las zonas menos pobladas. No hay muestras de que los gobernantes tengan proyectos claros y concretos para encauzar el estado del malestar en el que se encuentran tantos ciudadanos; para trazar rutas que erradiquen la incertidumbre sobre el porvenir, que den la sensación de que el destino de nuestras sociedades está en manos de sus gobernantes; y que éstos no son impotentes o incapaces de decidir.

Ahora bien, ¿qué desarrollo local es posible y deseable? Hasta hace pocos años, en España ha habido desarrollo local, entendido de una cierta manera: los municipios, incluso antes de disponer de todas las escuelas infantiles necesarias, se dotaron de edificios con fines variados, parques y jardines que

luego no han podido o querido mantener. Todo ello por disponer de ingresos procedentes de las plusvalías y la construcción de nuevas viviendas como si fueran ingresos permanentes. Hoy todo el mundo reconoce que se ha dilapidado un capital económico considerable como resultado de esas actuaciones.

Cuando toca revisar lo ocurrido para evitar errores y plantearse un «desarrollo local sostenible» (que no se identifica con crecimiento económico), se echa en falta una norma clara que indique cuáles son las competencias de los ayuntamientos y cómo habrán de financiarse.

Se supone que deben dar ciertos servicios que no dan el Estado ni la comunidad autónoma. Pero si estuvieran definidas las competencias municipales, se podrían estimar los recursos necesarios para los ayuntamientos (y sus mancomunidades, se llamen diputaciones o no), que dieran estabilidad a su funcionamiento y contuvieran criterios para favorecer a los municipios más necesitados. Mientras tanto, en tiempos de bonanza se producen despilfarros; en tiempos de escasez se producen tijeretazos en servicios sociales (transporte, escuelas de música, escuelas infantiles, prestaciones a dependientes, etc.).

Las desatenciones a los más necesitados (ancianos, jóvenes sin empleo, marginados sociales de todo tipo), las degradaciones de los sistemas educativos, sanitarios y, en general, los servicios públicos son armas de destrucción masiva, desintegración social y caldo de cultivo de estallidos sociales. Fuentes de tensiones y conflictos que requerirán más y mejores desempeños de los agentes mediadores cuando nuevamente se pongan recursos materiales y humanos para que estos servicios mejoren su funcionamiento. Salvo que, en lugar de optar por la

recuperación de estos servicios, se opten por aumentar la represión y las cárceles.

También es posible que el poder político introduzca mediadores institucionales que vigilen lo que otros ciudadanos organizan y planean, para establecer una dominación más invisible al tiempo que eficaz; para consolidar una autoridad que alimente su control con la información obtenida de estos nuevos mediadores institucionales, que, lejos de garantizar un equilibrio de poderes y rendición de cuentas mutuas, sean pagados para conocer y dar a conocer todos los movimientos de la base de la pirámide poblacional. Y cabe la posibilidad de que esa información de las bases se consiga mediante el fomento de la transparencia (véase la ley que tramita al respecto el Gobierno español en 2012), la participación en «medios sociales» Twitter, FaceBook, etc.), la «democracia deliberativa» y otros fines utilizados como anzuelos retóricos.

El fomento de la participación de la ciudadanía digital para enfrentar la exclusión social

En materia de transparencia, acceso a la información y participación ciudadana, es costumbre predicar y no dar trigo. Con Internet se han disparado las expectativas de renovación de la democracia, desmoronamiento de las jerarquías, etc. Como en otras ocasiones históricas (desarrollo de la imprenta, revolución industrial, extensión del ferrocarril y el telégrafo) las innovaciones tecnológicas despiertan ilusiones a la par que alimentan miedos.

Ocurrió antes en las manifestaciones de otras tecnoutopías y ocurre en las narraciones públicas de la actual que medio se

olvida la existencia de unas estructuras socioeconómicas fuertes en el contexto en que aparece la nueva tecnología con todas sus posibilidades. No se toma suficientemente en cuenta la distinción entre usos posibles desde el punto de vista tecnológico y usos que los poderosos del planeta van a permitir cuando se pretenda utilizar los dispositivos tecnológicos para acabar con las desigualdades, injusticias, jerarquías de poder, etc.

Ciertamente, Internet obliga a los actores sociales a cambiar estrategias políticas, publicitarias, organizativas, etc., y abre insospechadas posibilidades de interacción, además de acceso a informaciones, productos culturales, etc. Da lugar a un cierto reacomodo de las relaciones sociales y de poder. Pero de ahí a que se diluyan las estructuras del sistema capitalista de producción y consumo de bienes, se acabe con la opacidad informativa o, simplemente, se escuche más a todos los ciudadanos, va un largo trecho. En lo que ahora nos ocupa, no será fácil que exista una «democracia digital» si por tal se entiende un sistema político donde cada ciudadano participa en la toma de decisiones y su argumentación.

La participación ciudadana suele concebirse como actividad en un lugar delimitado, en una localidad, en lugares donde la gente se ve, se oye y se dice las cosas sabiendo quién es quién; donde hay referentes históricos de posiciones reconocidas; e igualmente reconocidos agentes mediadores de los conflictos de intereses.

En caso de haber luchas de intereses o divergencia en las percepciones y en las propuestas, los responsables de la participación adoptarán posiciones de mediador a fin de que tanto las diferencias como las divergencias no lleven a la ruptura entre los agentes participantes. Expresado

positivamente, esa actitud del asesor, mediador o simplemente responsable de la participación ayudará a que los conflictos, divergencias o posiciones distantes o contradictorias lleguen a espacios de encuentro, a acuerdos y consensos o, en el menor de los casos, lleguen a tolerar diferencias y a adoptar, respetar y asumir diferencias parciales en aras de un consenso mayoritario o total (Hernández Aristu, 2010).

Ahora bien, esa visión de la mediación y otras semejantes pueden ser útiles cuando se trata de mediar en conflictos de intereses (laborales, comerciales, etc.); pero, sin olvidar esta clase de problemas y sus canalizaciones, conviene poner el foco en el hecho de que se ha ido tan lejos en la precarización de los empleos, que —en palabras de Wieviorka (2005)— «para muchas personas, el problema ya no es estar abajo, dominadas, explotadas en una relación, atrapadas en un conflicto con otro actor; el problema es que se las coloca fuera de la sociedad, dejan de estar sometidas para ser rechazadas. Mientras hay personas que siguen perteneciendo al sistema, otras se han quedado fuera de él».

Paradójicamente, se van quedando fuera del sistema incluso los ciudadanos jóvenes más formados e informados de los países desarrollados. Se ven en una situación tan precaria que usan los flujos de información para debilitar instituciones e intermediarios en los que no creen, para destruir en algunos sitios regímenes autoritarios, pero sin capacidad para construir la democracia donde no la había o incluso para preservar los derechos adquiridos en los países europeos.

Ante las incertidumbres del mundo contemporáneo y los riesgos de exclusión social que amenazan la posición (económica, social, política) de muchas personas y localidades, nos planteamos si las tecnologías de la información y la

comunicación, de uso cada vez más extendido, pueden ser cauce de participación, al menos para ciertos sectores de población, que tienen la expectativa de usar las TIC para desencadenar procesos de cambio hacia una sociedad más inclusiva y más justa.

Tal vez esa expectativa procede de la constatación de que Internet está contribuyendo a generar una clase de vínculos sociales que son nuevos respecto a formas de identificación anteriores (por la familia, el territorio, la profesión, la religión, etc.). Esos nuevos vínculos están basados, a veces, sólo en gustos o aficiones electivas, pero otras veces, en necesidades o emociones compartidas (indignación, rabia, etc.) ante la falta de horizontes profesionales y de inserción social.

Habiéndose comprobado la utilidad de tales tecnologías para entablar contacto y manifestar la indignación tanto en el espacio de los flujos como en el espacio de los lugares, convendría saber si el camino hacia otro mundo más justo requiere —además de aprovechamiento de los recursos tecnológicos— mediadores sociales que representen las inquietudes, y articulen las demandas de quienes se sienten tan ajenos a esos mediadores por antonomasia que son los políticos, en buena parte desacreditados. En tal caso, parece razonable preguntarse qué clase de mediadores tendrían que intervenir con usuarios de tecnologías que se caracterizan precisamente por permitir la participación más inmediata y directa, cómo se legitimarían esos mediadores y, sobre todo, cómo podrían aunar voluntades para convertir en identidades proyectos las identidades de resistencia.

Cabe insertar esas preguntas en otras más abarcadoras: si no se restablece la confianza en las instituciones representativas (no sólo en los partidos políticos), ¿cómo se mantendrán los vínculos sociales?, ¿y cómo se llevarán a cabo la participación y

la toma de decisiones en organizaciones y movimientos sociales que fomenten las transformaciones necesarias para lograr una sociedad más integradora de todo ser humano, sea o no sea usuario de las TIC?

Referencias bibliográficas

Bauman, Z. (2004), *Modernidad Líquida*, FEC, Buenos Aires.

Bernete, F. (2010), «Usos de las TIC, relaciones sociales y cambios en la socialización de los jóvenes», *Revista de estudios de juventud*, n.º 88, Instituto de la Juventud, Madrid.

Boyd, D. (2006a), «G/localization: when global information and local interaction collide», en *O'Reilly Emerging Technology Conference*, San Diego, CA, 6 de marzo. Disponible en <http://www.danah.org/papers/Etech2006.html>.

— (2006b), «Identity production in a networked culture: why Routh heart Myspace», *American Association for the Advancement of Science*, St. Louis, MO, 19 de febrero. Disponible en <http://www.danah.org/papers/AAAS2006.html>.

Castells, M. (1998), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. 2: *El poder de la identidad*, Alianza, Madrid.

— (2008), «Comunicación, poder y contrapoder en la sociedad red. Los medios y la política», *Telos, Cuadernos de Comunicación e Innovación*, n.º 74, enero-marzo, pp. 13-24.

— (2010), «La democràcia en l'era d'Internet», *VIA*, n.º 12, *Revista del Centre d'Estudis Jordi Pujol*, abril, pp. 7-13.

Cremades, J. (2007), *Micropoder. La fuerza del ciudadano en la era digital*, Espasa, Madrid.

Criado, J. I. (2011), «Redes sociales digitales y administraciones públicas. ¿Hacia una nueva manera de relación con la ciudadanía?», en Telos, Cuadernos de Comunicación e Innovación, n.º 89, octubre-diciembre.

Dans, E. (2011), «Vuelve #nolesvotes: es el momento de los ciudadanos», post del 30/07/2011, en <http://www.enriquedans.com/2011/07/vuelve-nolesvotes-es-el-momento-de-los-ciudadanos.html>

Díez, Á. (2003), «Ciudadanía cibernética. La nueva utopía tecnológica de la democracia», en J. Benedicto y M. L. Morán, eds., *Aprendiendo a ser ciudadanos. Experiencias sociales y construcción de la ciudadanía entre los jóvenes*, Instituto de la Juventud, Madrid, pp. 193-217.

García Canclini, N. (1999), *La globalización imaginada*, Paidós, Barcelona/Buenos Aires/México.

Gómez, L. (2011), «Seis meses para cambiar el mundo», *El País*, 3 de agosto.

Hernández Aristu, J. (2010), «Participación ciudadana y mediación social. Una reflexión desde la práctica del asesoramiento social», *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, n.º 7, segundo semestre, pp. 113-142. ISSN electrónico: 1989-0494. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: <http://www.ucm.es/info/mediars>.

Marí, V., y F. Sierra (2008), «Capital informacional y apropiación social de las nuevas tecnologías. Las redes críticas de empoderamiento local en la Sociedad Europea de la Información», en Telos, Cuadernos de Comunicación e Innovación, n.º 74, enero-marzo, pp. 126-133.

Martín Serrano, M. (2007), «Prólogo para “La mediación social” en la era de la globalización», *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, n.º 1,

segundo semestre, pp. 1-24. ISSN electrónico: 1989- 0494. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: <http://www.ucm.es/info/mediars>.

— (1977, 2008), *La mediación social*, Akal, Madrid.

Martínez Nicolas, M. (2011), «De la brecha digital a la brecha cívica. Acceso a las tecnologías de la comunicación y participación ciudadana en la vida pública», en Telos, Cuadernos de Comunicación e Innovación, n.º 86, enero-marzo, pp. 24-36.

Pérez Luño, A. E. (2004), *¿Ciberciudadaní@ o ciudadaní@.com?*, Gedisa, Barcelona.

Subirats, J. (2002), «Los dilemas de una relación inevitable. Innovación democrática y tecnologías de la información y de la comunicación», en H. Cairo, ed., *Democracia digital. Límites y oportunidades*, Trotta, Madrid, pp. 89-113.

Toharia, J. J. (2011), «Notable a los que hacen el bien», *El País*, 7 de agosto.

Vallespín, F. (2009), «Nuevos espacios, nuevas relaciones. La nueva comunidad virtual», en Telos, Cuadernos de Comunicación e Innovación, n.º 81, octubre-diciembre, pp. 89-91.

Wieviorka, M. (2005), «Identidad y movimientos sociales», *Cuadernos del Mediterráneo*, ISSN 1577-9297, n.º 5, pp. 85-90.

18. Sobre las implicaciones entre información, acción y organización, véase Martín Serrano, Manuel (2007): «Prólogo para “La mediación social” en la era de la globalización», cuya referencia completa se encuentra al final de este trabajo.

19. Salvador Aguilar: «Revueltas en un mundo sin normas», *El País*, 12/09/ 2011

20. En agosto de 2011, con la finalización de las revueltas británicas, el primer ministro advirtió de la posibilidad de ir

por esa vía: más controles policiales, mayores penas e, incluso, control de las redes sociales de comunicaciones como forma de prevenir nuevas revueltas, con actos de vandalismo. He aquí un político desbordado por los acontecimientos en su país, concibiendo la explosión social como un problema de inseguridad y delincuencia y la interrupción de las comunicaciones bidireccionales como una forma de remediarlo. Si llegara a hacerlo, las diferencias entre la democracia del Reino Unido y las autocracias de países como China o Irán habrían desaparecido a este respecto.

21. Baste recordar, como caso extremo, los atentados terroristas llevados a cabo por ciudadanos británicos en Londres (julio de 2005).

22. En San Francisco, las autoridades optaron por anular el servicio de teléfonos móviles y de Internet en el sistema de metro para que no circulara la información sobre la convocatoria de una protesta ciudadana contra una acción policial.

Juventud, tecnologías de la información y cambio social. Perspectivas y escenarios para la socialización y la participación

José Antonio Alcoceba Hernando

Tradicionalmente la adolescencia y la juventud han sido consideradas como periodos destinados a la formación de las personas, donde se producen transformaciones biológicas, psicológicas y sociales que contribuyen a conformar la definición personal y social de los grupos humanos en su transición hacia la edad adulta. Coincide este periodo juvenil con fases de desarrollo y crecimiento personal para la construcción de identidades en las que intervienen diferentes instancias socializadoras.

Como apuntan Martín Serrano y Velarde Hermida (2001), la representación social de la condición de joven implica establecer una congruencia o consonancia cognoscitiva por parte de los individuos en torno a determinados componentes o ejes existenciales: la percepción de su situación en el mundo, las aspiraciones y objetivos, las oportunidades que se les ofrecen, las que se les deniegan, etc.

Las transformaciones sociales producidas especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX han acarreado una serie de cambios sociales y culturales que han afectado a las instituciones tradicionalmente encargadas de la socialización de los jóvenes en la conformación de los modelos que sirven de

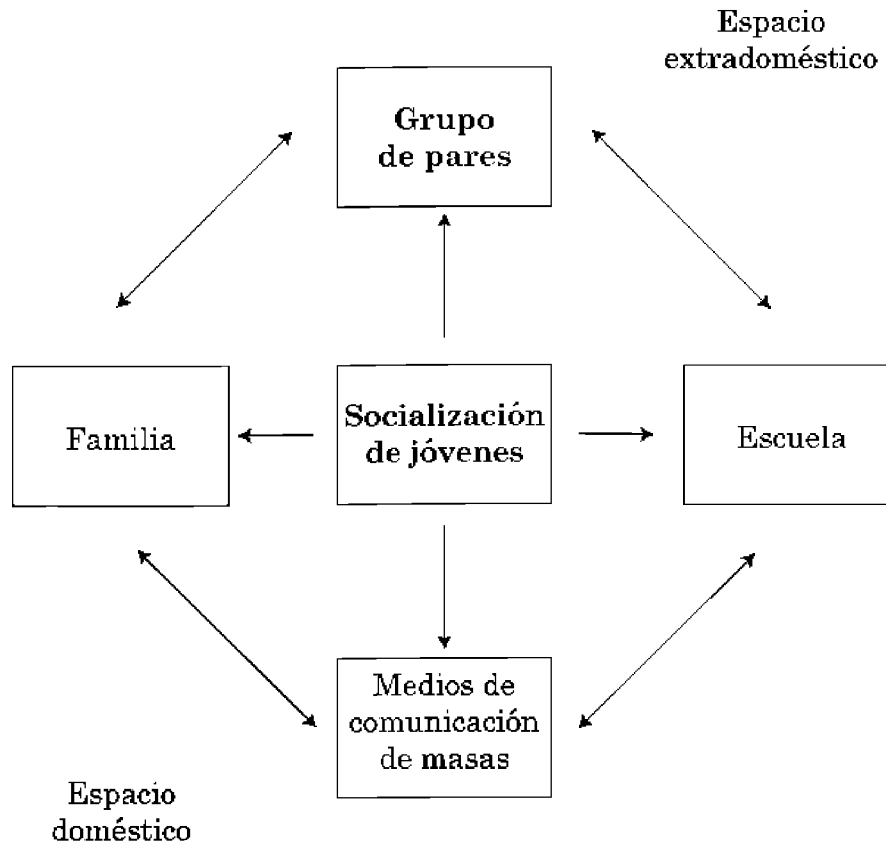
referencia a los grupos juveniles, en torno a los que conforman sus visiones de la realidad.

En la introducción del Informe de Juventud en España 2000, se apuntaba una definición concisa pero aclaratoria de estas instancias socializadoras: «se trata de las personas, instituciones, organizaciones que proporcionan apoyos, recursos, capacitaciones, destinados a facilitar a las personas jóvenes los tránsitos por las sucesivas etapas que se suceden desde la infancia a la adultez» (Martín Serrano y Velarde Hermida, 2001: 16).

Habitualmente estas tareas formativas en las edades juveniles se otorgaban en exclusividad a la familia y a la escuela. Es decir, los niños, y posteriormente los jóvenes, se han venido «educando» en torno al núcleo familiar y al sistema educativo. Las nuevas realidades sociales están obligando a nuevas configuraciones familiares y a entender el sistema educativo como un factor importante, pero que comparte esta función con otros ámbitos de socialización.

Entre dichas instancias destacaremos en este artículo aquellas que consideramos más determinantes en los procesos actuales de socialización juvenil:²³

Entorno social



- Las familias de origen.
- Las instituciones educativas, los sistemas de formación e información.
- Los «iguales» (compañeros, amigos, pares).
- Los medios masivos de comunicación consumo de masas.

La identificación y el análisis de los modelos de socialización juvenil, han sido ampliamente abordados en nuestro país desde las ciencias sociales y especialmente desde la sociología de la juventud,²⁴ se concretan en las interrelaciones sobre estas cuatro instancias: el sistema educativo, la familia, los MCM y el grupo de pares (amigos, compañeros, novios, etc.); y tienen perfectamente delimitados

sus ámbitos de acción en torno al espacio privado doméstico (familia y MCM, concretamente la TV como principal exponente) y el espacio público extradoméstico: la escuela y el grupo de pares.

Este modelo permaneció estable y vigente en los últimos 25 años del pasado siglo, pero en la última década de ese periodo se produjeron importantes transformaciones de carácter estructural, en buena parte asociadas a la revolución tecnológica que supuso la irrupción de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) como elementos transformadores de las estructuras sociales, cuya incidencia sobre las instancias de socialización juvenil se hizo manifiestamente visible. Estos cambios han generado, la sensación de volatilidad del presente ante el avance continuo en los hallazgos y herramientas tecnológicos, en sus aplicaciones para la práctica totalidad de las facetas de la vida y, muy especialmente, la capacidad atribuida a esas herramientas y aplicaciones para modificar de forma radical las estructuras conocidas en la vida cotidiana, individual y colectivamente, y todo ello a gran velocidad (Méndez Gago y Rodríguez San Julián, 2011: 12).

La incorporación de las TIC a la vida cotidiana requiere la transformación de las prácticas sociales de los agentes y de la generación de nuevas representaciones colectivas tanto reales como simbólicas, con nuevos significados sociales contruidos a partir de la interacción con los otros, de modo que el dispositivo tecnológico pasa a ser, además de medio de comunicación, una herramienta de trabajo, un instrumento de control o independencia —según convenga—, un elemento de seguridad o un símbolo de estatus... El uso y la apropiación de la tecnología no están determinados completamente por su funcionalidad técnica o las representaciones sociales que la

rodean, sino que se estructuran también por el contexto social de los usuarios/consumidores (Yarto Wong, 2010: 189,193).

La percepción de un entorno social cada vez más cambiante se manifiesta en la totalidad de ámbitos y estructuras que conforman la sociedad, y se concreta en el conjunto de actores y grupos sociales que la componen. El discurso hegemónico en cuanto a las expectativas y el protagonismo ante los cambios sociales asociados a las TIC recae especialmente en las generaciones juveniles; aunque, como señalan Berríos y Buxarraís (2005), «La tendencia a usar las TIC se da en todas las edades. Sin embargo, en la adolescencia es donde se aprecia un mayor incremento, debido a que las han incorporado de manera habitual en su vida, utilizándolas como herramientas de interacción, información, comunicación y conocimiento».

Este papel protagonista de la juventud entronca con el discurso social que sitúa a las sucesivas generaciones juveniles como agentes de cambio para la reproducción social, incorporando las innovaciones a las prácticas y a la estructura social: «Los jóvenes son protagonistas tanto de la reproducción como de la transformación social y se convierten en un sujeto histórico con entidad propia, una especie de “minoría activa” que va ejerciendo su influencia en los diferentes ámbitos sociales» (Revilla, 2001: 109). En el modelo de incorporación al cambio tecnológico, la sociedad adulta se considera incompetente para liderar dichas transformaciones sociales, y deposita en las generaciones juveniles las competencias y habilidades para acomodarse a ese mundo nuevo y en permanente transformación que se imagina en un futuro muy diferente a lo conocido, con la característica, en la mayoría de los casos, de que esa atribución de protagonismo se alinea con una cierta claudicación de la capacidad propia de la sociedad

adulta para encarar los retos del presente y el mañana» (Méndez Gago y Rodríguez San Julián, 2011: 12).

Estos mismos autores apuntan que sólo esta generación interactiva, será capaz de prever, orientar y controlar los grandes retos productivos y laborales del futuro, desde la globalidad. Otorgan a la juventud una gran capacidad de iniciativa y manejo «natural» de las herramientas y dispositivos tecnológicos, así como de las redes digitales y sociales de información y comunicación.

Esta formulación discursiva presenta la relación juventud-TIC, como señalan García Arnau et al. (2006), como una fantasía de inmediatez en la obtención de información; en la gestión de las relaciones y de la adscripción a grupos, así como en el control sobre la optimización del tiempo de ocio, de trabajo, etc. Ahora bien, frente a este discurso de la naturalización de la relación entre juventud y TIC, estos autores contraponen una visión crítica de dicha relación jóvenes-TIC, donde la propia juventud afirma restringir el uso de la tecnología a aprovechar la posibilidad de relacionarse de otra manera con sus amigos y conocidos, o de obtener alternativas de ocio de forma fácil y económica. En esta misma dirección, aparece el discurso que refuerza algunas asimetrías y desajustes en esa relación. Si la tecnología participa activamente en todos los ámbitos de la actividad sociocultural y económica, la participación de los jóvenes en estos ámbitos, por el contrario, es contemplada como deficitaria. Estamos, por lo tanto, ante una situación que al tiempo que priva a los jóvenes de las condiciones necesarias para su desarrollo y emancipación (derecho al trabajo, la vivienda...), les posiciona como uno de los principales impulsores (drivers) del desarrollo y profusión de la sociedad de la información y sus tecnologías» (Gordo, 2006: 7).

Otras visiones críticas con la naturalización entre juventud y tecnología apuntan hacia la desvinculación del contexto social y hacia una actitud pasiva de los grupos humanos. La idea del impacto de los medios de comunicación y de las nuevas tecnologías de la información es básica en el imaginario social contemporáneo, «las personas son esencialmente seres desvinculados de su entorno, individuos propiamente dichos, cuya relación con el contexto, sea éste la naturaleza, la tecnología u otros seres humanos, se piensa como una relación entre objetos esencialmente distintos y separados» (Gil-Juárez, Feliu, y Vitores, 2010).

En la construcción discursiva sobre las relaciones entre jóvenes y TIC se distinguen como ejes fundamentales dos visiones contrapuestas de la realidad, que remiten a formas distintas en que la juventud integra las innovaciones a sus procesos productivos y reproductivos. Se trata de una adaptación de la terminología del texto de Umberto Eco *Apocalípticos e integrados*,²⁵ a los usos, los roles y las dimensiones ideológicas y simbólicas que adoptan las personas jóvenes en su relación con las innovaciones tecnológicas; coincide esta categorización con los tipos ideales de usuarios que señalan García Arnau et al. (2006): de banda estrecha (o apocalípticos) y de banda ancha (o integrados).

1. Los primeros (apocalípticos) remiten a la visión más pesimista y conservadora de los alcances de la tecnología en su relación con las generaciones juveniles. Cuestionan las bondades de las nuevas tecnologías y defienden un modelo social basado en procesos de relación y comunicación menos mediados tecnológicamente. Aunque, como señalan dichos autores, son conscientes de vivir inmersos en un momento cultural y social que prioriza las «utilidades» de las TIC, se

revuelven contra un contexto competitivo en el que prevalecen unos valores económicos (neoliberales) en auge.

2. Los segundos (integrados) hacen una interpretación más abierta y optimista del uso de las TIC. Para ellos, el conocimiento y las habilidades en el acceso y manejo de las TIC aparecen como necesidades sociales con las que enfrentar los nuevos retos culturales, laborales, formativos, lúdicos, etc., «asumen la necesidad de integrar el uso y la lógica de la tecnología en el trabajo, en el ocio y en las relaciones sociales, para no perder oportunidades ni quedarse fuera de una sociedad. Viven de cara a lo tecnológico» (García Arnau et al., 2006).

La irrupción de la tecnología en las instancias actuales de socialización juvenil está marcada por un proceso de domesticación, que trata de explicar los procesos de incorporación de la tecnología, creada y utilizada originalmente en entornos productivos, a otros ámbitos de producción y reproducción social. El proceso involucra, según Yarto Wong (2010: 176, 177), una serie de fases, que en el caso que nos ocupa, bien pueden servir para explicar dicha incorporación tecnológica a las diferentes actividades juveniles: 1. Apropiación: otorga nuevos significados a la tecnología a partir de su uso (por ejemplo, la apropiación de la telefonía móvil por la juventud le ha conferido nuevos significados relacionales, mensajes de texto, llamadas perdidas, escuchar música, etc.). 2. Objetización: en torno a valores cognitivos y estéticos, donde la tecnología adquiere un lugar y un significado específico en la vida de las personas (por ejemplo, y siguiendo con el desarrollo de la telefonía móvil, la población juvenil ha ido desarrollando toda una serie de patrones estéticos asociados al uso del móvil: manos libres, colores, tonos y politonos, etc.). 3. Incorporación:

de las tecnologías en las actividades cotidianas de los sujetos de acuerdo con sus necesidades, conocimientos y preferencias (las personas jóvenes, especialmente, utilizan las TIC para satisfacer sus necesidades actuales en cuestiones como las formas de obtención y procesamiento de información, el ocio, las relaciones sociales, etc. 4. Conversión: la tecnología se integra en la imagen del usuario y se despliega públicamente como una forma de reafirmar cierta posición a través de su propiedad y competencia de uso (la mayor alfabetización tecnológica de la juventud confiere a este colectivo una posición privilegiada socialmente, frente a otros menos capacitados digitalmente).

Este proceso de domesticación supone, en algunos casos, la adaptación a nuevas necesidades generadas por la propia tecnología; en otros, conllevará la transformación de las condiciones y las formas de socialización existentes en nuevos escenarios más flexibles y dinámicos:

1. La familia. En el ámbito familiar, la tecnología ha venido a cuestionar los modelos tradicionales de relación. La transformación y redefinición de aspectos como el espacio y el tiempo en el hogar destinados al ocio y a las relaciones de los miembros están siendo integradas en nuevas formas de relación y apropiación de los objetos, de los espacios, etc.

2. El sistema educativo. Como señala Bernete (2010: 106), «La primera institución de socialización secundaria (donde comienza la educación formal) también está experimentando cambios importantes como consecuencia de la aparición y uso de las TIC dentro y fuera de los centros». El sistema educativo deberá transformar sus estructuras para adecuarlas a las nuevas necesidades formativas. Los adolescentes y jóvenes, que han incorporado mayoritariamente las TIC a su vida cotidiana,

demandan la adaptación de los modelos de enseñanza tradicionales a los nuevos contextos actuales; donde el acceso, el uso y la transmisión de conocimiento, ya no se limita únicamente al espacio cerrado del aula, al libro como soporte y a la clase magistral como método de enseñanza, sino que dicho conocimiento se encuentra además en entornos y redes virtuales, en soportes tecnológicos y digitales; y el rol del profesor debe tender al de ser un gestor de información.

3. El grupo de pares. La transformación en las formas de relación entre iguales a partir de la irrupción de las TIC, ha supuesto una de las transformaciones más relevantes en el ámbito de la socialización juvenil. Las relaciones mediadas tecnológicamente en entornos virtuales están reconfigurando nuevas formas de interacción que vienen a sustituir los tradicionales modelos de relación presencial en los que se basaba la conformación de la pandilla y el grupo de amigos. Espacios para la relación como el Messenger, los chat y, más recientemente, las redes sociales, suponen una superación de la presencialidad a la hora de entender las relaciones entre jóvenes.

4. Los medios de comunicación. La revolución tecnológica asociada a la comunicación está suponiendo la sustitución de los modelos unidireccionales de comunicación (cuyo principal paradigma han sido los medios de comunicación de masas [MCM], y su máximo exponente la Televisión), por nuevas posibilidades multimediáticas y multidireccionales. Los MCM han servido como catalizadores de las representaciones juveniles incluidas en sus producciones comunicativas referenciales y simbólicas. Los nuevos productos y servicios (Internet, redes sociales, telefonía móvil...) ofrecen nuevas dimensiones comunicativas impensables hasta ahora, en las que la juventud juega un papel especialmente protagonista.

5. Participación juvenil. Tradicionalmente, el proceso de socialización juvenil se completa con las actividades orientadas a la participación social de los y las jóvenes, que ofrece una dimensión del papel público que desempeñan en la sociedad. La incorporación de las TIC supone la superación de la formalidad de las instituciones tradicionales encargadas de canalizar las actividades de participación juvenil (asociaciones, partidos políticos, organizaciones no gubernamentales, etc.); estas instancias de participación están siendo sustituidas por nuevos modelos de intervención social que requieren fórmulas más activas y flexibles, donde las formas de movilización y presencialidad (virtual) se han trasladado a la red en un mundo cada vez más interconectado y globalizado.

TIC y transformaciones en el ámbito familiar

Como señalan Becerril y Robles (2005; 1): «En la familia, las tecnologías de la información y de la comunicación (TIC) han irrumpido con fuerza y siguen avanzando en su penetración en los hogares». Esta transformación tecnológica del ámbito doméstico tiene una repercusión directa sobre las relaciones, las funciones y los roles de los distintos miembros que conforman las unidades familiares.

Las funciones socializadoras conferidas al entorno familiar en el espacio doméstico han estado claramente definidas por los modelos tradicionales de la familia nuclear, donde padres e hijos comparten y satisfacen sus necesidades en cuanto a la transmisión y el refuerzo de valores y modelos para la reproducción social.

En ese modelo, la delimitación de espacios y tiempos para la relación estaba claramente pautada y delimitada por los momentos en los que los diferentes miembros coincidían en el entorno doméstico, generalmente tras concluir la jornada productiva fuera del hogar. La incorporación de las TIC a las dinámicas familiares viene a satisfacer nuevas necesidades dentro de las familias que tienen que ver con la adquisición de información, con la relación, con el ocio o con el trabajo: «Desde esta perspectiva, el hogar se configura como un espacio donde las y los adolescentes acceden a las TIC y también adquieren, por interacción con sus progenitores y hermanos(as), pautas y criterios sobre su uso» (Berríos y Buxarraís, 2005).

Las relaciones familiares pautadas a través de las TIC vienen a redefinir la espacialidad y la temporalidad de las mismas en los tiempos actuales, «dadas las condiciones sociales, urbanas y económico-laborales, las relaciones mediadas permiten mantener un contacto [...] con unos miembros que cada vez comparten menos mesa y tiempo en común y cuya relación es poco en familia» (Becerril y Robles 2005: 14). No obstante, y a pesar de que tradicionalmente las innovaciones tecnológicas se acompañan de discursos apocalípticos sobre el aislamiento, el individualismo y la destrucción moral de los valores familiares, algunos autores apuntan hacia una visión más optimista: «El aumento progresivo de un uso personalizado, y desde casa, es un proceso que hace compatible la personalización del uso de las TIC y el retorno de la familia “integrada” como base de los valores de corte liberal» (García Arnau et al., 2006).

Esta mediación tecnológica también está facilitando la transformación de la dimensión temporal en las relaciones familiares, las TIC: «Es tradicional que las conversaciones familiares se mantuvieran en un tiempo concreto, fuera del

horario laboral y generalmente cuando la familia se reunía a comer o en la sobremesa. Hoy, si bien estas pautas pueden continuar, los ritmos contemporáneos imposibilitan muchas veces un encuentro de la familia en tiempos y espacios determinados» (Becerril y Robles 2005: 2). Aunque esos cambios no tienen por qué transformar sustancialmente los flujos y calidad de las relaciones, «La tecnología ayuda a mantener las relaciones en unas sociedades contemporáneas donde las distancias y los usos horarios no permiten, en muchas ocasiones, la coexistencia física-espacial, posibilitando la comunicación por encima de las disponibilidades» (Lorente et al., 2004: 267)

El avance de la tecnología móvil posibilita nuevas formas de relación entre progenitores e hijos que permiten una comunicación permanente, al mismo tiempo que facilita nuevas formas de control; sin embargo, y como señala Bernete (2010: 106), también posibilita a los jóvenes comunicarse con personas de las que no quieren dar noticia a sus padres y pueden hacerlo con más libertad por las posibilidades de portabilidad. De hecho, en la investigación llevada a cabo por Lorente et al. (2004), Jóvenes, relaciones familiares y tecnologías de la información y de la comunicación, las opiniones de los jóvenes no apuntan hacia la percepción de que las TIC supongan una forma de control de padres a hijos (1 %).

La participación de las tecnologías en el ámbito familiar ha supuesto la redefinición del eje público/privado en cuanto a las relaciones familiares; las TIC «facilitan una comunicación rápida y directa que solventa las necesidades de los individuos. En este sentido las relaciones familiares mediadas se han desanclado, como diría Giddens (1993), se han desvinculado de un determinado marco de interacción espacio-temporal para

efectuarse en estructuras indefinidas» (Becerril y Robles, 2005: 2).

Entre los discursos sobre los efectos de las tecnologías de la información y la comunicación sobre las relaciones familiares, también han aparecido dos visiones contrapuestas, una más minoritaria y que surgió con más fuerza en los inicios de la incorporación de las TIC que sitúa a la tecnología como un elemento desintegrador de las relaciones familiares; y otra, que se ha terminado imponiendo, en la que la tecnología juega un papel vertebrador y cohesionador tanto de la familia nuclear como de la extensa, superando las barreras espacio-temporales que imponen los ritmos productivos y reproductivos actuales.

El sistema educativo y las TIC

El peso de la educación académica reglada tiene una gran incidencia sobre los procesos de socialización juvenil: proporciona una formación para la conformación de la identidad individual y social; ofrece capacitación profesional acorde a las demandas laborales que impone el cambiante mercado de trabajo; determina la disposición del tiempo libre a partir de los ritmos vitales entre ocupación y ocio; condiciona las prácticas culturales; y ofrece un marco donde se transmiten y ejercitan los valores que hacen posible la vida en sociedad.

La transformación de los procesos de formación en la actualidad, a partir de la paulatina incorporación de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), está generando nuevos escenarios educativos que implican y requieren una rápida adaptación de los modelos de enseñanza tradicionales: «La educación debe ajustarse y dar respuestas a

las necesidades de cambio de la sociedad. La formación en los contextos formales no puede desligarse del uso de las TIC, que cada vez son más asequibles y de uso más fácil para las y los adolescentes» (Berríos y Buxarraís, 2005).

El impacto cognitivo de las TIC en los procesos de aprendizaje es difícil de medir a corto plazo, ya que, como apunta Caldeiro (2009), se trata de cambios cualitativos que implican transformaciones de carácter formal (planificación docente del uso de las TIC), interactivo (en cuanto a las relaciones profesor-alumno), dinámico y flexible (en cuanto a la observación y el análisis de conceptos y procesos), multimedia (recursos que permiten la integración mediática), hipermedia (ruptura de la secuencialidad) y conectividad. En este mismo sentido, Bernete apunta que las TIC «No sólo proporcionan lenguajes, visiones del mundo, valores y pautas de comportamiento muchas veces distintas de las que se enseñan en los centros, sino que también presionan para transformar los modos de enseñar y aprender utilizando ciertas tecnologías, guste o no a los docentes y a la totalidad de los discentes» (Bernete, 2010: 106).

Considerando esta perspectiva cognitiva integrada, podemos inferir, coincidiendo con Caldeiro (2009), que las TIC en la escuela, promueven la autonomía en la gestión del conocimiento; facilitan la construcción cooperativa; propician la reflexión metacognitiva sobre los procesos de aprendizaje; facilitan la interdisciplinariedad; e incorporan los conocimientos del alumnado y de Internet como fuente de saber. Ahora bien, estos principios requieren nuevos enfoques pedagógicos y nuevas estrategias de aprendizaje para realizar una adecuada incorporación de las TIC al sistema educativo: transformación del papel del profesor y de la relación profesor-alumno, creación de espacios y comunidades virtuales de

aprendizaje, mayor horizontalidad en la transmisión de información y conocimiento, etc.

Este nuevo escenario «exige cambios profundos en el sistema de enseñanza, tanto por parte del profesorado como del alumnado, entre otras cosas porque el cambio tecnológico se produce a la vez que ciertas transformaciones pedagógicas. Se pretende que el proceso esté centrado en el aprendizaje del estudiante y que sea éste el principal agente de su educación. En esta perspectiva, el cambio en las relaciones entre unos y otros parece garantizado porque el profesor no sólo estará disponible en el aula para el asesoramiento del alumno y porque tendrá que seguir los pasos de su aprendizaje para ayudarle durante el curso, no sólo para evaluarle al final» (Bernete, 2010: 107).

El profesor, según Salinas (2004), «deja de ser fuente de todo conocimiento y pasa a actuar como guía de los alumnos, facilitándoles el uso de los recursos y las herramientas que necesitan para explorar y elaborar nuevos conocimientos y destrezas; pasa a actuar como gestor de la pléyade de recursos de aprendizaje y a acentuar su papel de orientador y mediador».

La dificultad estriba en la rápida adaptación entre los avances tecnológicos y la capacitación de los profesionales y de los centros de enseñanza: «el profesor acusará implicaciones en su preparación profesional, pues se le va a requerir, en su proceso de formación —inicial o de reciclaje—, ser usuario aventajado de recursos de información» (Salinas, 2004). Los centros educativos cuando no carecen de recursos materiales para la adquisición de tecnología, no cuentan con profesionales capacitados para adaptar sus competencias a las rápidas transformaciones y necesidades que van apareciendo en la sociedad.

Estas voces críticas desde el sistema educativo vienen a cuestionar también la visión de la juventud tecnologizada como un escenario generalizable en el que la educación debe dar respuesta inmediata a la inclusión de las TIC en los planes de estudios de colegios e institutos, no hay demasiados huecos para insertar contenidos, en ocasiones se intenta enseñar cosas de un nivel demasiado básico para la media, y en muchos casos (clases medias y altas) el equipamiento que tienen los alumnos en casa supera al que tienen en la escuela, motivo por el cual pierden interés (va muy lento, faltan programas...). O al contrario: jóvenes de clases bajas que no pueden aplicar en casa (por carecer de PC, o de conexión a Internet) los conocimientos impartidos en los centros educativos. (García Arnau et al., 2006).

Esta realidad viene a reflejar los diferentes desajustes que se manifiestan más que en otros ámbitos en el entorno educativo formal, donde las nuevas formas de alfabetización digital generan, como señalan García Arnau et al. (2006), confusión entre el profesorado acerca del uso social de las TIC en el aula, «descoloca entre los padres ante un mundo tecnológico que desconocen suficientemente; e incapacidad de las instituciones educativas para hacerse con las riendas del desarrollo y la educación en la sociedad de la información».

La tecnología en este ámbito abre un sinfín de posibilidades, al mismo tiempo que acarrea profundas transformaciones en los modelos de enseñanza-aprendizaje:

— El modelo educativo basado en soportes expresivos escritos (libros) y en el principio de autoridad del profesorado (como acumulador y difusor de conocimiento) se ha transformado radicalmente en otro en que la información fluye de forma accesible a través de múltiples cauces y soportes;

donde el alumnado no se limita a memorizar y acumular conocimiento, sino que debe seleccionar y ordenar la información de forma crítica; y donde el profesorado ya no aparece como un mero depositario del conocimiento, sino que se debe convertir en un gestor u orientador de los procesos de enseñanza a partir del uso de los recursos tecnológicos.

— El nuevo panorama educativo, como señala Pérez Sanz (2011: 73), requerirá un dominio de los procesos y estrategias de aprendizaje sobre el de los contenidos; un nuevo concepto de alfabetización, que se amplía a nuevos campos (comunicación mediada, multimedia en red, televisión a través de la red, TDT, redes sociales, etc.); y la necesidad de una actualización permanente de los conocimientos, habilidades, competencias y criterios (aprendizaje a lo largo de la vida).

Estas nuevas propuestas formativas deberán incorporar un cambio en la forma de organizar la enseñanza y el aprendizaje, que incidirá tanto en las instituciones educativas como en el profesorado y el alumnado; ahora bien, la simple incorporación de las nuevas tecnologías en las escuelas no garantiza la efectividad en los resultados alcanzados, en el sentido de que la selección de medios y recursos interactivos y su incorporación en un diseño global de entorno de teleformación deben estar sustentados sobre la base de una teoría del aprendizaje que los justifique y los delimite» (Marcelo, 2002: 35).

El grupo de pares y las TIC

En la adolescencia y la primera juventud aparecen las primeras interacciones sociales (más allá del ámbito familiar),

que van a trazar y conformar algunos de los rasgos identitarios de las personas a partir de dichas experiencias relacionales. Esta fase del proceso de socialización está fuertemente marcada por la interacción con el grupo de iguales (compañeros y amigos). La mediación de las TIC en ese proceso ha venido a transformar los comportamientos, las relaciones y, en definitiva, las identidades juveniles.

Tradicionalmente, esta etapa coincide con fases de reafirmación personal a partir de las interacciones presenciales: conformación y distribución de roles en los grupos juveniles o pandillas, relaciones en torno a la ocupación del tiempo de ocio en espacios públicos y privados, etc. Las tecnologías de la comunicación vienen a ofrecer nuevos espacios de relación, donde la presencialidad física ya no es imprescindible. Aparecen nuevos escenarios virtuales de encuentro que facilitan la superación de las barreras espacio-temporales: los jóvenes y adolescentes se unen a las redes porque allí es donde están sus amigos, además de en el instituto de secundaria y bachillerato, en la calle y otros lugares públicos. Los entornos que suelen llamarse virtuales, donde se produce (se reproduce, se prolonga) el encuentro con los amigos y colegas, están convirtiéndose en algo esencial para ser una persona integrada en aquellos círculos que cada uno tiene por grupos de referencia (a los que quiere pertenecer) (Bernete, 2010: 110).

La mayor parte de la población juvenil en las sociedades occidentales tiene acceso a Internet, dispone de teléfono móvil y participa de estas nuevas comunidades relacionales con sus pares (Twitter, Tuenti, FaceBook o MsN); y lo hacen porque satisfacen necesidades de tipo individual y grupal, especialmente relacionadas con actividades de ocio (comparten información de interés, intercambian música, juegan en red, etc.).

La preocupación por estos nuevos escenarios relacionales de socialización entre iguales, generados por la irrupción de las TIC, se refleja en los numerosos trabajos sociológicos y académicos sobre la construcción de la identidad de la juventud tecnologizada. La mayor parte de los mismos apuntan hacia visiones positivas, «cuyas ventajas se extienden en dirección a la socialización del conocimiento, debido a que en estos encuentros las y los adolescentes adquieren y perfeccionan su dominio de las TIC» (Berríos y Buxarraís, 2005). Sin embargo, también aparecen voces críticas con estos procesos de socialización juvenil mediados por la tecnología, que apuntan hacia la pérdida de habilidades sociales. Este fenómeno afecta profundamente a las relaciones entre los jóvenes. En primer lugar, el Messenger les proporciona el escondite perfecto para expresarse sin exponerse. Pueden decir lo que quieran sin temor a la reacción del otro. Están en el entorno seguro de su pantalla, sin que nadie les vea y sin tener que dar más explicaciones que las que quieran dar. Esto les provoca una pérdida de habilidad en el intercambio personal (la comunicación personal se aprende practicando) y puede desembocar en una especie de «analfabetismo relacional» que les hará el camino mucho más difícil cuando como adultos no tengan más remedio que interactuar con los demás (Cortés, 2010).

Estas visiones sociales apocalípticas en cuanto a las repercusiones de las TIC en la socialización juvenil coinciden con discursos de resistencia al cambio por parte de la población adulta: «desde el punto de vista de bastantes personas mayores, no son más que simulacros de encuentros, que quitan tiempo para las “relaciones auténticas”, de interacciones densas y prolongadas» (Bernete, 2010: 110).

Estos planteamientos críticos, también son cuestionados por investigaciones que conceden a las TIC un papel relativo como mediadores de la vida social: junto a sus amigos y amigas, las y los adolescentes comparten instantes de navegación y juegos. Sin embargo, esta tendencia es mayor en adolescentes que mantienen una estrecha relación social con sus pares dentro y fuera de la escuela. Este último aspecto demuestra que la incidencia de las TIC en sus relaciones es con frecuencia un reflejo de las actividades que realizan en su vida social (Berrios y Buxarrais, 2005).

Más allá de estas visiones antagónicas que remiten a posturas favorables y críticas acerca del cambio social asociado a las TIC, la realidad pone en evidencia una transformación general de las relaciones sociales entre iguales, donde los encuentros presenciales y los espacios públicos en que se desarrollan no se pueden entender sin las relaciones en entornos virtuales donde se satisfacen necesidades informativas, lúdicas, afectivas, etc.

Medios de comunicación y TIC

Los medios masivos de comunicación son parte activa del proceso de enculturización y ocupan un lugar de privilegio para influir en el comportamiento de las personas, en especial de los más jóvenes, que se encuentran en un momento vital de búsqueda y conformación de su personalidad e identidad colectiva. La influencia de la comunicación social obedece a la compleja articulación de los objetos comunicativos de consumo, en tanto que son portadores de mensajes referenciales y simbólicos que incluyen representaciones del entorno social.

En la segunda mitad del pasado siglo, la prensa, la radio y, especialmente, la televisión y los medios audiovisuales, con sus capacidades de referencialidad y simultaneidad, se convirtieron en canalizadores y difusores de la cultura de masas, ofreciendo modelos ideales a partir de representaciones sociales homogéneas. La especialidad en la producción y el tratamiento de la información, así como en las estrategias de control por el recurso a la comunicación, hicieron de estos medios los cauces preponderantes de los modelos generales de consumo cultural.

La literatura científica especializada en el análisis de las relaciones entre juventud y medios de comunicación recoge como una de sus tesis la predisposición casi natural de los jóvenes hacia determinados medios de comunicación audiovisuales (televisión, multimedia), ensalzando en algunos casos sus capacidades para alfabetizarse en los nuevos medios, para encauzar y expresar la espontaneidad, la imaginación y la rebeldía juvenil. Otros trabajos atribuyen a dichos medios una influencia singular para explotar la vulnerabilidad, dismantelar la individualidad y destruir la inocencia de los más jóvenes. Más allá del eterno debate entre apocalípticos e integrados, «la tecnología se presenta como un agente transformador de los jóvenes, de sus estructuras mentales y rasgos psicológicos, de sus estilos de conocimiento y aprendizaje» (Gordo, 2006: 14).

En este contexto mediático, el espectacular desarrollo de innovaciones tecnológicas a partir de la última década del siglo XX en el ámbito de la comunicación pública supuso una verdadera revolución social y cultural, que cuestionó la pervivencia del paradigma mediacional de los MCM, basado en la transmisión de contenidos homogéneos de forma unidireccional a públicos muy heterogéneos que consumían de forma pasiva dichos productos y servicios. Las nuevas capacidades de búsqueda y aprovisionamiento de información;

la multidireccionalidad de los flujos de información; el intercambio de posiciones entre emisores y receptores en los procesos comunicativos, etc., han supuesto la irrupción de un nuevo paradigma multimedia e interactivo en el que Internet se ha convertido en el modelo paradigmático de producción, distribución y consumo de información. Los usos y contenidos culturales «están» hoy en la red. Y sin ese vínculo no se concibe hoy no sólo la difusión sino también la propia creación cultural. Sin las tecnologías digitales no es que no se conciba hoy el cine o la televisión, sino que hasta las artes plásticas y literarias se han llegado a integrar totalmente en sus maquinarias de creación, producción y difusión (Espín, 2011: 143-144).

El discurso sobre la mayor predisposición de la juventud para incorporar las innovaciones tecnológicas a su vida cotidiana también es aplicable a las nuevas formas de consumo cultural: «Los jóvenes posmodernos perciben el mundo de forma massmediática, aislada e individual» (Páez, 2006: 46). El uso generalizado de dispositivos tecnológicos y la aparición de nuevos contenidos para los mismos sitúan a la juventud como un grupo pionero en el consumo de productos comunicativos en estos nuevos escenarios en red. De hecho, es entre los colectivos juveniles donde se comienza a percibir un descenso de consumidores/espectadores en los medios tradicionales; y un considerable aumento de los consumidores/usuarios de las nuevas tecnologías. Es probable, coincidiendo con Menor Sendra (2010: 25), que «este cambio tenga que ver con la progresiva disolución del vínculo social y familiar al que la televisión creía servir. O dicho de otra manera, sería una consecuencia de la cada vez mayor importancia que está cobrando la generación como vínculo estructurador en un espacio afectivo y público paulatinamente más individualizado y globalizado. Internet sería el paradigma de esa nueva libertad

audiovisual, frente al flujo obligatorio “social” de la vieja televisión del salón doméstico».

Las investigaciones sobre hábitos culturales juveniles apuntan hacia la sustitución y la superación de los medios tradicionales por los nuevos, como demuestra el hecho de que en el tramo de jóvenes comprendido entre los 18 y los 30 años el uso de Internet supera al de televisión (Espín, 2011).

Los nuevos dispositivos de telefonía móvil con conexión a Internet presentan una doble articulación como bienes de consumo (funcionales y estéticos) y como medios de comunicación. Yarto Wong señala que estos nuevos medios conectan con el mundo y con los demás, al mismo tiempo que filtran y delimitan los contactos con ambos. «Esta segunda articulación resulta particularmente compleja en una tecnología que opera como medio de comunicación interpersonal a través de llamadas y mensajes de texto dirigidos a un grupo de conocidos más o menos cercanos, y como medio de comunicación masiva mediante la difusión pública de contenidos informativos y de entretenimiento a través de su conexión a Internet» (Yarto Wong, 2010: 185).

La telefonía móvil, Internet y las redes sociales están suponiendo la ruptura definitiva de los colectivos juveniles con respecto a los medios clásicos. La concentración en un mismo objeto (el móvil) de las posibilidades de emisión, transmisión y recepción de mensajes públicos y privados; la portabilidad y la inmediatez de acceso a la información y los contenidos; la multiplicidad de formatos y medios, etc., resultan características especialmente atractivas para la gente joven, que ven en estos nuevos medios un reflejo de un modelo social menos lineal y más flexible y poliédrico que el que siguen reflejando los medios tradicionales; más acorde con su propia

percepción del entorno y las condiciones de vida en que se desenvuelven. Esta visión integrada de la juventud tecnologizada frente a estos nuevos medios aparece como un discurso dominante entre la literatura científica sobre TIC y juventud, a los requerimientos técnicos mínimos para el uso de Internet [...] se unen los conocimientos y aptitudes intelectuales necesarias, que han permitido una adaptación más favorable de la juventud y su introducción en la lógica de los contenidos audiovisuales, interactivos, la informática y los distintos «gadgets» (chucherías) y aparatos digitales (PSP, Play, móviles de distinta generación, calculadoras, etc.). Son habilidades mentales, manuales, motivacionales y culturales, que han conseguido que la alfabetización digital en estos grupos de edad sea rápida; al contrario de lo acontecido con otros segmentos de la población, como por ejemplo, en los años noventa ocurrió con las y los empleados de mediana edad en las grandes corporaciones (Rubio Gil, 2010: 214).

Existen otros autores que apuntan hacia la complementariedad entre los medios clásicos y las TIC; prevaleciendo el valor de las innovaciones tecnológicas, los hábitos de audiencia de medios de los jóvenes son sensiblemente diferentes a los del resto de la población. El mayor consumo de Internet de este perfil se produce a partir del menor consumo medio diario de la mayor parte de los medios, no sólo televisión. Si bien es cierto que los jóvenes presentan un menor consumo de televisión y un mayor consumo de Internet en relación con la población, no se pueden aventurar las relaciones excluyentes entre ambos medios. Es inexacto, por tanto, adelantar que los/las jóvenes utilizan Internet como sustituto en la audiencia de los contenidos propios del medio televisión convencional. Existen indicios

razonables de que, al menos en la juventud, Internet y televisión son medios complementarios (consumo simultáneo de ambos medios) (Reinares Lara 2010: 73).

Con independencia de si los nuevos medios vienen a sustituir a los clásicos o si se trata de medios complementarios, es indudable que Internet ha supuesto un profundo cambio cultural global en la producción, la distribución y el consumo de información, y que el acceso a través de los dispositivos móviles es hoy una incipiente realidad. La juventud aparece como un colectivo preferente en el consumo de estos productos culturales masivos, y aunque quizás todavía es prematuro aventurar cuáles serán las afectaciones sobre usuarios o audiencias, sí parece evidente que los nuevos usos y contenidos contribuirán a transformar las representaciones y visiones del mundo.

TIC y participación juvenil

El concepto de alfabetización digital se ha mencionado ya en este artículo para definir los conocimientos y habilidades de la juventud con respecto al uso de las TIC para aprender, para relacionarse con la familia y con los amigos, para divertirse y entretenerse, etc.; dichas destrezas pueden extrapolarse a otros ámbitos de la vida social de los jóvenes, como el de la participación social en la vida pública.

El hecho de disponer de mayores niveles de alfabetización tecnológica confiere a los jóvenes una posición privilegiada con respecto a las nuevas posibilidades de participación social: «Ellos no se limitan a ser usuarios pasivos de la Red: se vuelven actores proactivos en la apropiación social de Internet,

por medio de las redes electrónicas comunitarias. Asistimos a la aparición y multiplicación de un verdadero fenómeno social: la multiplicación de las redes electrónicas comunitarias, usadas por los jóvenes o creadas por ellos mismos» (Finkelievich, 2002: 3).

Es cierto que las TIC por sí mismas no implican un cambio en las actitudes juveniles con respecto a la participación política y la ciudadanía digital; más bien parece tratarse, como señalan Méndez Gago y Rodríguez San Julián, de una cierta correlación entre alfabetización tecnológica y predisposición para la participación: «aquellos usuarios que llevan a cabo un uso más variado y sofisticado de la red son significativamente más proclives a participar políticamente a través de ésta, en cualquiera de sus formas» (Méndez Gago y Rodríguez San Julián, 2011: 22).

Como sucedía con los medios de comunicación clásicos y nuevos, también parece producirse una complementariedad ampliada entre las formas tradicionales de participación y las nuevas a partir del uso de Internet y las TIC: «La posibilidad de comunicación rápida, barata y de gran alcance hace de Internet el principal instrumento de articulación y comunicación de las organizaciones de la sociedad civil, movimientos sociales y grupos de ciudadanos» (Silva Machado, 2004).

Las potencialidades de Internet y de las redes digitales confieren a las nuevas formas de participación una serie de características para la comunicación, la interconexión y la interacción de los agentes sociales implicados en ellas, impensables en los movimientos sociales tradicionales. Silva Machado (2004) identifica las siguientes, que son aplicables especialmente a los movimientos sociales juveniles en la actualidad: proliferación y ramificación de los colectivos

sociales; horizontalidad, flexibilidad de las redes; tendencia coalizacional; existencia dinámica o según los hechos; minimalismo organizacional-material; universalismo y particularismo de las causas; gran poder de articulación y eficiencia; estrategias deslocalizadas de ideología; multiplicidad de identidades/circulación de militantes; e identidad difusa. Muchas de estas características son aplicables a otros ámbitos mencionados anteriormente como los nuevos escenarios educativos o las transformaciones en los medios de comunicación.

La participación ciudadana en la actualidad no puede entenderse sin las interrelaciones que posibilitan las TIC en un mundo cada vez más globalizado e interconectado. En este sentido, las posibilidades democratizadoras de Internet «están permitiendo darles más transparencia a la planificación y las transacciones, aumentar la participación política (tanto en términos de formulación de propuestas como en el desarrollo de mecanismos de control ciudadano), desarrollar muy significativamente la educación a distancia, la telemedicina, etc.» (Rodríguez, 2003: 10). Desde esta perspectiva, aparecen nuevos conceptos como el de movilización cultural, para identificar los cambios culturales que presentan la mayoría de las regiones en tiempos modernos y definitivamente con mayor impacto cuando se habla de globalización y de tecnología» (Blanco Sánchez, 2008). Los movimientos sociales en este contexto tecnológico, tienen hoy la misión de constituirse en «modelos comunicativos y polos de “capitalización” y “cultivo social” dispuestos a ofrecer al resto de la sociedad nuevos códigos y espacios simbólicos que subvierten la lógica de los códigos dominantes» (Marí Sáez, y Sierra Caballero, 2008).

Muchas de estas nuevas características de la participación social requieren transformaciones cognitivas de los agentes

implicados, especialmente aquellas que tienen que ver con el empoderamiento a través de la alfabetización tecnológica. Es ahí donde los jóvenes ocupan un rol preeminente como colectivo para la participación social; en primer lugar, por su mayor competencia digital; en segundo, por su potencialidad como agentes de cambio social; y por último, por la asunción de una conciencia crítica ante las difíciles condiciones sociales que han venido padeciendo en esta primera década del siglo XXI. Así encontramos discursos que sitúan a la juventud como un colectivo especialmente emprendedor, como señala Finquelievich (2002: 4), ellos no se limitan a ser usuarios pasivos de la red: se vuelven actores proactivos en la apropiación social de Internet, por medio de las redes electrónicas comunitarias. Los jóvenes juegan un rol importante en la composición y el funcionamiento de estas redes, ya sea integrándose en redes orientadas a la resolución de problemas que les son específicos (educación y formación permanente, empleo, conductas de riesgo, salud, etc.) como conformando a su vez nuevas redes destinadas a integrar a los jóvenes en la sociedad informacional, a generar fuentes de ingreso, educarse y participar como ciudadanos políticamente hábiles en los asuntos locales y nacionales.

En esta misma línea apunta la tesis recogida por Rubio Gil (2010): la red consigue superar la verticalidad de los medios clásicos y, como tal, representa el ideal organizativo de los movimientos juveniles de insurgencia clásicos (con sistemas de debate de corte asambleario), promueve la presencia de éstos en la red (movimiento okupa, por la paz, antiglobalización) y la aparición de otros nuevos (hackers y crackers políticos, movimientos de contrainformación).

Ahora bien, este mismo autor recoge también la tesis contraria, que apunta al riesgo que corren los movimientos

sociales en estos entornos virtuales de convertirse en una simple distracción alrededor de una mitología neotecnológica desvinculada de los verdaderos problemas sociales.

Los niveles de empoderamiento juvenil a partir del uso y manejo de las TIC servirán para conseguir una mayor democratización en el acceso a la información y al conocimiento, cuestiones clave desde las que determinar los principios generales de inclusión de la juventud en las nuevas formas de participación en la sociedad. Ahora bien, dicho empoderamiento no se produce por el mero hecho de la existencia de capacidades tecnológicas, sino que requiere, como señala Rodríguez (2008) políticas y estrategias para la inclusión de la juventud en la sociedad del conocimiento: facilitar la educación y la formación continuas en centros de estudio y en telecentros de acceso comunitario; desarrollar, coordinar y extender bases de datos y redes electrónicas para los jóvenes, en centros comunitarios y en organizaciones gubernamentales y educativas; implementar y mantener redes de telecentros dirigidos a jóvenes y/o coordinados por ellos mismos, en los que puedan desarrollarse programas de formación, educación, etc.; facilitar el acceso a la experiencia y el conocimiento generados por estos telecentros a otros países, y promover la articulación y la construcción de redes con ellos.

No obstante, y a pesar de este enorme potencial de la tecnología con respecto a las formas de canalización de la participación social y ciudadana, la realidad es que estamos al principio del camino: las experiencias de empoderamiento y participación de la ciudadanía a través de las TIC para el rediseño de los modelos de desarrollo de la sociedad de la información son todavía insuficientes, cuantitativa y cualitativamente. Los usos dominantes, los escasos recursos materiales y humanos dispuestos a tal fin y, sobre todo, la

limitada conciencia del potencial de las nuevas tecnologías informativas en los procesos de desarrollo local no han permitido aún en las ciudades europeas el despliegue de prácticas innovadoras capaces de transformar significativamente las formas de gobierno y desarrollo urbano (Marí Sáez y Sierra Caballero, 2008).

A modo de síntesis

A lo largo de este artículo se ha tratado de ofrecer una visión general de cómo las TIC están transformando los procesos de socialización juvenil en los ámbitos familiar, educativo, relacional, mediático y participativo.

Aunque la irrupción de la tecnología está suponiendo la transformación de dichas instancias y de las prácticas de los jóvenes, la incorporación se está produciendo de forma paulatina y complementaria. Como se ha señalado, los nuevos modelos juveniles de relación familiar y grupal, del sistema educativo, de acceso y uso mediático y de la participación social perviven con los modelos tradicionales en los citados ámbitos. Ahora bien, la tecnología, más que ningún otro factor, está contribuyendo a que esos cambios se produzcan muy rápidamente, adaptándose y creando nuevas necesidades sociales que supondrán irreversiblemente la superación de las formas tradicionales de socialización juvenil.

Los cambios sociales implican procesos muy complejos en los que intervienen factores tecnológicos, económicos, culturales, ideológicos, etc. En el caso que nos ha ocupado, la mediación de las tecnologías comunicativas en las condiciones de vida de los jóvenes supone una incorporación casi natural a

las prácticas y relaciones en su vida cotidiana (familia, amigos, sistema de enseñanza, medios de comunicación y participación social). Esta naturalidad en cuanto la adaptación a las nuevas realidades y escenarios sociales está determinada por la mayor capacitación y alfabetización digital de los colectivos juveniles.

En la actualidad, los procesos de socialización juvenil están incorporando las TIC a sus actividades cotidianas, en un modelo de complementariedad aumentada (superación espacial y temporal de las relaciones, acceso a información y medios en diferentes soportes, etc.); al mismo tiempo, la tecnología está facilitando nuevas formas de intervención y apropiación social en los distintos ámbitos, creando dinámicas que no podrían entenderse desde las anteriores formas de relación y sin la intervención de las TIC (intercambio de roles emisores y receptores en comunicación, relaciones y participación en redes virtuales digitales, modelos de enseñanza virtual, etc.). Esto supone un cambio sustancial en las condiciones de vida juveniles, donde las tecnologías de la información y la comunicación aparecen como un nuevo paradigma mediacional de las relaciones y actividades en los distintos ámbitos de la vida juvenil.

Referencias bibliográficas

Arrizabalaga Crespo, C., A. Aierbe Barandiaran y C. Medrano Samaniego (2010), «Usos de Internet y mediación parental en adolescentes hiperactivos», *Revista Latina de Comunicación Social*, 65, 561, 571. Recuperado el 15 de septiembre de 2011, de

http://www.revistalatinacs.org/10/art3/919_UPV/41_Medrano.html.

Becerril, D., y S. Robles (2005), «Las relaciones familiares mediadas: nuevos medios, viejas pautas. Universidad de Granada», I Jornadas de Sociología «El Cambio Social en España. Visiones y retos de futuro». Recuperado el 4 de junio de 2011, de http://public.centrodeestudiosandaluces.es/pdfs/fam_1.pdf.

Bernete, F. (2010), «Usos de las TIC, relaciones sociales y cambios en la socialización de los jóvenes», Revista de Estudios de Juventud, 88, pp. 97-114.

Berrios, L., y M. R. Buxarrais (2005), «Las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) y los adolescentes. Algunos datos», Revista de la OEI, 5. Recuperado el 6 de julio de 2011, de <http://www.oei.es/valores2/monografias/monografia05/reflexion05.htm>.

Blanco Sánchez, J. A. (2008), Usos, consumos y atributos que los jóvenes guanajuatenses otorgan a las tecnologías de información y comunicación, tesis doctoral. Edición electrónica gratuita. Recuperado el 12 de julio de 2011, de <http://www.eumed.net/tesis/2008/jabs/index.htm>.

Caldeiro, G. (2009), «El impacto de las TIC en la escuela», IV Congreso de Educadores de La Rioja.

Cortés, Ferran Ramon (2010), «¿Internet amenaza el contacto real?», El País, 3 de enero.

Espín, M. (2011), «Ciencia, técnica, ideología, globalidad e igualdad», Revista de Estudios de Juventud, 92, pp. 133-150.

Finquelievich, S. (2002), «La informática y los jóvenes: redes sociales de inserción, acción y contención», Simposio Latinoamericano y del Caribe: La Educación, la Ciencia y la Cultura en la Sociedad de la Información. Recuperado el 4 de

julio de 2011, de
<http://espejos.unesco.org.uy/simplac2002/Ponencias/La%20Inform%E1tica%20y%20los%20j%C3%9Fvenes/JC007.doc>.

García Arnau, A., P. Parra, I. Megías Quirós y A. J. Gordo (2006), «Sociedad móvil, cultura Messenger: mitos e intereses en torno a los jóvenes y la tecnología», Observatorio de la Cibersociedad. Recuperado el 23 de junio de 2011, de <http://www.cibersociedad.net/congres2006/gts/comunicacio.php?id=1022>.

Giddens, A. (1993), Consecuencias de la modernidad, Alianza, Madrid.

Gil-Juárez, A., J. Feliu y A. Vitores (2010), «El impacto de las TIC sobre la juventud: metáfora y representación en ciencias sociales», Revista Argentina de Estudios de Juventud, 3. Recuperado el 23 de junio de 2011, de http://www.perio.unlp.edu.ar/revistadejuventud/sites/perio.unlp.edu.ar/revistadejuventud/files/feliu_gil_y_vitores.pdf.

Gordo, A. J., coord. (2006), Jóvenes y cultura Messenger. Tecnología de la comunicación y la información en la sociedad interactiva, FAD-Injuve, Madrid.

Lombarte, S. (2005), «¿El uso de las TIC reduce realmente la vulnerabilidad social en los jóvenes?», Teoría de la Educación: Educación y Cultura en la Sociedad de la Información, 6 (1). Recuperado el 21 de junio de 2011, de http://campus.usal.es/~teoriaeducacion/rev_numero_06/n6_art_1ombarte.htm.

Lorente, S., F. Bernete y D. Becerril (2004), Jóvenes, relaciones familiares y tecnologías de la información y la comunicación, Ministerio de Asuntos Sociales, Injuve, Madrid.

Marcelo García, C. (2002), «Los profesores como trabajadores del conocimiento. Certidumbres y desafíos para

una formación a lo largo de la vida», *Revista Educar*, 30, pp. 27-56.

Marí Sáez, V., y F. Sierra Caballero (2008), «Capital informacional y apropiación social de las nuevas tecnologías. Las redes críticas de empoderamiento local en la Sociedad Europea de la Información», *Telos, Cuadernos de Comunicación e Innovación*, 74, pp. 126-133.

Martín Serrano, M., y O. Velarde Hermida (2001), *Informe juventud en España 2000*, Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid.

Méndez Gago, S., y E. Rodríguez San Julián (2011), «Consecuencias futuras del despertar de una generación de adolescentes digitales», *Revista de Estudios de Juventud*, 92, pp. 11-36.

Menor Sendra, J. (2010), «Televisión, telefonía móvil y juventud en el contexto de la modernidad reflexiva de masas tardía: un proyecto de investigación», *Revista de Estudios de Juventud*, 88, pp. 25-50.

Páez, A. (2006), «Las relaciones jóvenes-TIC: una lectura cualitativa», *Facultad de Ciencias Sociales, UNLZ*, año III, n.º 5, VI, pp. 41-54. Recuperado el 21 de junio de 2011, de http://www.cienciared.com.ar/ra/usr/3/281/n5_v1_pp41_54.pdf.

Pérez Sanz, A. (2011), «Escuela 2.0. Educación para el mundo digital», *Revista de Estudios de Juventud*, 92, pp. 63-86.

Reinares Lara, P. (2010), «Jóvenes y Televisión generalista en España: ¿es Internet responsable de una audiencia perdida?», *Revista de Estudios de Juventud*, 88, pp. 63-75.

Revilla, J. C. (2001), «La construcción discursiva de la juventud: lo particular y lo general», *Papers*, 63/64, pp. 103-122.

Rodríguez, E. (2003), «Políticas públicas de juventud en América Latina: de la construcción de espacios específicos, al

desarrollo de una perspectiva generacional», *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 1. Recuperado el 14 de junio de 2011, de <<http://revistaumanizales.cinde.org.co/index.php/Revista-Latinoamericana/article/view/328>>.

Rubio Gil, A. (2010), «Generación digital: patrones de consumo de Internet, cultura juvenil y cambio social», *Revista de Estudios de Juventud*, 88, pp. 201-221.

Salinas, J. (2004), «Innovación docente y uso de las TIC en la enseñanza universitaria», *Revista de Universidad y Sociedad del Conocimiento (RUSC)*, vol. 1, 1. Recuperado el 23 de junio de 2011, de, <http://www.uoc.edu/rusc/dt/esp/salinas1104.pdf>.

Silva Machado, J. A. (2004), «Movimientos sociales y activismo en red. Redes digitales: potencialidades de acciones colectivas en el siglo XXI», II Congreso On-line del Observatorio para la Cibersociedad. Recuperado el 23 de junio de 2011, de http://www.forum-global.de/jm/art04-05/movimientos_sociales.htm.

Yarto Wong, C. (2010), «Limitaciones y alcances del enfoque de domesticación de la tecnología en el estudio del teléfono celular», *Comunicación y Sociedad*, 13, pp. 173-200.

23. Existen otras instancias de socialización como la inclusión en el mercado laboral, las relaciones de pareja y noviazgo o la constitución de la familia propia que, por tratarse de procesos que exceden los límites etarios de la juventud (incorporación al mundo laboral) o por la escasa influencia de las TIC en dichos procesos (relaciones de pareja y constitución de la familia), no son objeto de análisis en este artículo.

24. Zárraga, J. L. de, *Informe Juventud en España*, La inserción de los jóvenes en la sociedad, Publicaciones de

Juventud y Sociedad, S. A., Ministerio de Cultura, Instituto de la Juventud, Barcelona, 1985.

Martín Serrano, M., Informe Juventud en España, Injuve, 1996.

Martín Serrano, M. y O. Velarde Hermida, Informe Juventud en España 2000, Injuve. 2001.

Elzo, J., Jóvenes españoles 99, SM, 1999.

Elzo, J., Jóvenes españoles 2005, SM, 2006.

25. Eco, Umberto, Apocalípticos e integrados, Barcelona, Lumen, 1965. Este texto recoge a través de una serie de ensayos las diferentes posturas existentes en la sociedad ante la cultura y los medios de masas.

Matrices digitales en la identidad juvenil²⁶

Delia Crovi Druetta

Antecedentes

El dominio del saber es una preocupación antigua. Ya en 1933, mucho antes de la irrupción de los recursos digitales, José Ortega y Gasset externaba una preocupación que no ha perdido vigencia:

El saber se ha convertido en algo, por lo pronto, indomable, oceánico. Una vez más el hombre naufraga en su propia riqueza. La cultura o sabiduría no se nos presenta como una clave que nos permite dominar el caos y la confusión de la vida, sino que ella misma, por su crecimiento fabuloso, se ha convertido a su vez en selva donde el hombre se pierde (Ortega, 1965: 139).

Con el paso de los años la riqueza informativa ha ido en aumento hasta transformarse en uno de los insumos fundamentales de las sociedades contemporáneas globalizadas e informatizadas. Como correlato, la construcción del saber ha pasado también a ser un tema prioritario y controvertido.

El modelo político-económico neoliberal iniciado en los ochenta, así como las innovaciones digitales que consuman su

impacto social en los noventa, produjeron un cambio profundo en materia de producción y legitimación del conocimiento. Fue Peter Drucker quien introdujo, justamente en los noventa, la noción de sociedad del conocimiento, modelo que había estado originalmente asociado a la información. Afirmó entonces que la sociedad debía adaptarse rápidamente a los cambios de las circunstancias particulares de tiempo y lugar, a fin de dar solución a sus problemas económicos. Sugirió que en una sociedad del conocimiento, por primera vez era posible aplicar conocimiento al conocimiento, con el propósito de llegar a un conocimiento superior, mayor. El conocimiento se visualizó entonces como motor de desarrollo, una idea que si bien no era nueva, porque había sido planteada antes por el premio nobel de economía Friedrich Hayek (1945), cobra fuerza en el nuevo contexto.

Pero aplicar el conocimiento al conocimiento va más allá de la infraestructura tecnológica: implica desarrollar habilidades para el manejo de los nuevos recursos digitales y contar con un capital cultural que permita bucear en los contenidos de las redes y las bases de datos, con el fin de jerarquizar, procesar y reelaborar ese dato, la información disponible. Hasta el momento los esfuerzos realizados por las naciones para salvar la llamada brecha digital entre países ricos y tecnológicamente mejor dotados y los que no tienen esa posibilidad han estado encaminados básicamente a proveer infraestructura a sus habitantes. En comparación, es poco lo que se ha hecho para desarrollar entre esos mismos ciudadanos las habilidades necesarias para un manejo adecuado de los contenidos.

La perspectiva del determinismo tecnológico ha estado presente en buena parte de las iniciativas desarrolladas para acortar la brecha digital, convirtiendo a la base tecnológica en la meta a alcanzar y también a cuantificar como logro. En este

contexto, la realidad y algunos trabajos empíricos (Crovi y Girardo, 1999; Crovi, 2007a y b; Crovi, 2009) indican que una gran mayoría de los usuarios de las tecnologías de información y comunicación, TIC, ha ido incorporando esas innovaciones a sus prácticas cotidianas mediante procesos de imitación y repetición, generalmente desestructurados, apropiándose paulatinamente de aquellos recursos que son necesarios para sus relaciones sociales, laborales y educativas. El acento puesto en la base tecnológica ha descuidado el aspecto lógico, por lo que son escasos los programas que (fuera de su ámbito específico de especialización) tienen como meta desarrollar las habilidades necesarias para seleccionar, jerarquizar y ordenar contenidos.

La preocupación por crear consumidores de las TIC ha desplazado la necesidad de habilitar navegadores críticos y creativos en todas las áreas de conocimiento, capaces de innovar los medios y reflexionar sobre sus contenidos. Además, la concentración en unas pocas manos del acceso a los recursos digitales los convierte en nichos de oportunidad para fines económicos.

En este contexto, identificar quiénes deben ser los agentes fundamentales para la creación y divulgación de un conocimiento capaz de adaptarse a los cambios y circunstancias particulares de este tiempo constituye un desafío multidimensional. Las instituciones educativas, espacios tradicionales para cumplir con esta misión, están siendo rebasadas por nuevos modelos de financiamiento; nuevos proveedores de la educación; nuevos recursos para la docencia, la investigación y la divulgación del conocimiento; así como la reconfiguración de las prácticas culturales de los sujetos que integran las comunidades académicas, en especial, sus estudiantes.

En ellos, como parte de un grupo más amplio que denominamos culturas juveniles, están centradas estas reflexiones. Consideramos que los procesos de digitalización configuran cambios que afectan a todas las actividades sociales, revelándose como una expresión cultural dominante que, con profundas diferencias y matices, involucra al conjunto social. Pero son los jóvenes los que se han ido apropiando de una manera plena de esas transformaciones y, a pesar de la falta de políticas explícitas para este sector, son también quienes ocupan un lugar nodal en la cultura dominante de nuestro tiempo.

Los jóvenes como sujetos sociales

La emergencia de la juventud como categoría y sujeto social es relativamente nueva, ya que se sitúa en la segunda mitad del siglo XX, pero aunque su tratamiento analítico es reciente, la juventud siempre ha existido. Carles Feixa analiza cinco tipos ideales de jóvenes, según la sociedad en la cual vivieron: «los púberes de las sociedades primitivas sin Estado; los efebos de los Estados antiguos; los mozos de las sociedades campesinas preindustriales; los muchachos de la primera industrialización y los jóvenes de las modernas sociedades posindustriales» (Feixa, 1998: 19).

Las primeras consideraciones sobre la juventud estuvieron vinculadas a un modelo conformista, que tendía a ver ese período como algo pasajero, a superar, atravesado por lo diferente. Con el tiempo el concepto se fue abriendo camino en medio de las grandes transformaciones tecnológicas, culturales y sociales que se iban sucediendo. Fue así como en los años

sesenta Keniston rescata a la juventud como generación autónoma.

Somos testigos del surgimiento masivo de un periodo de la vida no reconocido con anterioridad: una etapa que surge entre la adolescencia y la vida adulta. Propongo llamar a esta etapa de la vida el «periodo juventud» asignando a este término, venerable pero vago, un significado específico (Keniston, 1981: 51).

Naciones Unidas, con el fin de contar con un parámetro etario, cuando define a la juventud se refiere al grupo poblacional cuya edad va de los 15 a los 24 años. No obstante, el universo juvenil es heterogéneo y no puede explicarse sólo en términos de edad. Desde nuestro punto de vista, se trata de un periodo dentro del ciclo de la vida con características esenciales propias, el cual se va moldeando según la identidad de los sujetos que viven ese periodo. Por ello, en lugar de hablar de juventud como si se tratara de un universo terso, sin contradicciones ni diferencias, optamos por referirnos a juventudes, en plural.

Desde una perspectiva antropológica, la juventud aparece como una construcción cultural, relativa en el tiempo y en el espacio: cada sociedad organiza la transición de la infancia a la vida adulta mediante formas muy variables. Aunque este proceso tiene una base biológica (el proceso de maduración sexual y desarrollo corporal), lo importante es la percepción social de estos cambios y sus repercusiones para la comunidad. Las formas de juventud son cambiantes según sea su duración y consideración social (Feixa, 1998: 18).

Vista desde los adultos la juventud representa rebeldía, ruptura del orden, caos y modos expresivos difíciles de

comprender y aceptar. La emergencia de lo juvenil puede verse, en este contexto, como negativa, y por lo tanto, con un importante ingrediente de intolerancia y discriminación. Así, es posible afirmar que desde su origen la construcción social de la juventud es discriminatoria, porque señala a un grupo instalado no sólo lejos de las actividades socialmente significativas, sino buscando establecer un nuevo orden de significaciones. Una percepción de esta naturaleza niega a los jóvenes el derecho a la autodeterminación, por lo que deben luchar contra un orden consolidado para transformarlo e insertarse en el mundo de los adultos, que se asigna a sí mismo la tarea de guiarlos, ordenar sus intereses y metas, así como de juzgar sus acciones y expresiones.

La digitalización, junto con un modelo político-económico que ha descuidado a los jóvenes prescindiendo de políticas públicas que atiendan sus demandas, está contribuyendo a debilitar la cultura institucional hegemónica y la parental, en favor de expresiones y relaciones novedosas con las que los jóvenes están rompiendo el orden establecido, como se hizo en otros tiempos, pero ahora usando medios y canales diferentes. En el área específica de habilidades digitales, instituciones, padres, maestros, jefes y adultos en general tienen ahora que aprender de los más jóvenes, relación que rompe con una estructura ya tradicional de dominación.

[...] los sujetos situados en momentos similares de la historia tienden a relacionarse con estímulos comunes, como si fueran hijos de una misma constelación temporal, pero cuando el tiempo se acelera y los cambios radicales se suceden a mayor velocidad, las generaciones se separan entre sí, incluso viviendo en los mismos períodos epocales (Urresti, 2008: 41).

Como en todo proceso de construcción de la identidad, existen relaciones bilaterales e intergeneracionales entre los grupos juveniles y sus mayores. Por falta de comprensión de las transformaciones que experimenta la sociedad, la contraparte adulta suele ser a la vez protectora o controladora, según quienes sean los actores del intercambio relacional.

Identities juveniles

La identidad debe ser entendida como un proceso relacional que vincula a los jóvenes con los demás en los que se reflejan y a los que refleja. Intervienen al menos tres elementos que lo determinan: historia, frontera o campo simbólico y carácter relacional, rasgos que se dan tanto en el plano individual como en lo colectivo, plural o restringido, indefinido o definido, y permiten que se cancelen o se manifiesten las diferencias. Dicho de otro modo, para los grupos juveniles, historia, campo simbólico e interacciones son los elementos que constituyen sus identidades y a partir de los cuales es posible negociar las diferencias.

La identidad no es una esencia, un atributo o una propiedad intrínseca del sujeto, sino que tiene un carácter intersubjetivo y relacional. Es la autopercepción de un sujeto en relación con los otros; a lo que corresponde, a su vez, el reconocimiento y la aprobación de los otros sujetos. En suma, la identidad de un actor social emerge y se afirma en la confrontación con otras identidades en el proceso de interacción social (Giménez, 2005).

Tampoco es estática sino variable, cambiante. Implica también una pluralidad de pertenencias, ya que los individuos actúan en grupos sociales, ámbitos y situaciones diferentes.

Para la juventud, la emergencia de su identidad se realiza en una interacción social no exenta de conflictos. La aprobación o desaprobación de la que son objeto está directamente vinculada con la aceptación, la tolerancia, la indiferencia o la discriminación y de ello dependen sus interacciones sociales.

Respecto a los cambios que experimentan las identidades, Gilberto Giménez sostiene que se dan por dos caminos: transformación o mutación, útiles para entender los procesos de construcción y deconstrucción identitaria que experimentan los jóvenes y la juventud. Mientras la transformación se produce de manera gradual y continua, lo que permite ir adaptándose al cambio, la mutación comporta una alteración cualitativa.

Cuando los jóvenes construyen su identidad transformando de manera paulatina y sostenida su historia, campo simbólico e interacciones, recorren el camino esperado por los adultos, adaptándose sin grandes confrontaciones a las condiciones sociales y culturales aceptadas. Pero la mutación responde a otra dinámica: se da por asimilación o por diferenciación. Hay grupos de jóvenes diferentes que se unen para formar una nueva identidad; hay también grupos que son absorbidos por otros y grupos que se escinden o que crean dos o más agrupaciones con identidades nuevas. Si estas mutaciones son radicales se traducen en rupturas, que para la sociedad prontamente se transforman en fuentes de discriminación. Ante mutaciones drásticas la tolerancia aparece pocas veces, y si esto ocurre, suele ser inducida por intervenciones sociales concretas (por ejemplo, programas educativos o políticas públicas) cuyos destinatarios son grupos de jóvenes específicos (muchas veces los discriminados: adictos, bandas o tribus juveniles, por ejemplo).

Transformaciones y mutaciones identitarias son, así, naturales para los jóvenes y la juventud. Sin embargo, son también fuentes de aceptación o de rechazo, según como el mundo de los adultos y la cultura hegemónica interpreten sus expresiones y prácticas culturales. Esto explica el amplio abanico de valoraciones que merece el dominio de los recursos digitales por parte de los jóvenes.

Para quienes nacieron o se criaron con Internet, videojuegos o telefonía móvil, historia, frontera o campo simbólico y carácter relacional están inmersos en las mediaciones tecnológicas. Por lo tanto, éstas forman parte de su construcción identitaria y constituyen un recurso privilegiado para relacionarse. Transformación o mutación son procesos que están imbuidos de tecnologías digitales: desde el control que los padres quieren ejercer sobre los jóvenes mediante la telefonía móvil o los horarios y reglas para hacer uso de Internet, a las formas de relación, la construcción de encuentros, los mensajes o la capacidad para navegar en el hipertextualidad que ellos demuestran. Esto, a pesar de que todavía hay muchos jóvenes que tienen un acceso parcial o limitado a estos recursos y otros que no lo tienen, y que se instalan así en un escenario de exclusión.

Un entorno digitalizado

Percibimos que la juventud constituye un factor de transformación, con amplias posibilidades creativas, en especial en materia de apropiación de las TIC; sin embargo, reconocemos que existe una brecha digital (entendida en su dimensión de infraestructura y acceso) y otra de carácter

cognitivo (capital cultural, social y entorno político). Así, en un juego que ellos han venido desvelando como avieso, el protagonismo juvenil tiene sombras y luces que conviene analizar cuando hablamos de su identidad, de su cultura y de las matrices digitales que todos, o una buena parte ellos, comparten como signos de su tiempo.

Por ello hablamos de culturas juveniles, un plural que deja entrever las diferencias profundas que existen en el interior de un grupo social que, si bien comparte una generación y los signos vitales de su tiempo, cobija las sombras de la exclusión. A pesar de estas diferencias, como conjunto, este grupo social comparte el espíritu de su tiempo.

A cada época corresponde una determinada concepción del mundo y de las cosas, una mentalidad colectiva predominante que anima y penetra a la masa global de la sociedad. Esta mentalidad que determina las actitudes y las decisiones, arraiga los prejuicios, influye en un sentido o en otro los movimientos de una sociedad, es eminentemente un factor de civilización (Braudel, 1992: 32).

Diversos estudios cuantitativos²⁷ concluyen que si bien los recursos digitales están siendo usados, de manera creciente, por toda la población en condiciones de acceder a ellos, son los jóvenes quienes destacan en su apropiación. Los usan tanto para realizar búsquedas de información como para establecer comunicaciones personales, cumplir con las tareas escolares o entretenerse. Estas actividades refuerzan las afirmaciones de Tapscott (2009), quien sostiene que las tecnologías influyen en la forma en que ellos piensan y se comportan. Sin embargo, para este autor se trata de un camino en dos sentidos: la forma en como los jóvenes piensan y se comportan también influye y moldea a las TIC. Para Tapscott el verdadero potencial de la

red no se materializó hasta que los jóvenes comenzaron a usarla y ahora ellos están ayudando a transformarla en algo nuevo, por ejemplo, mediante la web 2.0, desde donde están impulsando esta transformación (creando blogs, jugando en línea, usando las redes sociales, organizándose o intercambiando contenidos).

Estos procesos forman parte de su identidad y también del espíritu de su tiempo. Cada actividad digitalizada implica entrar en un mundo que para ser comprendido exige conocer símbolos, códigos y lenguajes que los mismos jóvenes van configurando con su uso cotidiano. Implica también recorrer caminos comunes (visitar los mismos sitios web, participar en las mismas redes, bajar cierta música o jugar determinados juegos) lo que los puede conducir a consultar las mismas fuentes informativas, desdeñando la ya mencionada abundancia de datos y referencias, o a explorar rutas de navegación absolutamente novedosas. En ocasiones, la falta de habilidades digitales o cognitivas para explorar otros recursos informativos los lleva a cambiar creatividad por repetición: mantenerse en un lugar donde se mueven con comodidad y que contribuye a configurar su visión del mundo y de la vida.

Como bien señala Urresti (2008), el consumo de contenidos en las redes ya no responde al concepto de audiencia homogeneizante o segmentada, sino a la libertad de elegir, individualmente y en solitario, aquello que se desea consultar. El eje ahora es la demanda de unos contenidos emitidos por medios de comunicación sin audiencias y sin emisión concentrada, lo cual configura un tipo de comunicación estructuralmente diferente a la que se establecía con los grandes medios tradicionales.

Podría decirse que la internet es un medio de contacto, un ámbito de interacción comunicativa, pero no un medio masivo de comunicación en el sentido tradicional del término, pues si bien es cierto que en él fluyen masas de sujetos en vínculo comunicativo, no lo hacen ni como emisores concentrados que se dirigen a las masas, ni tampoco como audiencias cuando están en el polo de los consumidores (Urresti, 2008: 27).

En estas posibilidades de expresión y en la variedad de caminos que existen para buscar y encontrar contenidos, reside la riqueza de los recursos digitales que la juventud ha sabido aprovechar intensamente. Por su apropiación plena de los más diversos recursos digitales, los jóvenes han recibido nombres diferentes: generación net, nativos digitales, generación@, entre muchos otros. Todos aluden a su condición de usuarios frecuentes de las redes que han incorporado esos recursos a sus prácticas cotidianas, es decir, a su cultura. Esos nombres, en realidad, sólo enuncian una condición pero están todavía lejos de indagar las auténticas transformaciones que las tecnologías digitales han operado en el sector juvenil.

En este paisaje conviene recalcar otra vez que hay también grupos de jóvenes que, por diversas razones, entre las que destaca su incapacidad económica para adquirir tanto los aparatos como los servicios que se ofrecen, quedan excluidos del impacto y aprovechamiento de las TIC. No obstante, de manera indirecta ese sector de la juventud también forma parte de una cultura digital que se cuele en actividades diversas e indispensables del mundo en el que vivimos. Ellos no pueden evitarlas, si desean participar de las nuevas formas de comunicación y socialización, pero tampoco pueden asumirlas sin recursos.

Pero, cuando hablamos de matrices digitales, ¿dónde las podemos identificar?, ¿en qué prácticas se muestran? Sin duda, en muchas de las actividades cotidianas, tantas que para quienes acceden a las TIC ellas forman parte de un continuo tecnológico convergente, con contenidos diversos y lenguajes variados, en el cual entran y salen para concretar aquello que desean: comunicarse, estudiar, trabajar, entretenerse. No existen para estos jóvenes confrontaciones entre realidad-virtualidad, escuela-entretenimiento, trabajo-ocio; sólo hay apropiación de lo digital, una naturalización de recursos propios de su tiempo para resolver las actividades diarias. Y en este proceso destacan rasgos diversos entre los cuales destacamos dos: apropiación de lo digital y recuperación del pensamiento crítico. Son rasgos interdependientes, vinculados entre sí y que se potencian.

Apropiación de lo digital

Debido a que implica una transformación cultural, la apropiación es rasgo más abarcador de las matrices digitales. Esta categoría surge a partir de las aportaciones de Alexei Leontiev y Lev Vygotsky, quienes trabajaron los procesos educativos desde la perspectiva de la psicología, en especial, conceptos referidos a la memoria, la atención y el desarrollo del ser humano. Leontiev realiza en este campo dos aportaciones importantes: la teoría de la actividad (toda actividad crea sentido y en ella se integran aspectos prácticos, emocionales, relacionales y cognitivos de la conducta voluntaria), y el concepto de apropiación, con el cual reemplaza

la idea piagetiana de asimilación referida a una metáfora biológica.

Leontiev sitúa la apropiación en el ámbito socio-histórico y la relaciona con herramientas culturales. Esto nos permite considerar que, en materia de innovaciones digitales, la apropiación se concreta en un ámbito socio-histórico específico, en el cual el individuo no sólo tiene acceso a ellas, sino que cuenta con habilidades para usarlas y llegan a ser tan importantes para sus actividades cotidianas (productivas, de ocio, relacionales) que pasan a formar parte de sus prácticas sociales (Crovi, 2007a).

Rogoff (1993, en Crovi 2007b), como analista de Leontiev, sostiene que la apropiación es participativa, porque el individuo se apropia de los procesos sociales en los que participa de un modo activo. Considera que es a través de la participación guiada en diversos escenarios socioculturales como tiene lugar la apropiación. Se trata de un proceso que ocurre a lo largo del tiempo, ya que los cambios que experimenta el individuo parten de transformaciones previas y sientan las bases de cambios futuros. En suma, la apropiación indica el dominio de un objeto cultural, pero involucra también el reconocimiento de la actividad que condensa ese instrumento y con ella los sistemas de motivaciones, el sentido cultural del conjunto; o sea, que al apropiarnos de un objeto cultural nos apropiamos también del régimen de prácticas específico que conlleva su uso culturalmente organizado. Los jóvenes que hemos venido analizando, al apropiarse de los recursos digitales se apropian de la naturaleza y el sentido de la actividad que encarna el objeto (hablar por móvil, visitar páginas web, participar en redes sociales, etc.). Este proceso muestra las formas por medio de las cuales los usuarios hacen suya la tecnología y la

incorporan creativamente al conjunto de sus actividades cotidianas.

María Isabel Neüman (2008) expresa que para que se dé realmente la apropiación social existe una condición: el contacto con lo apropiable debe producir un cambio, no sobre lo apropiable (el objeto técnico en nuestro caso), sino sobre las prácticas sociales asociadas con lo apropiable. Quienes se apropian, dice esta autora, deben poder regular el resultado del cambio en las prácticas sociales.

Cuando los jóvenes buscan apropiarse de los recursos digitales reflejan su capacidad para adueñarse de ellos e incorporarlos, personalmente, a la vida cotidiana. Quien se adueña de un objeto, en este caso digital, demuestra interés por ese objeto que quiere hacer propio, logrando una pertenencia, voluntaria y manifiesta, que vendrá luego a modificar al propio sujeto. Dicho en otros términos, supone un cambio en las prácticas culturales.

Otros autores han tratado el tema de la apropiación. Desde finales de los ochenta, Patrice Flichy estudió desde otra mirada el proceso de socialización de las tecnologías, concluyendo que existen tres momentos: juego, exploración y apropiación. Durante el primer periodo el usuario, mediante el recurso del juego, va superando el desafío que representa enfrentarse a una innovación técnica compleja. El segundo paso conduce a dominar la tecnología y lleva al usuario a explorar, experimentar y reconocer las capacidades que posee el nuevo artefacto, dimensionando incluso aquellas actividades en las cuales la innovación le será personalmente útil. Para Flichy el último paso es también el momento más perdurable debido a que produce la incorporación de una tecnología a las actividades productivas y relacionales del individuo, permitiéndole incluso crear nuevos espacios de expresión o

rutas para estudiar, trabajar, relacionarse (Flichy, 1991). Explica que, aunque pueda parecer un proceso lineal o simple, en realidad experimenta la intervención intencionada e interesada de las empresas que impulsan el consumo tecnológico, las cuales no sólo despliegan estrategias de mercado para orientar su uso, sino que toman la decisión de impulsarlas o no basándose en criterios de ganancia y no de beneficio social.

Al reflexionar acerca de la incursión de las tecnologías de información y comunicación en la vida social de los ciudadanos, Ignacio Siles (2005) identifica tres abordajes teóricos que explican este proceso: la difusión de innovaciones, la teoría del actor-red (en inglés, ATN: actor-network-theory) y la perspectiva de la apropiación social.

En la década de los sesenta Everett Roger planteó el modelo de difusión de innovaciones, mediante el cual buscó acortar el tiempo de aparición de una innovación y su aplicación. Conocido como difusionismo, este modelo se aplicó en los programas puestos en marcha por los países dependientes durante el periodo del desarrollismo. Rogers sostiene que toda innovación tecnológica implica un cambio social, de ahí que sus postulados fueran de gran impacto para el campo de conocimiento de la comunicación y, en concreto, para la difusión de innovaciones (tecnológicas o no). Su modelo articula cuatro elementos: la innovación, los canales de comunicación, el tiempo y el sistema social concreto donde tiene lugar el proceso de difusión. Es por ello que para aplicarlo hay que conocer previamente el contexto social, para lo cual propone cinco fases: información (transmisión de datos técnicos y de funcionamiento); persuasión (sobre la importancia de su uso); decisión (adquisición del objeto asumiendo su costo); aplicación (comprensión por parte del usuario sobre

cómo funciona el objeto); y confirmación (incorporación del objeto a la vida cotidiana donde despliega su utilidad). Esta última etapa puede asimilarse al concepto de apropiación. El difusionismo como modelo puede percibirse como teóricamente propio; sin embargo, tuvo aplicaciones que llevaron a denostarlo.

En los ochenta, Bruno Latour y Michel Callon plantean en Francia la teoría del actor-red, ATN, que propone que tanto la innovación tecnológica como el sujeto que la aplica deben estar en un mismo nivel de análisis. Para esta propuesta de comprender los intercambios en ambientes sociales, es necesario tomar muy en cuenta las mediaciones tecnológicas. Actores humanos y no humanos adquieren una posición dentro una red de negociaciones que lleva a la aceptación de la innovación; desentrañar esos mecanismos lleva a comprender al proceso en su conjunto. Esta teoría confiere importancia a lo tecnológico para explicar el mundo y se inscribe en el construccionismo social, poniendo también énfasis en las redes que dan lugar a la producción del conocimiento.

Respecto de la apropiación social Siles coincide con la construcción teórica de Leontiev, al precisar que se sitúa en la manera en que los individuos, mediante el uso de las tecnologías, la personalizan y hacen propia.

En cada una de estas propuestas los procesos comunicativos (incluida la inducción al consumo) ocupan un lugar destacado en la socialización de los nuevos aparatos técnicos. Son también procesos que alimentan expectativas e incentivan el desarrollo de otras innovaciones tecnológicas para cubrir nuevas demandas de los usuarios. La comunicación sirve para informar y articular, cumpliendo con la función de acercar al sujeto con el objeto material y simbólico representado en cada innovación técnica (Silverstone, 1994).

Desde nuestro punto de vista y a los efectos de identificar el entramado de la matriz digital de las identidades juveniles, una vez creada y difundida una innovación es importante diferenciar tres elementos: el acceso, uso y apropiación. Consideramos al acceso vinculado con la disponibilidad de recursos para todos los usuarios, es decir, permitirles una infraestructura de entrada o paso de manera igualitaria y democrática a las innovaciones tecnológicas. Por su parte el uso posee una dimensión personal caracterizada por factores tales como las habilidades tecnológicas y el capital cultural de cada individuo o comunidad. Debe entenderse como un ejercicio o práctica general, continua y habitual que en el caso de las tecnologías digitales se vincula a su empleo cotidiano y a la utilidad o el beneficio que proporcionan, es decir, cómo se aprovechan esos recursos para obtener el máximo rendimiento al realizar ciertas actividades (Crovi, 2007b). Finalmente, desde nuestra perspectiva, la apropiación, comporta una transformación cultural del individuo y su entorno, tal como lo propuso en su momento Alexei Leontiev.

Hasta ahora los estudios realizados sobre estas tres actividades se han centrado más en el acceso ligado a una meta democratizadora según la cual los gobiernos deben proveer infraestructura al alcance de todos. No obstante, éste es un ideal que está lejos de cumplirse, aun en países desarrollados, porque depende de las prácticas de uso y, de manera destacada, de los procesos de apropiación.

En suma, la apropiación comporta un proceso complejo, que proporciona a los jóvenes una nueva perspectiva cultural y también herramientas para cambiar sus prácticas. Es esta nueva perspectiva cultural la que da origen a las principales características de su mundo digital: capacidad para moverse en una nueva dimensión-espacio temporal; creación y despliegue

de actividades mediante comunidades virtuales; posibilidad de crear, compartir, intercambiar contenidos.

Recuperación del pensamiento crítico

En las últimas décadas se fue haciendo común el hablar de los jóvenes como ciudadanos apáticos, sin capacidad para reclamar o protestar y, por consiguiente, sin compromiso social. Esto dio lugar a diversos trabajos que pugnan por la recuperación del pensamiento crítico, disminuido ante el embate de consumismo, el individualismo y las condiciones adversas para ejercer la crítica.

Por sus condiciones materiales, América Latina se posicionó en los años sesenta como una región pionera en el impulso de la perspectiva crítica. Pero a partir del movimiento del 68 y años subsecuentes, muchos países de la región asistieron a un ejercicio sostenido de aniquilación de la perspectiva crítica (expresado en golpes de Estado, desapariciones forzadas, cesantías de académicos o divulgadores del conocimiento). Durante este largo paréntesis histórico la crítica tendió a opacarse y en muchos casos se produjo una paulatina integración al sistema, aun cuando hubo importantes sectores que continuaron cultivándola.

En este contexto, Fernando Leal se pregunta: «¿Cómo se logra ser crítico en ese sentido original?», y se responde:

A través del conocimiento amplio y profundo de la historia de los autores, los libros, las copias, las ediciones, y las ideas y sistemas de pensamiento que en esos autores, libros, copias y ediciones se van transmitiendo a la posteridad, se van

conservando en la memoria colectiva y van impulsando la tradición intelectual de una cultura o, si se prefiere, las tradiciones intelectuales de todas aquellas culturas que, de una manera u otra, se reclaman de un común origen (Leal en Sánchez Ruiz, 2009: 39).

El proceso de desdén hacia la crítica está cambiando, aunque sea parcialmente, gracias a la acción de grupos específicos de jóvenes. Se vislumbra el interés por recuperar el pensamiento crítico mediante expresiones juveniles novedosas que responden a matrices digitales. Las formas de oponerse, de organizarse y de expresar sus disconformidades, está vinculada con la apropiación digital. Esto es nuevo por su contenido, forma y canales de comunicación, pero también por el sentido de oposición que expresan.

En su trabajo «Reinventando la emancipación social» el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos (2008) reflexiona sobre la recuperación del pensamiento crítico, e identifica la relación entre teoría y práctica como un factor clave. Considera que existe una suerte de divorcio entre la reflexión teórica, que recorre un camino, y lo que sucede en la realidad, a veces desairado o canalizado hacia senderos secundarios. La capacidad de los jóvenes para usar los recursos digitales es buen ejemplo de ello: mientras los análisis y las propias empresas que comercializan las tecnologías han insistido en darles un uso encauzado hacia el ocio, el entretenimiento o las relaciones sociales, ellos mismos están demostrando otras posibilidades que los confrontan.

En consonancia con este uso crítico de los recursos digitales por parte de los jóvenes, Boaventura de Sousa Santos expresa asimismo su certeza de que las prácticas novedosas, transformadoras de la sociedad están ocurriendo en el sur

global. Los diversos sucesos sociales de 2011 protagonizados por sectores juveniles confirman que ellos son parte de ese sur global, porque su capacidad de indignación ha recorrido también a las juventudes de países desarrollados.

De su diagnóstico vale la pena rescatar algunas líneas de acción que permitirían revitalizar las acciones juveniles a ojos de las culturales hegemónicas que tienden a ignorarlas o minimizarlas: recuperar la memoria; aprender tanto de la teoría como de la praxis; desarrollar un pensamiento intercultural; ampliar la lectura de las contradicciones sociales explorando las situaciones y condiciones nuevas que presentan los mecanismos de exclusión; reconocer con claridad lo que está pasando actualmente en nuestras sociedades; y atender a lo que él denomina «sociología de las emergencias» y que significa «prestar atención a las señales de cosas nuevas, de resistencias nuevas, de luchas que por ahora son locales, no muy desarrolladas, embrionarias, que traen en sí la aspiración de una nueva sociedad» (de Sousa, 2008: 1-2).

Esta llamada de atención debe incluir el acceso, el uso y la apropiación de los recursos digitales por parte de los grupos juveniles, porque allí se encuentra depositada una gran capacidad creativa, de comunicación y acción, que los articula como generación.

Reflexiones finales

Apropiación y recuperación del pensamiento crítico son apenas dos aspectos de los muchos que conforman las matrices digitales de la identidad juvenil. Se trata de cambios que están pasando del nivel individual a la integración de comunidades

capaces de expresar su enojo, descontento o aprobación. Pero en esto no puede haber error: ningún medio por sí mismo logra hondas repercusiones sociales si no se vincula dialécticamente con la realidad social circundante y la biografía personal de sus actores principales. La red sigue siendo un recurso importante para comunicar, para organizarse, para expresarse, pero el contenido de la acción surge de la realidad y debe regresar a ella, convertida en nuevas acciones.

De manera más o menos explícita, en las sociedades de este siglo persiste una valoración negativa de los jóvenes: cuando ignoran sus necesidades, cuando desaprueban su proximidad a los recursos digitales, cuando se les achaca apatía y falta de capacidad de respuesta, cuando se recortan los presupuestos educativos y se cierran oportunidades para estudiar, cuando incluso son objeto de la violencia institucional por el solo hecho de ser jóvenes. Se ha ignorado también que las matrices digitales que definen su tiempo e identidad repercuten en actividades que van mucho más allá del ocio y que están demostrando que pueden ser el germen de cambios sociales.

El nivel de habilidades tecnológicas de los jóvenes les ha permitido apropiarse de las innovaciones y de sus recursos expresivos. Sin embargo, en ocasiones dejan la impresión de que el proceso de habilidades cognitivas no está en el mismo nivel de desarrollo. Sólo mediante políticas públicas adecuadas será posible, por un lado, llevarlos a crear conocimiento a partir del volumen de datos disponibles, y por otro, sacar provecho de su nivel de apropiación tecnológica que les permite hilar actividades muy diversas apoyados en la digitalización.

Hace cuatro décadas Alfred Schutz (1973) planteaba que la distribución social del conocimiento se realiza en un circuito determinado por prioridades personales, que establecen

significaciones de distinto orden, desde las más cercanas e importantes hasta las más lejanas y prescindibles. La abundancia informativa disponible actualmente requiere un orden de significaciones orientado por el sistema educativo y cultural, en lugar de estar sujeto a intereses comerciales que pueden alterarlo creando necesidades impuestas, ficticias o superfluas. Los gobiernos han combatido la brecha digital desde el acceso, ofreciendo más infraestructura; los jóvenes se han preocupado por desarrollar habilidades digitales personales; pero el amplio campo del contenido ha sido cooptado, en buena medida, por intereses económicos y publicitarios en lugar de ser privativo de acciones culturales.

En este contexto, la educación está llamada a rescatar los sistemas de pensamiento y la memoria colectiva necesarios para dar contenido a las innovaciones tecnológicas. Ya son muchos los jóvenes que, imbuidos de sus propias matrices digitales, esperan canalizar sus habilidades hacia un cambio social profundo, que conduzca a generar una visión positiva de la juventud, reconociendo sus capacidades transformadoras y creativas.

Referencias bibliográficas

AMIPCI (2010), «Estudio AMIPCI 2009. Sobre hábitos de los usuarios en Internet en México», Asociación Mexicana de Internet, México. <http://www.amipci.org.mx/>.

Barranquero, A. (2009), «Una comunidad académica “no tan imaginada”», en Epistemología de frontera y percepción internacional del pensamiento crítico latinoamericano en comunicación popular y alternativa, Actas del VII Congreso

Internacional ULEPICC. Disponible en:
http://www.ulepicc.net/congreso2009/actas/Actas_Turno1.pdf.

Braudel, F. (1992), *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*, FCE, México.

Crovi Druetta, D. (2007a), «Retos de las universidades en la sociedad de la información y el conocimiento», en R. Cabello y R. Levis, eds., *Medios informáticos en la educación a comienzos del siglo XXI*, Prometeo, Buenos Aires.

— (2007b), «Acceso, uso y apropiación de las TIC en la comunidad académica de la UNAM», ponencia presentada en el IV Encuentro Nacional y II Latinoamericano «La Universidad como objeto de investigación», Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Buenos Aires.

— (2009), *Acceso, uso y apropiación de las TIC en comunidades académicas. Diagnóstico en la UNAM*, UNAM-Plaza y Valdés, México.

Crovi Druetta, D., y C. Girardo (1999), *La convergencia tecnológica en los escenarios laborales de la juventud*, UNAM, México.

De Souza Santos, B. (2008), «Reinventando la emancipación social», en *Pensar el Estado y la sociedad: desafíos actuales*, CLACSO, Muela del Diablo Editores y Comuna, La Paz. Disponible en: Cuadernos del pensamiento crítico latinoamericano, 18, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales,

http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/cuadernos/18/18_boa.pdf.

Feixa, C. (1998), «El Reloj de Arena», SEP. *Culturas juveniles en México*, Colección Jóvenes, n.º 4. Causa Joven, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, México.

Flichy, P. (1991), *Una historia de la comunicación moderna. Espacio público y vida privada*, Gustavo Gili, Barcelona.

Giménez, G. (s/f), La identidad social o el retorno del sujeto en sociología, Mimeo, (s/d).

— (2005), Teoría y análisis de la cultura, vol. 2, Conaculta, México.

Hayek, F. (1945), «The Use of Knowledge in Society», American Economic Review, XXXV (4), septiembre, pp. 519-530.

Disponible en:
<http://www.econlib.org/library/Essays/hykKnw1.html>.

INEGI (2004, 2007, 2009), Encuesta nacional sobre disponibilidad y uso de las tecnologías de información en los hogares, www.inegi.gob.mx.

— (2008), Estadísticas en el día mundial de Internet, México. <http://www.inegi.org.mx/inegi/default.aspx?c=274>.

Keniston, K. (1981), «Juventud: una nueva etapa de la vida, In Telpochtli In Ichpuchtli», Revista de Estudios sobre la Juventud, CREA, año 2, n.º 3, México.

Neüman, M. I. (2008), «La apropiación tecnológica como práctica de resistencia y negociación en la globalización», http://www.alaic.net/alaic30/ponencias/cartas/Tecnologia/ponencias/GT18_14%20Neuman.pdf.

Ortega y Gasset, J. (1965), «Meditación de la técnica», Revista de Occidente, Madrid.

Prensky, M. (2001), Nativos digitales, Inmigrantes digitales, traducción y notas de Q. Lautaro Ferrada, a partir del texto original publicado en On the Horizon, NBC University Press, vol. 9, n.º 5, octubre, http://docs.google.com/View?docid=ddttrkpp_29c595pr.

Sánchez Ruiz, E. (2008), «Recuperar la crítica. Algunas reflexiones personales en torno al estudio de las industrias culturales en América Latina en los últimos decenios», ponencia en el seminario permanente «Prospectiva y metodología de los medios de comunicación», Elsie Mc Phail

Fanger y Raúl Tejo Delarbre, coords., Instituto de Investigaciones sociales, IIS, UNAM, México.

Schutz, A. (1973), Estudios sobre teoría social, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Siles González, I. (2005), «Sobre el uso de las tecnologías en la sociedad: tres perspectivas teóricas para el estudio de las tecnologías de la comunicación», Revista Reflexiones, 83 (2), pp. 73-82.

Silverstone, R. (1994), Televisión y vida cotidiana, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Tapscott, D. (2009), Era digital. Cómo la generación Net está transformando al mundo, McGraw-Hill, México.

Urresti, M., ed. (2008), Ciberculturas juveniles, La Crujía, Buenos Aires.

26. El presente trabajo se deriva de las reflexiones planteadas en la investigación «Industrias culturales en México» (PAPIME, PE 300910), financiada por la Dirección de Apoyo al Personal Académico (DGAPA) de la Universidad Nacional Autónoma de México, mediante su Programa de Apoyo a Proyectos para la Innovación y Mejoramiento de la Enseñanza (PAPIME), PE 300910, a quien expresamos nuestro agradecimiento.

27. En México, véanse, entre otros, las encuestas nacionales sobre disponibilidad y uso de las tecnologías de información en los hogares realizadas en 2004, 2007 y 2009, así como las «Estadísticas en el día mundial de Internet» (2008), ambas elaboradas por el Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, INEGI, que confirman que el uso de las TIC se da predominantemente entre la población joven del país. Respecto a Internet informan de que el 60 % de los usuarios tiene menos de 21 años.

Movimientos sociales y procesos de innovación. Una mirada crítica de las redes sociales y tecnológicas

José Candón Mena

Los movimientos sociales se han apropiado de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación desde sus inicios y han sido un actor relevante en el propio desarrollo de las mismas. Las TIC forman, desde su origen, parte fundamental del capital informacional (Hamelink, 2000) de las organizaciones sociales, al menos desde tres niveles de competencia y articulación: 1. El acceso a los equipamientos, como ordenadores o teléfonos móviles, y a las infraestructuras de las redes electrónicas, como la conectividad a Internet y a redes internas. 2. El uso o habilidad técnica para manejar estas infraestructuras, es decir, la alfabetización digital que permite la utilización de los servicios de la sociedad de la información. 3. La apropiación o la capacidad de evaluar la información y aplicarla a situaciones reales. Una apropiación tanto tecnológica como informativa que requiere de la disposición organizativa para integrar recursos y usos, la disponibilidad de recursos humanos, la formación y las motivaciones para buscar información y utilizarla en situaciones concretas participando así en la construcción colectiva del conocimiento (Marí Sáez y Sierra Caballero, 2008; León, Burch y Tamayo, 2001; Surman y Reilly, 2005). Acceso, uso y apropiación son, pues, las etapas

sucesivas de un verdadero aprovechamiento de las TIC para la movilización social, entendiendo que el uso influye también en el desarrollo tecnológico y que la apropiación incluye el desarrollo de proyectos de innovación propios para satisfacer las necesidades específicas de los actores sociales colectivos.

Este proceso, en el caso de los movimientos sociales, se ha producido por dos vías complementarias; el uso disruptivo de tecnologías ajenas y la creación de proyectos propios de innovación tecnológica. El debate entre ambas opciones se traduce en la priorización de algunas de las ventajas o inconvenientes de ambas estrategias. Del lado del uso disruptivo de tecnologías ajenas suele argumentarse la amplia difusión social de las mismas, como ocurre con los principales servicios comerciales de Internet. Mientras, desde las perspectivas del desarrollo independiente se alerta de los riesgos en la seguridad y privacidad de los datos, del peligro de censura y de la falta de adaptación de estas tecnologías a las necesidades reales y específicas de los movimientos. Al margen del debate, la apropiación de las nuevas tecnologías por parte de los movimientos sociales se produce de forma híbrida e influye en el desarrollo tecnológico, tanto por la vía autónoma de la creación de proyectos de innovación libres e independientes como por la reconfiguración e influencia sobre el desarrollo de tecnologías externas producido por el uso social de las mismas.

En el mundo del software y, en general, en Internet, dada la moldeabilidad de los nuevos medios (Manovich, 2005), esta influencia social sobre el desarrollo tecnológico se hace especialmente evidente y puede rastrearse desde los mismos orígenes de la red.

El origen de Internet y el papel de los movimientos

Centrándonos en Internet, antes de indagar en la apropiación social de esta tecnología por parte de los movimientos, es necesario señalar que de la misma forma se produce una influencia de los movimientos en la configuración de la red. Partir de esta idea es importante para comprender la complejidad de la mediación y el alcance de la cultura digital en los nuevos movimientos sociales. Con frecuencia prevalece, en el discurso público y en el imaginario de los actores sociales, cierto determinismo tecnológico y una concepción de las transformaciones de la galaxia Internet según la cual la tecnología es el resultado de «procesos autónomos y cerrados de desarrollo conforme a una lógica propia e inexorable» (Lévy, 2007). Tal principio supondría tanto como reconocer que toda acción colectiva y la sociedad en general son resultado y actores pasivos condicionados por el desarrollo de las TIC, reproduciendo así un esquema simplista de causa-efecto en el que la causalidad parte inexorablemente del lado de la tecnología mientras los efectos y consecuencias se producen inevitablemente en las sociedades que reciben el impacto tecnológico. La racionalidad técnica dominante impone esta visión obviando los contextos sociales, culturales y políticos en que se produce la innovación y privándonos así de la problematización que esos contextos incluirían en el análisis del desarrollo científico y tecnológico y en el debate sobre las consecuencias sociales y políticas de dicho desarrollo.

Sin embargo, el contexto histórico en el que la innovación se produce es clave tanto en su desarrollo como en la existencia misma de la idea de innovar. La invención de la imprenta puede ser muy ilustrativa en este sentido. El protestantismo se

apropió del arte de edición en su batalla contra la ortodoxia católica defendida por el papa y la corona española. La impresión de biblias políglotas, en un claro desafío a la doctrina oficial, jugó en las guerras de religión un papel destacado en la batalla ideológica. Pero el protestantismo no sólo se apropió de un invento que permitía llevar a la práctica su propio desafío doctrinario —como muestra la traducción de la Biblia a las lenguas vernáculas a fin de permitir a los creyentes su propia interpretación de los textos sagrados—: antes de eso, el contexto cultural en el que surge el protestantismo hizo posible, en las condiciones objetivas de desarrollo e intercambio económico, la propia idea de innovar que daría lugar a la invención de la imprenta. Una idea que estaba descartada culturalmente entre los nobles y clérigos españoles, para los que la inversión o el trabajo eran actos indignos de su posición. La imprenta ayudó más tarde a reemplazar y omitir este principio y esta cultura moral a través de la reproducción en masa de libros como el Quijote, que ridiculizaba a una nobleza decadente que trataba de mantener su estatus sin renunciar a «las armas o las letras» como los únicos oficios dignos de su clase, incluso cuando sus representantes se encontraran materialmente en la más absoluta miseria. Los hidalgos españoles, representantes de una nobleza guerrera y rentista, no estaban en situación de llegar a la fama por inventar la imprenta; la fama le llegaría a don Quijote por sus ridículas e ingeniosas venturas y desventuras, impresas gracias al espíritu innovador de una burguesía que reemplazaría a esta nobleza en plena decadencia. Una burguesía que adoptaría más tarde una posición de fuerza contrarrevolucionaria y básicamente conservadora, pero que en la transición desde el Antiguo Régimen a la modernidad podemos calificar, de acuerdo con el propio Marx, como una clase revolucionaria.

Este ejemplo ilustra la importancia del contexto en el que se produce la innovación, tanto para permitir que ésta surja como para modelar el desarrollo de las invenciones creadas. Es por tanto pertinente analizar la influencia de la tecnología en los modos de relación social y en la cultura de las sociedades. Podemos afirmar, además, que las tecnologías de la información y la comunicación, al tratar de materias propiamente humanas, tienen aún una mayor influencia social (Castells, 2006), ya que «subyacen a todas las otras áreas de la vida humana» y «generan transformaciones fundamentales en los procesos cognitivos» (Piscitelli, 2005: 14). Pero, a la inversa, debemos prestar atención a la influencia cultural y social sobre el desarrollo tecnológico. Para ello quizás sea más útil hablar, como sugiere Pierre Lévy, de sistemas «socio-técnico-culturales» (2007), un concepto que sustituye así al reduccionismo de los sistemas propiamente tecnológicos abarcando la complejidad de las relaciones y la influencia recíproca entre la tecnología o medios culturales materiales, la cultura o medios simbólicos y la sociedad o medios organizativos. De esta forma se señala la capacidad de influir en el desarrollo de la tecnología por parte de los agentes sociales como empresas, gobiernos e instituciones, universidades y la propia sociedad civil, así como los propios inventores, que establecen los marcos legislativos, económicos y culturales en los cuales se produce la innovación. Por otra parte, se pone de manifiesto la influencia última de los usuarios que pueden reinventar la propia tecnología a través del uso social que se hace de ella. Un uso que a veces se diferencia notablemente del inicialmente previsto y que reconfigura la tecnología en su posterior desarrollo.

De acuerdo con Castells (2001), las instituciones, las empresas y la gente en general transforman la tecnología,

cualquier tecnología, apropiándosela, modificándola y experimentando con ella —lo cual ocurre especialmente en el caso de Internet, al ser ésta una tecnología de la comunicación—. En este proceso, explica el mismo autor, la red es posible merced al cultivo y desarrollo de un entorno cultural marcado, entre otros factores, por la influencia de la cultura de los movimientos sociales de los años sesenta y setenta en un espacio y territorio donde, aún hoy, se concentran las principales empresas «puntocom» y los principales procesos de innovación tecnológica. Hablamos, obviamente, del área de la bahía de San Francisco, en el estado de California, al que algunos llaman el más europeo de los estados norteamericanos y donde nacen el movimiento beat, la cultura hippy y underground, el pacifismo (especialmente en oposición a la guerra de Vietnam), el ecologismo o el movimiento de liberación sexual, incluido el movimiento gay. En San Francisco, nace en los cincuenta la denominada «generación Beat», precursora de los siguientes movimientos y que muestra ya un rechazo expreso a los valores dominantes de la sociedad norteamericana. El barrio Haight-Ashbury será el centro neurálgico del movimiento hippy, precursor del ecopacifismo, tanto por su oposición a la guerra de Vietnam («haz el amor y no la guerra») como por su defensa de la naturaleza (el flower-power), así como por su crítica al consumismo capitalista, a las jerarquías y a las convenciones sociales autoritarias. También en San Francisco se funda en 1981 una de las primeras organizaciones ecologistas, el Sierra Club. A finales de los sesenta, el movimiento en pro de los derechos de los homosexuales nace en el valle de Eureka, una de las zonas más conocidas de la ciudad, concretamente en la intersección de las calles Market y Castro. Harvey Milk se convertiría en 1977 en el primer político electo abiertamente homosexual como

miembro de la Junta de Supervisores de la ciudad y, tras su asesinato, en un mártir de la causa del movimiento gay. En ese entorno del área de la bahía de San Francisco que vio surgir muchos de los nuevos movimientos sociales nace también la nueva economía basada en las tecnologías de la información y la comunicación, especialmente en el llamado Silicon Valley.

Así pues, tanto la industria del hardware como la de los desarrolladores de software se concentraron en la misma zona matriz de la contracultura de los años sesenta y setenta, vinculadas a prestigiosas instituciones académicas de referencia como la Universidad de Berkeley, Stanford, San José o Santa Clara, que tanto influyeron en los valores culturales de los inventores y primeros usuarios de la red de redes. De hecho, los primeros nodos de la red Arpanet, precursora de Internet, se establecen precisamente entre la Universidad de California en Los Ángeles, el Instituto de Investigación de Stanford, la Universidad de California en Santa Bárbara —todas en la amplia zona metropolitana de la costa de California— y la Universidad de Utah, ésta sí lejos del área californiana. Otros centros de investigación públicos y privados en la zona como la RAND, el laboratorio Xerox PARC, el System Development Corporation en Santa Mónica o el Centro de Investigación Ames de la NASA fueron también nodos pioneros de Arpanet. Sólo en Silicon Valley tienen su sede empresas como Apple, Google, FaceBook, Twitter, Yahoo!, eBay, Hewlett-Packard, Cisco, Sun Microsystems, Adobe, Oracle, Symantec, Verisign, McAfee, PayPal, NVidia, Intel o AMD.

La disponibilidad de crédito facilitada por el poder económico de California y sus empresas de capital riesgo, así como la financiación de proyectos por parte del ejército de Estados Unidos, permitieron hacer realidad estos proyectos tecnológicos. De la misma forma que, además del espíritu

innovador, la imprenta necesitó del poder económico de la burguesía alemana. Pero, en los primeros momentos de su desarrollo, ni el ejército ni las empresas tuvieron la influencia de los académicos y la contracultura que dieron forma a las propiedades básicas de Internet. Cuando el precursor de la idea de las redes de computadoras que se convertirían en Internet, Paul Baran, presentó a la Rand Corporation un think tank creado por el gobierno estadounidense, su idea de una red de comunicaciones distribuida, los militares que le habían encargado el trabajo no le hicieron el más mínimo caso. Su propuesta incluía además descomponer los mensajes en paquetes de información capaces de viajar independientemente por la red. Baran presentó el proyecto a la AT&T, el monopolio telefónico de la época, y su director lo rechazó por imposible y por el hecho de que en el caso de que funcionara implicaría crearle una competencia a la propia AT&T. «Las ideas de Baran naufragaron, pues, ante la oposición combinada del pensamiento centralizado de los militares y las prácticas monopólicas —no menos centralizadas— de la industria» (Piscitelli, 2005: 24). Sólo una década más tarde se valorarían estas ideas cuando en plena guerra fría comienza la carrera espacial y se crea la Defense Advanced Research Project Agency o DARPA, que tras la constitución civil de la NASA perderá la D de defensa para llamarse simplemente ARPA. Allí, y ya con objetivos puramente civiles, se retomarían las ideas de Paul Baran a las que de forma independiente habían llegado científicos del Laboratorio Nacional de Física de Inglaterra, dando lugar primero a Arpanet y luego a Internet.

Así, la influencia de lo que Richard Florida (2010) llama la clase creativa, y de las ciudades creativas, entre las que el autor señala a San Francisco como ejemplo paradigmático, es un factor tan importante como la inversión para explicar el

surgimiento de Internet en ese entorno. Richard Florida distingue las ciudades creativas como aquellos núcleos urbanos con un amplio porcentaje de profesionales ligados a actividades científicas, artísticas y en general simbólicas, con amplia presencia de homosexuales, inmigrantes y bohemios, que crean espacios propicios para la creatividad y la innovación. Una creatividad que es explotada por el capitalismo posfordista para el beneficio privado de las empresas de la nueva economía y que pretende erigirse en legitimación moderna del neoliberalismo y de un capitalismo falsamente progresista, frente a la imagen conservadora de las figuras del capitalismo industrial. Ahora bien, esta diversidad urbana y cultural (que podemos leer desde puntos de vista verdaderamente progresistas como los representados por Jane Jacobs en *La economía de las ciudades* o Enmanuel Rodríguez en *La riqueza y la ciudad*) demuestra que Internet difícilmente sería tal y como la conocemos si hubiera surgido en otro lugar y quizás ni siquiera hubiera podido surgir en otro sitio, aun contando con la disposición de los recursos económicos necesarios.

Ello explica, igualmente, que en tal lugar se dieron las condiciones necesarias para que en 1987 se fundara en la ciudad el Institute for Global Communications (IGC), que impulsaría las primeras redes críticas como PeaceNet, EcoNet o LaborNet, poniendo Internet al servicio de los movimientos pacifista, ecologista y sindicalista. El IGC se integraría más tarde con otras asociaciones a nivel internacional en la Asociación para el Progreso de las Comunicaciones (APC) que aún hoy es una de las principales organizaciones dedicadas a potenciar la apropiación social de las nuevas tecnologías. Y explica, también, del mismo modo, por qué en California, se desarrolló en 1985 una de las primeras comunidades virtuales, The WELL, descrita por Howard Rheingold en su libro *La*

comunidad virtual (1996), como el espacio matriz originario de un nuevo pensamiento, donde se albergaron foros en los que contactaron John Perry Barlow, John Gilmore y Mitch Kapor para crear en 1990 la Electronic Frontier Foundation, con sede en la misma ciudad.

La red surge, pues, «en la insólita encrucijada entre la gran ciencia, la investigación militar y la cultura libertaria», en un ámbito y contexto sociocultural que, sin duda, va a condicionar su contenido y los usos que se hacen de ella en su desarrollo futuro (Castells, 2001). Los intereses y los valores de las diferentes culturas que intervienen en la creación y el desarrollo de Internet explican su diseño tecnológico, ya que la red es producto de un conjunto de decisiones sociales que la configuran intencionadamente de la forma que mejor satisfaga las aspiraciones de sus creadores y primeros usuarios. En otras palabras, la cultura de Internet es una cultura meritocrática basada en la creencia en el progreso humano a través de la tecnología, practicada por comunidades de hackers que prosperan en un entorno de creatividad tecnológica libre y abierto, y articulada en redes virtuales dedicadas a reinventar la sociedad con apoyo material de emprendedores capitalistas en el quehacer de la nueva economía.

La cultura tecno-meritocrática, la cultura hacker, la cultura comunitaria virtual y la cultura emprendedora son los estratos identificados por Castells en el desarrollo de la red, cuya arquitectura se rige por tres principios: su estructura reticular, el poder de computación distribuido entre los diversos nodos y la redundancia de funciones para evitar riesgo de desconexión. Estos principios, en su origen, pretenden satisfacer ciertas necesidades, en concreto la creación de una red de comunicaciones resistente y robusta, con capacidad de supervivencia para resistir la pérdida de grandes porciones de

los nodos conectados (Cerf, Kahn et al., 1997). Pero estas mismas propiedades de flexibilidad, ausencia de un centro de mando y máxima autonomía en cada nodo satisfacen igualmente las aspiraciones de libertad individual, rechazo a las jerarquías y autonomía personal como valores propios de la cultura universitaria californiana de los años sesenta y setenta. Aunque la tan mencionada intención de crear una red resistente a un ataque nuclear es matizada por los principales inventores, sí que uno de los estudios de la RAND tomaba en consideración esta posibilidad y la financiación militar fue determinante en los inicios de la investigación. Por ello, podríamos hablar de la afortunada casualidad de que los principios diseñados para alcanzar unos objetivos determinados, algunos militares, sirvieran igualmente a fines tan distintos como los de la cultura libertaria de las universidades donde se desarrolló el proyecto. Sus inventores y primeros usuarios encontraron en este proyecto una forma de satisfacer preferencias sociales y culturales, y a partir de ese momento desarrollaron el nuevo medio de forma intencional para satisfacer esos valores. La red, por tanto, no es horizontal, participativa, autónoma o global por mera casualidad sino porque así la querían y así la crearon sus inventores.

La cultura meritocrática propia de este mundo encontró en la red una forma de compartir los conocimientos, primero sobre el propio desarrollo de la misma, y después utilizando esta herramienta para compartir conocimientos en otras áreas. La cooperación para la creación de bienes comunes primó, pues, sobre la explotación ajena de las clases creativas propuesta por los neoliberales. Esta cultura de cooperación hizo posible ejemplos como la donación al dominio público del invento de la web por parte de Tim Berners-Lee o el desarrollo del sistema GNU/Linux iniciado por la Fundación de Software

Libre de Richard Stallman y completado por el kernel de Linus Torvalds. De modo que, como resultado, el carácter abierto de la arquitectura de Internet constituyó su principal fuerza (Castells, 2001). La contribución de los primeros usuarios transforma la propia tecnología, pero la explosión se produce en la red con Internet porque posibilitará nuevos usos y modificaciones transmitidos al mundo entero en tiempo real. Un ejemplo de ello es que cuando en 1971 Ray Tomlinson inventó el correo electrónico mandó el primer e-mail con un mensaje que decía simplemente «Testing 1-2-3». Pero más crucial fue el segundo correo electrónico de la historia, en el que Tomlinson envió a todos los usuarios de Arpanet las instrucciones y convenciones de su reciente invención (Piscitelli, 2005).

Internet reúne, pues, dos características que refuerzan su adaptación según el uso social que se hace de ella. En primer lugar, buena parte de su desarrollo es inmaterial. Los códigos de software pueden modificarse sin disponer de más herramientas que un ordenador conectado y los conocimientos necesarios para programar. Hoy podemos ver cómo el mundo del software libre progresa de forma independiente a las empresas, lo que no ocurre con el hardware, que sigue siendo un monopolio empresarial. En segundo lugar, la propia red es un instrumento óptimo para compartir conocimientos y, obviamente, los conocimientos sobre su propio desarrollo fueron los primeros en ser transmitidos a través de la red, posibilitando que cada avance estuviera inmediatamente al alcance de otros que podían introducir mejoras. Ésta es la forma en que se desarrolla el software libre, el llamado modelo bazar (Raymond, 1997). Este sistema de desarrollo se contrapone al llamado modelo catedral del software privativo, desarrollado de forma cerrada y centralizada. Por ello podemos decir que, aunque toda la tecnología se modifica con el uso,

Internet es especialmente moldeable. La rápida difusión de los protocolos de comunicación entre ordenadores gracias a la distribución abierta y gratis de software y el uso compartido de recursos como códigos de conducta de los primeros hackers garantizan el acelerado progreso y la modificación flexible del entorno a partir de estructuras cooperativas. De aquí la importancia de comprender y estudiar la cultura hacker.

Pekka Himanen, en *La ética del hacker y el espíritu de la era de la información* (2002), retoma algunas categorías de Weber para explicar esta singular fenomenología en la nueva cultura digital. Según Himanen, la ética hacker es el atributo cultural característico del informacionalismo. Ésta recoge el testigo del desarrollo de Internet en el mundo académico y hace de puente entre los conocimientos de la cultura tecnomeritocrática y los proyectos empresariales. Los hackers producen innovaciones tecnológicas mediante la cooperación y la libre comunicación. Desarrollan esta tarea «interactuando online en torno a su colaboración en proyectos autodefinidos de programación creativa» (Lévy, 2007). La libre información es el valor fundamental de esta cultura y este valor no se aplica únicamente al desarrollo de programas sino a construir un medio de comunicación libre al servicio de la sociedad. Aunque muchos hackers se desvinculan de otras iniciativas sociales declarándose apolíticos y defendiendo la libertad sólo en el entorno tecnológico en el que se mueven, otros tienen además inquietudes sociales y defienden la libertad como valor supremo en todos los ámbitos colaborando con los movimientos sociales para los que desarrollan herramientas tecnológicas. Tanto los académicos como los hackers pueden considerarse a la vez creadores y primeros usuarios que aportan sus valores y configuran la tecnología de Internet.

Pero a medida que ésta progresa y se amplía el acceso a la misma, en los años noventa aparecen nuevos usuarios que, aunque no juegan un papel tan destacado en su desarrollo, crearon las primeras comunidades virtuales incorporando sus valores e incluyendo en la red las primeras innovaciones sociales. Castells afirma que estas primeras comunidades virtuales son muy cercanas a los movimientos contraculturales y los modos de vida alternativos de los sesenta. Es en este momento cuando los movimientos sociales irrumpen en la red utilizándola como instrumento para la organización, el debate, la difusión o la movilización social. Así, numerosos movimientos sociales de todo tipo aprovecharon la flexibilidad de la red para divulgar sus puntos de vista y para conectarse entre ellos en el ámbito nacional y mundial en innovadoras formas de intervención y acción colectiva (Castells, 2001). Del mismo modo que la expansión de la red atrajo a los emprendedores y las empresas. Aunque cabe destacar que el interés económico por la red se produce relativamente tarde, cuando ya era utilizada por una gran cantidad de usuarios e Internet constituía un entorno relativamente seguro, con financiación pública y amplia implantación en el ámbito universitario ganando presencia y terreno a los usos sociales. De hecho, hoy en día las empresas están reconfigurando la red, en muchos casos en el sentido contrario en el que había sido concebida y desarrollada por el mundo académico, la cultura hacker o las primeras comunidades virtuales. El papel de los movimientos sociales que asumen la defensa de la neutralidad de la red o protestan contra las leyes restrictivas de propiedad intelectual y contra los intentos de control y censura del nuevo medio siguen influyendo en el desarrollo tecnológico, pero esta vez tratando de resistir y mantener las propiedades originales de Internet.

Pero volviendo al razonamiento original, podemos observar y concluir que las condiciones sociales y culturales influyeron en la creación y el desarrollo de lo que hoy conocemos como Internet, pero las relaciones entre tecnología, cultura y sociedad son recíprocas y el surgimiento de Internet ha repercutido igualmente sobre el contexto social y cultural que alumbró su creación y desarrollo. Con todos los matices, Internet, en resumen, fue creada por los movimientos sociales al servicio de sus intereses y cultura colaborativa. Es por tanto lógico que éstos usen la red, se apropien de ella, la valoren, se identifiquen con ella y asuman el papel de defenderla. Luego podemos concluir lo siguiente:

— Los nuevos movimientos, por sus preferencias organizativas, valores e intereses utilizan Internet y se apropian de una tecnología que se adapta a sus formas organizativas y sirve a sus fines y formas de acción.

— Si Internet sirve de tal forma a los nuevos movimientos sociales, es porque el contexto social y cultural en el que se desarrolló influyó en su configuración; es decir, la red adquirió estas características útiles a los nuevos movimientos porque fueron personas influenciadas por los movimientos las que la diseñaron para este fin.

Castells define por ello la era de la información como un periodo histórico caracterizado por una revolución tecnológica centrada en las tecnologías digitales de información y comunicación, concomitante, pero no causante, con la emergencia de una estructura social en red (Castells, 2006). Siguiendo esta idea, los cambios políticos y sociales como la evolución de los movimientos sociales confluyen en un momento dado con las nuevas tecnologías y de ese encuentro

surge una relación de influencia recíproca en la cual es difícil determinar las particulares formas de codeterminación. La crisis de las organizaciones tradicionales y de los grandes relatos, el rechazo a las jerarquías, la defensa de la autonomía personal y la participación directa o la globalización de los movimientos en respuesta a la globalización de las estructuras de poder: Mayo del 68, el levantamiento zapatista, los movimientos feminista o ecologista, Seattle y el movimiento altermundista. Todas estas tendencias y acontecimientos son indicios de cambios sociales y culturales profundos. La confluencia de los nuevos movimientos y la aparición de Internet validan la hipótesis de una verdadera revolución de la comunicación. Los movimientos sociales ya se organizaban en red, y tras la aparición de Internet se organizan tanto en red como en la red. Internet, como la imprenta en la Reforma protestante, sólo aparece en el momento justo para que la revolución tecnológica, unida a estos cambios políticos y sociales, adquiera sentido como una verdadera revolución de la comunicación.

Las empresas entran en la red, los movimientos reaccionan

Ya hemos visto cómo los movimientos sociales participaron e influyeron en la creación y primeros pasos de la red de redes, dejando en ella su impronta antes incluso de que las empresas prestaran atención al nuevo medio. Sin embargo, una vez que Internet ya había alcanzado su éxito, los emprendedores y los intereses económicos se lanzaron a la conquista de Internet con tal vorágine que en un primer momento se atragantaron con el boom y posterior descalabro de las «punto.com». Una vez

superado este revés inicial, las empresas influyeron notablemente en el desarrollo de Internet y, sobre todo, facilitaron su difusión al público en general. Sin menospreciar la importante aportación de muchas de estas empresas, su protagonismo quizás debería ser valorado más en términos de éxito empresarial que por su aportación a la innovación. El ejemplo de Bill Gates es paradigmático de cómo se puede construir un imperio económico de indudable éxito basado en las TIC sin realmente hacer prácticamente ninguna aportación importante al desarrollo de las mismas, e incluso perjudicando a los desarrollos independientes con prácticas monopolísticas contra sus competidores. Aun así, en esos momentos el desarrollo de las principales aplicaciones y servicios pasó de las instituciones académicas donde se originó el proyecto a las empresas tecnológicas. Los movimientos sociales perdieron por su parte, como resultado, la iniciativa en el desarrollo de la red, pese a que algunas de las prácticas empresariales, que tratan aún hoy de subvertir los principios de Internet hicieron saltar las alarmas y subrayar la necesidad de un desarrollo independiente a través de herramientas libres que garantizaran la soberanía tecnológica de los usuarios. Sólo cuando el entorno seguro en el que se había desarrollado la red se vio amenazado por la irrupción de los intereses empresariales se creó la conciencia sobre la necesidad de garantizar los principios cooperativos y la libertad primigenios. El punto de inflexión de este conflicto podemos situarlo en 1984, cuando Richard Stallman, en un acto de rebeldía, comenzó su proyecto de desarrollo de un sistema operativo libre, basado en el sistema privativo Unix, y al que bautizó como GNU. El movimiento de software libre lanzado por Stallman surge así en las universidades estadounidenses que desarrollaban software cuando éstas comienzan a colaborar con empresas de

telecomunicaciones que empiezan a registrar sus programas y a obligar a los programadores a firmar licencias para proteger el código de los mismos. En este escenario, Richard Stallman se opuso a perder la capacidad de crear y distribuir sus invenciones, tal y como se había hecho siempre en el entorno académico al que pertenecía. Así lo refleja el preámbulo de la Free Software Foundation Europe según el cual «la definición de software libre vuelve a la idea de intercambiar libremente los conocimientos y las ideas como puede ser encontrado, tradicionalmente, en el campo científico». Extendiendo la idea a los valores sociales, el texto continúa señalando cómo «el espacio digital (cibespacio), con el software como su medio y su lenguaje, tiene un enorme potencial en la promoción de todos los aspectos mentales y culturales del género humano. Haciéndolo accesible, el software libre garantiza igualdad de oportunidades y protección de la privacidad». El movimiento pone así el acento en los valores éticos, especialmente el valor de la libertad y la comunidad, más que en la utilidad técnica de este tipo de desarrollo, lo que evidencia la influencia de los valores de libertad, igualdad o autonomía de los nuevos movimientos sociales. El propio Stallman considera el software libre como «un movimiento social cuyo objetivo es la liberación del cibespacio». En 1989, Stallman inventa también el concepto de copyleft que implementó en la Licencia Pública General GNU (GPL), sirviendo de base para las licencias libres aplicadas también a obras culturales, como las licencias Creative Commons. Ésta fue la licencia elegida por Tim Berners-Lee al inventar la web.

Si ya hemos destacado el papel de los movimientos sociales y la influencia de los valores e ideas de los mismos en consonancia con los de las culturas académicas de la época del surgimiento de la red, cuando todo el software era libre, con la

elección de Stallman, Berners-Lee y muchos otros se pone de manifiesto que, a pesar del dominio económico de las empresas, las siguientes grandes innovaciones surgen también del mundo académico primando el valor de los bienes comunes, la cooperación y la libertad. Y es que, tras la invención de los protocolos TCP/IP o el correo electrónico, no hay innovación más rompedora en la historia de Internet que la web de Berners-Lee, inspiradora de nuevos procesos y luchas de apropiación colectiva del código.

La reacción de los movimientos a la comercialización de la red se manifiesta por ejemplo en movimientos ciberpolíticos que no hacen un mero uso instrumental de Internet para la protesta, sino que asumen la defensa de la red como su propia razón de ser. Movimientos contra los ataques al principio de neutralidad de la red por parte de operadoras de telecomunicaciones que pretenden primar el acceso a sus propios contenidos, contra las leyes restrictivas de la propiedad intelectual que se proponen establecer mecanismos de censura amparándose en un concepto trasnochado de los derechos de autor, contra sistemas de vigilancia por parte de empresas y gobiernos que no respetan la privacidad y que crean perfiles de usuarios mediante la minería de datos con fines publicitarios o de control social. Otros movimientos luchan contra la brecha digital y defienden la consideración del acceso a la red como un nuevo derecho ciudadano, como la APC, y/o promueven experiencias de redes libres y gratuitas como Madrid Wireless, Guifi.net o Red Libre, y velan por la gestión democrática, pública y transparente de la red, defendiendo la independencia de las instituciones que deben guiar el desarrollo de la misma, el establecimiento de estándares tecnológicos o el diseño de la arquitectura de las redes como la Free Protocols Foundation (FPF), OpenCores, The League for Programming Freedom e

incluso instituciones que formarían parte del gobierno de la red, como la W3C o la Internet Engineering Task Force (IETF).

El movimiento del software libre trata también de establecer estándares abiertos y organizaciones de consumidores y usuarios velan por el respeto a los derechos del consumidor frente a las imposiciones de las compañías proveedoras de servicios. Surgen también modelos de red como las redes P2P (peer to peer, de igual a igual), que devuelven la horizontalidad originaria de Internet, y organizaciones en defensa de estas redes como P2P United. Se intensifican además los movimientos de defensa de la privacidad en Internet con organizaciones como la Electronic Frontier Foundation, Privacy International, Computer Professionals for Social Responsibility, Digital Civil Rights in Europe, la Asociación de Internautas o el Partido Pirata, a la vez que los movimientos de defensa de la libertad de expresión en Internet, como Reporteros sin Fronteras o la Asociación por la Libertad de la Información, y campañas como la Campaña Global por la Libertad en Internet (Global Internet Liberty Campaign), formada por miembros de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles, el Centro de Información sobre la Privacidad Electrónica, Human Rights Watch, Internet Society, Privacy International, Association des Utilisateurs d'Internet y otras organizaciones; o la Campaña de Lazos Azules, el proyecto The Censorware Project (CWP) y las redes Internet Free Expression Alliance (IFEA), Free Expression Policy Project, Digital Future Coalition (DFC) o Free Expression Network (FEN) y, por supuesto, Wikileaks, que impulsan la libertad de información y conocimiento, junto a colectivos en contra de los abusos de la industria y las asociaciones de gestión de derechos sobre la propiedad intelectual, como Hacktivistas.net o Anonymous, o las organizaciones que

promocionan las licencias copyleft, como la Fundación Copyleft, el colectivo EXGAE o la Asociación de Internautas.

En definitiva, los movimientos no sólo influyen en el desarrollo de Internet a través de proyectos propios de innovación, sino también mediante la defensa política de los marcos legales y jurídicos que regulan la red y de los estándares tecnológicos que guían su desarrollo.

La Web 2.0, la comercialización de la red y los usos disruptivos

Hoy estos movimientos han de confrontarse con la denominada Web 2.0, resultado de una acumulación de cambios técnicos y sociales (nuevos estándares, servicios y nuevas formas de apropiarse de ellos) en las maneras de intercambiar datos y comunicarse en Internet. Donde la Web 1.0 habilitó las condiciones para la producción y consumo de información, la Web 2.0 estableció las bases para compartir conocimiento a través de canales más interactivos, facilitando la publicación e intercambio de datos, así como rebajando los niveles de accesibilidad y usabilidad de las herramientas previstas a tales efectos (Haché y Franco, 2010). Ello ha supuesto paralelamente una socialización y una comercialización de la red. Los servicios de la Web 2.0 han facilitado la interacción de los usuarios mejorando la usabilidad, pero esta socialización de Internet se ha apoyado en buena medida en servicios comerciales fomentando los intereses privados y empresariales en un entorno digital que nació de la colaboración y construcción de bienes comunes.

Independientemente de esta comercialización de la red, la web es hoy mucho más participativa e interactiva gracias a las

innovaciones técnicas y sobre todo sociales. En ellas, los movimientos sociales han jugado de nuevo un papel fundamental. Una de las innovaciones técnicas que posibilita el surgimiento de la web social es el lenguaje PHP surgido en 1995, un lenguaje de programación diseñado originalmente para la creación de páginas web dinámicas. La innovación técnica y la innovación social se dan la mano con la creación de Indymedia, que podríamos definir también como la unión de la red de redes y el movimiento de movimientos en la convergencia de Internet y el movimiento altermundista.

Indymedia surge de la cooperación entre activistas tecnológicos, hackers o hacktivistas y activistas mediáticos tradicionales que empiezan a trabajar conjuntamente a finales de la década de los noventa. De esta colaboración surge el primer Centro de Medios Independientes (IMC por sus siglas en inglés) para cubrir las protestas de Seattle, creando un espacio de publicación abierta y coordinación de distintos medios independientes y alternativos con el objetivo de romper el cerco informativo de los medios corporativos tradicionales. Indymedia Seattle aprovechó las innovaciones tecnológicas introducidas por el PHP que permitía, entre otras cosas, la publicación abierta e interactiva en Internet. El sistema implementado ya había sido utilizado anteriormente en un gran Reclaim the Streets celebrado en Londres en 1998 y fue desarrollado por hackers australianos y saudíes para Seattle, en colaboración con las redes sociales que coordinaron la organización de las protestas (Cabello y Teruel, 2006). Indymedia supuso así una importante novedad en el uso de Internet ya que —aun cuando en algunos sitios web cualquiera podía publicar sin pedir permiso a nadie— el sitio Indymedia.org fue pionero en agrupar, dar visibilidad y facilitar la publicación de la información textual y multimedia generada

por las personas y grupos activistas que participaban en las protestas permitiendo la información en tiempo real durante «la batalla de Seattle». Más aún, este nuevo sistema de publicación abierta puede ser considerado el verdadero precursor de los blogs y los sistemas de publicación colaborativos que hoy son característicos en Internet y en la Web 2.0.

Hoy la red Indymedia tiene más de 150 nodos en todo el mundo que continúan activos, aunque la red y los movimientos sociales en general han perdido gran parte de la iniciativa y la visibilidad con la que irrumpieron entonces. La idea de la publicación abierta «no era escalable» (Fernández-Savater, 2009), por lo que una vez que se popularizó el medio y la comunidad de usuarios desbordó el entorno de los activistas altermundistas «el ruido acabó devorando la comunicación». No obstante, Seattle y el movimiento global sirven de ejemplo para la valoración del potencial uso político de las TIC por parte de los movimientos en una etapa de aprendizaje colectivo en la que por primera vez de forma directa, clara y globalmente la cultura digital se incorpora como elemento estratégico en los repertorios de protesta. En particular, el uso del correo electrónico y los mensajes SMS a través del teléfono móvil para la convocatoria de acciones colectivas se difunde socialmente tras ejemplos como las movilizaciones de 2001 en Filipinas, la respuesta al golpe de Estado en Venezuela en abril de 2001, el 13 de marzo de 2004 y el movimiento por una vivienda digna en España en 2006 o el noviembre francés de 2005. A través de mensajes en cadena, relacionados con las «cibercascadas de información» (Sunstein, 2003: 82) o las «ciberturbas» (Urrutia, 2003, citado en Ugarte, 2007: 24) que dan origen a procesos de movilización que Rheingold (2004) denomina smart mobs, estas convocatorias y la posterior

movilización social se difunden a través de redes sociales y electrónicas y en algunas ocasiones logran alcanzar una gran difusión dando lugar a movilizaciones en cierto sentido autoconvocadas. Por otra parte, las listas de correo son utilizadas para la organización y coordinación de las protestas, por ejemplo por el movimiento global.

Aparte del correo electrónico, las listas y los SMS, las organizaciones sociales emplean otras herramientas como los foros o los wiki. Por ejemplo, el movimiento por la vivienda digna utiliza el primero para el debate y el segundo para elaborar colaborativamente un manifiesto y concretar las propuestas. Paralelamente, se desarrolla la blogsfera, en la que pronto destacarán los blogs políticos y los medios de comunicación alternativos.

En general, en esta etapa los movimientos sociales hacen un uso disruptivo de las nuevas tecnologías empleando tanto servicios propios como comerciales. Sin embargo, con el auge de las redes sociales los servicios comerciales logran imponerse y los movimientos pierden cierto protagonismo en el proceso de innovación tecnológica. Redes sociales como Flickr, FaceBook o Twitter alcanzan una enorme difusión, desplazando en cierta medida a otros servicios como el correo electrónico o los blogs. El uso de estos servicios comerciales genera problemas e incertidumbres para los movimientos sociales y para la sociedad en general. La privacidad de los datos, los términos de uso abusivos, la posibilidad de censura, el control y la vigilancia al que están sometidos los usuarios y la acumulación de poder en pocas manos que supone la disposición de tal cantidad de información constituyen un grave riesgo para la privacidad y la libertad, especialmente en el caso de los movimientos sociales sometidos a la presión de los gobiernos y poderes económicos. El caso de Wikileaks ha mostrado cómo servicios comerciales

como Amazon o PayPal están dispuestos a obedecer ciegamente a los gobiernos si éstos les presionan para censurar contenidos indeseables para los poderes establecidos.

Sin embargo, el uso disruptivo de estas redes comerciales se generaliza hasta el punto de que se da la paradoja de que su potencial para la protesta se convierte en uno de sus reclamos y los ejemplos de movilización a través de redes como FaceBook o Twitter difunden el uso de las mismas. Así sucede con casos como Twitter y las protestas en Irán o FaceBook y la primavera árabe. También en el Estado español el movimiento del 15-M se convoca y organiza en un primer momento a través de FaceBook. Este movimiento es un buen ejemplo de las potencialidades y los límites del uso de las redes comerciales para la protesta y cómo en su desarrollo puede experimentarse el paso de las redes comerciales a la creación de espacios libres de organización, dando lugar a una nueva etapa de recuperación de la soberanía tecnológica y el protagonismo de los movimientos sociales en el proceso de innovación tecnológica y, sobre todo, política.

De las redes comerciales a las redes sociales libres

Tal y como hemos apuntado, la expansión de la Web 2.0 y las redes sociales ha supuesto una creciente dependencia de los movimientos hacia servicios comerciales. Si bien el uso disruptivo de los mismos ha mostrado el potencial movilizador de la red, esta dependencia conlleva riesgos para los movimientos que parecen haber perdido parte de la iniciativa en la innovación y apropiación de las nuevas tecnologías. En los últimos tiempos, proyectos de desarrollo de redes sociales

independientes tratan de abrirse camino y resolver los problemas de las redes comerciales sobre los que no sólo los movimientos, sino la sociedad civil en general, van tomando conciencia. Entre estos proyectos, podemos mencionar Pinax, Elgg, Cyn.In, Buddypress, OpenCollad, Smob, Diaspora o Socialbar y, especialmente pensadas desde los movimientos, redes sociales como Crabgrass, desarrollada por el colectivo autónomo de activistas para la provisión de infraestructuras comunicacionales Riseup, la GNU Social de la Free Software Foundation, o Lorea. Este último proyecto es ilustrativo de la situación actual, ya que a raíz del movimiento del 15-M en el Estado español ha cobrado fuerza como alternativa a los problemas y limitaciones de las redes comerciales empleadas inicialmente por los activistas.

El 15-M se convoca y organiza inicialmente a través de las redes comerciales, principalmente FaceBook. Comienza por tanto con un uso disruptivo de un servicio ajeno a los movimientos, pero la protesta inicial se desborda y se transforma en un potente movimiento social con crecientes necesidades de organización y coordinación para las que FaceBook resulta insuficiente. Más allá de la convocatoria inicial a través de la publicación del evento central y de los eventos locales, la red FaceBook se muestra totalmente inadecuada para la organización y el debate a largo plazo. En el grupo promotor de las protestas, la Plataforma de Coordinación de Grupos Pro Movilización Ciudadana, que más tarde pasará a llamarse Democracia Real Ya, el debate se hace insostenible debido a que FaceBook está pensada para manejar una cantidad ingente de información, pero no para sostener un debate ordenado y mantenido en el tiempo. En el muro de la plataforma, el espacio en el que los miembros del grupo pueden publicar informaciones que pueden ser comentadas por el resto

de miembros, se suceden hilos de debate que rápidamente desaparecen de la pantalla principal al ser sustituidos por nuevas informaciones. El diseño de FaceBook para este espacio prima la novedad, de forma que los hilos de debate no se ordenan por importancia, ni siquiera cronológicamente, sino por la última actividad recibida. Así, la primera información que aparece en el muro del grupo puede ser un hilo abierto hace tiempo que acaba de ser comentado o votado por un usuario. Ello provoca que los debates importantes se pierdan o se dupliquen los hilos sobre el mismo tema, haciendo imposible mantener un debate ordenado y perdurable, lo que incluso llegaría a ocasionar malentendidos entre los participantes de la plataforma. Pero más allá de los detalles concretos sobre las carencias de FaceBook interesa aquí analizar el modelo en el que se basa esta red comercial y que explica su incapacidad para dar respuesta a las necesidades organizativas del movimiento.

La novedad es el criterio principal utilizado por FaceBook para ordenar la información publicada en los grupos, lo que facilita más el chisme de una conversación informal e intrascendente que el debate en profundidad y la organización. Tampoco las aplicaciones incluidas priman las herramientas de trabajo colectivo. En definitiva, el modelo de red social que impone FaceBook no es el trabajo colectivo, la organización y el debate, necesidades primarias de los movimientos sociales. Como resume claramente Spideralex, activista de Lorea, dentro de FaceBook la lógica es individualista, los intercambios y herramientas están centrados en el individuo, mientras que en Lorea y N-1, en cambio, si bien se parte de la subjetividad individual, ésta es tan importante como lo son los grupos. Más allá de la difusión, para lo que la masa crítica de usuarios de FaceBook es su principal valor, esta red no resulta de mucha

utilidad para los movimientos. A esta conclusión llegaron los participantes del grupo promotor del 15-M y muchas de las asambleas surgidas a raíz de las acampadas en distintas ciudades españolas. Hubo necesidad entonces de articular una alternativa en las redes creadas por y para los movimientos sociales. En particular, la red de N-1, incluida en el semillero de redes sociales de Lorea, fue la elección de buena parte de las asambleas del movimiento que migraron de forma masiva desde FaceBook. Esta red pasó en mes y medio de 3.000 a 19.000 habitantes y de 370 a 2.100 grupos. N-1 forma parte del proyecto Lorea, un semillero de redes sociales basado en el software libre Elgg y promovido por activistas sociales preocupados por la seguridad y la privacidad que presentaron el proyecto en el Hackmeeting de 2009. Lorea se define como un proyecto de redes sociales «libres, seguras, federadas y autogestionadas». Lorea y N-1 implementan y desarrollan «herramientas pensadas para facilitar la colaboración entre las personas, el trabajo en red, la difusión y la generación de memoria colectiva» (Haché y Franco, 2010). Entre estas herramientas destacan los wikis, blogs, calendarios, gestores de tareas, listas de correo, microblogging o pad colaborativos. Priman por tanto las herramientas para la coordinación o de escritura colectiva que satisfacen las necesidades de los movimientos sociales. De esta forma, Lorea y N-1 vinieron a solventar las limitaciones del uso de FaceBook por parte del movimiento del 15-M, pero este hecho no se produjo tanto por una mejora técnica como por el hecho de ser redes creadas por y para los movimientos, lo que evidencia la importancia de los proyectos propios de innovación para garantizar la soberanía tecnológica de los mismos, ya que como dice uno de los lemas de N-1, «las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo».

Hay que destacar además cómo la apropiación por parte del movimiento del 15-M de estas herramientas tecnopolíticas retroalimenta los proyectos de innovación. Además de usar la red de N-1 ya disponible, algunos grupos del movimiento han creado sus propias redes basadas en el código de Lorea y federadas con el resto de redes, incorporando recursos y líneas de desarrollo alternativas que enriquecen el proyecto. Éste es el caso de `network.takethesquare.net`, creada por Hacksol, el laboratorio hacker creado en la acampada de la plaza del Sol de Madrid, o `red.democraciarealya.es`, la red de la plataforma Democracia Real Ya, impulsora de la primera movilización.

Conclusión

Los protestantes no sólo podían traducir e imprimir masivamente la Biblia, lo que también podían hacer los monjes católicos que monopolizaban el conocimiento, sino que además querían hacerlo. Los medios convencionales podían implementar sistemas de publicación abierta, pero fueron los altermundistas los que además de poderlo hacer lo desearon y crearon Indymedia. FaceBook puede implementar aplicaciones colaborativas y útiles para el debate y la organización, pero son los hacktivistas los que ansiaban hacerlo y los que finalmente diseñaron redes sociales como Lorea/N-1 pensadas para satisfacer las necesidades de movimientos como el 15-M.

Los movimientos sociales no se limitan por tanto a usar los nuevos sistemas de información y a apropiarse instrumentalmente de ellos, los movimientos han sido y continúan siendo actores decisivos en el propio desarrollo tecnológico. Pues, de hecho, los movimientos en sí mismos no

son más que innovaciones sociales y, por tanto, sistemas de organización capaces de inventar, pensar e imaginar usos, aplicaciones y desarrollos tecnológicos nuevos. Configuran, reconfiguran y dan sentido al desarrollo tecnológico, influyen en el qué se inventa y en el para qué se inventa. En definitiva, el fin es tan importante como el medio y en el caso de Internet los movimientos no se limitan a usar un medio libre, horizontal y participativo, basado en la cooperación y los bienes comunes, sino que lo hacen precisamente para fomentar una sociedad más libre, horizontal y participativa.

Referencias bibliográficas

Cabello, F., y L. Teruel (2006), «Hackeando la frontera: Presentación de Indymedia Estrecho», *Razón y Palabra*, n.º 49, p. 18.

Castells, M. (2001), *La Galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, Empresa y Sociedad*, DeBolsillo, Barcelona.

— (2005), *La era de la información*, vols. 1-3, Alianza, Madrid.

— (2006), *La sociedad red. Una visión global*, Alianza, Madrid.

Fernández-Savater, A. (2009), «De Indymedia a los blogs», *Público*. (Disponible en <http://blogs.publico.es/fueradelugar/40/de-indymedia-a-los-blogs>).

Florida, R. (2010), *La clase creativa. La transformación de la cultura del trabajo y el ocio en el siglo XXI*, Paidós, Barcelona.

Grasso, D. (2011), «N-1: Una red social no mercantilizada es posible», *Diagonal*, n.º 154, pp. 22 y 23.

Haché, A. y G. M. Franco (2010), *Reclaim the networks: soberanía tecnológica para redes sociales*. (Disponible en <https://n-1.cc/pg/blog/read/69974/reclaim-the-networks-soberana-tecnologica-para-redes-sociales>.)

Hamelink, C. J. (2000), *The Ethics of Cyberspace*, Sage, Londres.

Himanen, P., et al. (2002), *La ética del hacker y el espíritu de la era de la información*, Destino, Barcelona.

Leiner, B., V. Cerf, D. Clark, R. Kahn, L. Kleinrock, D. Lynch, J. Postel, L. Roberts y S. Wolff (1997), «Una breve historia de Internet», *On The Internet*, Internet Society, mayo-junio.

León, O., S. Burch y E. Tamayo (2001), *Movimientos sociales en la red*, ALAI, Quito.

Lévy, P. (2007), *Cibercultura. La cultura de la sociedad digital*, Anthropos, Barcelona.

Manovich, L. (2005), *El lenguaje de los nuevos medios de comunicación. La imagen en la era digital*, Paidós, Barcelona.

Marí Sáez, V. M., y F. Sierra Caballero (2008), «Capital informacional y apropiación social de las nuevas tecnologías. Las redes críticas de empoderamiento local en la Sociedad Europea de la Información» en *Telos, Cuadernos de Comunicación e Innovación*, n.º 74, pp. 126-133.

Marx, C. (1976), *Manifiesto comunista*, Obras, I, Progreso, Moscú.

Piscitelli, A. (2005), *Internet, la imprenta del siglo XXI*, Gedisa, Barcelona.

Raymond, E. S. (1997), *La catedral y el bazar*. (Disponible en <http://catb.org/esr/writings/cathedral-bazaar>.)

Rheingold, H. (1996), *La comunidad virtual. Una sociedad sin fronteras*, Gedisa, Barcelona.

— (2004), *Multitudes Inteligentes*, Gedisa, Barcelona.

Sguiglia, N. (2011), «Libertad, autonomía y procomún», en A. Calle, ed., *Democracia Radical*, Icaria, Barcelona.

Sunstein, C. (2003), *República.com: Internet, democracia y libertad*, Paidós, Barcelona.

Surman, M., y C. Reilly (2005), «Apropiarse de Internet para el cambio social», *Cuadernos de Trabajo de Hegoa*, n.º 38, julio.

Ugarte D. de (2007), *El poder de las redes*, El Cobre, Barcelona.

Apropiación y emociones. Una propuesta teórica desde abajo para analizar las prácticas de Net Activismo

Tommaso Gravante y Alice Poma

Introducción

Es difícil imaginar el activismo político sin pensar en los medios de comunicación alternativos e independientes. Las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación han contribuido a fortalecer, sin duda, el vínculo entre mediactivismo y acción política, situando en una óptica no sólo de resistencia, sino también de cambio social los procesos de apropiación de los medios de comunicación por parte de la ciudadanía. Los medios de contrainformación (Baldelli, 1977) no han demostrado ser solamente herramientas para luchar por una información «verdadera», objetiva e independiente, sino más bien han representado el campo de batalla y teatro del imaginario colectivo y el espejo de proyección de la estructura y de la construcción social. Por este motivo no podemos mirar a las experiencias de los medios alternativos solamente como una oposición binaria entre poderosos y subordinados, porque esto llevaría a estudiar los medios alternativos en términos de su éxito o fracaso para equilibrar la ecuación de poder entre los

monopolios de la comunicación y las comunidades subordinadas (Rodríguez, 2001); sino que es importante mirar a estas experiencias mediáticas como laboratorios en los que se construyen subjetividades políticas.

Con esta premisa de partida, en el presente capítulo presentaremos algunas herramientas teóricas para analizar el proceso de apropiación de las nuevas tecnologías, partiendo de un enfoque desde abajo, centrado en los sujetos, y en el que, como veremos, las emociones se convierten en un factor explicativo de la protesta, en general, y de la apropiación social de las TIC en particular.

Las movilizaciones sociales de los últimos veinte años en América Latina;²⁸ las manifestaciones de protesta de los ciudadanos griegos desde 2008; las protestas populares en algunos países árabes; hasta los últimos acontecimientos ocurridos en 2011, entre los que destacan el movimiento de los indignados en España y las revueltas de Londres²⁹ en el verano del mismo año, han sido experiencias que han desbordado las definiciones eurocéntricas, nortecéntricas o anglosajonas de movimientos sociales que durante varias décadas impidieron analizar, observar y acercarse mejor a la complejidad de los sujetos sociales colectivos, a sus prácticas políticas y a su subjetividad (Regalado, 2012: 170). Resulta evidente cómo la teoría clásica de los movimientos sociales³⁰ no permite comprender ni los movimientos latinoamericanos,³¹ ni «la acción social menos formalizada en el norte» (Thompson y Tapscott, 2010: 14-15), y por lo tanto necesitamos nuevas lentes para poder abarcar la complejidad de estas experiencias.

Para conseguir eso hemos acudido a toda una serie de autores que han propuesto y están planteando nuevas preguntas y nuevos desafíos, para «repensar formas de investigar los movimientos sociales» (Retamozo, 2006: 9) movidos por la

evidencia de que «las definiciones clásicas, eurocéntricas, desde los diversos nortes contra los sures, ya no sirven para captar lo que es un movimiento social» (Alonso, 2012: 157) considerando además, por ende, que «los movimientos sociales son (lógicamente) un terreno (adecuado) para empezar ese tipo de teorización bottom-up» (Jasper, 2004: 13). Abrazando una visión «desde abajo», que también ha sido definida «desde el sur», creemos importante subrayar que no estamos hablando de espacios geográficos,³² sino más bien políticos, porque la hegemonía y la dominación no dependen de variables como la latitud, sino de las relaciones de poder que se reproducen en las sociedades, tanto del norte como del sur.

En esta nueva mirada se enmarca la propuesta de Raúl Zibechi de hablar de «sociedades en movimiento» para incluir todas aquellas experiencias latinoamericanas que no caben bajo el paraguas de movimientos sociales. A pesar de que el concepto de sociedades en movimiento es amplio e incluye toda experiencia y todo actor social que a su manera esté experimentando un proceso de conflicto con el sistema dominante, queda claro que este concepto «no remite a instituciones sino que pone en primer lugar la idea de que algo se mueve, y ese algo son sociedades otras, diferentes de las dominantes» (Zibechi, 2007: 251). Ese concepto adquiere importancia tanto porque otorga legitimidad a todas las experiencias de lucha que no llegan a ser reconocidas como movimiento social, y que por eso no gozaban del mismo interés tanto académico como político, como porque ha puesto en evidencia el límite de esta etiqueta permitiendo ver más allá de lo ya definido.

El descubrimiento por parte de los observadores de estas experiencias de luchas, que «siempre habían estado allí pero no teníamos ojos para verlos ni oídos para escucharlos» (Regalado,

2012: 170) ha permitido incorporar en los análisis nuevos sujetos que hasta ahora no se habían tomado en cuenta. La preocupación por el sujeto se hace manifiesta al dar voz a los protagonistas de las experiencias y a la gente «común y corriente», a sus historias y sus reelaboraciones, no simplemente para describir la realidad, sino más bien con el objetivo de «interpretar un mundo que está interpretado por los sujetos a partir de procesos de “dar sentido”» (Retamozo, 2006: 10). En esta línea, el autor recuerda que «algunas corrientes han defendido la capacidad de reflexividad de los sujetos, en tanto, dotados de conciencia, éstos pueden dar cuenta de sus propios actos y motivaciones, aunque éstas sean mediadas por juegos de olvido/memoria, represión, articulación, resemantización, etc.» (ibídem: 11).

El gran salto que presupone ese cambio de perspectiva reside no sólo en el hecho de incorporar los individuos al análisis, sino también considerarlos como agentes pensantes, que actúan, que sienten y que son sujetos políticos y sociales, abandonando la idea de la masa estúpida, ignorante, manipulable y a merced de cualquiera que tenga los medios para convencerlos de una cosa u otra.³³ Además, la peculiaridad del enfoque desde abajo es que no sólo invierte la mirada hacia los sujetos, y los considera seres pensantes, sino que presta atención a los sujetos que normalmente han sido olvidados tanto por el poder, como por los análisis académicos. La categoría de «los de abajo» comprende «ese amplio conglomerado que incluye a todos, y sobre todo a todas, quienes sufren opresión, humillación, explotación, violencia, marginaciones [...]» (Zibechi, 2008: 6). En otras palabras, de acuerdo con John Holloway, «el reto teórico [al que nos enfrentamos] es poder mirar a la persona que camina junto a nosotros en la calle o que está sentada junto a nosotros en el

autobús y percibir el volcán sofocado dentro de ellos» (Holloway, 2009: 19).

Se comprende que, con este tipo de acercamiento a las movilizaciones sociales, debemos replantearnos los estudios sobre los procesos de apropiación de los medios de comunicación por parte de los ciudadanos en estos contextos de protesta, en que resulta fundamental recuperar las experiencias de la gente ordinaria, ya que en ellas están presentes experiencias de microrresistencias que fundan a su vez microlibertades y que se manifiestan a través de prácticas cotidianas (De Certeau, 1996).

En otras palabras, la importancia de la comunicación alternativa no radica solamente en la apropiación de los medios como sistemas de producción de flujos informativos y económicos, sino antes bien en:

recodificar la propia identidad con signos y códigos elegidos por uno mismo, irrumpiendo así en la aceptación pasiva de identidades impuestas por sujetos externos; [...] convertirse en el relator de la propia historia y recobrar así la voz propia; [...] reconstruir el autorretrato de la comunidad y sus culturas (Rodríguez, 2008: 1.131).

Invertir la mirada significa comprender que las prácticas de apropiación de los medios de comunicación son modelos y metáforas del hacer sociedad, y laboratorios en los que los diferentes componentes sociales demuestran sus propias capacidades para «hacer sociedad» (Pasquinelli, 2002). Es necesario así, utilizando las palabras de Martín-Barbero, «cambiar el lugar desde donde se formulan las preguntas» (2002: 29). En este marco, analizar la práctica de mediactivismo, apropiación y uso de los medios significa

centrarse en los procesos de apropiación de los medios y las relaciones que se dan entre éstos y sus usuarios (Atton, 2002). Todo ello teniendo en cuenta su contexto sociocultural y su temática, con el objetivo de explorar los modos en los que la apropiación y el uso alternativo de los medios de comunicación influyen en los procesos de empoderamiento y cambio social. Sin olvidar que para comprender las formas cotidianas de resistencia es necesario tener en cuenta los discursos ocultos que se desarrollan en los espacios sociales cerrados en los cuales esta resistencia se alimenta y adquiere sentido (Scott, 2000: 45).³⁴

La propuesta teórica que desarrollaremos ha sido contrastada de manera empírica en un caso de apropiación de medios digitales, por esto hablamos de prácticas de Net Activismo,³⁵ es decir, de apropiación y uso de las nuevas tecnologías por parte de la ciudadanía. Además hemos elegido insertarnos en un contexto de movilización social, porque consideramos que dentro de la protesta determinados mecanismos son más evidentes, de acuerdo con Jasper, quien afirma que:

los movimientos de protesta son un buen lugar para buscar visiones morales colectivas (...) [y] son unos de los pocos lugares donde podemos ver personas elaborando nuevas sensibilidades morales, emocionales y cognitivas (Jasper, 1997: XII).

Finalmente, retomando los aportes teóricos de los investigadores de la acción colectiva, que en los últimos años han intentado recuperar las experiencias emotivas y subjetivas de los protagonistas, proponemos y ponemos a disposición de los académicos y activistas que quieran explorar y entender los

medios alternativos unas herramientas conceptuales que permiten determinar cuáles son los procesos emotivo-cognitivos que se dan a lo largo de una experiencia de apropiación de un medio de comunicación (digital) y por qué es importante introducir las emociones como variables explicativas en los procesos de apropiación y uso de un medio de comunicación.

No obstante, antes de contestar a esas preguntas explicitaremos, a través de lecturas multidisciplinares, los diversos niveles de complejidad a la hora de analizar el proceso de apropiación y la importancia de centrarnos en la dimensión biográfica y emotiva de las personas involucradas en estas experiencias.

Prácticas de apropiación como espacios de construcción individual y colectiva

Analizar el proceso de apropiación de las NTIC en un contexto de movilización social debe fundarse en reconocer la capacidad de construcción de los individuos para su propia autonomía y libertad, más que sustentarse en comprender las posibilidades de accesibilidad al equipo y a las infraestructuras; o si las personas comprenden o no el manejo de los equipos, así como las reglas y protocolos de navegación y de comunicación en el ciberespacio (Proulx, 2004). En este sentido, siguiendo el pensamiento De Certeau (1996), el acercamiento a los procesos de apropiación consiste en detectar los mecanismos por los cuales los individuos se vuelven sujetos que manifiestan formas de autonomía en un conjunto muy amplio de prácticas de la vida cotidiana, sobre todo cuando nos insertamos en un contexto de protesta social. Sólo en este caso, en nuestra

opinión, se pueden apreciar los procesos de reelaboración y redefinición de valores, creencias e identidades que llevan a las personas a tomar conciencia de aspectos de la realidad que hasta aquel momento no habían considerado, a cambiar su percepción de la realidad y, finalmente, a actuar en consecuencia.

La apropiación entonces se da cuando las personas conocen las herramientas, las valoran y aprenden a usarlas para satisfacer sus necesidades e intereses (probablemente las de su grupo social) y les dan sentido de pertenencia. Es decir, es necesario interpretar este proceso como una cuestión de mediaciones más que de medios y, por lo tanto, no sólo de conocimiento sino de reconocimiento, de resistencia y de apropiación desde los usos (Martín-Barbero, 1987). Apropiarse es un acto intencional del sujeto que se apropia: la autonomía de la acción. No es una concesión de terceros ni impuesta por terceros, ni es concesión previa de lo apropiado (Neüman, 2008). La capacidad de hacer nuestro implica no sólo la tarea de ensamblar, «sino la más arriesgada y fecunda de rediseñar los modelos para que quepa nuestra heterogénea realidad» (Martín-Barbero, 2002: 17).

De esta manera, la herramienta tecnológica se transforma en un objeto relacional y de resignificación de las prácticas diarias de los sujetos involucrados en la práctica mediática (Rueda Ramos, 2009), generando, en el proceso de apropiación y recodificación de las tecnologías, tanto usos diversos como otros nuevos no planteados inicialmente. Por ende, el concepto de apropiación se transforma en una categoría en movimiento. En un acto en el que se rompe la dicotomía entre original e imitado, y donde surgen nuevos productos (Subercaseaux, 1989), y en el que hay innovación de prácticas, de significados y a veces de herramientas (Cardon, 2006).

Las prácticas de apropiación por parte de los usuarios marcan una separación, una diferencia con los intentos que la tecnocracia y las industrias culturales buscan imponerles. Las personas comunes muestran capacidades creativas que los industriales no sospechan: a través de una «caza furtiva» (De Certeau, 1996) los usuarios pueden inventar una manera propia de construir el mundo. Así, mediante un juego sutil de tácticas que se oponen a las estrategias de los dominantes, los usuarios manifiestan una forma de resistencia moral y política en la que «los sistemas de representaciones o los procedimientos de fabricación ya no aparecerían como cuadros normativos, sino como herramientas manipuladas por los usuarios»³⁶ (ibídem: 26).

En esta línea se comprende que para estudiar el proceso de apropiación es necesario considerar la subjetividad en la construcción social de las experiencias objetivas del usuario; por esta razón la apropiación de Internet no debe ser vista como un cúmulo simple de tareas, sino que hay que tener en cuenta la situación y la realidad diversa y heterogénea del contexto en el que operan las personas. Esto es, la apropiación no sigue una lógica unívoca, sino que se mueve entre diversos niveles según los individuos e intereses, mientras que sus significaciones sociales están asociadas directamente, además de a la utilización de las herramientas, a una expansión de su uso y a una conformación de prácticas y procedimientos cotidianos. En otras palabras, el proceso de apropiación de las NTIC no puede limitarse a comprender como la mera capacidad financiera para pagar la utilización de redes electrónicas y servicios de información, como la habilidad técnica para manejar las infraestructuras de estas redes, y/o la capacidad intelectual para filtrar y evaluar la información a partir de la motivación activa para buscar información y

aplicarla en determinadas situaciones sociales (Hamelink, 1999). Antes bien, es necesario comprender la experiencia subjetiva del usuario, en la que el medio de comunicación se transforma en un espacio de construcción tanto individual como colectivo. Un espacio mediático sujeto a una situación de control, defensa y sentimiento de pertenencia por parte de los interesados. De tal manera se genera tanto un sentido de protección (hacia el medio alternativo) como de identificación.

Entrando en un espacio físico de cualquier medio alternativo (una cabina de radio, las instalaciones de ordenadores, etc.) nos damos cuenta de que el espacio alrededor del medio técnico comprende un proceso de identificación por parte de los usuarios: desde pegatinas gritando al software libre, pasando por una foto del Che Guevara o la última foto de los hijos o de la novia o el novio, hasta llegar a un imán del pingüino de Linux, etc. Una identificación que se refleja también en el espacio virtual: el logo diseñado de una página web, un específico jingle que caracteriza una radio, los avatares personalizados en un fórum, etc. Todos estos símbolos sirven al mismo tiempo como señales de apropiación, ya que de esta forma se acota o delimita un espacio, y son indicadores de la personalidad de las personas que toman el medio.

Si consideramos que el proceso de apropiación de un medio de comunicación lo es también de un espacio, es decir, de un «territorio» mediático, nos puede interesar el concepto de apropiación que se desarrolla a partir de la llamada de atención que hacen la sociología urbana y la psicología ambiental sobre el concepto de apropiación de un territorio. Para nuestro trabajo consideramos interesantes la propuesta de modelo dual del psicólogo social Enric Pol Urrutia (1996 y 2002), en la que se define la apropiación como un acto de dos componentes

principales: uno de acción-transformación y otro de identificación y elaboración. En el proceso de apropiación, podemos distinguir dos fases, ya que al principio las personas actúan sobre un lugar para modificarlo, adaptarlo y dotarlo de significación, y sucesivamente se identifican con esa significación que han creado y que tienden a preservar (Pol y Vidal, 2005). Además éste es un proceso cíclico y dinámico, en el que la apropiación por identificación (más elaborada) revierte sobre la fase inicial más primaria, o sea, la apropiación por acción-transformación. Esto nos lleva a comprender que el proceso de apropiación «es un proceso dialéctico por el cual se vinculan las personas y los espacios, dentro de un contexto sociocultural, desde los niveles individual, grupal y comunitario hasta el de la sociedad» (Pol y Vidal, 2005: 291).

La propuesta de Pol, transportada en la apropiación de un espacio de comunicación, tanto analógico como digital, nos proporciona una herramienta más para «liberar a los medios alternativos del esquema David versus Goliath» (Rodríguez Salazar, 2008: 1.139), es decir, salir de la concepción binaria de dominación y subordinación que no permite ver a los medios de comunicación alternativos como un fenómeno social, político y cultural, incrustado en la experiencia subjetiva de las personas. Los dos actos propuestos por Pol, acción-transformación e identificación, desde nuestro punto de vista, no son dos procesos monolíticos y cerrados, sino que están constituidos a su vez por muchos más microprocesos. En el acto de acción-transformación encontraremos además de la accesibilidad de recursos y conocimientos, la motivación a la acción y al aprendizaje. Mientras, en el acto de identificación encontraremos, entre otros, los procesos de reelaboración y redefinición de valores, creencias e identidades que llevan a las personas a tomar conciencia de aspectos de la realidad que

hasta aquel momento no habían considerado; a cambiar su percepción de la realidad, y, finalmente, a actuar en consecuencia. En síntesis, procesos que nos indican que las personas involucradas han vivido un cambio cultural.

Por lo tanto, analizar la apropiación de un medio de comunicación significa analizar los microprocesos que se desarrollan en su interior desde la perspectiva del actor. Es decir, lo que las personas perciben como importante y en qué manera es percibido. En estos diferentes niveles de complejidad a la hora de analizar el proceso de apropiación de las NTIC en un contexto de movilización social, debemos considerar también el fuerte impacto emotivo que caracteriza estas experiencias. Nuestro objetivo no será comprender qué son las emociones y qué efecto tienen en el individuo, análisis que dejamos a otras disciplinas, sino considerar la dimensión emotiva en los diferentes microprocesos que se dan a lo largo de la experiencia mediática (motivación a la acción, motivación al aprendizaje, procesos de autoestima, nuevas relaciones y nuevos proyectos, desarrollo de un concepto de una comunicación comunitaria, etc.), y cómo las emociones interactúan con estos procesos cognitivos (Goodwin, Jasper y Polletta, 2001).

Como destaca De Certeau (1996), las mil maneras de hacer/deshacer no designan solamente actividades sino también cambios significativos que se manifiestan en prácticas culturales por lo que, «tomarlas en cuenta [las emociones] es un elemento esencial para estudiar las formas en que los actores en la vida cotidiana se posicionan frente a las diversas proposiciones y discursos que configuran los sistemas culturales» (Rodríguez Salazar, 2008: 146).

En el presente apartado, hemos visto cómo el proceso de apropiación de un medio de comunicación es una cuestión de

mediaciones más que de medios y, por lo tanto, su estudio no puede ser reducido en analizar los recursos disponibles y en las tareas desarrolladas por los usuarios. También hemos visto, acudiendo a otras disciplinas, cómo el proceso de apropiación es un proceso dinámico en el contexto social donde opera el sujeto social, y en el cual se vinculan las personas y los espacios (mediáticos), desde los diferentes niveles individual, grupal y comunitario. Hemos también apreciado que, para comprender el proceso de apropiación, es importante considerar la subjetividad en la construcción social de las experiencias de las personas y comprender lo que ellas perciben como importante y cómo lo perciben. En la última parte hemos introducido la importancia de la dimensión emotiva tanto en el proceso de apropiación como en los complejos procesos emocional-cognitivos que se dan en la apropiación misma de un medio alternativo de comunicación. Antes de desglosar algunos de estos procesos emocionales-cognitivos argumentaremos las razones que nos han llevado a incorporar la dimensión emocional en nuestra propuesta y presentaremos una breve revisión de la literatura existente sobre el estudio del papel de las emociones en la protesta, como ámbito especialmente problemático de referencia.

Emociones y protesta en la literatura

Desde que empezamos a interrogarnos sobre cómo podíamos diseñar una investigación que pudiese explicar los procesos de apropiación de un medio de comunicación en una experiencia de conflicto social, intuimos que teníamos que centrarnos en el fuerte impacto emotivo que caracteriza estas experiencias. Al

empezar reseñando algunos textos sobre emociones nos dimos rápidamente cuenta de que las emociones podían convertirse en el factor explicativo que estábamos buscando para comprender en profundidad los diferentes microprocesos que se dan a lo largo de una experiencia alternativa de comunicación, ya que «las emociones son, en esencia, impulsos que nos llevan a actuar» (Goleman, 1996: 10), y además «el estado emocional de una persona determina la forma en que percibe el mundo» (Esquivel, 2005: 25).

Las emociones se convierten en el factor que no sólo nos permite explicar por qué las personas se apropiaron de un medio de comunicación, sino también cómo estas personas han tomado conciencia y reelaborado sus ideas sobre el mundo que, luego, se pueden traducir en nuevas prácticas tanto comunicativas como sociales.

La literatura científica no ha demostrado, sin embargo, gran interés sobre este aspecto de la acción colectiva, ya que durante décadas las emociones han sido excluidas, apartadas, ignoradas por los analistas políticos, guiados por una cosmovisión positivista que asociaba las emociones con la irracionalidad.³⁷ Como escribe Laura Esquivel, «por mucho tiempo hemos considerado equivocadamente que el pensamiento y la emoción eran cosas distintas, que podían separarse» (Esquivel, 2005: 24), pero en los últimos quince años «estudiosos de una amplia gama de disciplinas han desafiado la dicotomía pensamiento/sentimiento y la ecuación de emocionalidad con irracionalidad, argumentando en cambio que sentimientos y pensamiento son inseparablemente interconectados, y necesarios el uno al otro» (Gould, 2004: 162) y está tomando fuerza una visión que defiende la idea, en la misma línea, de que «la racionalidad está hecha por emociones» (Jasper, 1998: 398).

Haciendo un breve recorrido histórico de las teorías sobre acción colectiva podemos ver cómo desde el siglo XIX hasta los años sesenta del siglo XX las emociones estaban asociadas con la muchedumbre «inclinada a la rabia y a la violencia y fácilmente manipulables por demagogos» (Goodwin, Jasper y Polletta, 2001: 2), que se dejaba arrastrar por «una clase de frenesí irracional que emerge cuando la gente está en la masa» (Jasper, 1997: 9). La tradición freudiana también alimentó esta visión antagónica entre racionalidad y emociones que, analizadas como dinámicas personales, legitimaba una lectura de los activistas como personas inmaduras o con problemas patológicos (Goodwin, Jasper y Polletta, 2000 y 2001).

Los años sesenta y setenta fueron los años de la vuelta a la racionalidad y del «gran silencio» (Goodwin, Jasper y Polletta, 2000: 70). Por un lado, desde la tradición marxista, se construyó una imagen del activista racional, motivado por intereses materiales (Goodwin, Jasper y Polletta, 2001: 3), por el otro, surgían las teorías políticas clásicas que preveían un modelo de actor racional, desde la teoría de la movilización de los recursos, a la estructura de las oportunidades políticas. Según Deborah Gould, la principal razón de esa desatención se debe a que «estos teóricos se focalizan en las oportunidades políticas que facilitan la protesta y en las cuestiones de la emergencia y declive del movimiento» (Gould, 2004: 156) pero, como ella misma subraya, «la investigación en estas historias, y la atención analítica al poder de las emociones claramente presente en ellas, puede proporcionarnos importantes claves, iluminantes, [...] y ayudarnos a construir explicaciones convincentes de la trayectoria del movimiento, las elecciones estratégicas, la cultura interna, los conflictos, y otros procesos y características del movimiento» (ibídem: 157).³⁸

Entretanto, mientras en el estudio de los movimientos sociales desaparecen las emociones, éstas adquieren importancia en otras disciplinas y se hace fuerte la denominada sociología de las emociones,³⁹ que, por otro lado, como escriben Goodwin, Jasper y Polletta (2000), no sirve para estudiar los procesos que se dan a lo largo de una movilización social, porque se centra en el estudio de las emociones primarias, que son respuestas automáticas, somáticas, o como las define Jasper, reflexivas, mientras que «las emociones más relevantes en los procesos políticos son las más cognitivas, como el ultraje, la vergüenza, el orgullo, la indignación, la alegría de imaginarse un mundo nuevo, etc.» (ibídem: 80). Además, la sociología de las emociones se centra en dimensiones subjetivas que tratan de explicar sociológicamente este tipo de mediaciones desde parámetros ajenos a nuestro propósito, que no es otro que incorporar las emociones en el análisis de los procesos de apropiación para comprender dinámicas hasta ahora menos estudiadas como la comunicación alternativa.

El «giro culturalista» en el estudio de los movimientos sociales de los años noventa representó no obstante un retorno al sujeto y una gran atención a los procesos cognitivos, con una abertura hacia las emociones muy tímida, porque según Goodwin, Jasper y Polletta los analistas que abrazan esta línea «siguen aceptando la idea de que las emociones no tienen nada que ver con la acción racional» (Gould, Jasper y Polletta, 2000: 74), haciendo un uso de las mismas demasiado estratégico (Gould, 2004), y básicamente centrado en los procesos cognitivos (Jasper, 1997).

Ahora, gracias al cambio de paradigma culturalista se han abiertos muchas oportunidades para análisis que pusieran las emociones en un lugar más central, intentando explicar los mecanismos relacionados con ellas. Ese aumento de interés

hacia las emociones se ha dado, además de por el giro cultural, por el número de investigadoras, mujeres, que se han incorporado a la vida académica, y por la reciente atención que la literatura sociológica ha dedicado al «yo». Otra razón que explicaría ese mayor interés por la dimensión emocional de la protesta está vinculada con el mayor número de investigadores comprometidos, o investigadores-actores, que conociendo de primera mano las experiencias que estudian, o habiendo vivido experiencias similares, pueden reconocer dinámicas y procesos antes no visibles para el observador.⁴⁰

Concluimos esa revisión con la gran aportación que hicieron Jeff Goodwin, James M. Jasper y Francesca Polletta, editando la obra *Passionate Politics* (2001), en la que hicieron el esfuerzo de coordinar distintos trabajos en los que se puede apreciar el papel de las emociones tanto en la aparición como en las dinámicas y en los impactos de los movimientos. Tanto los trabajos de Goodwin, Jasper y Polletta (2000 y 2001), Goodwin y Jasper (2004), como los posteriores de Jasper (2006 y 2011) nos ayudan a entender los problemas a los que tenemos que enfrentarnos si decidimos incorporar las emociones en nuestro análisis, y los retos que tenemos delante.

Introducida la importancia de las emociones en nuestro trabajo nos queda por explicar los principales procesos que resultan centrales, sin olvidar que nos situamos en la dimensión cultural de la protesta, constituida por creencias cognitivas, respuestas emocionales y evaluaciones morales (Jasper, 1997). Para explicar estos procesos emocionales-cognitivos que determinarán quién, cómo, por qué y en qué medida los actores se involucran en la apropiación del medio de comunicación, y cómo esa experiencia producirá cambios en sus maneras de ver y estar en el mundo, debemos dejar la dimensión teórica por un momento y ubicarnos en la experiencia de la protesta.

Apropiación y protesta: los procesos emocionales-cognitivos centrales

Hemos visto que el proceso de apropiación de un medio (digital) es el resultado de una reelaboración compleja que incluye distintos procesos emocionales-cognitivos. En una primera fase, las personas actúan sobre el medio para modificarlo, adaptarlo y dotarlo de significación, y en una segunda fase las personas se identifican con esa significación que han creado y la reelaboran junto con la experiencia que están viviendo. También, hemos mostrado que estos procesos no son lineales, sino dinámicos según la persona que los experimenta, el momento en el que se producen, etc. Y finalmente son procesos repetitivos, es decir, que se pueden repetir tantas veces como experiencias se viven, influyendo en reelaboraciones continuas de la realidad que nos rodea.

Por lo tanto, se trata de procesos que forman parte de la lógica de apropiación y reelaboración, y de alguna manera son etapas del mismo, aunque cada sujeto podrá resolverlos en tiempos, formas y orden muy distintos, según su cultura, su estado emocional, su biografía, etc. Los aspectos que trataremos y que consideramos importantes en el momento de analizar el proceso de apropiación de un medio de comunicación son: el choque moral, la elaboración de la amenaza y la identificación de los culpables, el proceso de framing que nos conduce al injustice frame, es decir, la toma de conciencia de que lo que se está viviendo es una injusticia, la reelaboración de valores y creencias, y, finalmente, el empoderamiento, tanto personal como político.

El primer concepto que presentaremos y que es determinante en la primera fase de acción-transformación es el choque moral, o moral shock, que «ocurre cuando un evento inesperado o un conjunto de informaciones aumenta el sentimiento de ultraje en una persona que se inclina hacia la acción política, que tenga o no conocidos en el movimiento» (Jasper, 1998: 409). El choque moral implica un elemento cognitivo, ya que «la información o el evento ayuda a las personas a pensar en sus valores básicos y cómo el mundo diverge de esos valores» (ibídem), procesado a través de las emociones experimentadas por los sujetos, como pueden ser los vínculos afectivos o la sensibilidad hacia algunos temas que producen el choque.

El desalojo violento de la protesta de maestros en la ciudad de Oaxaca en 2006, o el momento en el que Mohamed Bouazizi se inmoló frente a la sede de la gobernación de Sidi Buzid en Túnez el 17 de diciembre de 2011, o también el desalojo de la primera acampada en la plaza del Sol en Madrid en mayo de 2011, son algunos ejemplos que nos indican que el choque moral depende de las emociones, y según el tipo de emoción y su intensidad, se darán reacciones diferentes a un mismo input cognitivo.⁴¹ Además, el choque moral dependerá de la cultura, en la medida en que las emociones son también constructos culturales,⁴² luego también los momentos históricos, ya que según la época el ser humano es más o menos propenso a aceptar o no su condición, a defender derechos adquiridos etc.; y finalmente de la biografía de las personas, elemento que fortalece la necesidad de un enfoque que tenga en cuenta el sujeto.

El choque moral es muy importante porque de él depende la motivación a la acción, la radicalización de la protesta (Gould, 2009), la participación, y finalmente el cambio cultural,

considerado que el choque moral es el proceso que lleva a entender que «el mundo no es como lo pensabas» (Jasper, 1998: 409) y que aunque no los cambie, clarifica y activa los valores subyacentes de la gente (Jasper, 2011: 293).

Se comprenderá así que el primer paso en el análisis de los procesos de apropiación de un medio alternativo en un contexto de movilización social será identificar los choques morales vividos por los sujetos entrevistados y determinar las emociones que los provocaron, comparando los resultados para encontrar patrones comunes. Sin embargo el choque moral, aunque sea necesario para que una persona se involucre en la toma de un medio, no es suficiente, ya que entran en juego otros mecanismos que trasladan el proceso de apropiación desde el acto de acción-transformación al acto de identificación y elaboración de significado por parte de las personas involucradas.

Los primeros pasos después de experimentar un choque moral son la elaboración de la amenaza y la identificación de los responsables, que a su vez desencadenaran otras emociones ya que «cuando seres humanos pueden ser culpados de causar una amenaza, el ultraje es la respuesta común» (Jasper, 1998: 410), mientras que la falta de responsables induce a la resignación.

La elaboración de la amenaza es un proceso cognitivo que se fundamenta en emociones, a veces primarias como el miedo o el terror (Jasper, 1997: 115), o más complejas, que hacen que nos sintamos amenazados por algo o alguien, o que algo o alguien estén amenazados. La construcción de la amenaza es importante porque «en la amenaza se puede encontrar el origen de muchos movimientos sociales» (Jasper, 1997: 125) y es central en la motivación a la acción. La elaboración de una amenaza está además relacionada con la idea de seguridad y de

calidad de vida, de dignidad, que es uno de los «beneficios emocionales»⁴³ de la protesta, y de percepción del riesgo, que también depende de la cultura y de las emociones, ya que «el riesgo es percibido cuando haya una única posibilidad remota de que la amenaza pueda destruir la comunidad, la forma de vida» (Jasper, 1997: 122).

Elaborada la amenaza, el paso siguiente es apuntar a los responsables. Identificar al responsable, darle cara y voz es uno de los primeros procesos que se desarrollan en la apropiación de un medio de comunicación. Por ejemplo, en la insurgencia de Oaxaca de 2006 los medios alternativos estaban llenos de fotos culpando al gobernador Ulises Ruíz de los sucesos, por no citar los contenidos de imágenes y vídeos en las redes sociales a lo largo de las protestas en el mundo árabe. Haber conseguido detectar a los responsables, o haber llegado a «una conciencia de motivados actores humanos que llevan algunas de las responsabilidades de causar daño y sufrimiento» (Gamson, 1992: 32) abre el camino a lo que Gamson define como el *injustice frame*, es decir, el proceso que permite construir o desenterrar el sentimiento de injusticia, o con las palabras del autor, «la indignación moral expresada en forma de conciencia política» (ibídem: 6).

Enmarcar la experiencia vivida como una injusticia y reconocer que se está siendo víctima de una injusticia (*grievance*) son procesos que influyen en la motivación a la acción y fortalecen las razones para seguir implicados en el conflicto, más allá de intereses materiales, evaluaciones coste-beneficios y discursos. Si no hay una injusticia que «gritar» no hay motivos para apropiarse de un medio de comunicación. Es la construcción y elaboración del sentimiento de injusticia lo que contribuye a que la persona (y el grupo) identifiquen el medio de comunicación como un espacio «propio». El contraste

empírico⁴⁴ de este análisis nos ha confirmado que la elaboración del sentimiento de injusticia por parte de las personas entrevistadas contribuyó no solamente a desarrollar un sentimiento de pertenencia hacia el medio de comunicación sino a vivir la toma del medio como un derecho, como un acto de justicia. Esta reflexión sucesivamente conllevó a los entrevistados a percibir la comunicación como un bien común, un bien de toda la comunidad, por lo que no tendría que estar sujeto a restricciones.

Como se puede ver, todo lo que hemos presentado hasta ahora, desde el choque moral a los procesos cognitivos de elaboración de la amenaza, de los responsables y del sentimiento de injusticia, son procesos cognitivos alimentados por emociones que, aunque están arraigados en la protesta, se vinculan de forma estrecha con el proceso de apropiación de un medio de comunicación. Comprender estos procesos y el papel que juegan las emociones en ellos permite contribuir al conocimiento en profundidad de las experiencias de los medios alternativos que se dan a lo largo de una protesta y resistencia, sugiriendo nuevas interpretaciones como que «generalmente la gente es motivada por la rabia, la indignación, el miedo, compasión o sentimiento de responsabilidad, y no por un optimismo sobre las posibilidades seguras de obtener concesiones políticas a través de la protesta extrainstitucional» (Polletta y Amenta, 2001: 305).

Para concluir con los procesos cognitivos que hemos identificado como centrales en los procesos de apropiación, terminamos nuestro cuadro con un último concepto, el de empoderamiento, o empowerment, un proceso que se desarrolla de forma completa en el segundo acto de identificación y elaboración que hemos visto anteriormente.

Ese concepto, inicialmente propuesto en el marco de la psicología de comunidad en los años sesenta, y rápidamente utilizado en distintas disciplinas, incluida la política y la comunicología, indica el proceso, individual y colectivo, de adquisición del poder, no como «poder sobre alguien» sino como «poder de», como potencialidad (Dallago, 2006). En política el empoderamiento, que además Wood (2001) identifica como un beneficio emocional de la participación en un movimiento, es tanto la toma de conciencia como el proceso de emancipación consecuente. Drury y Reicher (1999, 2000 y 2005) reconocen el proceso de empoderamiento como uno de los resultados de los movimientos, que lleva a un cambio social, y que depende de las emociones experimentadas en la protesta.

Por esta razón, entre las muchas definiciones de empoderamiento que se pueden encontrar en la literatura, hemos decidido referirnos al empowerment como «una condición socio-psicológica de confianza en las habilidades de uno que desafía las relaciones existentes de dominación» (Drury y Reicher, 2005: 35). Aun siendo un concepto de amplia envergadura, estamos de acuerdo con los autores cuando afirman que siguen empleando este concepto «no sólo porque lo utilizan las mismas personas que están involucradas en los movimientos sociales, sino porque captura aspectos de la experiencia —en particular las concomitantes alegría, entusiasmo y placer emocional— que la mera “eficacia”, una explicación del poder subjetivo que un cálculo esencialmente racional, no hace» (Drury y Reicher, 2005: 54).

Finalmente, creemos que ese concepto resulta idóneo en el análisis de la apropiación de un medio de comunicación, porque nos permite complementar el proceso de toma de conciencia antes descrito, y porque incorpora dos niveles de cambio, el individual y el social. Como escribe Dallago, «el concepto de

empowerment subraya, en ámbito político, la estrecha interdependencia que existe entre el cambio individual y el cambio social» (Dallago, 2006: 11), que en nuestra propuesta de trabajo se manifiesta en el cambio cultural consecuente de la experiencia del medio alternativo, confirmando la idoneidad de la elección de un enfoque biográfico y desde abajo.

En el presente apartado, hemos visto cómo el proceso de apropiación se vincula de forma inextricable con los procesos que se dan dentro de la movilización social, además de cómo las emociones resultan ser variables explicativas de dichos procesos. Hemos visto que para comprender los cambios que se dan en las prácticas de apropiación es necesario prestar atención a los recursos biográficos y emotivos de cada individuo, conocer qué es importante para estas personas, cómo se ven en el mundo y qué lenguaje utilizan para describir los diferentes aspectos de sus sociedades.

Una caja de herramientas para el futuro

En el presente capítulo hemos propuesto un acercamiento teórico a los análisis de los procesos de apropiación de los medios de comunicación y en particular de las NTIC, en una dimensión de movilización social. Hemos visto cómo el proceso de apropiación está incrustado profundamente en la vida cotidiana de las personas, en sus biografías y en sus formas de ver y comprender el mundo; y cómo es sesgado considerar la apropiación de las tecnologías de la información como un simple asunto de costo, de funcionalidad o de simplicidad de las interfaces.

El proceso de apropiación vive dos momentos distintos aunque no separados, uno básico de acción-transformación, en el que las personas actúan sobre el medio para apropiarse, modificarlo, adaptarlo y dotarlo de significación, y otro más elaborado en el que las personas se identifican con esa significación y en el que elaboran estas experiencias. Esto conlleva el desarrollo de vínculos entre las personas y los espacios mediáticos, tanto a nivel individual como grupalmente.

Hemos visto que solamente analizando los procesos desde la perspectiva de las personas es posible comprender en profundidad el proceso de apropiación de un medio de comunicación. El esfuerzo del investigador debe consistir justamente en considerar la subjetividad en la construcción social de las experiencias objetivas de las personas y comprender lo que ellas perciben como importante y de qué manera es percibido.

Los procesos de movilización social tienen una alta carga emotiva, así que las emociones se convierten en el factor que no sólo nos permite explicar por qué las personas se movilizan, sino también cómo estas personas han tomado conciencia y reelaborado sus ideas sobre el mundo, que luego se traducen en nuevas prácticas. Y la toma de un medio de comunicación es un proceso más que se da en una protesta social y por esto está sujeto a las dinámicas emocionales de los protagonistas.

El proceso de apropiación se mueve entre diferentes niveles: es un proceso dinámico, según la persona que lo experimenta, el momento en que se produce, etc. Y se puede repetir tantas veces como experiencias se viven, determinando las reelaboraciones continuas de la realidad que nos rodea. Hemos identificado una serie de procesos que se dan a lo largo de una protesta y que se reproducen en la apropiación de un medio alternativo: el choque moral, la elaboración de la amenaza y la

identificación de los culpables, la toma de conciencia de que lo que se está viviendo es una injusticia, con la consecuente reelaboración de valores, creencias, etc., y, finalmente, el proceso de empoderamiento, tanto personal como político. De esta forma, el conflicto social, además de ser un punto de ruptura con el orden constituido, demuestra ser un laboratorio necesario para el cambio social, en el que los medios alternativos de comunicación se transforman en espacios sociales para una cultura disidente.

Los límites de nuestra propuesta descansan en los mismos espacios considerados: las nuevas tecnologías y la protesta social. Sin duda, se intuye que hay elementos útiles para que lo que hemos presentado no tenga que atenerse a los datos empíricos de nuestro caso de estudio, y permita acercarse a otras experiencias de apropiación desde los mismos presupuestos teóricos.

En las primeras páginas de nuestro trabajo, hemos afirmado que un cambio de mirada en el acercamiento a las movilizaciones sociales ha permitido replantearnos también las preguntas acerca de los procesos de apropiación de los medios de comunicación por parte de los ciudadanos en estos contextos de protesta. Pero como un río bravo, este cambio no se puede limitar solamente al desarrollo teórico de la investigación, sino que debe involucrar, en la misma manera, la metodología utilizada para la recolección de los datos empíricos, porque creemos que las herramientas metodológicas designan el modo en el que enfocamos los problemas y buscamos las respuestas.

Con respecto a la metodología empleada, los autores a los que hemos hecho referencia están de acuerdo en que para hacer un enfoque desde abajo habrá que elegir una metodología cualitativa coherente con los propósitos de esa forma alternativa de conocimiento; en esta línea Zibechi afirma que

«los pueblos, sus culturas y cosmovisiones, no pueden ser comprendidos [...] sólo a través de estudios cuantitativos y estructurales» (Zibechi, 2008: 6). Además, según Jorge Regalado, se trata de «reivindicar los métodos cualitativos pero siempre y cuando a través de ellos se exprese la voz, incluso la mirada, el sentir, la subjetividad de los sujetos de la investigación» (Regalado, 2012: 172). Y Martín Retamozo añade que «es imprescindible construir técnicas particularmente móviles y posibles de reconfigurar, ajustar o de plano descartar en el transcurrir de la investigación. De este modo la tarea de campo debe sintonizarse a los postulados ontológicos de la contingencia y de la apertura» (Retamozo, 2006: 12).

Consideramos que recolectar, manipular y ponerse a trabajar con la subjetividad necesita, antes de todo, un acercamiento cualitativo y específico, entre las diferentes técnicas a disposición del investigador;⁴⁵ consideramos imprescindible el uso de dos técnicas utilizadas en conjunto o separadamente: la historia de vida y la entrevista cualitativa en profundidad. No se trata de sobredimensionar su especificidad, pero sí asumir, en el empeño, la necesidad de adoptar, metodológicamente hablando, una actitud diferente frente a los sujetos de investigación, observar a las personas como sujetos políticos que se caracterizan por la expansión de su autonomía, la profundización de las prácticas sociales emancipadoras y la singular construcción de sus imaginarios e ideas.

Esperamos que haya quedado claro en estas pocas páginas que el enfoque desde abajo prevé que «invirtamos la mirada. Que no debemos seguir viendo sólo desde arriba y a través de los procesos instituidos que tienen por objetivo la reproducción del sistema y la forma de Estado; que debemos reconocer la centralidad de los sujetos sociales en movimiento, sus prácticas, sus formas de hacer política y su capacidad de poner en crisis

el sistema; y que debemos acercarnos a la complejidad social desde la vida cotidiana, desde sus pequeñas acciones, desde sus procesos de resistencia y no desde las acciones convocadas desde el poder» (Regalado, 2012: 179). Como señala Holloway «no se trata de ver sólo las cosas desde abajo, o invertidas, porque con demasiada frecuencia esto implica la adopción de categorías preexistentes [...]. No sólo se debe rechazar una perspectiva desde lo alto, sino también toda forma de pensar que proviene de, y sostiene, tal perspectiva» (Holloway, 2004: 15).

Y eso en los estudios de apropiación de los medios alternativos de comunicación se traduce en empezar a ver las grietas que rompen los códigos culturales preestablecidos y las relaciones de poder tradicionales. Grietas que se desarrollan a partir de la cotidianidad de la gente común y corriente y sólo se pueden ver invirtiendo la mirada hacia abajo, ya que, como escribe Holloway, «el cambio social no es producido por los activistas [...] es más bien el resultado de la transformación apenas visible de las actividades cotidianas de millones de personas. Debemos buscar más allá del activismo, entonces para descubrir los millones y millones de rechazos y de otros-haceres, millones y millones de grietas que constituyen la base material del cambio radical posible» (Holloway, 2011: 13). En virtud de esta nueva lógica de observación, podemos concluir y reconocer que Internet y las comunicaciones digitales pueden resultar útiles herramientas ciudadanas en la reingeniería del imaginario político en la medida en que han sido subordinadas a la capacidad de construcción de los individuos, en el sentido de que han sido apropiadas por la incesante capacidad de autonomía y libertar de lo sujetos.

Referencias bibliográficas

Alonso, Jorge (2012), «Hay que perder el miedo a pensar desde la autocrítica», en VV. AA., Hacer política para un porvenir más allá del capitalismo, Grietas Editores, Guadalajara, México, pp. 139-166.

Atton, Chris (2002), *Alternative media*, Sage, Londres.

Baldelli, Pio (1977), *Informazione e Contrainformazione*, Mazzotta, Milán.

Bericat Alastuey, Eduardo (2000), «La sociología de la emoción y la emoción en la sociología», *Papers: Revista de Sociología*, ISSN 0210-2862, n.º 62, pp. 145-176.

Cardon, Dominique (2006), «La innovación por el uso», en Alain Ambrosi, Valérie Peugeot y Daniel Pimienta, comps., *Palabras en juego: enfoques multiculturales sobre las sociedades de la información*, C & F, París.

Dallago, Lorenza (2006), *Che cos'è l'empowerment*, Carocci, Roma.

De Certeau, Michel (1996), *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*, vol. 1, Universidad Iberoamericana, México.

Della Porta, Donatella, y Mario Diani (1997), *I movimenti sociali*, Carocci, Roma.

Drury, John, y Steve Reicher (1999), «The Intergroup Dynamics of Collective Empowerment: Substantiating the Social Identity Model of Crowd Behavior», *Group Processes Intergroup Relations* 2, p. 381.

— (2000), «Collective action and psychological change: The emergence of new social identities», *The British Journal of Social Psychology*, 39, pp. 579-604.

— (2005), «Explaining enduring empowerment: A comparative study of collective action and psychological

outcomes», *European Journal of Social Psychology*, 35, pp. 35-58.

Esquivel, Laura (2005), *El libro de las emociones*, Debolsillo, Barcelona.

Gamson, William A. (1992), *Talking politics*, University Press, Cambridge.

Goleman, Daniel (1996), *La inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona.

Goodwin, Jeff, y James Jasper (1999), «Caught in a winding snarling vine: The structural bias of political process theory», *Sociological Forum*, vol. 14, n.º 1, pp. 27-55.

— eds. (2004), *Rethinking Social Movements: Structure, Meaning and Emotion*, Rowman& Littlefield, Lanham.

Goodwin, Jeff, James Jasper y Francesca Polletta (2000), «The return of the repressed: the fall and rise of emotions in social movement theory», *Mobilization: An International Journal*, 5 (1), pp. 65-83.

— (2001), *Passionate Politics. Emotions and social movements*, The University Chicago Press, Chicago.

Gould, Deborah B. (2004), «Passionate Political Processes: Bringing Emotions Back into the Study of Social Movements», en Jeff Goodwin y James Jasper, eds., *Rethinking Social Movements: Structure, Meaning and Emotion*, Rowman& Littlefield, Lanham, pp. 155-175.

— (2009), *Moving Politics: Emotion and ACT UP's Fight Against AIDS*, University of Chicago Press, Chicago.

Gravante, Tommaso (2011), «Prácticas de Net Activismo y Cambio Social. Un estudio de caso: la insurgencia popular de Oaxaca», *Actas del III Congreso Internacional de Ciberperiodismo y Web 2.0*, Universidad del País Vasco, Bilbao, pp. 402-417.

Hamelink, Cees (1999), «Language and the right to communicate», Media Development, vol. XLVI, 4, WACC, Londres. Disponible en <http://waccglobal.org/es/resources/media-development/1687-19994-language-and-the-right-to-communicate.html>.

Holloway, John (2004), *Cambiare il mondo senza prendere il potere. Il significato della rivoluzione oggi*, Carta/ Edizioni Intra Moenia, Nápoles.

— (2009), «Teoría Volcánica», en John Holloway, Fernando Matamoros y Sergio Tischler, *Pensar a contrapelo: Movimientos sociales y reflexión crítica*, Bajo Tierra Ediciones y División Editorial de Sísifo Ediciones, Puebla, pp.15-29.

— (2011), *Agrietar el capitalismo. El hacer contra el trabajo*, Herramienta, Buenos Aires.

Jasper, James (1997), *The art of moral protest: culture, biography, and creativity in social movements*, University of Chicago Press, Chicago.

— (1998), «The emotions of protest: affective and reactive emotions in and around social movements», *Sociological Forum*, vol. 13, pp. 397-424.

— (2004), «A strategic approach to collective action: looking for agency in social movements choices», *Mobilization: An International Journal*, 9 (1), pp. 1-16.

— (2006), «Emotion and motivation», en C. Tilly y R. Goodin, eds., *Oxford Handbook of Contextual Political Studies*, Oxford University Press, Oxford, pp. 157-171.

— (2011), «Emotion and Social Movements: Twenty Years of Theory and Research», *Annual Review of Sociology*, 37, pp. 285-303.

Latorre Catalán, Marta (2005), «Los movimientos sociales más allá del giro cultural: Apuntes sobre la recuperación de las emociones», *Política y Sociedad*, 42, pp. 37-48.

Martín-Barbero, Jesús (1987), *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Gustavo Gili, Barcelona.

— (2002), *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*, FCE, Santiago de Chile.

Neüman de Segá, María Isabel (2008), *La apropiación tecnológica como práctica de resistencia y negociación en la globalización*, Comunicación en el IX Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación, México.

Pasquinelli, Matteo, coord. (2002), *Media Activism. Strategie e pratiche della comunicazione indipendente*, Derive Approdi, Roma.

Pol, Enric (1996), «La apropiación del espacio», en Lupicinio Iñíguez y Enric Pol, eds., *Cognición, representación y apropiación del espacio*, Col·lecció Monografies Psico-Socio-Ambientals, vol. 9, pp. 45-62.

— (2002), «El modelo dual de la apropiación del espacio», en Ricardo Mira, José M.^a Sabucedo y José Romay, eds., *Psicología y medio ambiente. Aspectos psicosociales, educativos y metodológicos*, Asociación Galega de Estudios e Investigación Psicosocial, A Coruña, pp. 123-132.

Pol, Enric, y Tomeu Vidal Moranta (2005), «La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares», *Anuario de Psicología*, vol. 36, n.º 3, pp. 281-297.

Polletta, Francesca, y Edwin Amenta (2001), «Second the emotion? Lessons from once-novel concepts in social movement research», en Jeff Goodwin, James Jasper y Francesca Polletta, *Passionate Politics: Emotions in Social Movements*, University of Chicago Press, Chicago, pp. 303-316.

Proulx, Serge (2004), *La Révolution Internet en question*, Éditions Québec Amérique, Montreal.

Regalado, Jorge (2012), «Notas deshilvanadas sobre otra epistemología», en VV. AA., *Hacer política para un porvenir más allá del capitalismo*, Las Grietas, México, pp. 167-181.

Retamozo, Martín (2006), «Esbozos para una epistemología de los sujetos y movimientos sociales», en *Cinta de Moebio*, Universidad de Chile, Santiago de Chile. Disponible a la dirección

http://www.academia.edu/518543/Esbozos_para_una_epistemologia_de_los_sujetos_y_movimientos_sociales.

Rodríguez, Clemencia (2001), *Fissures in the mediascape. An international study of citizens' media*, Hampton Press, Cresskill, Nueva Jersey.

— (2008), «De medios alternativos a medios ciudadanos», en Alfonso Gumucio-Dagron y Thomas Tufte, comps., *Antología de comunicación para el cambio social*, Plural Editores, La Paz, pp. 1130-1150.

Rodríguez Salazar, Tania (2008), «El valor de las emociones para el análisis cultural», *Papers, Revista de Sociología*, 87, pp. 145-159.

Rueda Ramos, Erika (2009), «Los adultos y la apropiación de tecnología. Un primer acercamiento», *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, n.º 4, primer semestre, pp. 329-354, ISSN electrónico: 1989-0494. Disponible en <http://www.ucm.es/info/mediars/MediacioneS4/Indice/indice.html>.

Scott, James C. (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia*, Era, México.

Subercaseaux, Bernardo (1989), «Reproducción y apropiación: dos modelos para enfocar el dialogo intercultural», *Revista Diálogos de la Comunicación*, n.º 23.

Thompson, Lisa, y Chris Tapscott (2010), *Citizenship and social movements: perspectives from the global South*, Zed Books, Londres.

Wood, Elisabeth Jean (2001), «The emotional benefits of insurgency in El Salvador», en Jeff Goodwin, James Jasper y Francesca Polletta, *Passionate Politics: Emotions in Social Movements*, University of Chicago Press, Chicago, pp. 267-281.

Zibechi, Raúl (2007), *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*, fondo editorial de la Facultad de Ciencias Sociales y UNMSM, Lima.

— (2008), *Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*, Lavaca Editores, Buenos Aires.

28. Desde el movimiento zapatista en México, hasta los piqueteros argentinos, pasando por las luchas por el agua en Bolivia, en Latinoamérica se asiste a un nuevo ciclo y una cultura política de movilización. Para mayores detalles véase el trabajo de Raúl Zibechi (2007).

29. Conocidas en inglés como London riots o UK riots.

30. Para profundizar el conocimiento sobre movimientos sociales, véase Della Porta y Diani (1997), publicado en español en 2011 por el CIS y Editorial Complutense.

31. Específicamente, se ha puesto en evidencia esta idea para toda una serie de experiencias que emergieron desde los años noventa, desde los zapatistas en México, a los movimientos indígenas de Ecuador y Bolivia, pasando por los piqueteros argentinos. «Eso que llamamos movimientos sociales parece un término cada vez más inadecuado porque no alcanza a dar cuenta de lo que en realidad sucede» (Zibechi, 2007: 251). A eso añadimos además que los movimientos latinoamericanos reflejan también la riqueza cultural del continente, que, con su enorme y heterogéneo bagaje cultural indígena, no puede ser

comprendido desde una epistemología que refleja una visión del mundo europea-occidental.

32. Y eso emerge además tanto en las autocriticas de algunos autores latinoamericanos (Alonso, 2012, y Regalado, 2012, entre otros) que reconocen el error de su academia de haber aceptado y reproducido el enfoque eurocéntrico, como en autores europeos o norteamericanos que han rechazado el enfoque dominante. El enfoque desde abajo, presupone un cambio de mirada, que puede ser aplicado independientemente del área geográfica estudiada.

33. Como evidencia Holloway, «la dignidad es la afirmación inmediata de la subjetividad negada, la afirmación de que — contra un mundo que nos trata como objetos y niega nuestra capacidad de determinar nuestras vidas—, somos sujetos capaces y dignos para decidir por nosotros mismos» (2011: 46).

34. Para una referencia sobre el concepto de discurso oculto, véase el trabajo de investigación de James Scott (2000).

35. Sobre los diferentes -ismos presentes en las prácticas de mediactivismo, véase Pasquinelli (2002).

36. En cursiva en el texto original.

37. «El protagonismo de los modelos de la acción racional en el estudio de los movimientos sociales ha contribuido a apartar las emociones del debate académico, fundamentalmente por la conceptualización de éstas como irracionales y ajenas al instrumentalista esquema de medios/fines y cálculo de intereses» (Latorre, 2005: 42).

38. Los paradigmas dominantes en el estudio de los movimientos sociales han sido ampliamente criticados por los representantes de una lectura de los movimientos sociales «culturalmente orientada». Para una revisión de estas críticas véase: Goodwin y Jasper, 1999 y 2004, Goodwin Jasper y Polletta, 2000 y 2001, Polletta y Amenta, 2001, Jasper, 1997,

Gould, 2004, entre otros, y para una revisión del debate en español, el artículo de Latorre (2005).

39. Para una revisión, en español, de tres exponentes centrales de esta rama de la sociología, véase Bericat (2000).

40. Otra autora que confirma esa idea es Deborah Gould, que explica cómo la participación durante seis años en el movimiento ACT UP le ha permitido acceder a los datos que utiliza (Gould, 2004:157). Además creemos que la experiencia directa proporciona el conocimiento para poder cuestionar los paradigmas clásicos en el momento en que no sirven para explicar la realidad y para proponer innovadoras preguntas de investigación que sirvan tanto para responder a cuestiones que no se han tratado, como de resultado cuestionable.

41. En Oaxaca, la protesta al desalojo estalló en una insurrección popular; la muerte de Bouazizi provocó una ola de manifestaciones que obligó al expresidente Ben Ali a dejar el poder el 14 de enero de 2011, además de ser ejemplo de lucha popular en otros estados del Magreb; mientras en España la represión empujó el surgimiento del movimiento 15-M. Se notará que en todas las movilizaciones el proceso de apropiación de las nuevas tecnologías fue una componente importante en los movimientos de protesta.

42. Un ejemplo es la vergüenza o la indignación que, según la cultura, se siente en contextos muy distintos.

43. Véase Wood (2001). La autora demuestra que no fueron ni los beneficios materiales ni las oportunidades políticas para motivar a los campesinos que apoyaban al FMLN en El Salvador, sino más bien aquellos beneficios morales y afectivos, como la afirmación del sentimiento de dignidad y de desafío que surge en el acto de rebelión, y los vínculos afectivos y la identificación con los demás, que sólo se experimentan participando.

44. Véase la presentación del trabajo de investigación en Gravante (2011). «Prácticas de Net Activismo y Cambio Social. Un estudio de caso: la insurgencia popular de Oaxaca», en Actas del III Congreso Internacional de Ciberperiodismo y Web 2.0, pp. 402-417, Bilbao, Universidad del País Vasco, ISBN: 978-84-9860-571-6.

45. Para una recopilación de los métodos cualitativos de investigación véase Bogdan, Robert y Taylor, Steve (1984). Introducción a los métodos cualitativos de investigación. Barcelona: Ediciones Paidós.

Comunicología e ingeniería en comunicación social del servicio de redes sociales FaceBook. De la arquitectura a la ingeniería de la cultura y la cibercultura

Luis Jesús Galindo Cáceres

El presente texto está compuesto de cuatro partes. En la primera parte, se presenta un panorama general sobre la situación actual del servicio de redes sociales FaceBook, a partir de información disponible en la web. En la segunda se presenta la tesis básica del texto: la arquitectura en el diseño de este servicio de redes sociales ha sido el centro de su éxito. Y por otra parte se presenta el argumento de su poder constructivo de vida social y, por tanto, su configuración como nuevo nicho civilizatorio. En la tercera parte se propone un apunte del fenómeno desde la perspectiva del programa de investigación en ingeniería en comunicación social. FaceBook es un ejemplo del poder de construcción y organización social posible en el ciberespacio. En la cuarta parte se apunta lo que está sucediendo en la relación entre la construcción social desde el ciberespacio, el caso de los servicios de redes sociales y su poder constructivo, y las políticas públicas por parte del Estado, en particular el Estado mexicano. El aparato público

está fuera del nuevo movimiento del espacio público en Internet.

Presentación

Se trata de entender un poco a FaceBook, un servicio de redes sociales en la web. A través de las notas que siguen a continuación se ensayará la exploración de por lo menos dos cosas. Por una parte, la arquitectura del ciberespacio nos está construyendo más allá de lo visible en su ingeniería de operación cotidiana; es necesario aprender cómo, dirigir la atención a diversificar las figuras constructivas desde distintos, interactivos y participativos puntos de vista. Por otra parte, las políticas culturales oficiales asociadas a fenómenos como FaceBook, están en un nivel de coexistencia que es casi nulo, el ciberespacio está aún muy lejos de la voluntad política tradicional preciberespacial, y en contraste la emergencia de movimientos sociales y reconfiguraciones culturales desde la sociedad civil está a la orden del día en el desarrollo del ciberespacio.

El proceso de civilización en la historia humana ha dependido de los marcos ecológicos. Durante siglos el clima y la localización geográfica fueron los factores centrales para la vida humana y los pequeños pasos hacia una mayor independencia de la naturaleza. La vida humana se adaptaba al frío, al calor, a la humedad, a la sequedad, a las alturas, a la costa. Todo se transformó cuando hizo su aparición la ciudad, el gran metabolizador del cambio humano. Lo humano no sólo se adaptaba a las condiciones de la naturaleza, sino que

también las modificaba y requería adaptarse a lo que humanamente había construido. Pero aún faltaba algo más, la aparición del ciberespacio, con el antecedente de los medios electrónicos de difusión de información. Una nueva ecología no natural ha ido cubriendo la totalidad del planeta y de la vida cultural y sus formas de civilización. Por ahora la nueva ecología emergente con su peculiar metabolismo civilizatorio de gran independencia de la naturaleza es el mundo digital. Y estamos ensayando para percibirla y a entenderla. Observemos y pensemos por un momento a FaceBook, uno de los fenómenos emergentes de este nuevo momento de la civilización humana universal.

FaceBook, un fenómeno social sorprendente y simple

Nuevos tipos de redes sociales entran en escena a mediados de la primera década del siglo XXI. Emerge una nueva Internet a partir del correo electrónico y las listas de correo, pasando por las salas de chat, el hipernews, hasta llegar a Myspace, FaceBook, YouTube, Flickr y Twitter. Existen varios tipos de nuevas redes sociales en el momento actual: redes educativas, redes profesionales, redes de innovación, redes de entretenimiento, redes ciudadanas, redes de socialización y otras. El fenómeno está aún en emergencia y ocupando nuevos nichos de actividad a partir de diversos intereses y connotaciones de grupo. Pero entre todas ellas el fenómeno FaceBook es lo más llamativo: la emergencia de las llamadas redes sociales en el ciberespacio.

Las redes sociales tienen diversas definiciones. Una definición general contiene elementos que implican a las llamadas redes sociales en Internet. Basta con explorar la propia Internet a través de su Wikipedia, la figura más central de configuración colaborativa del conocimiento contemporáneo a nivel global.

— Definición general de red social en Wikipedia. Una red social es una estructura social compuesta de personas (u organizaciones u otras entidades), las cuales están conectadas por uno o varios tipos de relaciones, tales como amistad, parentesco, intereses comunes, intercambios económicos, relaciones sexuales, o que comparten creencias, conocimiento o prestigio.

— Nota en Wikipedia. Es importante distinguir red social o redes sociales de los servicios de red social como FaceBook y Myspace entre otros. Las redes sociales como campo de investigación tiene unos campos de aplicación mucho más amplios que los de los servicios de red social.

— Concepto de redes sociales en la web según la ya clásica definición de Dana Boyd y Nicole Ellison. Servicios basados en la web que permiten a los individuos: 1) construir un perfil público o semipúblico dentro de un sistema delimitado, 2) articular una lista de usuarios con los que comparten una conexión, 3) ver y recorrer su lista de conexiones y aquellas hechas por otros dentro del sistema. La naturaleza y la nomenclatura de estas conexiones pueden variar de un sitio a otro.

Y dentro de este perfil general y acotado a la web, lo que sucede con FaceBook impresiona. Nace en 2004, tiene en la actualidad más de 900 millones de usuarios, más de la mitad

navega a diario. El 50 % actualiza su perfil todos los días. Se suman más de medio millón de usuarios diariamente. Ha crecido más de 300 millones en el último año. En los últimos años su crecimiento entre 18 y 24 años ha sido del 5 %, entre 25 y 34 del 60 %, y entre 35 y 54 del 190 %. México es el primer país de América Latina en FaceBook, con cerca de 30.0 millones de usuarios, la mitad mujeres.

FaceBook es masivo, un alfabetizador fácil, con una arquitectura simple, una convergencia digital alta y sencilla. Promotor de un tipo de cultura de lo fácil, lo divertido, lo accesible. FaceBook es el nicho perfecto de una nueva cultura emergente, todo en retazos, integrado de forma efímera, siempre en movimiento, sólo tocando la superficie. Una complejidad que muta todo el tiempo, que parece no concretarse en nada, que siempre está en cambio, sin sedimento, sin forma de fondo, sin profundidad alguna. Ejemplo claro de una nueva forma de la cultura contemporánea. Este punto es muy importante para explorar las implicaciones constructivas de lo social que se están escenificando en FaceBook. Está en escena una cultura, para llamarla con un término por completo inadecuado, que tiene como cualidad el movimiento, el cambio, la emergencia, lo efímero. Todas ellas cualidades contrarias a la cultura con mayúsculas, montadas sobre esa cultura con mayúsculas, y promoviendo mutaciones hacia algo que sólo se puede vislumbrar, la sociedad como un enjambre articulado en movimiento, una inteligencia ecológica inédita y asombrosa.

La participación en un sentido colectivo es baja. Es una plataforma construida hacia lo socialmente aceptable, que ha permitido el acceso masivo de los conservadores, de los tradicionales. Se centra en la subjetividad del usuario más que en intereses y conocimientos compartidos. Su cultura

convergente y participativa es aún emergente. Los lazos fuertes previos al ciberespacio son los que mantienen sus redes sociales. Continuidad en la vida on-line de la vida off-line. Reforzamiento de lazos preexistentes. Nada ha convocado a los analfabetos digitales en la forma en que lo ha hecho FaceBook. De nuevo lo emergente e inédito. Parece que estamos ante un fenómeno que se va construyendo en fases. Primero, una configuración que convoca a muchos; después, esa configuración se mueve hacia una masa crítica de participación e interacción, y por último, se enactiva un fenómeno social de inclusión masiva de alta interactividad y participación. Estamos en el primer momento con los primeros indicadores de lo que sigue.

El gran secreto de su útil convergencia y el boom demográfico es la simplicidad en las habilidades necesarias para moverse en su plataforma. La comunicación de élite, de especialista, es desplazada por la interacción simple y sencilla. FaceBook es masiva, democrática y simple. Los usuarios de FaceBook tienen una forma de interacción básicamente lúdica, de placer. Mundo superficial, de paseo, de gozo. El voyerista que mira por el ojo de la cerradura a los demás, en silencio y con el mouse o la tableta por cómplice, y el exhibicionista que satura su muro con información casi siempre inútil, superficial, a veces entretenida. Desde el año 2004, la plataforma ha tenido varias modificaciones. En diversos momentos los cambios han dado marcha atrás en respuesta a la movilización dentro de la propia comunidad del servicio de redes sociales; en otros casos, los cambios se han consolidado. De cualquier forma, a pesar de la relativa complejidad actual, el uso simple y primario del formato del blog, el atractivo de los álbumes de fotografías y la presencia constante del chat hacen a la plataforma muy sencilla de navegar. La presencia masiva y el crecimiento exponencial

están llevando el fenómeno hacia la segunda y la tercera fases posibles. Dentro de su evolución lo que más llama la atención son los miles de aplicaciones complementarias, y la formación de grupos secundarios a partir de la interacción de los grupos primarios; las redes se complejizan y se especializan dentro de su plataforma.

La arquitectura de FaceBook, una matriz de la estructura de civilización emergente

Para observar un fenómeno parecido a un estallido, un big bang social, es necesario preguntarse qué es lo que está detrás de lo fenoménico. ¿Cuál es el secreto? En el caso de FaceBook la hipótesis es que el secreto está en su arquitectura en armonía con las formas sociales no ciberculturales que se conectaron con ella. La arquitectura como fenómeno de configuración estética y social hace tiempo que tiene una certidumbre: afecta a la vida social en la cual se plasma en forma material. Por extensión, la racionalidad del diseño en todas sus áreas y fases de desarrollo tiene una configuración constructiva similar. De ahí que hablar de la importancia de la arquitectura del ciberespacio sea similar a la observación sobre el éxito del diseño de un parque público para reconfigurar las relaciones ciudadanas en un barrio urbano. La arquitectura estructura las posibilidades de la dinámica que pone en forma, y en ese sentido es una forma de la ingeniería, en este caso de la ingeniería social.

El deporte ha sido considerado como una configuración del proceso de la civilización occidental. El punto clave de esta

evaluación es el movimiento hacia la complejidad que parte del control y el autocontrol, frente a la violencia y la agresividad espontánea, visceral y accidental. El deporte civiliza, el fútbol y el béisbol son parte de una onda general que mueve a la convivencia humana hacia un nicho superior de construcción de las relaciones sociales y de los vínculos estructurales. Los ciudadanos pasan de ser guerreros asesinos a parlamentarios dialogantes en la Inglaterra del fútbol. La cortesía y las normas del diálogo van de la mano del deporte en aquel escenario del tránsito del siglo XVIII al XIX. Todas estas modificaciones de la arquitectura de lo social son promovidas por una ingeniería social, que promueve un tipo distinto de vida social a través de ellas.

El punto aquí es que Internet también es una configuración de civilización, y en particular los servicios de redes sociales pueden ser claves en la construcción de nuevas relaciones sociales de convivencia civilizada. En ese sentido FaceBook es un caso ejemplar, como el fútbol es para el deporte. La comunidad de redes sociales más grande del mundo está promoviendo la convivencia pacífica, las relaciones sociales como situaciones de intercambio de información y de afecto cuya consecuencia es una mejor estructura del movimiento social general de convivencia. Ésta es la gran cuestión: las redes sociales en el ciberespacio son promotoras de la cordialidad y el diálogo pacífico. En principio la propia arquitectura del ciberespacio promueve que sea así; el software está formateado para promover relaciones pacíficas.

En este argumento, la arquitectura de FaceBook es el elemento central. Al ser relativamente fija y estable está permitiendo el acceso masivo y múltiple de todo tipo de personas, que de otra manera no llegarían al ciberespacio y a su marco de posibilidades. FaceBook, por su arquitectura

accesible, es un alfabetizador digital, y en ese sentido una puerta grande a la cibercultura, y también un nicho de promoción civilizadora. En FaceBook la gente convive pacíficamente, pone en escena lo mejor de sí en un sentido lúdico y armónico. La plataforma condiciona a que todo sea cordial, amable, simpático. Y con ello refuerza estructuras de convivencia pacífica y, por tanto, civilizatoria. Por ejemplo, es posible afirmar con un clic que gusta algo dicho o presentado por otro, pero no es posible lo contrario. La cortesía de la red. La determinación de lo posible es sutil y al mismo tiempo definitiva. A través de los diversos rasgos de la plataforma, y de la convocatoria a formar parte del servicio de redes sociales, la ingeniería social opera sobre el comportamiento posible, y con ello logra a través de las rutinas y rituales modificar, formatear la vida social colectiva. En la medida en que más personas y grupos forman parte del servicio de redes sociales y su plataforma, y dedican más tiempo a vivir socialmente dentro de ella, la arquitectura tiene eficiencia, y la ingeniería social logra su cometido, y más y más personas y grupos desean formar parte del fenómeno. La masa crítica se acerca a su punto de estallido, de emergencia configuracional de la vida social. Y por extensión, más fenómenos sociales son posibles dentro de esta ecología emergente.

En el software la forma hace al contenido. El comportamiento es en parte determinado por lo que permite y hace posible la arquitectura de la plataforma. Se condiciona a partir de lo básico, interfaz, contenidos, circulación de información. Forma comunidades a partir de la suma de egos, promoviendo los lazos preexistentes. El ciberespacio es diversos espacios configurados según diversos formatos o arquitecturas. Esas arquitecturas prescriben lo que se puede y lo que no se puede hacer. Todo está regulado a partir del

software, el cual prescribe conductas y comportamientos. Una imagen de arquitecturas sobrepuestas en un fenómeno único. El software del ciberespacio en relación con el software del mundo ordinario fuera del ciberespacio. El secreto está en que la arquitectura del ciberespacio no violenta, no rechaza, no descalifica, a lo que sucede en las arquitecturas fuera del ciberespacio, lo que llamamos cultura y norma social, sino todo lo contrario, las asimila, les da continuidad en nuevos entornos, y al mismo tiempo las interviene, hace ajustes. Lo que hoy vivimos es sólo el principio de lo que puede ser. La ingeniería social del pasado nos indica que todo esto es posible y eficiente, como lo han demostrado la religión y las ideologías.

Cultura de la convergencia tecnológica accesible a usuarios con poca o ninguna habilidad cibercultural. Audiencias operando de la mano de las empresas del ciberespacio. FaceBook aparece como un nuevo organizador de la red. Primero fue la lógica constructiva de Yahoo, luego la de Google y ahora la forma constructiva de las plataformas de servicios en línea de las redes sociales. La llamada web centrífuga (Google), la que te lanza hacia fuera en la búsqueda de información, frente a la web centrípeta (FaceBook), que te concentra en los lazos que ya tenías más algunos más. Y ésa es la noticia: el servicio de redes sociales refuerza la comunidad social, y al mismo tiempo la enriquece. No se trata de una gran revolución de la convivencia humana, como sueñan los tecnofílicos, sino de una plataforma de sociabilidad que la web no había tenido hasta hoy con esta extensión. Y por otra parte, un espacio de posibilidades que la vida social urbana no había presentado hasta ahora.

No todo son buenas noticias, aunque la base está ahí, y en ello consiste el reto a la imaginación constructiva hacia el futuro. Los individuos hablan de sí mismos. No hay diálogo en

profundidad. Aunque rompen la norma 90-9-1, no suelen desarrollar una gran participación. La ley 90-9-1: de cada cien usuarios, noventa sólo observan, nueve participan esporádicamente y sólo uno propone los contenidos. Ley Nielsen. Pero en FaceBook publicar es fácil, todos somos potenciales creadores en esta accesible plataforma. Y es sencillo expresarse, sólo basta un pequeño empujón social en la convivencia y la complicidad con los conocidos, un teclado, un mouse, una tableta, un teléfono móvil, un poco de tiempo libre. El proceso de alfabetización está aún en sus primeros momentos, la gente expresa en principio lo que le toca expresar, viene del mundo no ciberespacial, no de redes sociales en el ciberespacio; las experiencias iniciales son de todo tipo, caracterizadas por el individualismo del aislamiento promovido por otras arquitecturas durante los últimos ciento cincuenta años. La colonización de los servicios de redes sociales parte de la escenificación del mundo exterior, y poco a poco va adquiriendo su propio perfil, más interactivo, más colaborativo, más afectivo. Por lo pronto hay mucho que observar sobre la diversidad de comportamientos dentro de la plataforma FaceBook; una parte de ellos sólo trae del exterior lo más individual y egoísta a un nuevo nicho de expresión dramática, pero otra parte de ellos también trae del exterior lo solidario y lo cooperativo. Y poco a poco la arquitectura de la plataforma va moviendo a estos diversos exteriores a un perfil propio de este tipo de ciberespacio. Y las posibilidades hacia el futuro se multiplican.

La participación masiva coincide con una aparente degradación de los contenidos. Lo popular irrumpe en Internet. Puro entretenimiento, exhibicionismo exacerbado y contenidos banales. Superficialidad y velocidad. Más que promover nuevas relaciones, refuerza las existentes por nuevos medios. Las redes

íntimas no pasan de 30 o 40 personas. Relevante la importancia del uso del nombre real. Eso promueve el contacto con el mundo preexistente. Cuantos más vean mi vida, mejor. Presentación ficticia de la realidad. Presentación realista de una ficción. Gente reunida por lo que ya tiene en común. No se participan las diferencias. Hay seguidores, soles virtuales y linkers (propiamente participativos). Diversos roles en el nuevo entorno social virtual, el conversador, el proveedor, el promotor, el recomendador, el crítico. El mundo social de las redes en el ciberespacio se complejiza. Aumento en las formas de socialización y comunidad en el ciberespacio, a partir de las formas comunitarias preexistentes.

La red social en FaceBook se configura en la forma de la comunidad. ¿Desarrolla socialización? FaceBook, una agenda de conexiones sociales, frágiles, mundanas, efímeras, por lo menos en principio. Los lazos parecen débiles y de paso son el centro de la configuración comunitaria de la plataforma. Los vínculos se generan y reproducen en superficie. Pero existen, se multiplican, se extienden, colonizan territorios, se van complejizando poco a poco, se desfiguran, se vuelven a configurar. Lo que ahí sucede se parece en principio a lo que pasa fuera del ciberespacio, y en la comparación parece perder, pero hay más, mucho más, y en aumento. El mundo ya tenía un movimiento hacia lo múltiple y diverso antes del ciberespacio y de FaceBook, conviviendo con formas muy tradicionales y conservadoras, lentas, reacias al cambio. FaceBook rompe con la visión marginal de avanzado o moderno, que tenía el ciberespacio, incluye a todos, a hipsters y a fundamentalistas. Todos reunidos en una nueva posibilidad de relación y asociación. Y el resultado final es una continuación del metabolismo del movimiento que viene desde la posguerra. El ciberespacio incluye y relaciona, articula y tolera, conecta y

comunica. La cibernación es múltiple y diversa, de un altísimo metabolismo de acción y reacción. La vida social entra en un proceso de aceleración que mueve datos y sentidos a una velocidad inédita, los primeros colonos se sentían en su salsa, los nuevos se adaptan con gran rapidez. La vida social del ciberespacio desborda poco a poco a su continente y se conecta con el llamado mundo en átomos. Ya no hay vuelta atrás, y lo que sigue será una continuación de este mismo movimiento. Lo que sigue será aún más asombroso.

Comunicología e ingeniería en comunicación social de FaceBook

FaceBook es parte de un momento en el desarrollo del ciberespacio y la cibercultura, que a su vez son parte de un proceso civilizatorio mayor. Es quizás el momento más interesante de todos los hasta ahora vividos por el ciber mundo. El gran boom de Internet viene de dos figuras claves. Por una parte, la necesidad de información, el acceso a sistemas de información antes cerrados, y la circulación de paquetes de información como nunca en la historia humana. Y por otro la aparición de las comunidades virtuales, que anunciaban el potencial social de esta nueva ecología hacía el futuro. Ambas figuras asociadas a sistemas de información y a sistemas de comunicación han continuado su evolución, y hoy ofrecen escenarios emergentes de proporciones impresionantes.

El ciberespacio es un escenario donde múltiples sistemas de información tienen un nuevo nicho para difundirse, a gran velocidad, con impecable fidelidad. La figura de Google ha sido

clave en esta configuración. Pero por otra parte los sistemas de comunicación han ido aumentando su metabolismo de acción en esta nueva ecología humana. Lo primero que asombró fue el contacto entre los diferentes para configurar extrañas formas de lo novedoso, de lo excéntrico, de lo innovador. Pero faltaba lo mejor, la presencia masiva de los mundos comunes y conservadores, la mayor parte del mundo fuera originalmente del ciberespacio. Esta parte del mundo había entrado poco a poco en el emergente cibermundo, pero sobre todo a través de sus intereses más evidentes en lo económico, y después en lo político, pero faltaba la gran masa social. Y fueron los servicios de redes sociales los que permitieron lo último que faltaba. Los sistemas de comunicación ordinarios y convencionales llegaron con los servicios de redes sociales al ciberespacio.

La gran entrada mayoritaria del mundo social global en el ciberespacio aún no acontece, para eso faltan aún ciertas condiciones, de las cuales la conexión universal por móvil es una tendencia. Pero lo sucedido con FaceBook es un anuncio de lo que sucederá con esa tendencia incrementada. De ahí la importancia de observar y pensar lo que ha sucedido en esta primera década del siglo XXI. Una configuración por completo no natural, y no sólo humana, está en movimiento: el ciberespacio trae consigo el potencial de contacto social más impresionante en la historia. La mediación digital cambiará al mundo por completo. Un proceso de ingeniería social cuasi espontáneo está en proceso, y la necesidad de una ingeniería social reflexiva colectiva y participativa está en la mesa.

Los procesos de dominación y colaboración en las figuras de la difusión y la interacción, desde un punto de vista comunicológico, tienen en el ciberespacio una expresión intensa y extensa. El uso epistemológico de la difusión y de la interacción está en curso, sólo la imaginación es el límite. Por

ahora tenemos a muchos habitantes del ciberespacio con baja actividad e interactividad equivalente a la que se da fuera del ciber mundo. Pero la situación está cambiando, el metabolismo de vida social de la web va en aumento, y está modificando la vida fuera de la web cada vez con mayor intensidad y extensión. Parecería que por ahora la cibercultura aporta más a la cultura individual que a la cultura convergente colectiva, pero esto no es así del todo, la colaboración y la emergencia de una cibercultura constructiva colectiva y participativa está por evolucionar en un salto hacia delante, como en la cultura wiki, que ya está presente.

La difusión, sistemas de información que dominan a otros sistemas de información, sistemas sociales que ordenan a otros sistemas sociales, es el centro del movimiento ciberespacial. La arquitectura del ciberespacio tiene en la mira a esta configuración comunicológica. Es claro el intento de usos con beneficios unilaterales por parte de los ámbitos del mercado y de la política. Pero lo propio de la vida social en las plataformas de servicio de redes sociales es la interacción, el movimiento hacia la colaboración. De ahí que la incipiente generación de espacios horizontales dialógicos pueda ser percibido como el principio de algo que está por desarrollarse, por detonar a gran escala en el ciberespacio y, por tanto, en todo el mundo en un sentido global. El ciber mundo aún es en buena proporción un nicho del consumo individual, pero se va moviendo hacia un nicho de la colaboración, de la construcción colectiva y participativa. Parece que hay una tendencia en el proceso general de sistemas de comunicación difusión en procesos de dominación, a sistemas de comunicación interacción en procesos de colaboración. Esto es lo que observa la comunicología.

Sobre la brecha digital se requiere un apunte. Hay gente fuera y gente dentro del ciberespacio. La separación y la distancia tienen efectos aún difíciles de precisar o de entender; existe una franja de relación entre ambas configuraciones que tiende a aumentar. Los sistemas de comunicación fuera del ciberespacio se mantienen estables en sus propias genealogías, pero están siendo afectados por los nuevos lazos de lo virtual. Los sistemas de comunicación mixtos, mundo-cibermundo, son impredecibles por el momento en su evolución y complejización, pero están presentes y en pleno desarrollo. Los que quedan fuera permanecen sujetos a los hilos culturales del pasado, pero se ven afectados por sus ligas con los que están dentro; los que estaban dentro antes del boom de las redes sociales parecen iniciar nuevas genealogías, vinculándose con los nuevos cibercolonos. Las relaciones entre el dentro y el fuera en emergencia están mutando las primeras claridades y las primeras configuraciones observadas. Los sistemas de comunicación social generales tienden a una mediación estructural por el ciberespacio; cada vez más interacciones en el mundo están mediadas por el cibermundo; el hipermundo, el mundo mixto que une mundo y cibermundo, se configura como el escenario general emergente del futuro.

La intención constructiva se mueve por todas partes en el ciberespacio, toma la figura del negocio, de la propaganda, del proselitismo, del entretenimiento, incluso de la fe. Está en marcha una ingeniería en comunicación social para la difusión, para la dominación. Ésta es una herencia clara de las genealogías preponderantes de construcción de la vida social previas al ciberespacio. Pero también aparece la otra ingeniería en comunicación social, la que va construyendo entre todos los participantes el nuevo fenómeno de la interacción global, de la colaboración por redes horizontales de la nueva vida cotidiana.

Las dos ingenierías en comunicación social están en marcha, y van apareciendo los protagonistas de ambos movimientos. En algunos puntos se encuentran, en otros chocan. Y las relaciones entre el mundo y el ciber mundo se complejizan en ambos sentidos.

Las instituciones sociales en general están en el pasado, son previas al ciberespacio, como las instituciones que portan el poder constructivo de las políticas culturales. Hay rutas paralelas separadas entre el ciber mundo y el mundo: por una parte, convergencia, por otra parte, distancia. Todo un fenómeno de nueva segregación, marginalidad, diferencia, movilidad. El hipermundo existe, el mundo mixto, gana espacio, pero también aprende a convivir con sectores segregados del ciber mundo y del mundo. Es decir, se empieza a estabilizar cierta configuración convergente al mismo tiempo que cierta configuración divergente. Por una parte el mundo y el ciber mundo se acercan, y por otra parte aparecen nuevos muros y fronteras que los separan. Todo un tema para la comunicología y la ingeniería en comunicación social. Todo está moviéndose muy rápido y acomodándose de nuevo. La percepción empoderada es clave, y más urgente la intervención empoderada. Urge el desarrollo de una comunicología y una ingeniería en comunicación social del ciberespacio y del hipermundo, el mundo mixto. Tareas urgentes, imprescindibles, y no podemos esperar al campo académico ni a los políticos tradicionales para desarrollarlas.

Las políticas culturales oficiales y la cultura hegemónica. El caso FaceBook y los servicios de redes sociales en la web

Tenemos de entrada un conflicto, una distancia, una separación, entre políticas públicas y acciones privadas sobre cultura. El FaceBook pertenece al mundo de lo privado dentro de un nuevo espacio público. La mirada tradicional pública sólo observa en principio al espacio público tradicional, no percibe a este nuevo espacio público. Parece que para el mundo político de las élites el nombrar al ciberespacio y el mundo cotidiano fuera del ciberespacio es hablar de dos entidades por completo diferentes y distantes. En el caso mexicano el asunto se agrava; la genealogía de la vida social ciberespacial ha ido por fuera de la vida social mayoritaria. Pero la brecha se acorta, las fronteras se adelgazan. Cuando todo esto sucede el gobierno se entera poco y sólo empieza a balbucear sus primeros pasos en la construcción social de la web. Web y gobierno mexicano son dos configuraciones distantes y diferentes casi incomunicadas por completo.

Hay un movimiento social que no se ve en las calles, tiene otra forma, y se ha despegado del mundo de las instituciones políticas públicas tradicionales. La cibercultura silvestre es muy diversa de la cultura tradicional. Sobre todo en dos puntos, la diversión y la autonomía de lo real y sus sanciones. Poco que hacer en este momento desde el espacio público oficial; lo que tiene enfrente es una cosmología que lo rebasa, que le es casi invisible e incomprensible.

El FaceBook ya no es de vanguardias innovadoras que colonizan el nuevo territorio del ciberespacio, es de públicos masivos transclasistas y transgeneracionales, un fenómeno de cultura popular emergente. El FaceBook es lúdico e incontrolable más allá de la arquitectura, de la plataforma, que tiene intereses comerciales que viven de la intención de entretenimiento de las redes sociales a las que les dan servicio.

Todo esto daría una oportunidad a la cultura política hegemónica, que también es conservadora y tradicional, al tiempo que ocupada en sus propios intereses. Pero no está sucediendo así.

Es posible pensar diversos tipos de redes sociales por grupos y especialistas, pero las redes sociales en el ciberespacio en principio son configuraciones individualistas, egoístas, hedonistas. La política pública tradicional tiene un reto con este nuevo frente de trabajo. La cultura política tradicional está acostumbrada a tener el control, a manipular desde su punto de vista, a tener los elementos de dominio ecológico, a negociar con los escépticos o adversos a través de regalos o concesiones. El habitante del ciberespacio se encuentra con grados de libertad a los que la política tradicional no está acostumbrada. Para empezar tiene que aprender y participar en un ámbito que le es ajeno, del cual no tiene referentes claros dentro de su propia genealogía. Y por otra parte no tiene el control, lo que es por completo un reto en principio casi insuperable.

Quizás el escenario más extremo es el de que existe una nueva política en movimiento que puede desarrollarse desde este nuevo frente, y terminará diluyendo a la anterior. La política cultural tradicional es ajena por completo a la cultura emergente del ciberespacio y los servicios de redes sociales del tipo FaceBook. Hay dos políticas, una actual, la real. Y otra que se está empezando a configurar en el ciberespacio. Acá unos cuantos tienen el poder y saben cómo ejercerlo, aunque no siempre sean impecables. Allá son muchos los que tienen el poder, y son diversos, y lo ejercen con cuotas de tiempo y espacio configuradas en segmentos pequeños. El ciberespacio no es el mejor escenario para políticos comunes. Incluso habría que pensar que lo que sucede como organización social y orden en el ciberespacio no es política en el sentido tradicional, es

otra cosa. Lo que hay de común entre el mundo y el ciber mundo es la lógica de las arquitecturas que prescriben comportamientos; por ahí puede haber una ventana de oportunidad y el punto de contacto.

Importante es la búsqueda y reconocimiento de los principios constructivos presentes en lo aparentemente nuevo, y que tienen una configuración sincrónica con formas del pasado. Como en el caso del deporte, que tiene una forma contemporánea construida en la figura del espectáculo, pero que sociogenéticamente está configurada como una forma del proceso de civilización forjadora de ciudadanos, al mismo tiempo y en armonía con las figuras del parlamento y la cultura de la cortesía. ¿Qué sería lo equivalente al deporte en el caso de FaceBook? Algo que sea parte del proceso civilizatorio o algo así, que ya esté ahí, y pueda ser retomado por una nueva gestión cultural para formar ciudadanos. ¿En el caso del ciberespacio? Parece que la figura premoderna de la comunidad es clave, como lo muestra la configuración de FaceBook, que escenifica comunidades anteriores al ciberespacio, que se constituye a partir de las redes sociales pre-existentes al ciber mundo y el servicio de redes sociales. Parece que la figura de la comunidad es una clave para la vieja política, para su ingeniería social a través de canales de comunicación difusión, los que conoce y cree dominar. Tendrá que aprender a moverse en los otros canales, los de interacción-colaboración. Pero será difícil: la cultura política dominante viene de dos siglos de deconstrucción de la configuración comunitaria premoderna, no se siente bien en ambientes igualitarios.

La cibercultura puede ser percibida como una nueva cultura, pero no sabemos bien cómo está organizada. El ciber mundo es una nueva ecología, pero aún no sabemos bien hacia dónde evoluciona ni en qué consiste. No se puede conocer a esta

nueva ecología y cultura sin participar, algo que no le gusta y no sabe hacer el político observador distante ecosistémico, dominador. Hay que observarla desde dentro, en interacción con sus parámetros en proceso constructivo, desde la situación misma múltiple y diversa. Ya existe una multitud de experiencias que están registradas en este sentido en el mismo ciberespacio. Ése sería un referente por el cual empezar a entender y descifrar lo que va configurándose en su propia e incomprensible lógica, dentro de las limitaciones y determinaciones de las arquitecturas del ciberespacio. Quizás los conceptos mismos de cultura y ecología no estén a la altura, hay que reconceptualizar, o inventar nuevos conceptos. La figura de las políticas culturales están ante la necesidad de reconceptualizarse, de volverse a entender, y de hacerlo en tanto que pueden formar parte de estas nuevas cultura y ecología, aprendiendo, rehaciéndose en el contacto con arquitecturas que les son ajenas, y sobre las cuales tiene poco o ningún control, como el caso del FaceBook. Lo primero que se les ocurre en estos casos es cómo tener el control, y ahí el inicio es más que complicado. La construcción de vida social desde el propio tejido social no es algo que le guste a la cultura política tradicional; lo suyo es la manipulación y la dominación desde fuera.

Las experiencias son claves, y los que las han tenido son el centro de un proceso de generación de un nuevo tiempo espacio social. Frente a esta novedad tenemos un mundo que va a otro ritmo, con trayectorias que vienen del pasado y que se mueven en forma paralela a todo este nuevo cosmos emergente. Esta distancia es un tema en sí mismo. El mundo del ciberespacio se ha desarrollado en procesos tales que es difícil seguirle el ritmo de acción y la percepción correspondiente en el conocimiento. A los políticos de la acción cultural les viene bien conversar, y

sobre todo escuchar. Los habitantes del ciberespacio, los nuevos ciudadanos, tienen mucho que decir, mucho que enseñar, mucho que proponerles para cambiar. Pero al político común tradicional eso de escuchar y dialogar no le va bien, mucho menos en condiciones de igualdad.

El conocimiento de las nuevas ecología y cultura tiene un metabolismo rápido hacia dentro, pero un metabolismo lento hacia fuera, hacia el mundo no ciberespacial. Hacia dentro todo sucede a gran velocidad, todo se va sincronizando en formas inestables y plásticas, dentro de arquitecturas rígidas o semirrígidas. Se autoorganiza. En tanto la percepción desde el exterior no se entera, lo que sucede dentro es un universo casi cerrado a su entendimiento y comprensión. Esta distancia e incomunicación es parte del reto. Mientras suceden cosas en el ciberespacio, parte del mundo exterior sigue su propio movimiento sin darse cuenta. Las relaciones entre mundo y ciber mundo están aún por ser identificadas, descritas y explicadas. El punto es que imaginar al ciber mundo desde el mundo no tiene una buena efectividad en este momento, si es que alguna vez la tuvo. Y ése es el lugar de las instituciones que promueven las actuales políticas culturales en nuestro país, están fuera, en ese sentido no se enteran, no saben, son torpes, actúan a ciegas en el ciberespacio. Su ingeniería social es ineficiente para una configuración social distinta a la que están acostumbradas. Aun así siguen ensayando viejas operaciones para nuevos entornos y, como en ocasiones casi les salen las cosas, piensan que van bien.

El ámbito de la política tradicional es uno de los sectores que con más claridad está lejos de la dinámica ciberespacial. Su cosmología pertenece a otro holón epistémico, proveniente del siglo XIX en gran parte. El ciber mundo en emergencia crece y no está conectado con nuestras instituciones políticas, que

viven aún en una exterioridad casi siempre ignorante, y en muchas ocasiones arrogante. El ámbito general de la economía parece estar más cerca, los actores económicos van enterándose de las posibilidades de este nuevo espacio social, y van sacando provecho, exploran, aprenden. Las instituciones culturales tradicionales también parecen estar lejos; sólo las vanguardistas de cierto tipo tienen contacto con el ciber mundo; la mayoría se mueven en una lógica que aún presenta los rasgos de las políticas culturales del siglo XIX.

Nuestros conceptos tradicionales de cultura están adecuados a las trayectorias que vienen del pasado, no son adecuados a las emergencias actuales del ciberespacio. El concepto de cibercultura es una transposición de un concepto viejo a nuevos escenarios, no es un auténtico nuevo concepto del todo. Es necesario un trabajo desde esta frontera entre viejos conceptos y nuevo escenarios, entre ensayos de nuevos conceptos y movimientos complejos de relación entre escenarios viejos y escenarios nuevos. Hay que darle contenido al concepto de cibercultura, y hay que evaluar el viejo concepto de cultura. La comunicología puede ser una opción; hablar de sistemas de información y sistemas de comunicación puede ser más útil para ajustarse a los nuevos escenarios.

Existe una parte del ciber mundo que tiene ideas y conceptos nuevos, pero no se está comunicando bien con el mundo no cibercultural. En ocasiones parece que no tienen mucho que decir, en ocasiones parece que lo que tienen que decir no lo pueden comunicar. No es claro, pero parece que sí existe una brecha entre el viejo mundo y el nuevo mundo, y no sólo en las prácticas y cosmovisiones asociadas a esas prácticas cotidianas, sino también en la inteligencia que percibe y reflexiona sobre lo que está pasando. E incluso en el lenguaje y las formas de expresión y ritualización. Tenemos un problema de

comunicación de ida y vuelta. El gran peligro es que la llamada brecha digital se ensanche tanto que, llegado un punto, sea más complicada, más costosa, poco probable, la comunicación entre el mundo y el ciber mundo. Lo más delicado se encuentra en la brecha que separa a las élites de las mayorías, lo cual es ya un lugar común histórico en general. En estos nuevos escenarios en el hipermundo la comunicación entre mundo y ciber mundo en el ámbito de las mayorías avanza rápido, aunque con su propia dinámica caótica, pero la relación de élites del mundo con el ciber mundo es otra cosa, ahí existe un continuo forcejeo por parte de la tradición en reducir lo nuevo a lo viejo.

¿Políticas culturales y nuevas tecnologías? Es necesario algo más que el concepto de NTIC, que no tiene un gran sentido como concepto, es una reducción, una descripción, una generalización, que casi no dice nada. Y por el otro lado, las políticas culturales que están asociadas al Estado, al gobierno: el ámbito de la cultura política oficial está muy lejos de la cibercultura. Por tanto, esta relación es un proyecto, un apunte hacia un programa de trabajo, no expresa aún ningún contenido. Y en el caso de los servicios de redes sociales y políticas públicas, lo que tenemos es sólo experimentos, ensayos, no hay suficiente información aún para sistematizar, ni conocimiento para construir prospectivas. Algo hay, pero las tareas hacia el futuro parecen muy grandes y sin protagonistas competentes desde la esfera pública de la política y la acción cultural.

Las nuevas tecnologías de información y comunicación son más que un susto, una sorpresa, un rollo extraño. Necesitan un esquema de percepción, un programa de estudio y de experimentación. Necesitan observatorios que provean de la información suficiente para sistematizar. Necesitan entornos de interacción horizontales que están muy lejos de los usos y

costumbres de las políticas culturales tradicionales. Necesitan laboratorios de experimentación social en campo, en el propio ciberespacio. Inteligencia que observe y sistematice, que escuche, que estudie, que aprenda, que proponga, que participe.

Las políticas culturales dependen en principio del Estado, del gobierno, y ese ámbito está lejos de la emergencia social del ciberespacio. Parece que algo tiene que morir para que algo crezca. Y ese escenario se relaciona con otro más probable, que lo que puede crecer no crecerá, y lo que podría morir no morirá. Es decir, la episteme y la configuración institucional de las actuales políticas culturales viene de una estructura de sociedad de información vertical y autoritaria, de dominación; el cosmos del ciberespacio horizontal y civil le es casi por completo ajeno. Esto supone una tensión, una tensión que puede resolverse en principio en dos escenarios: lo nuevo reconfigura a lo viejo, o lo viejo reconfigura a lo nuevo. En el caso particular de las políticas culturales lo más probable es que lo viejo insista en configurar a lo nuevo, y que lo nuevo se desarrolle fuera de su ámbito de acción, por lo menos a medio plazo. Las políticas culturales no están configuradas para entender a las nuevas tecnologías de información y comunicación más que en forma vertical, así las usarán, así obtendrán algunos resultados. Y mientras tanto, otro mundo seguirá emergiendo y desarrollándose sin su complicidad. En el futuro los dos mundos se encontrarán. En un escenario uno de ellos desplazará al otro, en otro se relacionarán de alguna manera, en otro más, el viejo mundo simplemente desaparecerá poco a poco sin dejar casi rastro de su existencia. La apuesta por la ingeniería en comunicación social puede ser la clave para decidir estos escenarios alternos.

Qué sigue

La nueva ecología, el mundo digital, es algo que exploramos, que vivimos, que sucede, más que algo que entendemos, percibimos con claridad y dirigimos hacia alguna parte. La distancia entre estos dos escenarios será la diferencia entre el colapso o una nueva etapa del proceso civilizador. Por una parte hay una fascinación por los usos que el ciberespacio tiene para la cosmología del interés y la ganancia, unida al entusiasmo por lo nuevo, lo diferente, lo actual. En este escenario aún tienen que suceder muchas cosas, la inteligencia del mercado es mucha, sus recursos son amplios, su imaginación no es corta. Mientras este escenario avanza, el tema de la escasez de la energía quizás vaya avanzando en paralelo, al mismo tiempo que las crisis del superconcentrado sistema financiero. Lo que puede pasar en esa trayectoria ya ha sucedido, no a la escala en que ahora puede suceder, pero ya ha sucedido. El mundo se partirá en por lo menos dos partes: los que pueden seguir el juego de la fascinación y la exploración, y los que no pueden. Estos mundos se pueden llegar a encontrar en una forma muy conflictiva, pero también se pueden llegar a articular de manera conveniente a un extraño statu quo del futuro. Algo así. Pero está el otro escenario. El ciberespacio es la gran matriz constructiva de lo posible; de forma similar a como se han configurado los grandes sistemas sociales del pasado de forma estable, podemos avanzar en una ingeniería social que se monte en esta gran matriz y generar un gran sistema de bienestar colectivo. No está tan lejos la opción. La Wikinomics nos ha mostrado el camino. Ese es sólo el principio de lo que puede ser. La vida contemporánea se encuentra en un

estado de bifurcación caótica; en un lado está el primer escenario, en el otro está el otro. El punto es si lograremos de forma colectiva impulsar el más benéfico para las mayorías, o no tendremos más opción que adaptarnos al escenario menos agradable.

FaceBook es un fenómeno extraordinario en la historia humana. Salvo las religiones, primero, las ideologías, después, el deporte, en tiempos más recientes, no hay algo que se le compare. Está enmarcado el fenómeno dentro de la experiencia colectiva impresionante de Internet y el ciberespacio, pero es algo sustantivamente distinto. Por una parte aparece como el sistema de información sobre la intimidad más completo que se haya diseñado jamás, y por otra parte tiene la característica de promover los sistemas de comunicación-redes sociales, como nada los ha promovido de forma semejante en la historia social. Es muy grande su fenomenología para reducirla sólo a un juego de conversación intrascendente entre jóvenes casi adolescentes, aunque haya mucho de eso. Observar con cuidado su arquitectura abre una multitud de posibilidades dentro de FaceBook o dentro de otras arquitecturas similares diseñables posibles. Evaluar el potencial de ingeniería en comunicación social que tiene, a la par de lo que ya ha hecho hasta la fecha, es algo imprescindible. Todos los actores sociales que tenemos alguna inquietud en el sentido de construcción social estamos ante una oportunidad inmensa de aprendizaje y de diseño de operaciones constructivas futuras. Por tanto, FaceBook está en nuestro futuro y en nuestro presente, si queremos hacer algo con el ciberespacio que mueva al mundo en una trayectoria muy distinta a la tendencia general actual camino del desastre.

La cultura es un concepto poderoso y útil, hasta que apareció el ciberespacio. La cibercultura no es la cultura del ciberespacio solamente, es una nueva forma de conceptualizar,

aprender, entender lo que está sucediendo en el mundo, el ciber mundo y el hipermundo. Quizás las herramientas de la epistemología constructivista, sistémica y el pensamiento complejo, nos puedan ayudar a configurar este nuevo espacio conceptual adecuado a un nuevo espacio social inédito. Ése sólo sería el principio, necesitamos más. Más conceptos, observatorios, laboratorios sociales, sintetizar modelos de trabajo. La comunicología y la ingeniería en comunicación social son una opción en este camino, por sus características incluyentes hacia toda forma de pensamiento histórica sobre lo social. Pero sobre todo por sus cualidades transdisciplinarias tejidas en claridad de la necesidad de una ciencia social general y una ingeniería social general. Ya veremos qué sucede en el futuro.

Así que lo que sigue es mucho trabajo epistemológico, mucho trabajo cosmológico, mucho trabajo metodológico, mucho trabajo. Y este trabajo será colectivo y colaborativo o no será. La lógica de los sistemas de información y comunicación, y la situación del diálogo y la empatía, son complementarias. FaceBook y el nuevo ciberespacio nos han enseñado algo de forma contundente: la vida social se acelera y complejiza en la conexión de lo posible. Sólo resta seguir la ruta.

Referencias bibliográficas

Adams, Richard N. (1978), La red de la expansión humana, Ediciones de la Casa Chata, México.

Adler Lomnitz, Larissa (1994), *Redes sociales, cultura y poder*, Miguel Ángel Porrúa-FLACSO, México.

Aguilar García, Teresa (2008), *Ontología Cyborg. El cuerpo en la nueva sociedad tecnológica*, Gedisa, Barcelona.

Ander-Egg, Ezequiel (1990), *Repensando la investigación-acción-participativa*, El Ateneo, México.

Anderson, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas*, FCE, México.

Anzieu, Didier, y Jaques-Yves Martin (1997), *La dinámica de los grupos pequeños*, Biblioteca Nueva, Madrid.

Attali, Jacques (1999), *Diccionario del siglo XXI*, Paidós, Barcelona.

Aunger, Robert (2004), *El meme eléctrico*, Paidós, Barcelona.

Barret, Edward, et al. (1997), *Medios contextuales en la práctica cultural*, Paidós, Barcelona.

Barret, Neil (1998), *El estado de la cibernación*, Flor del Viento, Barcelona.

Bauman, Zygmunt (2008), *Comunidad, Siglo XXI*, Madrid.

— (2009), *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, Tusquets, México.

Beck, Ulrich, A. Giddens y S. Lash (2008), *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Alianza, Madrid.

Berger, Peter, y Thomas Luckmann (1979), *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires.

Beriain, Josetxo, comp. (2007), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Anthropos, Barcelona.

Beriain, Josetxo, y Maya Aguiluz, eds. (2007), *Las contradicciones culturales de la modernidad*, Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana Ixtapalapa, Universidad

Nacional Autónoma de México-CEIICH, Universidad Nacional de Colombia, Barcelona.

Bericat, Eduardo (1998), La integración de los métodos cuantitativos y cualitativos en la investigación social, Ariel, Barcelona.

Bickerton, Pauline, et al. (2000), Ciberestrategia, Prentice Hall, México.

Blackmore, Susan (2000), La máquina de los memes, Paidós, Barcelona.

Briggs J., y F. D. Peat (1990), Espejo y reflejo: del caos al orden. Guía ilustrada de la teoría del caos y la ciencia de la totalidad, Gedisa, Barcelona.

Cabrera, Daniel H. (2011), Comunicación y cultura como ensoñación social, Fragua, Madrid.

Cáceres, María Dolores (2003), Introducción a la comunicación interpersonal, Síntesis, Madrid.

Cebrián, Juan Luis (1998), La red, Taurus, Madrid.

Christakis, Nicholas A., y James H. Fowler (2010), Conectados. El sorprendente poder de las redes sociales y cómo nos afectan, Taurus, México.

Cimadevilla, Gustavo (2004), Dominios. Crítica a la razón intervencionista, la comunicación y el desarrollo sustentable, Prometeo, Buenos Aires.

Collins, Randall (2009), Cadenas de rituales de interacción, Anthropos, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, Universidad Nacional de Colombia, Barcelona.

Cuéllar Ramírez, Alfredo (2004), Genes y Memes, Ediciones Taller Abierto, México.

Dabas, Elina, y Denise Najmanovich (comps.) (1995), Redes. El lenguaje de los vínculos, Paidós, Buenos Aires.

De Kerckhove, Derrick (1999), *Inteligencias en conexión*, Gedisa, Barcelona.

Debray, Régis (2001), *Introducción a la mediología*, Paidós, Barcelona.

Deutsch, Karl (1971) *Los nervios del gobierno*, Paidós, Buenos Aires.

Elias, Norbert, y Eric Dunning (1995), *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, FCE, México.

Escandell Vidal, M. Victoria (1993), *Introducción a la pragmática*, Anthropos-UNED, Barcelona.

Fals-Borda, Orlando (1990), *El problema de cómo investigar la realidad para transformar la praxis*, Tercer Mundo, Bogotá.

Fasano, Liliana (2010), *Tejiendo redes. El papel de las redes sociales en la salud y el bienestar*, Gran Aldea Editores, Buenos Aires.

Fernández, Carmen Beatriz (2008), *Ciberpolítica. ¿Cómo usamos las tecnologías digitales en la política latinoamericana?*, Konrad Adenauer Stiftung, Buenos Aires.

Fernández-Armesto, Felipe (2002), *Civilizaciones*, Taurus, Bogotá.

Galindo Cáceres, Luis Jesús (2005), *Hacia una Comunicología posible*, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, San Luis Potosí.

— (2006), *Cibercultura. Un mundo emergente y una nueva mirada*, CNCA- Instituto Mexiquense de la Cultura, Toluca.

— (2011), *Ingeniería en Comunicación Social y Promoción Cultural. Sobre Cultura, Cibercultura y Redes Sociales*, Homo Sapiens, Universidad Nacional del Rosario, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Rosario.

— (2012), *Ingeniería en Comunicación Social y Deporte*, Instituto de Altos Estudios en Deporte, Cultura y Sociedad, México.

— coord. (2011), *Comunicología posible. Hacia una ciencia de la comunicación*, Universidad Intercontinental, México.

García Canclini, Néstor, y Ernesto Piedras Fera (2006), *Las industrias culturales y el desarrollo de México, Siglo XXI-FLACSO-SRE*, México.

Gergen, Kenneth J. (1996), *Realidades y relaciones*, Paidós, Barcelona.

Gil Mendieta, Jorge, y Samuel Schmidt, eds. (2002), *Análisis de redes*, IIMAS-UNAM, México.

Gumucio Dagron, Alfonso, y Thomas Tufte, eds. (2008), *Antología de comunicación para el cambio social: lecturas históricas y contemporáneas*, Consorcio de Comunicación para el Cambio Social, La Paz.

Hacking, Ian (1996), *Representar e intervenir*, Paidós-UNAM, México.

Islas, Octavio, y Fernando Gutiérrez, eds. (2000), *Internet: el medio inteligente*, CECSA, México.

Jay Gould, Stephen (2010), *La estructura de la Teoría de la Evolución*, Tusquets, Barcelona.

Johnson, Steven (2003), *Sistemas emergentes*, Turner-FCE, Madrid.

Kirckpatrick, David (2011), *El efecto facebook. La verdadera historia de la empresa que está conectando el mundo*, Centro Libros PAPE, Barcelona.

Lamo de Espinosa, Emilio, y José Enrique Rodríguez Ibáñez, eds. (1993), *Problemas de teoría social contemporánea*, CIS, Madrid.

Lévy, Pierre (2007), *Cibercultura. La cultura de la sociedad digital*, Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana Iztapala, México.

Li, Charlene, y Josh Bernoff (2008), *El mundo Groundswell. Cómo aprovechar los movimientos sociales espontáneos de la*

Red, Urano, Barcelona.

Macías, Norma, y Diana Cardona (2007), Comunicometodología, UIC, México.

Marc, Edmond, y Dominique Picard (1992), La interacción social, Paidós, Barcelona.

Marcuello Servós, Chaime, comp. (2006), Sociocibernética. Lineamientos de un Paradigma, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.

Mariscal Orozco, José Luis, comp. (2009), Educación y gestión cultural. Experiencias de acciones culturales en prácticas educativas, UdeG Virtual, Guadalajara.

Martín Serrano, Manuel (2007), Teoría de la comunicación. La comunicación, la vida y la sociedad, McGraw Hill, Madrid.

Massoni, Sandra (2007), Estrategias. Los desafíos de la comunicación en un mundo fluido, Homo Sapiens, Rosario.

Mathias, Paul (1998), La ciudad de Internet, Bellaterra, Barcelona.

Maturana, R. Humberto (1996), La realidad: ¿objetiva o construida?, Anthropos-UIA-ITESO, Barcelona.

Mayans i Planells, Joan (2002), Género Chat. O como la etnografía puso un pie en el ciberespacio, Gedisa, Barcelona.

Mead, George Herbert (1968), Espíritu, persona y sociedad, Paidós, Buenos Aires.

Mitchell, William J. (2001), E-topía, Gustavo Gili, Barcelona.

Moles, Abraham (1978), Sociodinámica de la cultura, Paidós, Barcelona.

Morris, Charles (1962), Signos, lenguaje y conducta, Losada, Buenos Aires.

Mounier, Pierre (2002) Los dueños de la Red. Una historia política de Internet, Editorial Popular, Madrid.

Muñoz Machado, Santiago (2000), La regulación de la red, Taurus, Madrid.

Najmanovich, Denise (2005), El juego de los vínculos, Biblos, Buenos Aires.

Navarro Cordón, Juan M., coord. (2004), Perspectivas del pensamiento contemporáneo, 2 vols., Corrientes y Ámbitos, Síntesis, Madrid.

Neimeyer, Greg J., comp. (1996), Evaluación constructivista, Paidós, Barcelona.

O'Donnell, James (2000), Avatares de la palabra. Del papiro al ciberespacio, Paidós, Barcelona.

Odum, Eugene P. (1992), Ecología: bases científicas para un nuevo paradigma, Vedrá, Barcelona.

Pakman, Marcelo, comp. (1997), Construcciones de la experiencia humana (2 vols.), Gedisa, Barcelona.

Parsons, Talcott (1968), La estructura de la acción social, Guadarrama, Madrid.

Pérez, Rafael Alberto (2008), Estrategias de comunicación, Ariel, Madrid.

Piscitelli, Alejandro (1995), Ciberculturas, Paidós, Barcelona.

Piscitelli, Alejandro, Iván Adaime e Inés Binder (comp.) (2010), El proyecto FaceBook y la posuniversidad. Sistemas operativos sociales y entornos abiertos de aprendizaje, Ariel, Fundación Telefónica, Madrid.

Rifkin, Jeremy (2010), La civilización empática. La carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis, Paidós, México.

Rivera, Leidi, José Manuel Vargas y Rocío Rodríguez, coords. (2009), Reflexiones desde abajo/sobre la promoción cultural en México, II, Endora, México.

Reséndiz Núñez, Daniel (2008), El rompecabezas de la ingeniería. Por qué y cómo se transforma el mundo, FCE, México.

Reynoso, Carlos (2006), Complejidad y caos. Una exploración antropológica, Editorial SB, Buenos Aires.

Rheingold, Howard (2004), Multitudes Inteligentes. La próxima revolución social, Gedisa, Barcelona.

Roberts, Kevin (2005), Lovemarks. El futuro de las marcas, Urano, Barcelona.

Rodríguez, Josep A. (1995), Análisis estructural y de redes, CIS, Madrid.

Rogers, Everett M., y F. Floyd Shoemaker (1974), La comunicación de innovaciones, Herrero Hermanos, México.

Rogers, Everett M., y Rekha Agarwala-Rogers (1980), La comunicación en las organizaciones, McGraw-Hill, México.

Schneider, Eric D., y Dorion Sagan (2008), La termodinámica de la vida. Física, cosmología, ecología y evolución, Tusquets, Barcelona.

Scolari, Carlos (2008), Hipermediaciones. Elementos para una teoría de la comunicación digital interactiva, Gedisa, Barcelona.

Serrano Santoyo, Arturo, y Evelio Martínez Martínez (2003), La brecha digital: mitos y realidades, UABC, Mexicali.

Shirky, Clay (2010), Excedente cognitivo. Creatividad y generosidad en la era conectada, Deusto, Barcelona.

Sluzki, Carlos (1996), La red social, Gedisa, Barcelona.

Smith, Alfred G., comp. (1976), Comunicación y cultura, 3 vols., Nueva Visión, Buenos Aires.

Solé, Ricard (2012), Vidas sintéticas. Una aproximación revolucionaria a la ciencia, la historia y la mente, Tusquets, Barcelona.

Speck, Ross, y Carolyn Attneave (1990), Redes familiares, Amorrortu, Buenos Aires.

Tapscott, Don, y Anthony D. Williams (2007), Wikinomics. La nueva economía de las multitudes inteligentes, Paidós,

Barcelona.

— (2011), *MacroWikinomics. Nuevas fórmulas para impulsar la economía mundial*, Paidós, Barcelona.

Tonnies, Ferdinand (1979), *Comunidad y asociación*, Península, Barcelona.

Uriz Pemán, María Jesús (1993), *Personalidad, socialización y comunicación*, Libertarias-Prodhufi, Madrid.

Varela, Francisco (1990), *Conocer*, Gedisa, Barcelona.

Vázquez, Iván (2002), *Hackers, El Arca de Papel*, A Coruña.

Villasante, Tomás R. (1998), *Cuatro redes para mejor vivir* (2 vols.), Lumen-Humanitas, Buenos Aires.

Vizcarra, Fernando, y Liliana Paola Ovalle, comps. (2011), *Ciberculturas*, Centro de Investigaciones Culturales-Museo, Universidad Autónoma de Baja California, Mexicali.

Von Foerster, Heinz (1991), *Las semillas de la cibernética*, Gedisa, Barcelona.

VV. AA. (2008), *Reflexiones desde abajo/sobre la promoción cultural en México*, Ediciones Endora, Barra de Promotores Culturales 3D2, Universidad Iberoamericana León, Secretaría de Cultura de la Ciudad de México, México.

Yus, Francisco (2010) *Ciberpragmática 2.0. Nuevos usos del lenguaje en Internet*, Ariel, Barcelona.

Watzlawick, Paul, et al. (1971), *Teoría de la comunicación humana*, Tiempo contemporáneo, Buenos Aires.

Los autores

Francisco Sierra Caballero es profesor titular de Teoría de la Comunicación de la Universidad de Sevilla. Editor de la Revista de Estudios para el Desarrollo Social de la Comunicación (REDES.COM) (www.compoliticas.org) del Departamento de Periodismo I en la Facultad de Comunicación de la Universidad Hispalense, es experto en políticas de comunicación, nuevas tecnologías y participación ciudadana de la Unión Europea. Fundador y responsable de relaciones internacionales de la Asociación Española de Investigación de la Comunicación (AEIC), en la actualidad es secretario internacional de la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (www.ulepicc.net) y vicepresidente de la Confederación Iberoamericana de Asociaciones Científicas y Académicas en Comunicación (CONFIBERCOM). Correo electrónico: fcompoliticas@gmail.com

Carlos del Valle Rojas es académico y decano en la Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de La Frontera (Temuco, Chile). Doctor por la Universidad de Sevilla (España), actualmente realiza un posdoctorado en Estudios Culturales en la Universidad Federal de Río de Janeiro. Profesor de doctorado e investigador en España, Argentina y Chile. Autor de más de cien publicaciones especializadas. Miembro de COMPOLITICAS, ALAIC, ULEPICC, RAIC, CIC, CIII, INAV y socio fundador de la Asociación Chilena de Investigadores en Comunicación

(INCOM), su trabajo se centra en el discurso, la mediación y la interculturalidad. Correo electrónico: delvalle@ufro.cl.

Lucía Benítez Eyzaguirre. Periodista. Redactora de Canal Sur Televisión y profesora asociada de la Universidad de Cádiz. Doctora por la Universidad de Sevilla. Máster en Tecnologías Digitales y Sociedad del Conocimiento y máster en Inmigración. Miembro del grupo de investigación COMPOLITICAS, su línea de investigación se centra en el binomio comunicación y movilidad, como un campo productivo de las transformaciones de la globalización, sobre las prácticas comunicativas, el análisis de la comunicación en movilidad y de dispositivos móviles, con el que, desde diferentes enfoques, ha participado en congresos y revistas científicas. En el campo de la comunicación para el desarrollo participa en proyectos de cooperación de investigación y de enseñanza del periodismo y las nuevas tecnologías en países como Marruecos, Guinea Ecuatorial o El Salvador. Correo electrónico: lucia.benitez@gm.uca.es.

Fernando R. Contreras es profesor titular de Periodismo en la Universidad de Sevilla. Ha realizado estudios de Bellas Artes, Ciencias de la Información y Filosofía. Es director del Grupo de Investigación en Tecnología, Arte y Comunicación (PAIDI HUM868). Sus líneas de investigación son la comunicación, las ciberculturas y las humanidades digitales. Su último libro publicado es Re(d)Unidos (Anthropos, 2009). Correo electrónico: fmedina@us.es.

Francisco Bernete García es doctor en Ciencias de la Información y profesor titular de Teoría y Sociología de la Comunicación en el Departamento de Sociología IV de la

Universidad Complutense de Madrid. En posgrado, imparte docencia relacionada con el análisis de contenido y la comunicación pública en la sociedad multiétnica. Ha participado en varias investigaciones y publicaciones en las que se relaciona la comunicación con las identidades, las mediaciones sociales y la socialización. Actualmente es coordinador del Máster Oficial en Comunicación Social de la UCM. Correo electrónico: fbernete@gmail.com.

José Antonio Alcoceba Hernando. Licenciado y doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Asistente técnico del Instituto de la Juventud (Injuve) entre 2000 y 2010, ha dirigido numerosas investigaciones a su cargo en el campo de la sociología de la juventud. En la actualidad, es profesor contratado doctor del Departamento de Sociología IV en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense, donde imparte docencia de carácter teórico y metodológico sobre producción social de la comunicación y comunicación para el desarrollo. Correo electrónico: alcoceba@ccinf.ucm.es.

Delia Covi Druetta es comunicóloga y latinoamericanista. Profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), es investigadora nacional (nivel 3) del Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). Autora de numerosos libros y trabajos monográficos sobre comunicación educativa y nuevas tecnologías, ha coordinado, entre otras obras colectivas, Sociedad de la información y el conocimiento. Entre lo falaz y lo posible, Comunicación educativa y mediaciones tecnológicas y Redes Sociales. Usos y aplicaciones. En la actualidad, es

vicepresidenta de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC), y directora científica internacional de la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (ULEPICC). Correo electrónico: crovidelia@gmail.com

José Cándón Mena es licenciado en Publicidad y Relaciones Públicas. Máster en Comunicación Política y doctor en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Complutense de Madrid, desarrolla su carrera académica como investigador asociado del Grupo Interdisciplinario de Estudios en Comunicación, Política y Cambio Social (COMPOLITICAS) del Plan Andaluz de Investigación (SEJ-456). Cofundador de Indymedia Estrecho y de Hack-Ándalus, es miembro del equipo de desarrollo de la red social Lorea/N-1 y en la actualidad participa en varios proyectos de comunicación alternativa y promoción del uso de las TIC en organizaciones sociales. Recientemente ha sido reconocido con el Premio Andaluz de Investigación de la Editorial Atrapasueños por su estudio del movimiento 15-M en Internet. Correo electrónico: ozecai@riseup.net

Tommaso Gravante es comunicólogo por la Universidad de Lecce (Italia). Investigador del Grupo Interdisciplinario de Estudios en Comunicación, Política y Cambio Social (COMPOLITICAS) del Plan Andaluz de Investigación (SICA-456), es editor del Observatorio Iberoamericano de Ciudadanía Digital (CICO), donde viene desarrollando su trabajo doctoral como experto en medios alternativos, Net Activismo y movimientos sociales, vinculado al Instituto Universitario de Estudios sobre América Latina de la Universidad de Sevilla. Contacto: t.gravante@gmail.com.

Alice Poma. Investigadora del Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología, pertenece al Grupo de Investigación «Actores sociales, representaciones y prácticas políticas» de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos (CSIC). Doctoranda del Programa de Excelencia de la Universidad Pablo de Olavide «Investigación social aplicada al medio ambiente» y magíster por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla y por la Universidad de Zaragoza, es licenciada en Ciencias Políticas por la Universidad de Florencia (Italia). Ha colaborado con distintos grupos de investigación en Europa y México, entre otras instituciones, con el European University Institute de Florencia, las Universidades de Florencia (Italia), Newcastle (Reino Unido), Guadalajara (México) y la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México). En la actualidad, desarrolla su investigación de tesis doctoral sobre conflictos del agua, emociones en la protesta y prácticas políticas. Correo electrónico: alicepoma@hotmail.com.

Luis Jesús Galindo Cáceres. Doctor en Ciencias Sociales. Autor de 29 libros y más de trescientos artículos académicos publicados en catorce países de América y Europa. Promotor cultural en diversos proyectos desde 1972. Profesor en Argentina, Brasil, Colombia, Perú, España y México desde 1975. Miembro del Programa de Estudios sobre las Culturas Contemporáneas desde 1985. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores SNI-CONACYT desde 1987, SNI III. Promotor del Grupo de Acción en Cultura de Investigación (GACI) desde 1994. Promotor de la Red de estudios en teoría de la comunicación (REDECOM) y del Grupo hacia una Comunicología posible (GUCOM) desde el 2003. Miembro de la Red Deporte, Cultura, Sociedad, Ocio y Recreación desde 2006. Promotor del Grupo hacia una Ingeniería en Comunicación

Social (GICOM) desde el 2009. Miembro de la Red Iberoamericana de Gestores Culturales desde el 2009. Es miembro del Instituto en Altos Estudios sobre Deporte, Cultura y Sociedad (INDECUS) desde el 2010. Correo electrónico: arewara@yahoo.com

ganz1912

© José Antonio Alcoceba Hernando, Lucía Benítez Eyzaguirre, Francisco Bernete García, José Candón Mena, Fernando R. Contreras, Delia Covi Druetta, Luis Jesús Galindo Cáceres, Tommaso Gravante, Alice Poma, Francisco Sierra Caballero, Carlos del Valle Rojas.



COMPOLITICAS

Serie Comunicología Latina

Director de la serie: Francisco Sierra Caballero

Diseño de cubierta: Elisabeth Pla Juncà

ganz1912

Primera edición: enero de 2013, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.

Avenida del Tibidabo, 12 (3º)

08022 Barcelona, España

Tel. (+34) 93 253 09 04

Fax (+34) 93 253 09 05

gedisa@gedisa.com

www.gedisa.com

eISBN: 978-84-9784-737-7

Depósito legal: B. 21.934-2013

ePub: MGL

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.